

CENTENARIO DEL TRADICIONALISMO ESPAÑOL

ALBUM HISTÓRICO DEL CARLISMO



1833—1933—35

carlismo.es

Centenario del Tradicionalismo Español

Album Histórico del Carlismo

1833 — 1933-35





Abanderado de la Guardia Real de Carlos V
Estandarte de La Generalísima, Patrona de los Ejércitos carlistas

El Centenario del Tradicionalismo

Prólogo

El Tradicionalismo ha vivido más de un siglo una vida de sacrificios y de heroicidades enormes. Más bien ha sido conocido popularmente en España por Carlismo. Su pasado ha tenido a mis ojos un simbolismo intensísimo. Símbolo de cosas pasadas muy hermosas; símbolo de cosas pasadas bien tristes, aromatizadas con sangre y sacrificios; símbolo de hechos pasados muy gloriosos, adornados con los laureles de mil victorias provechosas para la Religión, provechosas para la Patria, però jamás provechosas para el propio Carlismo, que fué siempre el héroe, el mártir, la eterna víctima.

Ninguna agrupación política en el mundo puede ostentar una corona tan gloriosa de sacrificios; ninguna se acerca tanto a la Comunión Católica como el Carlismo, porque ninguna puede mostrar al mundo un tan extenso y fecundante martirologio. Tiene mártires, como los tiene, en un plano más elevado y puro, el Cristianismo. Es esto nuestra mayor gloria.

Con aquella elocuencia con que los símbolos nos hablan, me habla a mí el pasado de la Co-Comunión Carlista, y me dice, misteriosa pero claramente, cosas de una suavidad y de una dulzura encantadoras, soberanamente emocionantes.

«—Acuérdate — me dice — de las legiones incontables de soldados-héroes de aquel hombre bondadoso Carlos V, que matando morían por su Dios, por su Patria y por su Rey. Reconstruye ante tu vista aquellas escenas sublimes y verás la belleza de aquella gente gloriosa y abnegada. Ellos salían de su casa emocionados, abandonando fa-

milia y comodidades, parientes y hogar para trocarlo todo por las inquietudes del campamento, por la compañía de los soldados, por la amistad de los bosques y de las montañas. Y los sufrimientos se les vienen encima, y el hambre tortura sus carnes, y el fuego de la batalla seca sus gargantas, y la sangre corre a torrentes bajo sus pies... Y aquí triunfan gloriosamente sobre sus enemigos, haciéndolos morder el polvo de ignominiosas derrotas, y allí son batidos por una oleada de numerosos enemigos, escribiendo con sangre virtudes heroicas y comprando, a alto precio, (a precio de vida) la inmortalidad. Y la sangre de tantos mártires también es victoriosa, porque es savia fecundante de otros mártires y de héroes futuros.

Aquellos hombres (nuestros progenitores) estaban preparados, moral y materialmente, para la lucha. Su actitud gallarda respondía perfectamente al estado de su selecto espíritu. Llevaban dentro de sí al héroe, dispuesto a todos los arrojos y a todos los sacrificios. Ellos se decían como Tobías: «Somos hijos de santos y de mártires, y como tales hemos de obrar en estas luchas.»

¿Sabeis en qué radicaba toda la esencia del obrar de nuestros antepasados? En su profunda fe religiosa, en su odio inmenso al Liberalismo y en su firmísima lealtad a su Rey y Señor, sin atisbo de bajeza.

Los programas no son las personas; pero los programas encarnan en personas y dinastías; y como la envidia es Lucifer y la bondad San Francisco, todas las abominables ideas de los enem-

gos del Tradicionalismo han sido los partidos liberales. Porque ellos encarnan el "programa antirreligioso", no con aquella estúpida crudeza de los ateos, los cuales nos ofrecen un blanco seguro a nuestras acometidas y un enemigo franco con quien luchar, sino con la solapada hipocresía del traidor que cubre su crimen con el manto de apariencias honradas. Porque ellos encarnan el "programa antipatriótico", con su furioso centralismo, con su burocracia despótica, con el asesinato de las libertades regionales, que son y han sido lo único vivo y palpitante que le queda a España. Porque ellos son y siempre encarnaron el "programa antimonárquico", con hipócritas escrúpulos liberalizantes, defendiendo contra las tradicionales Cortes, el parlamentarismo caro, embrutidor y suicida, donde, salvando honrosas excepciones, hacen juegos de charlatanismo relampagueante no pocos y parece que sobresalen en él todos aquellos que en su ciudad o en su pueblo no son otra cosa que entes ridículos e inútiles que no sirven para nada de provecho.

Y porque los partidos liberales eran la concreción viable del programa antitradicional, ya que ellos eran los que lo aplicaban, por esto contra ellos se levantaron nuestros abuelos; y ora a tiros por montes y llanuras, y ora acudiendo a las urnas por las Constituyentes, sabían combatirlos y vencerlos, o morir gloriosamente derrotados por aquellos partidos liberales detestables, de los cuales la Patria sólo recibió, a través de un siglo de vicisitudes, dolorosos perjuicios y gravísimas catástrofes.

Por eso me parece, a veces, que se levantan de

sus tumbas donde en paz descansan, aquellos héroes del Carlismo; los fusilados sin formación de causa; los fallecidos en su emigración; los caídos por el plomo en la batalla y los asesinados por la espalda... y sus sombras sagradas se concentran en una sola, venerable y augusta, que nos dice con el amor de un padre y la imponente amenaza de un juez: «No es sólo con palabras como juzga Dios a los hombres. Como con la boca en mil discursos abomináis, por sobre de todo, de nuestros asesinos y de los de nuestra Patria, con los hechos y con vuestras acciones habéis de confirmar vuestra santas promesas. Los que fueron nuestros enemigos, son hoy los enemigos vuestros. Levantad vuestras cabezas por sobre las miserias del mundo, y mirad más alto de vuestros negocios y de vuestras propias conveniencias. Y si sois hijos de santos y descendientes de mártires, sed dignos, como los hijos de Tobias, de vuestros padres. No comáis en un mismo plato con vuestros enemigos. No manchéis vuestra consecuencia política con mercedes y honores recibidos del adversario. Haced fecunda y no estéril la sangre que nosotros derramamos a torrentes sobre el altar santo de nuestro Dios, de nuestra Patria y de nuestro Rey.»

Que la Comunión Tradicionalista, bajo la dirección y el aplauso de nuestras autoridades, y en particular de nuestro augusto Jefe D. Alfonso Carlos, sepa tributar a los que nos precedieron en el campo del honor y de la consecuencia, el homenaje debido a su heroico comportamiento y a sus preclaras virtudes.

Barcelona, enero de 1935.

JUAN MARIA ROMA

FOTOGRAFADOS

M. SOLANO

SUCOR DE VDA. BONET

ARIBAU, 9 INTOR

TELÉFONO, 34042.

BARCELONA



DON FELIPE V
Primer Rey español de la Casa de Borbón

Felipe V

La Legitimidad Histórica

Hace doscientos treinta y cinco años que Felipe V publicaba la *Ley fundamental* de sucesión a la corona que había de regir en el Reino. Los trastornos y fatales consecuencias originados por la infracción de aquella ley, hacen hoy oportuna, al celebrarse el Primer Centenario del Carlismo, una sucinta referencia a este asunto.

En 1.º de noviembre del año 1700, moría en Madrid Carlos II, último monarca reinante de la rama austriaca en España.

La muerte del último de los Austrias, dinastía que legaba a España el recuerdo de una gloria y mundial dominación jamás igualada por pueblo alguno, planteaba en nuestra Patria la cuestión de sucesión, a la que invocaban sus respectivos derechos, de una parte, el Duque de Anjou, como segundo génito del Delfín de Francia y de Ana de Baviera y descendiente de Ana de Austria, hija de Felipe III, y de otra, varios Príncipes que, como el de Baviera, los de Alemania y el Duque de Saboya, podían alegar derechos derivados igualmente de hembras de la casa real de España. La renuncia del Duque de Saboya y el fallecimiento del Príncipe de Baviera, redujo el pleito a dos pretendientes: el futuro Felipe V y el Archiduque Carlos, hijo segundo del Emperador Leopoldo.

Fueron entonces los campos de España, palenque de una guerra al propio tiempo civil y extranjera. La mayor parte de las naciones europeas, temerosas de que pudieran llegar a reunirse bajo un mismo cetro España y Francia, combatían por el Archiduque austriaco. La mayoría de los españoles, forzoso es confesar que preferían al nieto de Luis XIV, en el que con-

curría el derecho establecido por la legislación de Partidas, y en el que algún Reino, como el de Navarra, podía reconocer al descendiente directo y primogénito de su antigua dinastía.

A guerra tan desastrosa, vino a poner feliz término la paz de Utrech. Inglaterra, Saboya, Francia y España concertaron formal Tratado, en virtud del cual, Felipe renunciaba por sí y por su descendencia a la corona de Francia, proclamaban los Reyes de Francia idéntica renuncia a la de España, con objeto de que en ningún caso pudieran llegar a reunirse en una misma persona, y se estipulaba que, extinguida la descendencia de Felipe V, entraría a reinar en España la casa de Saboya.

Establecido de esta forma Felipe V en el trono de España, a ningún espíritu imparcial debe causar extrañeza que fuese uno de los primeros cuidados el dictar una ley que regulase de manera definitiva la sucesión en sus Reinos, ya que tan recientes se le mostraban los daños y trastornos originados por la cuestión sucesoria.

En pocos asuntos como en este, que tan fundamental lo era para la Monarquía española, se tuvieron en cuenta tantos pareceres y se oyeron tan sabios dictámenes. Previas las consultas y aprobaciones de los Consejos de Estado y Real, y convocadas las ciudades y villas con voto en Cortes, el estado eclesiástico y la nobleza, aquellas Cortes, que quizás sean las primeras que pueden considerarse como verdaderamente nacionales, puesto que a ellas acudieron también representantes de Cataluña, Valencia y Aragón, establecieron la sucesión de la Monarquía española «excluyendo a la hembra, aún más próxi-

Grandes Talleres de Construcción de Muebles para Oficinas



Sistema americano

Instalación y Decoración
de Establecimientos



L. OLIVERA

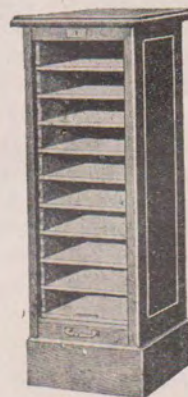
BARCELONA



Despacho y Exposición:
Vía Layetana, 15



Teléfono 16782



ma al reinante, si hubiesen varones descendientes del rey Felipe en línea recta o transversal».

De esta manera, aquellas Cortes, compuestas de esclarecidos varones de los Reinos españoles, dejaron establecida la ley fundamental de la sucesión a la corona de España, bien distinta, como se ve, a la ley *Sálica* o francesa, que en todo caso excluía a la hembra.

* * *

Tuvo esta ley fundamental una entusiasta acogida en los Reinos españoles, pues pese a sus detractores, los escritores liberales del siglo xix, ¿cómo habían de considerar los españoles perjudicial una ley que les aseguraba la presencia de un varón en el trono de San Fernando, con preferencia a una hembra de la misma familia?

Y más aparente que real, es, igualmente, la afirmación de que pugnase la nueva ley con la tradición española. Prescindiendo de Aragón en donde desde el testamento de Doña Petronila, confirmado por disposiciones posteriores de Don Jaime I, se hallaban terminantemente excluidas las hembras, no es difícil encontrar en la Historia de Castilla numerosos ejemplos en demostración de que, si no la ley escrita, por lo menos la costumbre, excluía a las mujeres de la gobernación del Reino. Con razón pudo decir Zurita, refiriéndose a Castilla y a León, que, «aunque la sucesión del Reino recayere en mujer, el gobierno siempre fué del marido.»

Así, no es extraño que la nueva ley de sucesión, con tantos requisitos adoptada, tuviese posteriores y diversas ratificaciones. Aparte el testamento del mismo Felipe V, fué confirmada por el Tratado de Viena de 1725, y tomada como regla, en los días de Carlos III, para fundar en 1785 el mayorazgo-infantazgo del gran Priorato de San Juan, con arreglo a una forzosa y rigurosa agnación.

Y bien puede afirmarse que esta ley fundamental se hallaba vigente a la muerte de Fernando VII, sin que las Cortes convocadas por Carlos IV en 1789, ni mucho menos la Pragmática sanción de 1830, sirviesen para derogarla.

En cuanto a las primeras, abiertas el 19 de septiembre de dicho año, y convocadas con el principal objeto de jurar a Don Fernando como Príncipe de Asturias, tienen que convenir sus apologistas en que si acordaron el restablecimiento de la ley segunda, título XV, Partida II, y, por consiguiente, la derogación de lo que ellos llaman *auto acordado* de 1713, encargó el Rey a aquellos diputados «el mayor secreto, por con-

venir así a mi servicio» y ofreció expedir la pragmática sanción acostumbrada en tales casos; siendo lo cierto que ni la Pragmática se publicó, ni quedó, por tanto, rastro alguno de aquella proyectada innovación que se trató de llevar a cabo sin consultas a los Consejos de Estado y Castilla, ni algunos de los formales requisitos que en 1713 se observaron.

Y tan evidente resulta que jamás tuvo fuerza de ley la mencionada disposición, que publicada en 1805 al Novísima Recopilación de las leyes del Reino, figura como la ley quinta del título I del libro III, la ley fundamental de Felipe V; siendo de advertir que al frente de la edición oficial obra la Real cédula de 15 de julio del mismo año, en la que se dice que, para calificar qué leyes debían ser o no comprendidas como vigentes en cada uno de los doce libros de aquel Código, precedió el examen del Consejo de Castilla en pleno. Con lo que si hubiera hecho falta, que no la hacía, hubiese quedado derogado el acuerdo de aquellas Cortes.

Veinticinco años, nada menos, pasaron luego, sin que se alterase tal estado de derecho, hasta que en marzo de 1830 Fernando VII, obedeciendo a influencias sobradamente conocidas, se decidió a innovar la ley de sucesión. Fácil cosa le hubiera sido convocar a los reinos en Cortes y proponer la modificación, pero no atreviéndose sin duda a tanto, limitó su intento a restablecer por medio de una Pragmática-sanción, lo que no pasó de ser *un conato de ley, derogado más tarde por el clásico Código de 1805*.

Juzgue cualquier espíritu imparcial si era o no vigente en 1833 la *ley fundamnetal de 1713*.

* * *

Claro y evidente aparece el principio de la legitimidad en favor de la augusta descendencia del Infante Don Carlos María Isidro. La España católica, tradicional y legitimista, no ha dado, sin embargo, su sangre y todo el tesoro de su abnegación por un principio que, al fin y al cabo, los hombres pueden establecer y modificar. La España legitimista vió al mismo tiempo vinculado en los príncipes desposeídos, el inmenso caudal de sus tradiciones patrias, frente a exóticas importaciones que a nuestro solar arrojaba el huracán revolucionario.

Y por eso mismo la España católica, tradicional y legitimista de nuestros días, sigue ofreciendo al mundo el más raro ejemplo de lealtad y consecuencia.

Tomás Domínguez Arévalo

Camiserias Deulofeu

Plaza San Jaime, 3 - Call, 30

Teléfono 19673

Rbla. Flores, 4 - Teléf. 19657

Extenso surtido en todos los artículos para invierno - Últimas novedades en camisas de céfiro, popelín y seda - Trajes interiores de lana de excelente calidad a precios limitadísimos

Impermeables «Pluma»; Gabanes cuero;
Gabardinas; Batas; Batines

Estas Casas están especializadas en artículos para caballero

VARON DANDY

para Caballeros

AGUA COLONIA

Las cualidades asépticas y tonificantes del AGUA COLONIA «VARON DANDY», unidas a su perfume genuinamente varonil y único, la han elevado a la categoría de INDISPENSABLE en el tocador y para el baño del hombre moderno, pulcro y distinguido.



PERFUMERÍA "PARERA" BADALONA

carlismo.es

Ley fundamental de la Sucesión a la Corona

En 10 de mayo de 1713, y con la mayor solemnidad, se publicó en Madrid la ley que regulaba la sucesión en la descendencia de Felipe V.

Esta ley dice así:

Habiéndome representado mi Consejo de Estado las conveniencias y utilidades que resultarían a favor de la causa pública y bien universal de mis Reinos y vasallos de formar un nuevo reglamento para la sucesión de esta Monarquía, por el cual, a fin de conservar en ella la agnación rigurosa, fuesen preferidos todos mis descendientes varones por línea recta de varonía a las hembras y sus descendientes, aunque ellas y los suyos fuesen de mejor grado y línea, para la mayor satisfacción y seguridad de mi resolución en asunto de tan grave importancia, aunque las razones de la causa pública y bien universal de mis Reinos han sido expuestas por mi Consejo de Estado, con tan claros e irrefragables fundamentos, que no me dejasen duda para la resolución que para arreglar lo más conveniente a lo interior de mi propia familia y descendencia podría pasar como primero y principal interesado y dueño y disponer su establecimiento, quise oír el dictamen del Consejo por la igual satisfac-

ción que me debe el amor, verdad y sabiduría que en este caso, como en todos tiempos ha manifestado, a cuyo fin le remití la consulta de Estado, ordenándole que antes oyese a mi fiscal, y habiéndole visto y oído por uniforme acuerdo de todo el Consejo, se conformó con el de Estado, y siendo del dictamen de ambos Consejos que, para la mayor validación y firmeza, y para la universal aceptación, concurriese el Reino al establecimiento de esta ley, hallándose éste junto en Cortes por medio de sus diputados en esta corte, ordené a las ciudades y villas de voto en Cortes, remitiesen a ellos sus poderes bastantes para conferir y deliberar sobre este punto lo que juzgaren conveniente a la causa pública, y remitidos por las ciudades, y dados por éstas y otras villas los poderes a sus diputados, enterados de las consultas de ambos Consejos y con conocimiento de este nuevo reglamento y conveniencias que de él resultan a la causa pública, me pidieron pasase a establecer por ley fundamental de la sucesión de estos Reinos el referido reglamento con derogación de las leyes y costumbres contrarias, habiéndolo tenido por bien, mando... (aquí la parte dispositiva de la ley en que se llama a la sucesión al Príncipe de Asturias Don Luis y a sus descendiente varones de varones; en su de-

PANTALEONI H.^{NOS}

**SASTRERIA Y CONFECCIONES
PARA HOMBRES Y NIÑOS**

Camisería, Guantería, Sombrerería, Corbatería, Géneros de Punto

Puertaferri, 13 BARCELONA Teléfono 18106

**Tintorería de Sedas Algodón y sus mezclas
ESPECIALIDAD EN CRESPONES Y VOILES**

Hijo de ROSENDO VALLS y Cia.

Casa Fundada en 1885

BARCELONA (Sans)

Rosendo Arús, 91

Teléfono 30286

GENEROS DE PUNTO

Fabricación - Confección

E. Masferrer

**Diputación, 322
TELEFONO 51968
BARCELONA**

Fábrica de Perchas y Aprestos

Hijos de
ENRIQUE CAPELLA

Pallars, 58 • BARCELONA • Teléfono 50644

S. F. G.

fecto a su otro hijo Don Felipe y a los suyos...) y acabadas — dice el Rey — íntegramente todas las líneas masculinas del Príncipe, Infante y demás hijos y descendientes míos, legítimos varones de varones, la hija o hijas del último reinante varón agnado mío... Siendo mi voluntad que en la hija mayor o descendiente suyo que por su premeriencia entrase en la sucesión de esta Monarquía, se vuelva a suscitar como en cabeza de línea la agnación forzosa, etc., etc., y en el

caso de faltar y extinguirse toda la descendencia mía legítima de varones y hembras nacidos en constante legítimo matrimonio, de manera que no haya varón ni hembra descendiente mío legítimo, y por líneas legítimas, que pueda venir a la sucesión de esta Monarquía, es mi voluntad que en tal caso, y no de otra manera, entre en la dicha nueva sucesión la casa de Saboya, según y como está declarado en la ley últimamente promulgada a que me remito...

Opinión de la Real Academia de la Historia

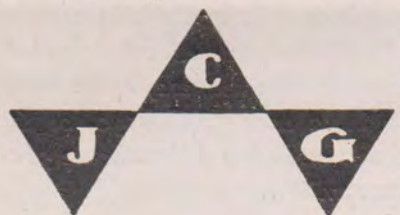
Felipe V..., a pesar de su resuelta determinación de gobernar sin Cortes, hubo de convocar las de Madrid de 1712 y 1713... para dar mayor firmeza a la Pragmática sanción que varió el orden de suceder... En efecto, con el consentimiento de todas las ciudades en Cortes, del Cuerpo de la Nobleza y del Estado eclesiástico, sin

cuyo requisito la nueva LEY FUNDAMENTAL de la Monarquía no sería válida, fueron excluidas las hembras de la sucesión.

(Introducción a las Cortes, publicada por la R. A. de la Historia. — Madrid—. 1883.— Página, 104.)



Pintura - Proyectos - Decoración
casa José González



Fundada en 1899
Direc. Artística
D. W. KOLISK
Presupuestos y
Contratas
Copons, 3 y 5
Teléfono 20250
BARCELONA

tomàs alcoverro sanuy

paseo de gracia, 45
teléfono 14200
b a r c e l o n a

abogado

Librería y Tipografía Católica, S. A.

Casa Editorial Pontificia fundada en el año 1870



CALLE DEL PINO, 5 :: APARTADO 231
B A R C E L O N A

Edición de Obras :: Librería General.
Publicación mensual de la Revista **L. T. C.**

(Boletín bibliográfico que se reparte gratuitamente.)

Pídanse Catálogos y Prospectos



Esta Editorial posee las importantes obras de
Sardá y Salvany; de **Monseñor de Segur** y de
otros autores católicos de reconocida fama.

Talleres Metalúrgicos

Juan Escayola

CASA FUNDADA EN EL AÑO 1865

Fabricación de: Válvulas compuerta - Válvulas Jenckins - Grifería para agua, gas
y vapor - Bombas y material para bodegas - Bombas aletorias "ALOYACSE"

Jaime Giralt, 21 • BARCELONA • Teléfono 19046

Doctora T. Llabería Saïs

Consulta de 3 a 5

Ex-médica interna de los
Hospitales de Berlín.
Especialista en enferme-
dades de la mujer y niños.

Pelayo, 10, 1.º BARCELONA Teléfono 13351

Bar "Sal-lari"

≡ Comida casera ≡
Habitaciones para familias

TALLERS, 64 - TELEFONO 12018 - BARCELONA

Los derechos de Doña Isabel II

Tres años tenía la infantita Isabel cuando, con la protesta del Cardenal Inguanzo y la de los elementos católicos y sanos de España, la proclamaron princesa de Asturias, hollando los derechos de su Augusto tío Carlos V. I a propósito de esta jura y de esos derechos, cábenos hacer una aclaración.

La Prensa liberal quiso demostrar siempre el derecho que asistía a Isabel II, diciendo que poco antes de nacer esta princesa, su padre, Fernando VII promulgó la pragmática sanción de las Cortes de 1789, en que se restablecía la preferencia de reinar para las hembras con respecto a los varones colaterales, derogando la ley de Felipe V hecha en las Cortes de 1715.

Y lo que hay de eso, lo sabe el más lego de los alumnos de cualquier Facultad de Derecho. En primer lugar, saben que las leyes que se refieren a la sucesión a la Corona, estaban por encima de los reyes, y no podían modificarse por la voluntad de un rey, por muy absoluto que fuese, sin el concurso de las Cortes. Saben, además, que las antiguas Cortes no se reunían como las de ahora, en que los diputados, sin previo índice de los asuntos que van a tratar, son elegidos con poderes ilimitados y sin cortapisa alguna, sino que las convocatorias de Cortes se hacían para objetos determinados previamente en ellas, y que los procuradores elegidos por el pueblo llevaban instrucciones concretas de éste para votar con arreglo al *mandato imperativo* de sus electores.

Saben además que en la convocatoria de Cor-

tes de 1789 no figuraba el propósito de modificar la sucesión a la Corona y, por consiguiente, mal pudieron dar los pueblos a sus procuradores instrucciones, ni mandato para votarla, ni pedirla al rey Carlos IV. Saben también que, aun cuando los procuradores y la Corte hubiesen acordado eso, ninguna ley lo es si no se promulga, y Carlos IV, lejos de promulgar la supuesta derogación de la ley de Felipe V, hizo la promulgación contraria, puesto que dieciséis años después, en julio de 1805, el mismo rey Carlos IV promulgó en la «Novísima Recopilación», como ley del Reino, la de Felipe V, y esa promulgación hubiera sido absurda si las Cortes y el rey la hubiesen derogado en 1789. Saben que en 1830, para hacer los ministros de Fernando VII la comedia de que promulgaban el acuerdo de las Cortes de 1789, anduvieron desolados buscando las actas de aquellas Cortes, y como no las encontrasen, supusieron que el ministro Caballero las había hallado en un baratillo del Rastro.

Saben que poco tiempo después, como Fernando VII estuviese a las puertas de la muerte y no abrigase gran seguridad de conciencia de que el derecho nacido en el Rastro era firme y verdadero derecho para fundar una Monarquía, otorgó un codicilo derogando la supuesta ley de 1789, y reconociendo que su hija Isabel II no tenía derecho a reinar viviendo Carlos V.

Saben que este codicilo se rasgó luego, gracias a la infanta Carlota, esposa del Gran Oriente de la masonería, la cual infanta dió una bofetada a Calomarde.

Central de Vendes de Guix de Ripoll, S. A.

Fàbriques de Ripoll i Campdevànol



B A R C E L O N A

OFICINA:

Diputació, núm. 224

Teléfon 19362

MAGATZEM:

Ali-Bey, núm. 144

(Xamfrà Castillejos-Nord)

FABRICA DE JABONES

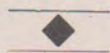


Duros, pastosos, blandos,
granulados y líquidos

Elaboraciones especiales
adecuadas a cada industria

Productos varios para
tintorerías y aprestos

**PEDRO
PALAU**



Gavá, 2 (Sans). - Tel. 33305

(Carretera de la Bordeta)

B A R C E L O N A

Carnicerías de

R. G A Y

Ventas al por mayor y menor

Especialidad en suministros
para Vapores, Colegios,
Comunidades y Hospitales

Mercado San José:

Mesas núms. 571, 572, 591 y 736

Despacho: Virtud, 5 ♦ Teléfono 73441

B A R C E L O N A

Saben que no ya los carlistas, sino hasta los liberales como Olózaga, y hasta la misma familia real, el mismo Don Francisco de Asís y la misma Isabel II, no solamente abrigaron dudas muy vehementes sobre la validez de sus derechos, sino que tuvieron la evidencia de los contrarios; y así lo confesaron, y así consta, respecto de Don Francisco, en la carta que dirigió a su primo el conde de Montemolín antes de su boda con Doña Isabel, y cuya publicación le causó tantos sinsabores, y además, en el Tratado secreto que se celebró con motivo de la conspiración de San Carlos de la Rápita, documentos que andan en libros y en historias. Y respecto de Doña Isabel, en la entrevista que tuvo con su primo Don Carlos, en Passy, después de destronada, donde le saludó con estas palabras, que andan también en libros y folletos y que consignó Don Carlos en sus memorias: «Saludo en tí al Rey legítimo de España», y además, en la carta que remitió a Don Carlos VII cuando éste le ofrecía hospitalidad en las Provincias Vascongadas durante la última guerra civil.

Y a todo este cúmulo abrumador de datos y documentos sobre el derecho indiscutible de Carlos V en 1833, se puede agregar la carta de la reina madre Doña Cristina de Nápoles; el arrepentimiento de la infanta Carlota, la de la célebre

bofetada, y sus manifestaciones al general Ortega en Zaragoza; la resistencia del Papa Gregorio XVI a reconocer a Isabel II, a quien no reconoció como reina de España, y, finalmente, el hecho de que la ley de Felipe V era la más acomodada a las tradiciones españolas, no solamente porque en Aragón y Cataluña estaban las hembras excluidas de reinar, sino porque aun en Castilla mismo, las hembras tenían capacidad para heredar más que para reinar, puesto que sus maridos e hijos eran reyes, como lo fueron Fernando III el Santo, hijo de Doña Berenguela; Fernando el Católico, esposo de Doña Isabel, que en Castilla fué Fernando V; Felipe el Hermoso, marido de Doña Juana la Loca, que en España fué Felipe I; y en cambio, la teoría de los reyes padres, como Don Francisco de Asís, es una invención parlamentaria y liberal exótica en nuestra tierra.

Y si con lo dicho no fuera bastante, bien patente es lo que en plena Cámara de los Diputados, y en discusión con el Gobierno, declaró el señor don Enrique Gil Robles, diputado de las Constituyentes: «...Habéis de saber, mal que os pese, que en orden de agnación la familia de Don Alfonso XII es la tercera rama del Rey Don Carlos IV.»

ENEAS

**TRANSPORTES GENERALES
DE
PABLO SEGÚ CREUS**

ESPECIALIDAD EN TRANS-
PORTES DE GRANDES
PESOS INDIVISIBLES

TELEFONO 34251
BARCELONA (P. S.) JAIME FABRA, 7-9-11-13

Taller de Joyería

JOSE DEL BAO

Toda clase de trabajos en platino, oro
y platino y joyería artística • Especia-
lidad en reformas y composuras

Mendizábal, 25 2.º, 1.ª Barcelona

Sebastián Alonso Castells

Fábrica de Géneros de Punto



B A R C E L O N A

Vilanova, 193 y Llacuna, 106 (S. M.) ● Teléfono 50195

**J A R D I N E R I A
DE**

ANTONIO VILAPLANA

Especialidad en Ramos para Novia :-: Coronas
Constrcción y conservación de Jardines
Plantas para Salón y Árboles de todas clases

BARCELONA
Cortes, 488 y 489 Tel. 34583

àbrica de Fils Glacé

Taller mecànic de barrileria per a embalatge

MAURICI PUIG

BARCELONA
Vallés i Ribot 32 Telèfon 51113

Por una Idea; no por un Trono

Víndicando a los Mártires de la Tradición

I

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad por nuestros eternos contradictores los liberales, que el Carlismo luchó, más por una idea y un programa, por un trono y una dinastía. Y nada más lejos de la verdad ni tan faltado de base. Aseveración gratuita, como casi todas las que proceden del liberalismo, que lo ha falseado todo, incluso la historia, hasta el propio pueblo español.

Era en 1832. Los avances del ejército de Carlos V, (el primer monarca carlista) y las adhesiones que recibía éste de los más importantes aristócratas, diplomáticos y eclesiásticos de España, hacían muy crítica la situación del gobierno de Madrid. Complicaba el estado de cosas la actitud de las grandes potencias extranjeras. Unas, como Inglaterra, a pesar de los esfuerzos que hacía lord Palmerston, ministro revolucionario y amigo íntimo de Mendizábal, no se atrevían a romper la neutralidad. Otras, como Francia cuyo monarca, Luis Felipe de Orleans (sobre los Orleans, he encontrado una página hermosísima de Mella) se hallaba interesado en sostener en España el sistema constitucional, pero no se atrevía a intervenir directamente; y otras, en fin, como Prusia, Rusia y algunas de las naciones del Norte, dejaban entrever sus simpatías por la causa de Don Carlos V.

Los altos diplomáticos de Don Carlos, el fa-

moso Obispo de León, que desde Londres llevaba el peso de toda la política internacional y del que se conserva una curiosa y voluminosa correspondencia (como se pudo ver en la Exposición Tradicionalista que tuvo lugar en enero, febrero y marzo de 1927); el Conde de Alcudia, embajador en Viena; el Marqués de Labrador, representante en París y otros, llevaban hábil y acertadamente la trama de aquellas negociaciones.

El gobierno de Madrid creyó entonces encontrar la solución para lo apurado de las circunstancias en un doble proyecto de enlace matrimonial: Don Carlos V (viudo entonces) con Doña María Cristina (viuda de Fernando VII); y el de la niña Doña Isabel (su hija) con el primogénito de Don Carlos, el joven Carlos Luis de Borbón y de Braganza que a la sazón contaba quince años.

No era fácil iniciar la negociación; por fin se encomendó el asunto a los buenos oficios de la Reina viuda de Nápoles, madre de doña María Cristina. Tomó esta señora el asunto con vivísimo interés y sirvióse para este objeto del Rdo. Padre Cono, Procurador de la Orden de Mercedarios en Roma, obispo «in partibus» y persona de su confianza.

Púsose al habla este religioso con don Pascual Vallejo, ministro de Don Carlos en Nápoles y con otros calificados carlistas que se hallaban en Ita-

José M.^a Sagnier Agente de Cambio
y Bolsa Colegiado

Compra y venta de toda clase de
valores • Consultas sobre valo-
res • Préstamos y Créditos etc.

Rambla de Cataluña, 39 • Tel. 14375 • BARCELONA

TALLER DE ENCUADERNACION Y LIBROS
RAYADOS

ESPECIALIDAD EN ARCHIVADORES Y
REGISTRADORES

J. FORTUNY

CALLE VALENCIA, 285

TELÉFONO NÚM. 70744

B A R C E L O N A

tejidos

viuda de
**josé
francás**

bruch, n.º 8
tel. 18645
barcelona

fábrica en
torá-tel. 7

Compra, Venta
y Administración

F
I
N
C
A
S
J. VIZA
MUMBRU

Vía Layetana, 59, 2.º - Teléf. 14459
Despacho de 6 a 7 - BARCELONA

Talleres Mecánicos de Carpintería
Construcciones y Reparaciones
en general

PEDRO LLAMBI

Fabricación de persianas

San Sebastián, 13-15 • Tel. 53333
BARCELONA (S. A.)

Farmacia y Centro de Específicos
GALUP

Análisis clínicos. • Preparaciones biológicas. • Sueros y vacunas, etc

Despacho de recetas con medicamentos controlados de las más
renombradas marcas nacionales y extranjeras

SERVICIO RAPIDO A DOMICILIO

Clarís, 13 y Caspe, 23. - Tel. 15185. - Barcelona

lia. Pero tanto éste como los señores don José Álvarez de Toledo y don Manuel Aznárez con quienes habló el Padre Cono, se negaron a transmitir el encargo a la corte de Carlos V, por temor de que fuesen mal recibidas las proposiciones.

No cesó por esto la Reina viuda de Nápoles y ella misma quiso dirigir personalmente la negociación para lo cual llamó a los señores Vallejo y Aznárez. Después de oírlos respondieron estos representantes de don Carlos: «que ellos no tenían instrucciones para tratar del negocio, pero que creían imposible el enlace del Rey con doña María Cristina, por cuanto que aún queriendo el Rey hacer abstracción de sí mismo y de todas las razones políticas que mediaban, no era posible que lo efectuase; que en cuanto al enlace del Príncipe de Asturias no había ciertamente las mismas dificultades que para el del Rey, pero que era un negocio muy arduo que no podían tratar sin instrucciones de S. M. o de su Gobierno.»

Procuró entonces la Reina disculpar a su hija Cristina, y los embajadores carlistas replicaron que, aún admitiendo todas las excusas, «el Rey sólo podía aceptar el segundo proyecto de matrimonio sobre la base de un gobierno tradicional, ya que el Rey lucha más que por el Trono que le corresponde por sucesión de sus mayores, por el restablecimiento de la Religión Católica y por el engrandecimiento de la Patria.»

Comunicó seguidamente la Reina viuda de Nápoles a los embajadores, que a pesar de todo no desistía de sus propósitos, procurando tratar directamente con don Carlos. Ignoramos si desistió de ello, o si dió algún paso más, con éxito desgraciado, desde luego. Lo que sí puedo afirmar es que algo debió intentarse, por cuanto entre los interesantes documentos expuestos en la instalación de la señoirta Miró de la Exposición Tradicionalista (1927) había una carta del Obispo de León dirigida a la Secretaría de Estado (5 de julio del año 1835) en la cual aparecían estas palabras:

«Todo este asunto de los matrimonios y demás achaques de la «chismografía napolitana», los he despreciado, habiendo sido objeto de mucha risa entre una alta Persona y yo.»

He subrayado la palabra «napolitana», porque en aquel entonces, los más fervidos liberales adictos a la reina gobernadora doña Cristina eran conocidos y llamados por «la camarilla napolitana».

Mal fin tuvieron los proyectos matrimoniales, en aquella época, con que la Corte de Madrid quería resolver una lucha que era lucha noble de ideas y principios fundamentales y con los que don Carlos V hubiera asegurado el Trono para sí y sus descendientes, si hubiese sido capaz de posponer los altos ideales que en él se vinculaban, a personalísimos intereses que jamás don Carlos V tuvo en cuenta.

II

Es muy cierto que en todos los asuntos y en todas las cuestiones de actualidad que determinaba con sus medidas el gobierno revolucionario de Madrid en aquella época llamada «Guerra de los Siete Años», iba don Carlos V afirmando un principio o sentando una promesa para cuando ocupase el Trono, que marcaba de una manera cada vez más concluyente y manifiesta la radical diferencia doctrinal de los dos campos: el «carlista» y el «cristino»; o sea el campo tradicionalista y el campo liberal.

Fueron las leyes desamortizadoras de Mendizábal las más importantes y trascendentes que el derecho nuevo comenzó a implantar en España. Mendizábal, judío de raza, (muñidor en España de una junta de banqueros judíos de Londres que se enriquecieron no poco con la desamortización) comprendió que el medio más poderoso para consolidar el sistema era crear intereses a la sombra de la revolución.

En el ánimo de don Carlos causó penosa impresión el despojo realizado y aún a costa de restar la adhesión de muchos, el Gobierno de la legitimidad se apresuró a hacer firme y terminante declaración sobre el caso.

Estudió el asunto el Obispo de León, el cual decía en su informe al Rey: «Es necesario que V. M. exprese que nunca dará su aprobación a enagenaciones de este origen, ni consentirá en aprobar las que se hayan verificado a consecuencia de los Decretos de las llamadas Cortes. Es, no solamente de importancia, sino de necesidad, el sostener y aún avivar el espíritu público, porque los que viven en la Península, en medio de tantos trabajos, desean vivamente que el Rey hable y que la voz soberana llegue a sus oídos. Siguiendo la idea de la oposición a las enagenaciones, impedirá y debilitará el partido de la usurpación, que pudiera apoyarse en el silencio del Monarca, y cuyo objeto es crear intereses revolucionarios que sirvan como de puntales para sostener la revolución. Por todos los medios, pues, debe oponerse y destruir V. M. esas esperanzas manifestando que no solamente se opondrá a las enagenaciones, sino que todos los compradores o poseedores de estos inicuos títulos, serán considerados como cirminales cooperadores de la revolución. La voz soberana y paternal de V. M. debe comunicarse con las ideas más magestuosas y dulces de que irá a restablecer el orden, origen de todos los bienes políticos y hacer que triunfe la Religión de Jesucristo.»

Y durante aquel mismo año de 1835, las Gacetas oficiales que se publicaban en los Reales de don Carlos, hicieron en estos términos condenación de las recientes leyes desamortizadoras.

Hicimos notar que los encargados de don Carlos en las Cortes extranjeras gestionaban la obtención de recursos pecuniarios, únicos medios que

RELOJERIA
de
José M.^a Serrallonga

Aribau, 19
Teléfono 32134
BARCELONA

Crédito Dental

Dentaduras a plazos y contado

FORMA DE PAGO A PLAZOS

10% al inscribirse • 10% a la entrega del trabajo • 80% en 12 meses ó 50 semanas siguientes a la entrega del trabajo

PLAZA UNIVERSIDAD, 4, 1.º, 2.º BARCELONA
De 10 a 1 y de 4 a 7-TELEFONO 33442

ANTIGUA FUMISTERIA

Construcción y reparación de cocinas fijas y portátiles para buques y centrales • Tostadores Cilíndricos y Esféricos • Estufas de todas clases • Termo-Sifones • Tubos, Codos y demás Accesorios y todo lo perteneciente al ramo

Hijo de Francisco Pascual

Despacho: San Pablo, 15-Talleres: Conde Asalto, 167
TELEFONO 17864 BARCELONA

Serafín Cortés Riba

Cambio y Bolsa

Bolsa 14590
Oficina 14310 R. Estudios, 1. 2.º, 2.º
Teléfonos Bolsín 12131 BARCELONA
Partic. 75372

Fábrica de Lámparas
Especialidades modernas

J. Canals y Sans

Despacho: Bajada de la Cárcel, 5
Talleres: Plaza del Rey, 1 ~ Teléfono 19243
BARCELONA



cerería de la
sagrada familia

emilio ollé

plaza del padró, 2
barcelona

Fundición Artística de Bronces
(a la cera perdida)

M. Gimeno Blanes

Cortes,
Esq. Igualdad

Hospitalet
(Barcelona)

Objetos
para regalo

Cristalerías
Vajillas

CRISTALERIAS VIDAL

Girona, 48

Teléfono 54440

al Carlismo faltaban para triunfar. Naciones hubo, como Austria, que enviaron fuertes sumas de dinero; la misma Corte de Nápoles, patria de doña María Cristina, consta en varios documentos que envió 500.000 francos por conducto de Vallejos para el sostenimiento de la causa de la Legitimidad. Con todo el dinero faltaba, y esto hacía consignar al Secretario de Estado don Carlos Cruz, en carta de 4 de julio de 1835 al Obispo de León: «El resultado de vuestras gestiones viene a demostrar lo que estamos experimentando desde el principio de esta lucha, esto es, que las potencias extranjeras, desconociendo o desentendiéndose de que *combatimos no solo por un trono, sino principalmente por un principio* en el que estriba la suerte de todas las monarquías puras y legítimas, son tan pródigas de consejos como parcas en auxilios que tanta falta nos hacen y que nos hubieran hecho triunfar hace tiempo.»

En junio del mismo año de 1835 hubo un momento en que pareció decidida la intervención de Inglaterra y Francia en la cuestión sucesoria de España. Y véase cómo aún en el extranjero comprendían que «la causa de los Fueros» iba íntimamente unida a la Carlista.

El periódico inglés «Morning Cronicle», órgano del ministerio Wellington y principalmente inspirado por Lord Palmerston, daba cuenta en un artículo del proyecto de intervención, en el que se hallaban interesados muchos ingleses que tenían capitales en España que habían sufrido grandes quebrantos con la baja de los fondos públicos ocasionada por las victorias de los carlistas y que esperaban resacirse con la intervención. Y afirmaba el mismo periódico, que «Francia está obligada a impedir el envío de armas y municiones para las tropas de don Carlos; que Inglaterra impedirá el mismo envío por mar y suministrará además a doña Cristina, cuando ésta lo necesite, armas y municiones, permitiendo a los súbditos británicos ir a

servir bajo la bandera de Cristina, e insinuando también a algunos oficiales veteranos cuán agradable sería a los ojos del Gabinete Wellington que ellos fuesen al ejército de Voldes para disciplinarlo.»

Y añadía el «Morning Cornicle»: «Conviene en alto grado aconsejar al gobierno de D.^a Cristina que proclame públicamente y asegure de un modo positivo a las provincias del Norte que «sus Fueros y privilegios serán guardados», de lo contrario nada se conseguiría para aplacar al carlismo.»

El Obispo de León daba cuenta al Monarca carlista, de este artículo del periódico inglés, y ponía a estas últimas palabras que he copiado el siguiente comentario en una comunicación de fecha 6 de junio: «En cuanto a las promesas de confirmar a los navarros sus privilegios, nada diré a V. M.; y únicamente observaré que la importancia que ahora dan a la conservación de esos privilegios, de que siempre han sido enemigos, prueba la debilidad del gobierno de Madrid.»

La intervención inglesa no llegó a realizarse por entonces, pues reunido el Consejo del Gabinete Jones, acordó en 10 de junio de aquel año persistir neutral, aun contrariando los deseos de su miembro Lord Palmerston, el cual hubo de manifestar ante sus compañeros de Gabinete que «*no era posible que un príncipe rebelde, arrastrara en pos de sí, tan numeroso ejército voluntario, si éste no estuviese ciego por un principio y un ideal*»...

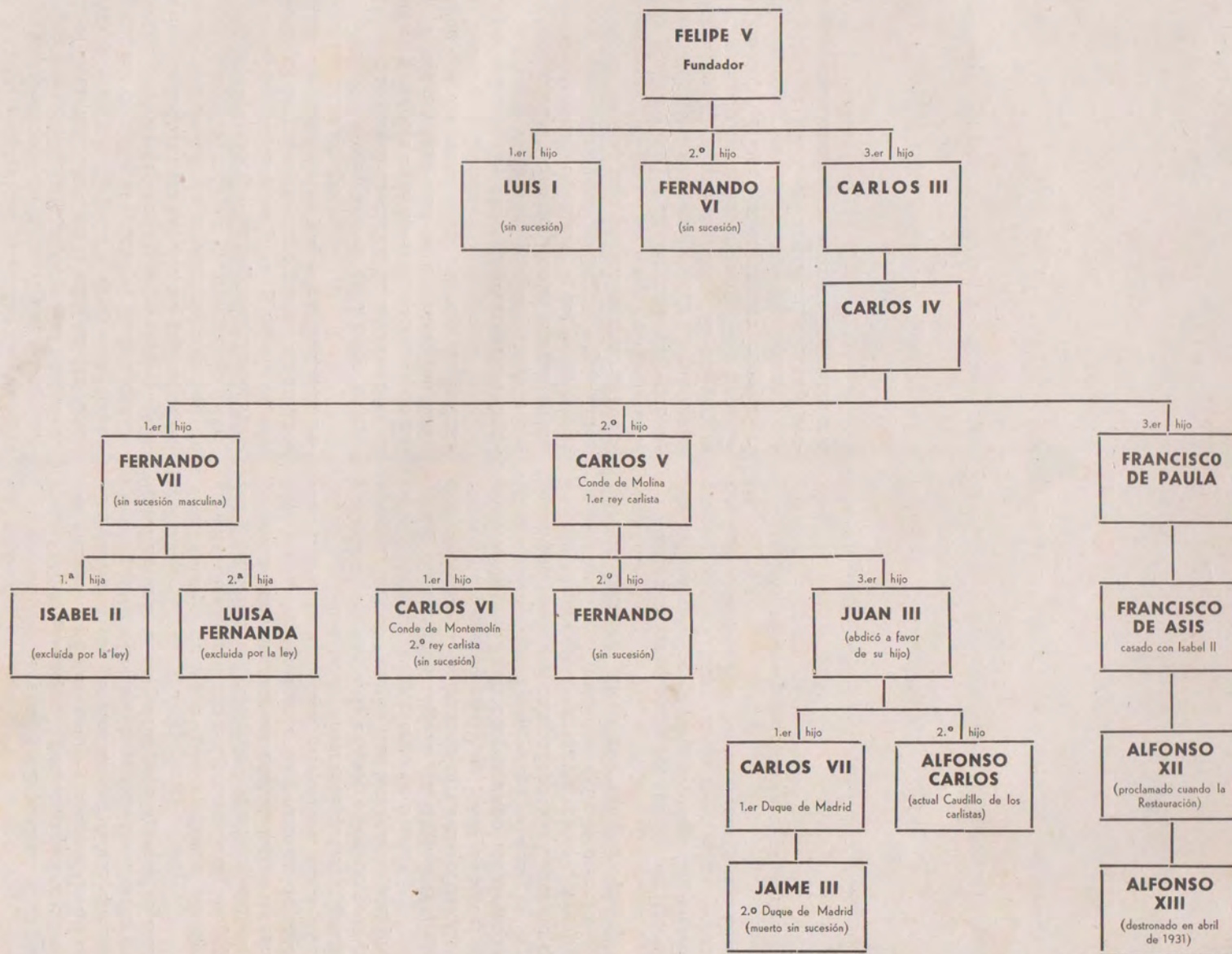
Ya hemos visto, pues, por testimonio irrecusable de los propios enemigos, cómo los ejércitos carlistas de la Guerra de los Siete Años lucharon por una idea más que por un Trono y una Dinastía.

Y así ha venido siendo hasta el presente.

J. M.^a R.



Arbol genealógico de los Reyes de España desde Felipe V de Borbón, fundador de la última Monarquía Española



Por la Patria

I

¡ Señor ! ¡ Mi patria llora !
La apartaron ¡ oh Dios ! de tus caminos,
y ciega hacia el abismo corre ahora
la del mundo de ayer reina y señora
de gloriosos destinos.

Hijos desatentados
que ya la vieron sin poder, vencida,
la arrastran por atajos ignorados...
¡ Señor, que va perdida !
¡ Que no lleva en su pecho la encendida
luz de tu fe, que alumbra su carrera !
¡ Que no lleva el apoyo de tu mano !
Que no lleva la cruz en la bandera,
ni en los labios tu nombre soberano !

¡ Señor !... ¡ Mi patria llora !
¿ Y quién no llorará, como ella ahora,
tremendas desventuras,
si fuera de tus vías
sólo hay horribles soledades frías,
lágrimas y negruras ?
¿ Quién que de Ti se aleje
camina en derechura a la grandeza ?
¿ Ni quién que a Tí te deje
su brazo puede armar de fortaleza ?

Solamente unos pocos pervertidos,
hijos envilecidos
de esta madre fecunda de creyentes
pretenden imprudentes,
alejarse de Ti : son insensatos !
olvidan tus favores, son ingratos :
desprecian tu poder ; están dementes !

Pero la patria mía,
por Ti feliz y poderosa un día,
siempre te ve, Señor, como a quien eres
y en Ti, gran Dios, en Ti solo confía :
que es grande quien Tú quieres,
fuerte quien tiene tu segura guía,
sabio quien te conoce
¡ y feliz quien te sirva y quien te goce !

¡ Señor ! ¡ Mi patria llora !
Ebria y desoladora
la frenética turba parricida
la lleva a los abismos arrastrada,
la lleva empobrecida...

la lleva deshonrada !...

¡ Alza, Señor, tu brazo justiciero
y sobre ellos descarga el golpe fiero,
vengador de sus ciegos desvaríos !...
¡ No son hermanos míos,
ni hijos tuyos, Señor ! ¡ Son gente impía !
¡ Son asesinos de la Patria mía !

II

¡ Señor, Señor, detente !
¡ No hagas caer sobre la impura gente
el rudo golpe grave
de la iracunda mano justiciera,
sino el toque suave
de la mano que funde y regenera !
Y a Ti convertidos
los hijos ciegos, a tu amor perdidos,
aplaca tus enojos,
la noche ahuyenta, enciéndonos el día
y pon de nuevo tus divinos ojos
en los destinos de la Patria mía.
¿ No es ella la que hiciera
con los lemas sagrados
de la Cruz y el honor una bandera ?
¿ La que tantos a Ti restituyera
pueblos ignotos, de tu Fe apartados,
que con sangre de intrépidos soldados
y con sangre de santos redimiera ?
¿ Y Tú no eres el Dios Omnipotente
que quitas o derramas con largueza
gloria y poder entre la humana gente ?
¿ No eres la pristina fuente
de donde ha de venir toda grandeza ?
¿ No eres origen pedestal ingente
de toda fortaleza ?
¿ No es toda humana gloria
dádiva generosa de tu mano ?
¿ No viene la victoria
del lado de tu soplo soberano ?
¡ Salva a España, Señor ! ¡ Enciende el día,
que ponga fin a abatimiento tanto !
¡ Tú, Señor de la vida y de la muerte !
¡ Tú, Dios de Sabahot, tres veces Santo,
tres veces Inmortal, tres veces Fuerte !...

J. M. G. y G.

rojo permanente

esmalte uñas
colorete
povos

c o u t r e t
p a r í s



ARCAS "SOLER"
de un solo **BLOQUE MACIZO**
CON BLINDAJE (patentado)
Imperforables al **SOPLITE**
Barcelona: **ALDANA, 3. Tel. 31853**
Madrid: **Industrias Sanitarias S.A.**
Fuencarral, 43. **TEL. 14801, 14188.**

CAMISERIA
SASTRERIA

F. VEHILS VIDAL

32 Avenida Puerta del Angel, 34
9 Plaza Universidad, 9
B A R C E L O N A



Nuestro Sombrerero MASO

Ronda Universidad, 4 = Teléfono 19893

ha montado con los últimos perfeccionamientos de la técnica la **TINTORERIA CATALANA** y con este motivo ofrece a todos los **TRADICIONALISTAS** sus trabajos perfectos con la seriedad de siempre

Lavados en seco ♦ Colores sólidos y a la muestra ♦ Zurzidos perfectos ♦ Lutos que no dejan, y a las 4 horas ♦ Planchado catalán de cuellos puños y camisas

Llame hoy mismo al **TELEFONO 19893** y le recogeremos a domicilio todo cuanto nos encargue para lavar o teñir devolviéndoselo como nuevo ● A los **TRADICIONALISTAS** se les concede el 10 % de descuento en todos los servicios

Gran Pensión Hotel LA VERDAD

San Severo, 3 - BARCELONA

(Detras de la Generalidad y frente claustros de la Catedral a dos minutos de la Rambla y principales teatros y cines)

Teléfono 18741 (internacional)

PENSION 8 PESETAS

100 confortables habitaciones con
agua corriente • Baños - Duchas
Salón lectura, música, etc., etc.

Precios especiales por temporada

Carlos Roderigas

Fábrica de virutas y lanas de
madera para el perfecto emba-
lage de artículos delicados.

B A R C E L O N A
Aragón, 152 Teléfono 35932

Félix Martínez Sánchez

Procurador de los Tribunales.
Especialidad en asuntos que
afecten a Tribunales Industria-
les, Jurados Mixtos y cual-
quiera otro de índole social.

Consulta de 9 a 10 y de 5 a 8

Valencia, 230 - 4.º, 1.ª Tel. 81976
BARCELONA

D. Carlos de Borbón y de Borbón



CARLOS V
EL PRIMER REY CARLISTA
(Conde de Molina)

I

Hijo segundo del Rey don Carlos IV (quien a la sazón era Príncipe de Asturias) nació don Carlos María Isidro de Borbón y Borbón en el Real Palacio de Madrid el día 28 de marzo de 1788, siendo padrino suyo de bautismo su abuelo el Rey Don Carlos III.

Vigilaron su educación el Duque de la Roca y el Marqués de Santa Cruz; fueron sus profesores el célebre Padre Scío y el Coronel Maturana, y distinguióse desde niño por su aplicación, moralidad ejemplar, caridad evangélica y rectitud cristiana.

Prisionero de Napoleón (como toda la Familia Real) fué Don Carlos el único que no consintió en suscribir la renuncia de los derechos a la corona de España; al concluir la guerra de la Indepen-

dencia volvió a Madrid con su hermano don Fernando VII, quien el día 14 de junio de 1814 le nombró Coronel de la Brigada de Carabineros, y dos meses después le agració con el nombramiento de Capitán General y Generalísimo del Ejército.

Los desórdenes del período constitucional fijaron para siempre el carácter político de D. Carlos, quien por su fe religiosa fué ya desde aquella época como la encarnación viva de las ideas tradicionalistas. Varios partidarios suyos, entre ellos el General Maroto, le propusieron en 1833 realizar en el mismo Madrid un pronunciamiento militar para proclamarle Regente del Reino durante la última enfermedad de D. Fernando VII; pero don Carlos, que no quería autorizar ningún acto político a favor suyo mientras viviera el Rey, se opuso terminantemente a ello, y el Gobierno de

Hijo de
JOSE MARCET POAL

Novedades
en Tejidos
de Lana
y Estambre

RASA, 24

TELEFONO 2219

TARRASA

Doña María Cristina (quien regía a la nación por el mal estado de salud en que se encontraba Fernando VII), le desterró a Portugal en unión de su esposa, de sus hijos, de su hermana política la Princesa de Beyra y del Infante D. Sebastián Gabriel, cuyos augustos señores salieron de Madrid el 16 de marzo de 1833, y quienes días después entraron en Lisboa.

Al morir D. Fernando VII protestó solemnemente D. Carlos de que la corona pasase a su sobrina Doña Isabel; aclamaronle por Rey, con la denominación de Carlos V, muchos elementos civiles y militares en distintos puntos de España, y empezó la memorable guerra civil de los siete años.

Perdida la causa de Don Miguel I de Braganza por el Convenio de Evora-Montes, Don Carlos con su augusta familia embarcó el 31 de mayo de 1834 en el navío inglés *Donegal* con rumbo a Inglaterra, desembarcó el 18 de junio en Portsmouth y el día primero del mes siguiente, acompañado de su ayudante de campo el Brigadier Barón de los Valles, partió de incógnito para España, en donde entró por Urdax el día 12 de julio, siendo recibido por el entonces Brigadier Don Miguel Gómez, Jefe de Estado Mayor del General Zumalacárregui, cuyo íncito caudillo se le presentó aquella misma noche en Elizondo, y el 15 revisó por primera vez D. Carlos tropas carlistas (tres batallones navarros, uno alavés y otro guipuzcoano) entre Irurita y Beunza, al inmediato mando de los cuales encontrábase el General Eraso.

Don Carlos no limitó sus cuidados a las atenciones militares propias de la guerra, durante la cual llegó a tener sobre las armas unos setenta mil hombres (entre sus ejércitos del Norte, de Cataluña y del Centro) sino que procuró organizar política y civilmente el país dominado por sus tropas, ejerciendo en él todas las funciones propias de la soberanía. Restableció en la Real y Pontificia Universidad de Oñate los estudios de segunda enseñanza y facultades superiores; creó juzgados y un Tribunal Superior de Justicia; organizó cuatro ministerios o secretarías de Estado y del Despacho de Guerra, Gracia y Justicia, Hacienda y Negocios Extranjeros, un Consejo General de Negocios del Reino, una Junta Superior Consultiva de Guerra y otra Junta Superior Gubernativa de Medicina y Cirugía; cedió el Real Seminario de Vergara a la ínclita Compañía de Jesús para que en él restableciera sus estudios como antiguamente en el Real Seminario de Nobles de Madrid, acuñó moneda, y tuvo, en fin representantes diplomáticos en las Cortes de Austria, Rusia, Prusia, Roma, Nápoles y Cerdeña.

En los siete años de campaña, las armas carlistas pasearon la bandera de *Dios, Patria y Rey* desde el Atlántico y la frontera de Portugal hasta el Mediterráneo y desde el Cantábrico y la frontera francesa hasta Gibraltar, al amparo de cuyos

cañones ingleses hubo de acogerse el Comandante General liberal de la serranía de Ronda, a la llegada del General carlista D. Miguel Gómez y Damas.

Las tropas carlistas vencieron (además de en otras muchas acciones de guerra de menor importancia) en los memorables combates de Amurrio, Guernica, Eraul, Peñas de San Fausto, Viana, Vergara, Alegría, Arquijas, Castejoncillo, Cruz de la Saboya, Ariño, Celandieta, Artaza, Treviño, Descarga, Torregalindo, Arrigorriaga, Guevara, Orgañá, Prat de Comte, Yesa, Alcanar, Guetaria, Arlabán, Lequeitio, Orrantía, Fuenterrabía, Puente de Alcance, Valle de Mena, Torrecilla, Bañón, Caspe, Alcublas, Puente de Soto, Rivero-Villasante, Castrejana, Puerto de Tarna, Palencia, Vertadillo, Bujalaró, Almadén, Baena, Guadalupe, Maranchón, Huesca, Barbastro, Herrera, Cembrana, Puente de Aranda, Oriamendi, Panadella, Biosca, Cherta, Siete Aguas, Pla del Pou, Andoain, Ridaura, Rialp, Sotoca, Malagón, Berdejo, Ramales, Perdón, Morella, Población, Maella, Ontoria del Pinar, Tuy, Manlleu, San Pedro de Padullers, Carboneras, Cirauqui-Mañeru y Chulilla.

Pero a pesar de tanta gloria militar alcanzada (no sólo contra tropas isabelinas, sino que también contra la intervención armada de Inglaterra, Francia y Portugal) el convenio de Vergara obligó a D. Carlos a emigrar a Francia el día 14 de septiembre de 1839, seguido por más de diez mil leales partidarios suyos que por distintos puntos repasaron la frontera.

Poco antes, en julio de aquel mismo año, el Gobierno de Holanda había ofrecido a D. Carlos veinticuatro millones de pesos fuertes si permitía establecer en Filipinas una factoría Holandesa. Con aquellos millones habría podido D. Carlos dar gran impulso a las operaciones de sus tropas; pero la rectitud de su conciencia le impidió aceptar unos tratos como aquéllos, que le parecieron poco patrióticos, prefiriendo vivir en la desgracia, alejado para siempre del Trono y de la Patria.

Don Luis Felipe de Orleans, Rey de los franceses, recluyó a D. Carlos en Bourges, donde se vió custodiado y espiado constantemente por el Gobierno francés, pero rodeado de las respetuosas atenciones del clero (cuyo digno Sr. Arzobispo le tributó siempre honores reales) y del pueblo, al que edificaba con sus virtudes, sus prácticas de devoción y sus limosnas y cuidados para con los pobres, sin olvidarse tampoco de los leales carlistas que con él compartían las amarguras del destierro.

El día 18 de mayo de 1845 tomó el título de Conde de Molina al abdicar en favor de su primogénito D. Carlos Luis de Borbón y de Braganza, quien adoptó el título de Conde de Montemolín. Dos meses más tarde pasó D. Carlos María Isidro

Torçats i Fantasies

Venda i Manufactura

Josep Tapiolas

Fàbrica: Mas-Adei, 104

Despatx Sagrera, 29

Telèfon 2235 - Apartat, 34

T E R R A S S A

SALA Y BADRINAS

Fàbrica de Tejidos de
lana. = Novedades pa-
ra señora y caballero

FABRICA EN TARRASA: PRIM, 59

Teléfono núm. 2403

DESPACHO EN BARCELONA:

CASPE, 33 B. = Telef. 11372

de Borbón a Italia, y fijó luego su residencia en Trieste, en donde, después de recibir a petición suya todos los auxilios espirituales, falleció el día 10 de marzo de 1855, en brazos de su segunda esposa la Princesa de Beyra y de su hijo menor el Infante D. Fernando. Su cadáver, embalsamado y vestido con el uniforme de Capitán General y las insignias del Toisón de Oro y de las grandes cruces de Carlos III y de San Hermenegildo, fué expuesto al público en el salón principal de su palacio (convertido en capilla ardiente) velando día y noche el cadáver los gentiles-hombres Villavicencio, Guillén, Teijeiro y Flores, de uniforme, y una guardia de honor de granaderos austriacos.

Acudieron a Trieste D. Carlos Luis de Borbón (el Conde de Montemolín) con el Infante D. Sebastián Gabriel, D. Juan de Borbón, con el Gentilhombre Sacanell, y D. Enrique de Borbón, Conde de Chambord, con el duque de Levis.

El día 16 de marzo de 1855 fué enterrado don Carlos María Isidro de Borbón en la catedral de Trieste, después de solemnes funerales celebrados por el Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, presididos por el Conde de Chambord, y tributando la guarnición honores regio al cadáver, que fué escoltado por la Marina Imperial, por el Regimiento de Infantería de Hohenlohe y un Escuadrón de gendarmes.

Como el juicio que nosotros emitiéramos sobre D. Carlos María Isidro de Borbón podría considerarse parcial en favor suyo, nos limitaremos aquí a consignar el juicio que merecía al Teniente General Marqués de Mendigorriá, primer Ministro de la Guerra de la República Española, quien en las páginas 163 y 164 del tomo I de su interesante obra titulada *Mis memorias íntimas* se ex-

presa textualmente así: «Distinguióse aquel Príncipe desde los primeros años por una probidad y honradez verdaderamente intachables, por el sentimiento de rectitud que guiaba todos los actos de su vida, y por la gran firmeza con que llevaba a cabo todo cuanto se proponía. Creo positivamente (y quizá extrañen algunos esta afirmación mía) que si en la conciencia de D. Carlos hubiera penetrado la convicción de que los derechos a la corona eran patrimonio de la hija de su hermano el Rey Fernando, a quien amaba con pasión, no habría tenido Doña Isabel II en todo su reinado súbdito más fiel y obediente, defensor más constante y decidido. Para D. Carlos, la legitimidad de sus derechos constituían una verdadera religión, y así los mantuvo. De esforzadísimo corazón, viéronle sus partidarios hartas veces vestido de grande uniforme y con las insignias de Capitán General recorrer a caballo las guerrillas de sus defensores con impertérrito continente, exponiéndose a las balas en Mendaza, en Mendigorriá, en Huesca, en Barbastro, cual el más humilde de sus soldados. En Gra, en Chiva y en Retuerta hizo alardes temerarios; se expuso durante toda la campaña a las mayores fatigas y penalidades, desempeñando a veces penosas misiones, tales como la de sufrir la persecución de las columnas cuando en tiempos de Zumalacárregui llamó sobre sí las fuerzas de Rodil, Mina y Valdés, entretanto que sus generales realizaban operaciones lejanas y alcanzaban ventajas más o menos reconocidas.»

D. Carlos María Isidro de Borbón estuvo casado dos veces, la primera con Doña María Francisca de Asís de Braganza y la segunda con la Princesa de Beyra.



Doña María Francisca



Doña María Francisca de Braganza
Primera esposa de Don Carlos M.^a Isidro de Borbón

Doña María Francisca de Asís de Braganza, hija de D. Juan VI, Rey de Portugal, del Brasil y de los Algarbes, nació en el Palacio Real de Lisboa el día 22 de abril de 1800; en 1807 pasó al Brasil con su augusta familia, a causa de la invasión del reino lusitano por las huestes de Napoleón.

Desde niña fué hermosa, instruída, perspicaz y de instintos nobles y generosos. A principios de 1816, su mano y la de su augusta hermana Doña María Isabel fueron solicitadas a la par por el Infante don Carlos y su hermano D. Fernando VII; por mediación del Grande de España y General de los Franciscanos D. Fray Cirilo A. de Brea, se firmaron los contratos matrimoniales en Río Janeiro el día 22 de febrero de 1816, y el 4 de septiembre

de aquel mismo año arribaron felizmente ambas Princesas al Puerto de Cádiz en donde al día siguiente se desposaron con el Duque del Infantado, autorizado para ello por los dos augustos esposos. Entre festejos y regocijos llegaron las Princesas a Aranjuez, donde descansaron, y de allí se trasladaron a la Corte, efectuándose los enlaces con extraordinaria pompa y gran regocijo del pueblo el 28 de septiembre, y al día siguiente las velaciones en la Iglesia de San Francisco el Grnade, de Madrid.

Buena esposa y cariñosa madre, desplegó una solicitud y un celo verdaderamente ejemplares en la educación y crianza de sus augustos hijos; sin quererlos confiar a manos mercenarias u oficiosas, se encargó ella misma de dirigir sus primeros pasos en el escabroso sendero del mundo, y de empapar sus almas en principios rectos, sanos y sublimes, sin que las tribulaciones ni las conmociones que se revelaron repetidas veces contra la tranquilidad de su vida bastaran a arrancarle propósito tan noble.

Identificadas con las ideas y los sentimientos tradicionalistas tanto ella como su augusta hermana la Princesa de Beyra, ambas prestaron grandes alientos a sus partidarios, y durante su emigración en Portugal mostráronse las dos fuertes y animosas en medio de sus vicisitudes, en aquella vida errante, fugitiva, sufriendo toda clase de privaciones, todo género de padecimientos. Cuando ya en Inglaterra supo Doña María Francisca de Braganza que los carlistas que se batían en España consideraban conveniente que D. Carlos María Isidro de Borbón acudiese al teatro de la guerra, ella decidió acto seguido que la marcha se efectuase sin demora alguna, aunque sus padecimientos físicos y morales le hacían temer que su separación de su augusto esposo sería ya eterna. En efecto, el 28 de agosto de aquel mismo año de 1834 (antes de cumplirse dos meses de la partida de D. Carlos para la guerra) falleció santamente Doña María Francisca, en los brazos de su hermana la Princesa de Beyra, encargándola que fuese como segunda madre para sus hijos.

Sus funerales se celebraron pocos días después en la capilla católica de Gosport, y sus restos mortales fueron trasladados medio siglo más tarde a la Catedral de Trieste.

Doña María Teresa



Doña María Teresa de Braganza

Segunda esposa de Don Carlos M.^a Isidro de Borbón

Doña María Teresa de Braganza, Princesa de Beyra, (segunda esposa de D. Carlos María Isidro de Borbón y hermana de la anterior) era viuda del Infante de España D. Pedro de Borbón, y madre del Infante D. Sebastián Gabriel.

Había nacido en el Palacio Real de Lisboa el día 29 de abril de 1793.

Desde el año siguiente del fallecimiento de doña María Francisca vivía en Salzburgo consagrada al cuidado y educación de sus sobrinos Don Carlos Luis, D. Juan y D. Fernando de Borbón, acompañada de su hija política la Infanta Doña Amelia, cuyo esposo, el Infante D. Sebastián, militaba en el Ejército carlista del Norte, del cual llegó a ser General en Jefe.

El matrimonio de D. Carlos con la Princesa de Beyra tuvo lugar en Salzburgo el día 2 de febrero de 1838, por poderes que dió D. Carlos a su Gentilhombre Marqués de Obando; habiendo llegado doña María Teresa a España, el 17 de octubre de

aquel mismo año (acompañada de su sobrino mayor don Carlos Luis, de su dama de honor la señorita de Arce y del Conde de Custine) ratificóse solemnemente el matrimonio en Azpeitia tres días después, revistiéndose dicho acto de todo el aparato regio que permitía la vida de campaña; celebró la sagrada ceremonia el Obispo de León Don Joaquín Abarca, Delegado Apostólico, con asistencia del Príncipe D. Carlos Luis de Borbón, del Infante D. Sebastián, de la Dama de Honor Doña Pilar de Arce, del Comandante General de Guipúzcoa D. Pedro José Iturriza y del Coronel de los Tercios guipuzcoanos Marqués de Narros, figurando en tan solemne acto como testigos oficiales (designados por D. Carlos) los Grandes de España Don Fray Cirilo A. de Brea, Arzobispo de Cuba, el Duque de Granada de Ega, Teniente General, el Marqués de Valde-Espina, Secretario de Estado y del Despacho de Guerra, y el Conde de Alcadia, representante de D. Carlos en la Corte de Viena. Cubrieron la carrera y dieron escolta a los augustos esposos el Batallón 5.º de la División de Alava, los guardias de honor de Infantería y de Caballería, y los caballeros oficiales de la escolta del estandarte de la Generalísima del Ejército carlista, la Virgen de los Dolores.

Doña María Teresa de Braganza no se separó ya nunca de D. Carlos; contribuyó en muchas ocasiones con su buen tacto y claro talento a solucionar satisfactoriamente bastantes conflictos; teniendo mucho que agradecer los carlistas a aquella egregia señora que tan altas prendas atesoraba. En 1864 publicó su célebre *Carta a los españoles*, documento notable que prueba su talento y su ilustración, a la par que su carácter decidido. En él se aclamó por primera vez al augusto proscripito por quien tantos millares de bravos se batieron más tarde al grito de ¡Viva Carlos VII! a quien entregó solemnemente Doña María Teresa de Braganza, el Estandarte de la Generalísima, la Virgen de los Dolores, que, bordado por la primera esposa de D. Carlos María Isidro de Borbón, llevó aquel augusto señor siempre consigo en la guerra de los siete años, al final de la cual pudo salvarlo casi milagrosamente Doña María Teresa, guardándolo después como en depósito, durante veinticinco años.

Doña María Teresa de Braganza de Borbón falleció santamente el día 17 de enero de 1874 en Trieste, en cuya santa Iglesia Catedral fué enterrada, aunque no con tanta solemnidad como su augusto esposo.

Curtidos y Peletería

Hijos de R. Riera Planas



Marca Registrada

Despacho: IGUALDAD

esquina Consejo de Ciento

Teléfono 53035

Dirección Telegráfica: **RIPLANS**

B A R C E L O N A



Fábricas en San Martín y San Andrés

El Infante Sebastián-Gabriel



Don Sebastián Gabriel de Borbón y de Braganza
Infante de España

D. Sebastián Gabriel de Borbón y de Braganza nació en el Brasil el día 4 de noviembre de 1811; huérfano en sus pueriles años, dióle su augusta madre una educación más propia de la clase media que de un Príncipe nieto de los reyes Carlos III de España y Juan VI de Portugal. Las letras, las ciencias y las artes tuvieron en el joven Infante un aventajado discípulo que se distinguió como escritor. Su biblioteca era regia, su gabinete de física fué el primero de España y su galería de pinturas coadyuvó a la riqueza del Museo Nacional del Ministerio de Fomento. Hablaba el francés, el italiano, el inglés, el latín, el griego y el árabe; en su cámara se reunían de tertulia familiar los literatos y los artistas de Madrid para algunos de los cuales fué un Mecenas;

en fin, por lo bondadoso de su carácter y por la ejemplaridad de su conducta fué respetado y querido en la corte de D. Fernando VII, quien le agració sucesivamente con la Gran Cruz de Carlos III, el Gran Priorato de la ínclita Orden de San Juan, el Toisón de Oro y los entorchados de Capitán General.

A la muerte de aquel rey, emigró a Roma el Infante D. Sebastián, y a fines de 1835 se incorporó al Ejército carlista del Norte, llevando grandes sumas que había obtenido de varias cortes europeas. Asistió a las operaciones de los sitios segundo y tercero de Bilbao, y cuando fueron vencidos los carlistas en la batalla de Luchana, confirióle D. Carlos el Generalato en Jefe de su Ejército del Norte, cuyas fuerzas reorganizó en breve y llevó a la célebre victoria de Oriamendi. Operó ventajosamente en Navarra y Vizcaya contra los generales Sarsfield y Espartero; durante la expedición de D. Carlos por Aragón, Cataluña, el Maestrazgo y Castilla, distinguióse en numerosos combates D. Sebastián, y, sobre todo, se cubrió de gloria en la derrota que sufrieron los carlistas en los campos de Gra, en cuya batalla el Infante fué quien, espada en mano, a la cabeza de dos batallones que habían quedado en reserva, protegió eficazmente la retirada del Ejército carlista, entusiasmando a todos con su heroico ejemplo y honrando desde aquel memorable día su pecho con la Cruz de San Fernando.

Siguió después D. Sebastián al lado de Don Carlos, hasta que al concluirse la guerra fijó su residencia en la Corte de Nápoles.

Después de veinte años de emigración volvió a España y el Infante D. Sebastián, acogándose a la amplia y generosa amnistía que ya diez años antes había concedido a todos los carlistas la Reina Doña Isabel II. Volvió a emigrar aquel año, trabajando entonces con verdadero afán por conciliar los derechos y las personas de las dos ramas de la Casa de Borbón, en cuyos buenos deseos (que fueron también los del insigne filósofo D. Jaime Balmes) sorprendióle en Pau, el 10 de febrero de 1875, una pulmonía que en cuatro días le llevó al sepulcro, después de recibir con elocuentes muestras de fervor los Santos Sacramentos y la bendición Apostólica que, a petición propia, le envió Su Santidad el inmortal Pío IX.

¿Qué es el Carlismo?

I

Es el Carlismo la restauración de su antigua monarquía que hizo de España la nación más grande y gloriosa del mundo.

No es el Carlismo, como muchos erróneamente creen, el mero retorno incondicional y absoluto al tiempo pasado; sino la restauración del antiguo régimen purificado de las imperfecciones inherentes a tiempos que fueron, curado de los vicios en él introducidos por posibles errores del tiempo, completado o perfeccionado con lo bueno y útil de los tiempos presentes reconocido como tal en la piedra de toque de la experiencia. Porque no es la forma, precisamente, sino el espíritu, el fondo de la tradición lo que ha de restaurarse, concordándolo con las necesidades del tiempo presente; y el fondo, el espíritu de la tradición en punto a la representación en Cortes, es la representación corporativa, no individualista, como practica el régimen parlamentario.

Restablecido, pues, ese principio tradicional, nuestras Cortes serían la representación de las clases, de los gremios y corporaciones; y con esto y con el mandato imperativo; y con dar expansión y vida en toda España al principio foral; y con afirmar la subordinación de poder político a la autoridad de la Iglesia en lo que se relacione con la Religión y la moral en orden al último fin del hombre, tendríamos un gobierno tradicional castizo, español, cristiano y veramente democrático, tal como el sano juicio apetece, aleccionado por la experiencia de siglo y medio de desgracias y desventuras.

Esto es lo que el Carlismo ha declarado por boca de sus oradores y pensadores, rechazando los atisbos absolutistas de los tiempos de Carlos III, Carlos IV y Fernando VII, que en lo que tuvieron de absolutos debióse al *liberalismo*, que tiene su progenitor en el *regalismo*, una de tantas formas del *cesarismo*, que los carlistas rechazamos como anticristiano y antiespañol.

Y así el Carlismo cumple la ley del progreso, que no es tal si no va del brazo de la tradición. Y si todo movimiento de restauración de lo antiguo, perfeccionándolo, se considera y enaltece como un progreso y un renacimiento del buen

gusto ¿por qué habrá de llamarse retroceso la restauración de una antigua Monarquía, depurada de los defectos que en ella pusieran la dureza de los tiempos y los errores de los hombres, y completada con todo lo que la ciencia y la experiencia han mostrado como útil en los presentes tiempos?

II

El verdadero retroceso estuvo, y está todavía, en la implantación en las naciones cristianas del régimen liberal, cuyo fracaso reconocen y confiesan ya los más eminentes estadistas y lo atestigua el estado de ruina moral y material de las naciones que lo aceptaron, las cuales vuelven sus ojos a las antiguas y tradicionales instituciones que las hicieron prósperas y progresivas.

Testimonios de fuera de España podríamos aducirlos a docenas; los aduciremos de la misma España, para que muchos los recuerden. Silvela, en 1897, pregonaba en un discurso pronunciado en el teatro Apolo de Valencia, «la necesidad de un cambio radical de principios y procedimientos», después de haber censurado como suprema torpeza de los gobiernos liberales en no haber atendido en su política el carácter espiritualista del pueblo español, «el cual — decía el Sr. Silvela — si sufre resignado y en silencio la pérdida de sus intereses materiales, levanta cien mil hombres en armas en cuanto ve atacadas sus creencias religiosas.»

Lo que posteriormente dijo este ilustre político, y el general Polavieja, ambos aspirantes a ser los regeneradores de la Patria, no hay para qué decirlo aquí, porque son muchos los españoles que lo recuerdan. Y con ellos Cánovas del Castillo, confesando que el Carlismo era «la representación genuina del pueblo español, en quien se mantiene viva la fe en la Antigua Monarquía, augusta encarnación de la nacionalidad española en un pasado lleno de honor y de grandeza...»

El Carlismo es, pues, la tradición española viviente, y «la tradición es la misma Patria.» Así lo reconocía y proclamaba, en un rasgo de sinceridad, el Sr. Sagasta, en las siguientes palabras con que contestó al Sr. Salmerón en el Congreso de los Diputados el día 3 de mayo del

año 1898: «...¿Y qué es la Patria, señor Salmérón? La Patria es la tradición, es el lugar donde reposan los restos de nuestros padres, de nuestros hijos, de nuestros amigos, de nuestros héroes; nuestro hogar, todo lo que está representado por el Jefe del Estado...»

Tenía razón, siquiera por esta vez, el Sr. Sagasta. Porque la Patria no está solamente en el mapa, ni en su Constitución; está también y más principalmente en la historia. La Patria es más que eso; la Patria es la familia, es el pueblo, es su región, es la sociedad nacional que tiene una misma historia y unas mismas tradiciones, unidos por los lazos de las mismas creencias y de los mismos sentimientos; y esto no limitado a las generaciones presentes, sino extendido a todas las que se han sucedido en el curso de los siglos, unificadas por un mismo espíritu...

Por esto el liberalismo, que sacrificó nuestra unidad Católica a los sectarismos de la Masonería comopolita; el liberalismo, que bastardeó nuestra institución monárquica sustituyéndola por la parlamentaria; el liberalismo, que despojó a los pueblos de sus legítimas y tradicionales libertades para darles, en cambio, «las de perdición»; el liberalismo, que renegó de nuestras tradiciones artísticas, que remplazó nuestro teatro nacional por modelos extranjeros; el liberalismo, que sustituyó los reyes que gobernaban con los reyes que sólo reinaban y que rompió la unidad del pueblo español para dividirlo en partidos que subordinan el interés de la Patria al interés de bandería; el liberalismo que ha hecho todo esto, está convicto y confeso de enemigo de la Patria.

III

Todos los partidos liberales, para quienes el patriotismo consistió en que se les dejara turnar en el poder, echan en cara al Carlismo haber promovido las guerras civiles y ensangrentado el suelo de la Patria.

Los que por esto acusan al Carlismo de antipatriótico, debieran acusar también de antipatriotas a todos los héroes de la guerra de la Independencia, ya que las guerras carlistas no han sido sino continuación de aquella, según testimonio público y solemne de Cánovas del Castillo. Porque inicióse la primera contra la invasión francesa de primeros del siglo pasado, que fué doble invasión de armas y de ideas, contra la cual se levantó el pueblo español como un solo hombre, logrando nuestros abuelos arrojar del suelo patrio la invasión armada y dejándonos a nosotros sus sucesores el encargo de terminar su obra respecto a la invasión de las ideas, aceptadas entonces por

los *afrancesados* y sostenidas luego por sus descendientes los liberales, que no vacilaron en pedir el apoyo extranjero de las naciones que formaron la «Cuádruple Alianza» para vencer al Carlismo e imponer a España el régimen que nos ha puesto en el deplorable estado actual. No fuera completa la obra, con solo haber derribado el trono de José Bonaparte fundado sobre la Constitución de Bayona, si después habíamos de sufrir sin protesta otras constituciones y otros poderes tan extranjeros como aquellos. ¿Era acaso menos extranjero don Amadeo de Saboya que Napoleón? ¿No eran las varias Constituciones que aquí se ensayaron glosas más o menos libres de la Constitución de Bayona? Y si fué patriótico combatir la obra de los *afrancesados* ¿había de ser antipatriótico combatir la misma obra continuada por el liberalismo y sus hombres?

Patrióticas y muy patrióticas fueron las guerras, no provocadas pero sí sostenidas por la España tradicionalista contra el liberalismo desde el año 1834 hasta la Restauración, y a ellas se debe si todavía se mantuvo algo de lo que constituyó nuestra gloria y grandeza; pues si no se venció en ellas, consiguió entonces, por lo menos, detener la revolución en su marcha demoledora y la obligó a respetar lo que aún restaba de nuestras antiguas tradiciones.

Para sustituir el derecho antiguo tradicional, se ha querido crear un derecho nuevo fundado en la fuerza, expresada por el número de sufragios o por el motín; pero la fuerza, si bien es una necesidad de gobierno, jamás ha sido ni será un principio.

Hace más de cien años se viene ensayando el régimen fundado sobre ese derecho nuevo; en esos cien años ha tomado todas las formas, acomodados y posiciones a través de los cuales han venido sobre España todas las desgracias y horrores. ¿Qué hemos ganado en ello? Sabemos, sí, lo que hemos perdido. Hemos perdido la autoridad, que yace rota en la vida social y política; y al perder la autoridad, hemos también perdido la libertad, la verdadera libertad que es su compañera inseparable. Todo lo demás que hemos perdido está a la vista: España es un montón de ruinas: ruinas de nuestra fe religiosa y de nuestras costumbres; ruinas de nuestra hacienda, de nuestras colonias, de nuestra agricultura, de nuestra industria y de nuestro comercio; y lo que es peor todavía, ruinas de los caracteres y de los hombres...

Este es el cuadro que nos ha ofrecido la España liberal.

Es el Carlismo, todo lo contrario. ¡Que se abracen a él todos los españoles de buena voluntad!



CARLOS V
Conde de Molina
 Primer Rey Carlista—Murió en 1855



CARLOS VI
Conde de Montemolín
 Segundo Rey Carlista—Murió en 1861

DINASTIA



ALFONSO CARLOS I
Duque de San Jaime
 Jefe actual de la Comunión Tradicionalista

CARLISTA



CARLOS VII
Primer Duque de Madrid
 Tercer Rey Carlista (por abdicación de su padre Juan III).—Murió en 1909.



JAIME III
Segundo Duque de Madrid
 Cuarto Rey Carlista.—Murió en 1931



ALFONSO XII

Reinó desde 1874 a 1885



DON FERNANDO VII
Padre de Doña Isabel II
(Hermano de Carlos V)

Reinó de 1808 a 1833



ALFONSO XIII

Reinó desde 1885 a 1931

DINASTIA

Doña Isabel II

Doña Isabel casó con su primo Don Francisco de Asís de Borbón, hijo de Don Francisco de Paula, que a su vez era hermano del primer rey carlista Don Carlos V. Reinó desde 1833 a 1868, en que fué destronada por la Revolución, yendo a vivir a París.

Hasta 1874, hubo en España, gobierno republicano, provisional y de Don Amadeo de Saboya, que reinó desde 1871 a 1873, en cuyo año renunció a la corona. Y en 1874 vino la Restauración, proclamándose en Sagunto a su hijo Alfonso XII.



ISABEL II
(Monarquía Constitucional)

LIBERAL

Don Alfonso XIII

Alfonso XIII, hijo de Don Alfonso XII, y nieto, por lo tanto de Doña Isabel II, fué destronado en Abril de 1931 por la actual república, que lo condujo a Cartagena, donde embarcó para Francia, fijando su residencia en Fontainebleau.

Antes de morir Don Jaime de Borbón parecía querer reconciliarse con la dinastía carlista, y al efecto solicitó una entrevista con Don Jaime, y más tarde asistió al entierro y funerales del caudillo carlista. Según la prensa, actualmente sostiene aún sus pretendidos derechos.

guantería huguet

extenso surtido en guantería, bolsos piel y novedades para señora

josefina campá
hija de rosa huguet

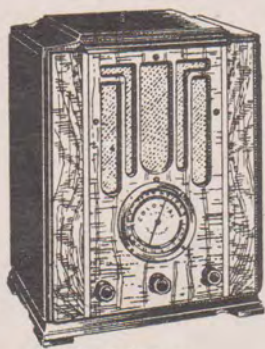
avd puerta del angel, 1-barcelona

IMPRESA CASTILLON



Muntaner, 71. - Teléfono 32173
BARCELONA

COLONIAL RADIO



MODELO 251

Colonial 167 Alterna 15- 550 m	Pesetas 1.500
Colonial 604 » 15- 550 m	Pesetas 950
Colonial 251 » 15-2000 m	Pesetas 850
Colonial 652 » 15- 550 m	Pesetas 650
Colonial 650 » 15- 550 m	Pesetas 600
Colonial 657 AC-DC 15- 550 m	Pesetas 500
Colonial 651 Alterna 15- 550 m	Pesetas 500
Colonial 654 AC-DC 200- 550 m	Pesetas 320

Los OCHO modelos últimos COLONIAL para 1935 mantienen a esta famosa marca en la

CUMBRE DE TODAS LAS JERARQUIAS

Una tradición de prestigio y calidad perpetuada a través de cada temporada otorga a COLONIAL una autoridad de dictador

Un COLONIAL es sólo comparable a otro COLONIAL

Modelos para todas las ondas y para todas las corrientes (15 a 2.000 mts.) Modelo 167, especial para bailes y grandes establecimientos

Distribuidor para España:
RADIO SATURNO

(Decano de la Radio)

Apartado 501
BARCELONA

Gran Sastrería del Padró

Plaza del Padró, 16
Teléfono 15546
BARCELONA

Trajes y abrigos confeccionados con la máxima perfección

Maestros cortadores de primer orden para la medida

Casa de absoluta confianza

TALLERES DE LATONERIA

Grifos y Válvulas para agua y vapor y objetos de lampistería

RAMON SOLER

Lámparas de soldar FEYER. Patente núm. 67498

Engranajes de precisión de 3 a 60 milímetros de diámetro

Se construyen bajo modelo o diseño, toda clase de piezas en latón, bronce, níquel, etc.

Carmen, 31 - Tel. 19822 - Barcelona

LIBRERIA

La Hormiga de Oro, S. A.

Inmensa variedad de libros y objetos de piedad. - Gran surtido en Misales, Sermonarios. Devocionarios, Narraciones eucarísticas, escolares y Vidas de Niños Santos. - Recordatorios de Primera Comunión y otras clases. - Obras de literatura clásica, amena y para el teatro católico. - Especialidad en impresiones y encargos a varias tintas. - **Prontitud - Esmero - Economía**
Avda. Puerta del Angel, 2. - Tel. 18455. - **BARCELONA**

El tratado de Utrech

Como muchos españoles, al tratar de la guerra de Sucesión en que tan señalado papel jugó Cataluña, ignoran el verdadero origen, significado y alcance de los tratados de Utrech, damos a continuación una nota explicativa y concreta:

Los tratados de Utrech, o mejor dicho, «Tratado de Utrech», es el que principalmente hizo cesar la tan desastrosa como prolongada guerra de Sucesión, en que una mitad de Europa luchaba a brazo partido contra la otra. Y su principal objeto fué impedir que la corona de Francia se reuniese con la de España y bajo un solo cetro.

La renuncia que Felipe V, con la aprobación de las Cortes de 1712, hizo por sí y por sus descendientes varones del derecho eventual al trono de Francia era indispensable para que fuese firme y estable que el mismo Felipe V asegurase a sus descendientes en la línea varonil el derecho de sucederle en el trono de España; y esto lo ejecutó el monarca con la famosa ley de Sucesión aprobada por las Cortes de 1713, ordenando que entre sus descendientes fuesen los varones preferidos a las hembras, según se expresa en la referida ley, que es la quinta del título primero, li-

bro tercero de la Novísima Recopilación.

Ved aquí la utilidad evidentísima o necesidad que impelió a Felipe V a fijar, como cabeza de la nueva dinastía, este arreglo en la sucesión al Trono.

En el Código publicado por orden de Carlos IV en 1805, y circulado a todos los pueblos de España, pueden apreciarse las formalidades con que todo se practicó, pues no puede darse una ley con mayores solemnidades.

Y esta ley de Felipe V es la inviolable que al tiempo de nacer el infante don Carlos (primer rey de la dinastía carlista más tarde), le dió el derecho de reinar en caso de morir su hermano mayor don Fernando (después Fernando VII) sin hijo varón.

Como, efectivamente, así murió don Fernando, con sólo dos hijas, siendo éste motivo (no el único ciertamente) que originó la llamada «Guerra de los Siete Años», o sea la primera guerra carlista.

Contra lo que han dicho algunos autores liberales, dando al célebre tratado otros alcances, habla elocuentemente el propio texto del tratado.

Carta dirigida por el rey Carlos Alberto al señor D. Carlos V.

Mi muy querido hermano y primo: Acabo de recibir la carta que habéis tenido la bondad de remitirme por conducto del Conde de Alcudia, y me apresuro a manifestaros la satisfacción que me ha causado. V. M. conoce perfectamente la alta estima que me inspiraron sus raras virtudes, así como los sentimientos que le expresé, de un modo completamente particular, desde el momento que tuve la dicha de conocerlo personalmente; así no dudará V. M., yo lo espero, del vivo interés que constantemente he tenido por la «causa santa» de la «legitimidad» en España, y el mantenimiento de los derechos de V. M., «que, a mi juicio, han sido siempre incontestables».

El reconocimiento formal de estos derechos por parte de las Potencias ha sido siempre el objeto de mis votos; y si me abstengo de tomar actualmente la iniciativa, proclamándolos por mi

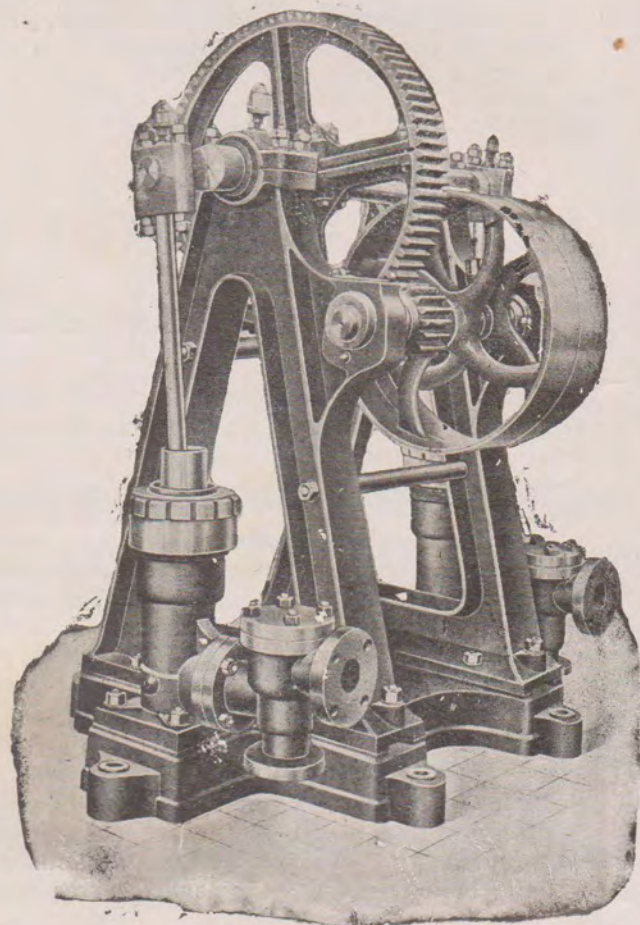
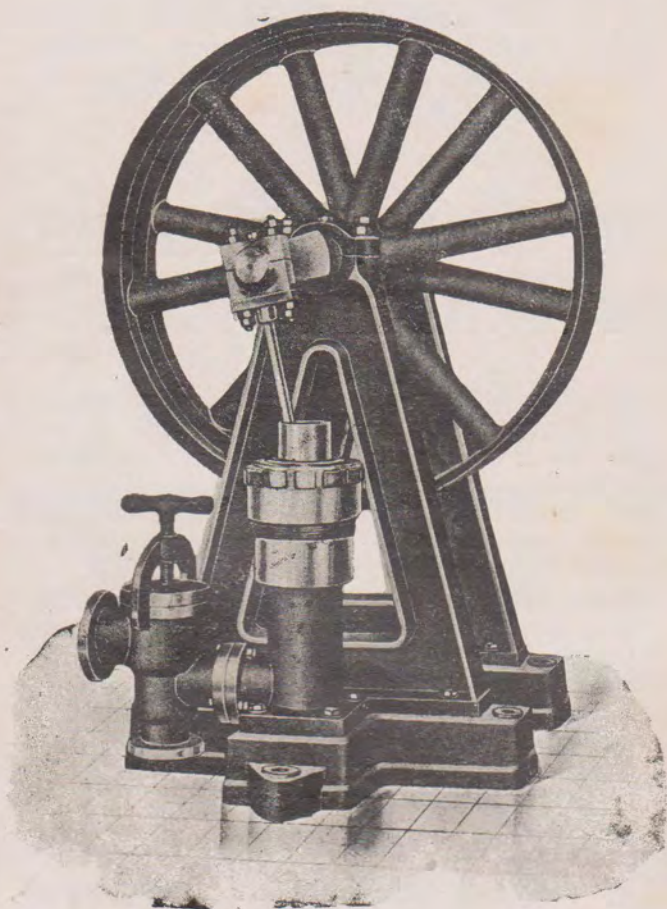
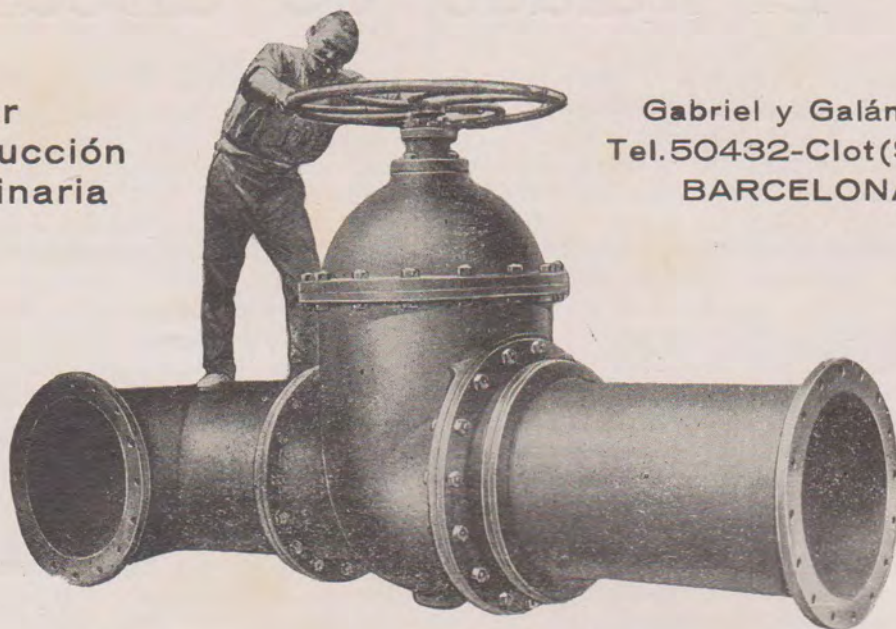
parte, es únicamente por la seguridad en que estoy de que tal declaración, colocándome en una posición aislada entre mis aliados, disminuiría la eficacia de los pasos ulteriores que deseo poder dar cerca de ellos para obtener de su parte aquella determinación. Tengo la esperanza fundada de que las instancias directas que V. M. ha tomado la sabia resolución de dirigirles, no tardarán en tener feliz resultado y con esta esperanza aprovecho muy gustoso la preciosa ocasión que ha tenido a bien presentarme para ofrecer a V. M. nuevas seguridades de la alta consideración y sentimientos los más afectuosos, con los cuales soy, mi querido hermano y primo, de V. M. el más afectísimo hermano y primo, — CARLOS ALBERTO.

Turín 1.º de mayo de 1834.

SALVADOR MAURI

Taller
de Construcción
de Maquinaria

Gabriel y Galán, 6
Tel. 50432-Clot (S. M.)
BARCELONA



Los Héroes de la Primera Guerra

(de 1833 a 1870)



D. Tomás de Zumalacárregui y de Imaz

Hijo del Sr. D. Francisco Antonio de Zumalacárregui, escribano real y propietario de Ormaíztegui (Guipúzcoa) nació en dicha villa el día 29 de diciembre de 1788; a los quince años de edad empezó a instruirse en la profesión de su padre; tres años más tarde cultivó en Pamplona la curia eclesiástica, y al estallar la guerra de la Independencia se dirigió a Zaragoza cuando la capital de Aragón resistía, con asombro de toda Europa, los desesperados esfuerzos de 40.000 soldados franceses dirigidos por expertos generales del Imperio napoleónico,

El joven D. Tomás de Zumalacárregui fué destinado el día 8 de julio de 1808 al primer Batallón de Voluntarios de Aragón, como soldado voluntario, y poco después fué nombrado soldado distinguido.

Concluido el primer sitio de Zaragoza, batióse el Sr. de Zumalacárregui en los campos de Tudela y volvió a Zaragoza para asistir al segundo sitio de dicha capital. En una salida que hizo el Brigadier Butrón el día 31 de diciembre fué hecho prisionero; pero a los pocos días pudo evadirse del campamento francés y arrojando no pocos peligros presentóse al célebre guerrillero D. Gaspar de Jáuregui, quien le nombró su secretario, con cuyo carácter asistió a las sangrientas refriegas de Azpiroz, Oyarzun, Tieba, Santa Cruz de Campezu y el Carrascal, por las que fué ascendido al empleo de Subteniente.

En 1810 fué destinado al primer regimiento de infantería de Guipúzcoa, con cuyo cuerpo concurrió a los combates de Villarreal, de Zumárraga, Puente de Belascoain, Unzué, Urrestrilla, Ataun, Azcoitia, Arechavaleta, Vergara, Loyola y Segura.

A fines de 1812 ya era Capitán en el regimiento últimamente citado, con el cual asistió durante el año siguiente a las acciones de Descarga, Irrazain, Saciola, Mendaro y Salinas; tomó parte en la célebre batalla de San Marcial, y, terminada la guerra de la Independencia, pasó a desempeñar el destino de archivero de la Capitanía General de las provincias vascongadas, y más tarde sirvió sucesivamente en los regimientos de Borbón, de Valencia y de las Ordenes Militares.

Cuando el General Marqués del Moncayo se levantó en armas contra el gobierno constitucional, fué separado del servicio el Capitán Zumalacárregui, quien se presentó en Almandoz, el día 22 de agosto de 1822, al ya citado General, con-

firiéndosele acto seguido el mando del segundo batallón de la división realista de Navarra, al frente de cuyo cuerpo asistió nuestro biografiado a la derrota del jefe constitucional Tabuenca, en Benarre; a las acciones de Tous, Barbastro y Ventrié; a la toma de Carbás (en donde hizo 600 prisioneros), y cuando el General Marqués del Moncayo vióse derrotado en Nazar y Asarte, fué el Teniente Coronel Zumalacárregui quien con su batallón sostuvo la retirada de las tropas realistas.

Encargado el General D. Carlos O'Donell del mando en jefe de los realistas navarros, escoltóle con su batallón el Teniente Coronel Zumalacárregui, quien después, a las órdenes del nuevo Comandante General de los realistas navarros D. Santos Ladrón de Cegama, distinguióse en la acción de Muniain, en el ataque de Estella y en las victorias obtenidas en Larrasoña y Villalba sobre el famoso jefe constitucional *Chapalangarra*.

El Teniente Coronel Zumalacárregui estuvo encargado del sitio de Monzón; batióse en la acción de Tamarite; derrotó al General constitucional San Miguel, y asistió al bloqueo de Lérida, siendo agraciado con la Cruz de la Fidelidad Militar.

Terminada la campaña realista con la derrota de los constitucionales, el Teniente Coronel Zumalacárregui organizó el regimiento de infantería de voluntarios de Aragón, 2.º de Ligeros; después pasó al regimiento de infantería de Cazadores del Rey, 1.º de Ligeros, cuyo mando interino ejerció por espacio de catorce meses; en 1827 fué nombrado Caballero de la Real y Militar orden de San Hermenegildo; en 1828 pasó al regimiento de infantería del Príncipe, y admirado D. Fernando VII del brillante estado en que llegó a colocar el Sr. de Zumalacárregui dicho Cuerpo, le ascendió al empleo de Coronel en 10 de febrero de 1829, y le dió el mando del regimiento de voluntarios de Gerona, de guarnición en Madrid.

Después pasó el Coronel Zumalacárregui a Valencia a mandar el Regimiento de infantería de Extremadura, con el cual fué más tarde al Ferrol, en cuya plaza ejerció el cargo de Gobernador político-militar. Entonces se presentó a nuestro insigne biografiado ocasión de demostrar una vez más sus excepcionales dotes de militar y de caballero.

He aquí cómo explica el caso un historiador liberal tan poco sospechoso como D. Ildefonso Antonio Bermejo, Gentil-hombre de D. Alfonso, en las páginas 75 y 76 de su obra titulada *La Estafeta de Palacio*.

«Hacia muchos años que existía en el distrito »del Ferrol una sociedad de ladrones, organiza- »da y juramentada secretamente, y de tal mane- »ra constituida que no era posible exterminarla, »a pesar de las diligencias que para este propósito

»se practicaban. Es fama que en esta asociación »execrable trabajaban toda clase de personas, y »hasta funcionarios públicos de no escasa impor- »tancia. Vanos fueron los esfuerzos del General »Conde de Casa-Eguía, (por entonces Capitán »General de Galicia), para dar con el hilo de la »inicia trama, porque engañado por los servi- »cios que aparentaban prestar el Alcalde Mayor »del Ferrol, elevado más tarde a Oidor de la Au- »diencia, y un escribano, delatando y prendien- »do a rateros que no pertenecían al infame gre- »mio, no pudo ni sospechar que estas dos perso- »nas eran las que más directamente ayudaban al »crimen y borraban con astucia la pista de los »verdaderos delincuentes. Poco satisfecho el Ge- »neral Conde de Casa-Eguía de la conducta pe- »rezosa del Coronel Sanjuanena para el extermi- »nio de aquella criminal gavilla, dió al coronel »Zumalacárregui el encargo de trabajar activa- »mente en este sentido, y fué tan atinado en pro- »ceder, que en poco tiempo logró descubrir la »raíz que sostenía aquella infame asociación. El »íntegro militar recibía con frecuencia papeles »anónimos con grandes ofertas de dinero para »que desviase su inquisición del camino por don- »de la llevaba, y viendo los malvados lo estéril »de sus ofertas, recurrieron a la amenaza de ase- »sinarle; pero ni el halago de la dádiva ni el te- »mor de un atentado apartaron a Zumalacárregui »de la senda de su deber, y habrían sufrido los »criminales todo el rigor de las leyes si los acon- »tecimientos de La Granja no hubieran venido »a facilitar los medios para desconceptuar al Co- »ronel por sus opiniones absolutistas que, por »otra parte, nunca había disfrazado. Cuéntase »que el Gobernador de la plaza tuvo grandes cues- »tiones con los marinos a consecuencia de calum- »nias acusaciones de conspiración, y hasta lle- »gó a recelarse que las tropas y los marinos vinie- »sen a las manos. Fué Zumalacárregui destituido »del cargo que desempeñaba. Solicitó su reposi- »ción atestiguando con datos irrecusables la in- »justicia de su separación; llegaron las quejas del »Coronel hasta el mismo General Marqués de »Moncayo, el cual le trató con aspereza incalifi- »cable al notar la franqueza con que demostraba »su desafección hacia la Reina gobernadora. En »vista de este desabrimiento, pidió D. Tomás su »retiro para Pamplona, y le obtuvo sin reitera- »das demandas; pero no por eso dejó de ser ob- »jeto de la más escrupulosa vigilancia.»

En Pamplona dedicóse el Coronel Zumalacárregui a disfrutar tranquilo de las delicias del hogar doméstico y a hacer con algunos amigos íntimos bulliciosas expediciones venatorias, hasta que a la muerte de Don Fernando VII inició la guerra carlista en Navarra el Mariscal de Campo D. Santos Ladrón de Cegama, cuyo fusilamien-

to decidió al Coronel Zumalacárregui a salir a campaña.

Una mañana lluviosa de los últimos días de octubre de 1833, salió el Coronel Zumalacárregui solo, envuelto en su capote de uniforme, por la puerta de Nuestra Señora del Camino, de Pamplona, y tomó la dirección de Irurzún; a poco encontró a un hombre que le esperaba con un caballo en el cual montó y siguió para Huarte-Araquil, en donde conferenció con algunos carlistas, y al amanecer del día siguiente conversaba ya con el Coronel Iturralde, que era quien mandaba entonces a los carlistas de Navarra, por tener más antigüedad que los demás jefes navarros que estaban ya en campaña; el Coronel Zumalacárregui era también más moderno que el Coronel Iturralde; pero como las dotes militares del primero eran reconocidamente superiores a las del segundo, celebróse en Estella una junta de jefes y capitanes, compuesta de los señores Echevarría, Marichalar, Sarasa, Fuertes, Ripalda, Eyaralar, Ichazo, Zola, Ilzarbe, Tarragual, García (Don Francisco), Zaratiegui, Berdiel, Zubiri, Echarte, Goñi y Ulibarri, quienes acordaron por unanimidad que se encargase el Coronel Zumalacárregui del mando en jefe, con el cargo de Comandante General de Navarra, cuyo acuerdo fué aprobado por el Comandante General en propiedad, que lo era por entonces el Brigadier D. Francisco Benito Eraso, quien considerándose a sí mismo inferior en dotes militares al Coronel Zumalacárregui, dió una gran prueba de modestia y amor a la Causa que defendía, ordenando a sus subordinados que reconociesen todos a D. Tomás de Zumalacárregui por primer Comandante General de Navarra y a él por segundo de tan ilustre jefe.

Zumalacárregui al tomar el mando de los carlistas navarros escribió ya en aquel mismo acto una de las más brillantes páginas de su historia, con la alocución que en lenguaje fraternal, dirigió a sus voluntarios, y con las acertadas disposiciones que desde el primer momento dió para ir realizando desde luego el sabio plan de organización y campaña que se había trazado, y que subió a llevar a cabo hasta el nefasto día de su muerte. Infundir alientos y esperanzas a unos hombres como sus voluntarios, que, aunque acababan de ser derrotados, conservaban ardiente entusiasmo por la Causa que procalmaban, obra era que estaba al alcance de cualquier jefe que fuera valiente y animoso; pero convertir masas informes, sin instrucción ni sistema alguno militar, en cuerpos regulares e instruídos, dotarle de una disciplina severa y establecer en ellos una subordinación ciega y rigurosa, y todo esto a la vista de un enemigo ya organizado, superior en número y en toda clase de elementos de combate, que hallábase por entonces pujante y victorioso, y al que, sin embargo, logra al fin derro-

tar al poco tiempo en gran número de memorables batallas... Para tan brillantes éxitos se necesitaba un genio formado por la Providencia, desarrollado con el estudio y fortificado con una larga práctica de la vida militar; se necesitaba, además, un tesoro de acometividad y de constancia. Esta grande obra, que hemos procurado bosquejar, aunque con tintas harto pálidas y poco vigorosas, fué la que llevó a cabo D. Tomás de Zumalacárregui; y aún hizo más: comprendiendo que si las partidas sueltas pueden sostenerse con recursos improvisados, los ejércitos necesitan, en cambio, contar con una hacienda formalmente establecida y metodizada, con un centro permanente de elementos, creó una junta, cuyas atribuciones se extendían a la recaudación de metálico, aprovisionamiento de víveres, equipo y armamento de las tropas.

Por otra parte, como un ejército sin espionaje, lo mismo que un gobierno sin policía, sería a cada paso víctima de un enemigo activo y sagaz, Zumalacárregui, explotando con destreza los sentimientos carlistas de los naturales del país y estimulando su celo, consiguió que idóneos campesinos le comunicasen (muchas veces con una precisión admirable) los movimientos y operaciones de las tropas liberales. A Zumalacárregui debióse también la creación y organización de los famosos *aduaneros*, hombres audaces, avezados de antiguo a arrostrar toda clase de peligros, que interceptaban las comunicaciones del enemigo, detenían los correos, imponían tributos a los transeúntes y que, al amparo de los accidentes del terreno, molestaban y hasta diezmaban constantemente a las fuerzas isabelinas.

Tomadas estas disposiciones, que las circunstancias no sólo aconsejaban, sino que lo exigían imperiosamente, cuando aún tenía que confiar más en el valor que en la instrucción de sus voluntarios, condúíoles ya el caudillo Zumalacárregui a los combates, a pelear con tropas de antiguo organizadas, instruídas, mandadas por jefes expertos, arrojados y ya veteranos; sostuvo el 29 de diciembre de 1833 la ventajosa acción de Nazar y Asarte, dirigió un ataque infructuoso sobre la plaza fortificada de Vitoria; venció, en cambio, en los campos de Heredia; hizo frente en Huesca al General en jefe isabelino Conde de Villarín, quien, de resultas de dicha acción, fué substituído en el mando del ejército liberal del Norte por el General Marqués del Moncayo; pero éste no tuvo mejor suerte que su antecesor, pues vióse vencido por el General Zumalacárregui en Alsasua, en Gulina (donde también fueron derrotadas las tropas del General isabelino D. Manuel Lorenzo) y en Muez, quedando con todo ello tan quebrantado el prestigio del General Marqués del Moncayo, que el gobierno de Madrid le reemplazó con el General Marqués de Rodil,

Chocolates



EDUARDO PI

PATATAS Y CEREALES

MIGUEL LLORENS

BARCELONA

Ermengarda, 12 (H).

Teléfono 30276

Industriales!...

Unos buenos auxiliares para vuestras máquinas, són...

Correas COWER

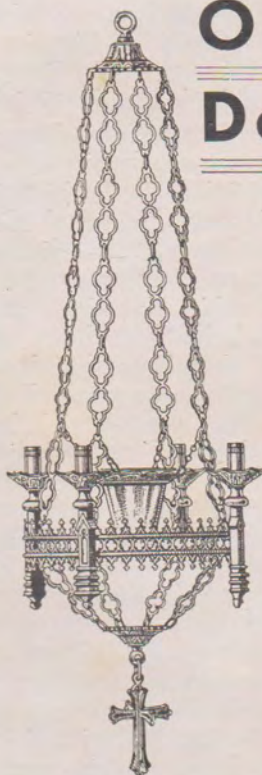
Tiratacos MELCIOR

de la Casa

JOSE M.^a BUSQUI

Martí Vilanova, 84 BARCELONA

Octavio
Domenech



Metales de Arte
Bronces para
Obras • Buques
Tiendas • Templos
Muebles • Vago-
nes • Cementerios
Cortinajes etc.

Tallers, 45
(frente a Jovellanos)
Tel. 16306
Barcelona

quien acudió al Norte con un refuerzo de 14.000 hombres, reuniendo con ellos a sus órdenes un total de 35.000 soldados a principios de julio del año 1834.

Pocos días después entró en España, por Elizondo, D. Carlos, cuya primera entrevista con el General Zumalacárregui debió halagar extraordinariamente el amor propio de tan insigne caudillo. Al considerar D. Carlos que aquel grande hombre sólo con la fuerza de su genio había sabido aunar tantos elementos heterogéneos, sobreponerse a rivalidades mezquinas y desbaratar, a la cabeza de bisoños soldados, cuerpos enteros de tropas veteranas y aguerridas, eclipsando la gloria de hábiles, entendidos y valerosos generales enemigos; al considerar todo esto D. Carlos, no pudo dominar su emoción y su afecto, y se arrojó en brazos del invicto General Zumalacárregui, manifestándole de la manera más cordial lo altamente satisfecho que se hallaba de su comportamiento, pericia y denuedo, confirmándole, lleno de gratitud y de entusiasmo, en el alto cargo de General en Jefe de los carlistas del Norte, con el empleo de Mariscal de Campo.

Después sostuvo el General Zumalacárregui las indecisas acciones de Olazagoitia y Artaza, destrozó en Larrión y Viana a la División del General Barón de Carondelet; arrolló cerca de Eraul a las tropas de los generales D. Marcelino de Oráa y Don Francisco de P. Figueras, y, si bien sufrió un revés en Echarri-Aranaz, consiguió sólidos triunfos en los campos de Arrieta y Alegría, derrotando en ellos al General Osma y al Brigadier O'Doile, cuyas victorias valieron al caudillo carlista el ascenso a Teniente General, así como la gloria de quebrantar el prestigio del General en Jefe enemigo Marqués de Rodil, que fué reemplazado por el famoso General D. Francisco Espoz y Mina, quien después de numerosos combates de varia fortuna, perdió también al fin su fuerza moral y la aureola de General invencible al ser derrotado por los carlistas en los campos de Doña María, en vista de lo cual el gobierno isabelino dispuso que tomase personalmente el mando en jefe de su ejército del Norte su Ministro de la Guerra, el General Conde de Villarín.

Entretanto D. Carlos colocaba solemnemente, el día 30 de octubre de 1834, en Oñate, al frente de sus victoriosas tropas, la banda y la placa de la Gran Cruz de la Real y Militar Orden de San Fernando sobre el pecho del Teniente General D. Tomás de Zumalacárregui, cuya vida fué ya desde entonces una serie no interrumpida de triunfos memorables; derrotó en Eraul al General Figueras; en las Peñas de San Fausto, al General Barón de Carondelet; en Viana, otra vez al General Figueras; en el Puente de Arquijas, a los generales D. Luis Fernández de Córdova y D. Marcelino de Oráa, y más tarde también, en el mismo

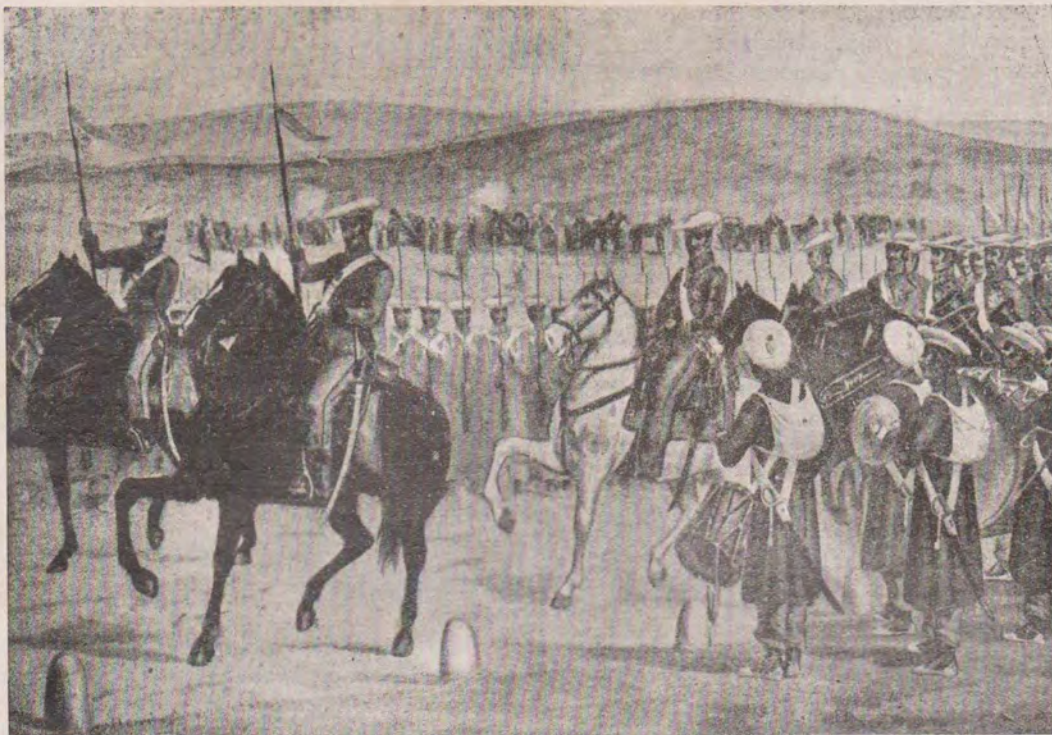
puente, al General D. Manuel Lorenzo; en el valle de Zama, al General Oráa; a fines de diciembre de 1834, a los generales Pastor e Iriarte; y durante el año siguiente venció al General Carratalá en Ormaiztegui; al General Lorenzo en Orvizo, en el puente de Arquijas y en Los Arcos; a los generales Espartero, Lorenzo, Carratalá y Jáuregui en Celendiet; al General Aldama en Arroniz; al General Hoyos en Torregalindo; a los generales Conde de Villarín (Ministro de la Guerra), Fernández de Córdova y Aldama en las Amézcoas y al General Espartero en Descarga; se apoderó de Echarri-Aranaz, Treviño, Villafraña, Tolosa, Vergara, Ochandiano, y pensaba en dirigirse sobre Vitoria cuando hubo de poner sitio a Bilbao, contra su propio parecer, obligado a ello por la imprudencia de algunos cortesanos de D. Carlos, pues el General Zumalacárregui no quería poner por entonces sitio a la capital vizcaína por considerar a la sazón difícil apoderarse de ella, y porque aún en el caso de lograr su conquista le ocasionaría esto la pérdida de muchos hombres y de un tiempo preciosísimo, considerando, en cambio, como muy seguro obtener a poca costa un gran triunfo al operar sobre Vitoria.

Marchó el General Zumalacárregui sobre Bilbao al frente de 14 batallones, dos cañones de a 12, uno de a 6, dos de a 4, dos obuses y un mortero, artillería que resultaba harto escasa y deficiente para aquella empresa. a pesar de estar dirigida por tan brillante jefe como D. Vicente de Reina, de quien nuestro respetable y querido amigo el General de Artillería D. Mario de la Sala dice en su folleto sobre *La Historia de la Artillería Española* (página 27) que su nombre debía figurar en la lista de los oficiales de Artillería muertos en campaña con que se honran los escalafones del Cuerpo de Artillería, para gloria del mismo y emulación y ejemplo de los oficiales vivos, pues afirma el caballeroso General alfonsino ya citado, que el referido jefe de Artillería carlista D. Vicente de Reina, *muerto valerosamente en campo enemigo, murió honrando al Cuerpo que le formó, con el brillo de su saber, bizarría y caballerosidad.*

Si se comparan los elementos de que disponía el General Zumalacárregui para sitiar a Bilbao, con los de que dicha plaza liberal disponía para su defensa, se comprenderá mejor la dificultad de su conquista, pues tenía Bilbao 4.000 hombres de guarnición, además de los que constituían su Milicia Nacional, y protegían dicha plaza varios fuertes artillados con más de cuarenta piezas de Artillería, treinta de las cuales eran de grueso calibre.

El día 15 de junio de 1835, encontrándose el General Zumalacárregui en un balcón de la casa denominada de Quintana (inmediata a la Iglesia

Campo Carlista. — Primera guerra civil



Don Carlos V revistando sus tropas en el Norte



Preparando una emboscada en pleno monte

Campo Carlista. — Primera guerra civil



Una carga en plena batalla



Defendiéndose en una trinchera

**ESCULTURA - DECORACION
FIGURAS FINAS PARA BELENES**



**R
O
S
E
N
D
O

O
L
I
V
E
L
L
A**

Relieves-Santas Cenas-Crucifijos.-Restauración de toda clase de
Imágenes y Capillas-Imágenes en madera y pasta madera-Peñas
Reclinatorias-Regalos 1.ª Comunión

BOTERS, 19-21 (continuación Puertaferri). Tl. 12842.-BARCELONA

Taller Mecánico de Tonelería,
Tornería i Manufactura de
grifería de madera

ANTONIO YSCLA

Exportación a Provincias y
Ultramar

Pedro IV, 192.-Tel. 50683
BARCELONA

carbones solé

casa fund.ª en 1896

carbones especiales
para calefacción y
usos domésticos

precios especiales
para comunidades
religiosas

almacén y despacho:

roger de flor, 229

teléfonos núms.

80492 - 71084

barcelona

Talleres de Calderería de hierro, cobre y
Construcciones Metálicas.-Soldadura
Eléctrica y Autógena.-Calderas
de vapor nuevas y
reparadas

MANUEL ORTELLS

Almogávares, 142

Tel. 53386 Barcelona

Granja Santa María

de P. CORTADA. - Barcelona

Leche de vaca y cabra-Especialidad
en productos lácteos

Central: Séneca, 18.
T. 71014.-Sucursales:
Camp, 39. Tel. 81657.
Urgel, 252. - Proven-
za, 16. - Bajada de
Cazadores, 6. - Ma-

riano Cubí, 100. Te-
léfono 77953 -Valen-
cia, 508.-Avda. 14 de
Abril, 520. Tl. 77570.
Castillejos, 347.
y Igualdad, 268.

Precios especiales para instituciones religiosas

colchonería

de

miguel valls

miraguano. - lanas en
rama. - gran surtido en
telas de todas clases.

precios económicos
y especiales para fa-
milias tradicionalistas

calle salvador seguí, 3
(antes cadena). entrada
por la calle del hospital

teléfono núm. 16602

barcelona

de de Nuestra Señora de Begoña) examinando con un anteojo de campaña los trabajos de sus tropas y el estado de las obras de defensa del enemigo, fué herido por una bala de fusil en la pierna derecha.

El General Zumalacárregui encargó entonces del mando al General Eraso, y se hizo conducir a Cegama, adonde llegó el 17 de junio acompañado por su Ayudante de Campo el bravo y entendido Coronel D. Carlos de Vargas (después general) inolvidable y respetado amigo nuestro a quien tuvimos el honor de conocer en la emigración cuando la última campaña carlista y que, por cierto, hubo de acompañar a su General apoyándose en muletas a causa de heridas recientes; la del General Zumalacárregui no ofreció carácter temible durante los días 18 al 22 de junio; pero habiéndose procedido a la extracción de la bala (contra todos los consejos de la razón y de la ciencia y sin que el Coronel Vargas se enterase del caso) por un curandero en quien tenía gran confianza el insigne caudillo carlista, agravóse éste de tal modo en las primeras horas de la mañana del día 24, que llegó a considerarse como seguro su próximo fallecimiento por cuantos le rodeaban. Así lo comprendió también el General Zumalacárregui, quien, sin quejarse de su fatal destino, pidió y recibió con gran fervor todos los auxilios espirituales, y exhaló el último suspiro a las once menos cuarto de la mañana de aquel mismo día, en los brazos de un sacerdote apellidado Zabala y de su Ayudante Coronel Vargas.

Su cadáver fué amortajado y con todo lo mejor que poseía: le vistieron de frac y pantalón negros, chaleco blanco, corbata blanca y la banda de la Real y Militar Orden de San Fernando.

Al día siguiente celebráronse solemnes funerales presididos por el Mariscal de Campo D. Joaquín de Montenegro, Comandante General de Artillería, en representación de D. Carlos, cuyo augusto Señor con aquella fecha de 25 de junio de 1835 expidió un decreto nombrando Capitán General *con motivo de su gloriosa muerte y en recompensa de las eminentes y heroicas virtudes de tan insigne y animoso caudillo*, a D. Tomás de Zumalacárregui, cuyos restos mortales fueron conducidos al cementerio de Cegama en hombros de sus ayudantes de campo señores Lacy, Cacés, Berdiel y Plaza.

Cuando se hizo el inventario de los bienes del General Zumalacárregui resultó que todo lo que aquel grande hombre poseía reducíase a tres caballos con sus monturas, una mula, tres pares de pistolas, una escopeta, un anteojo de campaña que le había regalado el célebre Lord Elliot, y catorce onzas en oro: este sólo hecho constituye el más elocuente panegírico de las virtudes del General Zumalacárregui, cuyos restos mortales descansan actualmente en la iglesia parroquial de Cegama, en un magnífico mausoleo construído por el laureado escultor D. Francisco Font y Pons, de Madrid, y costeadado por suscripción popular. El día 23 de diciembre de 1886 inauguróse solemnemente el citado mausoleo, presidiendo el acto



El General Zumalacárregui y su Estado Mayor

el Grande España Marqués de Cerralbo (en representación de D. Carlos), los brigadieres carlistas D. Federico Anrich y Barón de Sangarrén, el Conde de Sobradriel y los parientes del General Zumalacárregui señores D. José Manuel de Oráa y D. Eusebio de Zubizarreta; contribuyeron a dar gran realce a la solemne ceremonia los cantores y coros que, dirigidos por el Presbítero Sr. Zabala, interpretaron con admirable maestría la grandiosa Misa del ilustre maestro D. Hilario en Eslava, cuya Misa fué oficiada por el Sr. Zumalacárregui, pariente del General, con gran asistencia del clero de todas las villas y ciudades inmediatas, de las cuales acudió a Cegama multitud de carlistas, resultando pequeña la iglesia para contener a tantísimos como fueron allá ansiosos de consagrar un piadoso recuerdo a la buena memoria del General Zumalacárregui delante del mausoleo que guarda sus cenizas, en el cual figura por única inscripción el nombre de *Zumalacárregui, hermoso privilegio de la verdadera grandeza, que se entiende en todos los idiomas y se respeta en todos los pueblos*; inspiradas palabras de nuestro respetable y querido amigo el marqués de Cerralbo, al honrarnos, hace ya más de veintidós años, con un artículo relativo al mausoleo en que nos ocupamos, para su publicación en *La Juventud carlista* de Madrid.

Realmente, aquel insigne caudillo está considerado por amigos y adversarios políticos como una gloria patria, y tanto los militares españoles

como los extranjeros reconocen en él a uno de nuestros primeros capitanes.

El malogrado Comandante de infantería Don Francisco Villamartín, en su preciosa obra titulada modestamente *Nociones del Arte Militar*, al hacer la crítica y estudio de varias campañas notables, hace especial mención de las operaciones militares realizadas por el General carlista Zumalacárregui, cuyos méritos relevantes nos consta que (al menos hace algunos años) eran, aún más que entre nosotros, reconocidos y estudiados por el Estado Mayor del Imperio alemán, al igual que las célebres *Reflexiones militares* de nuestro insigne Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

El General de Artillería D. Mario de la Sala, en su reciente obra titulada *Obelisco histórico en honor de los heroicos defensores de Zaragoza* (página 295), se expresa así, hablando del General Zumalacárregui: «Su historia es bien conocida »de todas las personas cultas, y más principalmente de los militares aficionados a los estudios »técnicos de su profesión; como improvisador de »un ejército admirable, como gran maestro en la »guerra de montaña, como táctico insigne y como »persona dotada de las más altas prendas de inteligencia, firmeza de carácter, lealtad a su Príncipe, valor brillante y probidad incorruptible, fué »Zumalacárregui un modelo insigne que alcanzó »laureles imperecederos.»

D. Carlos concedió al General Zumalacárregui Grandeza de España, con los títulos de Duque de la Victoria y Conde de Zumalacárregui.



Un "alto" en el camino



D. Joaquín Abarca
Obispo de León

Nació en Huesca en 1781; graduóse en Madrid de Doctor en Derecho Civil y Canónico; ejerció con lucimiento la carrera de Abogado; hizo-se más tarde Sacerdote; obtuvo por oposición la Dignidad de Canónigo Doctoral de la Santa Iglesia Catedral de Tarazona, y cuando la guerra de la Independencia, redujéronle a prisión los franceses en la cárcel de Zaragoza.

En 1822, cuando el Gobierno constitucional desterró al señor Obispo de Tarazona, el Cabildo capitular de dicha Diócesis eligió al Doctoral Abarca para el gobierno interino de la misma; pero tuvo que emigrar a Francia, a causa de las persecuciones de que fué objeto por parte de los liberales.

En 1824 fué preconizado Obispo de León el señor Abarca, quien al año siguiente pasó a Ma-

drid llamado por Don Fernando VII para tenerle a su lado con el cargo de Consejero de Estado, en el desempeño del cual prestó eminentes servicios que fueron recompensados con la Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden de Carlos III.

Al encargarse Doña María Cristina de Borbón del Gobierno del Estado por enfermedad de Don Fernando VII, cesó el señor Obispo de León en el cargo que ejercía en la Corte; regresó a su Diócesis; dirigió en 1.º de junio de 1833 una extensa carta a Don Fernando VII rogándole que suspendiera la jura de Doña Isabel de Borbón como Princesa de Asturias, por causa de cuya carta hubo de ocultarse en un rincón de su Diócesis, y cuando falleció Don Fernando VII emigró a Portugal en donde Don Carlos María Isidro de Borbón le nombró su Ministro Universal.

Cuando Don Carlos entró en España en 1834, el señor Obispo de León trabajó infatigablemente en Francia y en Inglaterra en favor de su Causa, y al cesar D. Juan Bautista Erro en el cargo de Ministro Universal de Don Carlos, nombró éste un nuevo Ministerio cuya Presidencia confirió al citado señor Obispo, confiriéndole además la Secretaría de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia, y encargando de las de Guerra, Hacienda y Negocios Extranjeros, respectivamente, al General Cabañas, a D. Pedro A. de Labandera y a D. Wenceslao Sierra.

También ejerció el señor Obispo Abarca en el campo carlista los cargos de Delegado Apostólico y Vicario General Castrente, e influyó siempre en los asuntos carlistas, hasta que tuvo que emigrar a Francia poco después de ser nombrado General en Jefe del Ejército carlista del Norte el General Don Rafael Maroto.

Terminada la guerra con el Convenio de Vergara, volvió el señor Obispo Abarca a reunirse en el extranjero con Don Carlos María Isidro de Borbón, a quien siempre sirvió con acrisolada lealtad.

Fué el muy ilustre señor Obispo de León Don Joaquín Abarca, una de las más prestigiosas figuras de los primeros tiempos del Carlismo.



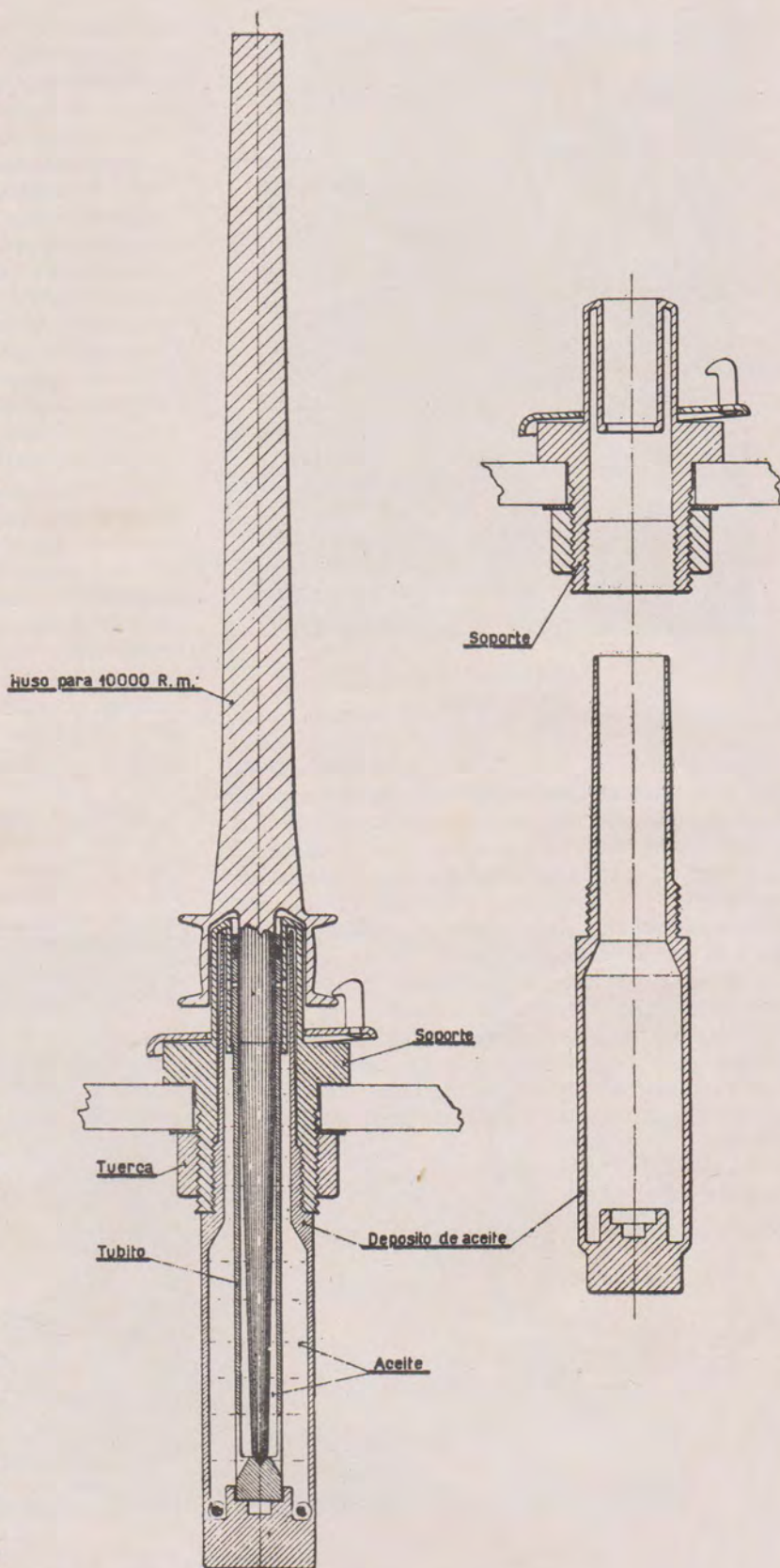
Husos para máquinas
de hilar y de torcer, pa-
tentados, de construc-
ción nacional, con modi-
ficaciones en el sistema
de lubricación, absolu-
tamente garantizados y
partiendo de unos prin-
cipios modernos comple-
tamente diferenciados de
los sistemas adoptados
hasta ahora.

●

JUAN
PAYAS
AUSIRO

●

Plaza Santo Domingo, 7
Teléfono 2351
MANRESA





Don Miguel Gómez y Damas

Comandante General de los carlistas de Andalucía

Nació en Torredonjimeno (provincia de Jaén) en el año de 1785; cuando la guerra de la Independencia, lanzóse a campaña con el empleo de Subteniente; pero fué hecho prisionero y conducido como a tal al Norte de Europa, hasta que al concluirse aquella guerra pudo, al fin, volver a España, siendo premiadas sus penalidades del extranjero con el ascenso a Teniente.

Hasta el año de 1820 sirvió Miguel Gómez en el regimiento de infantería de Saboya; pero cuando se inició la campaña realista fué de los primeros en hacer la guerra a los constitucionales, presentándose en Navarra al ilustre jefe Zumalacárregui, a cuyas inmediatas órdenes ganó el empleo de Capitán.

Aun después de vencidos los constitucionales siguió sirviendo el Capitán Gómez a las órdenes de D. Tomás Zumalacárregui, obteniendo la Cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo y llegando a ser Comandante del regimiento de infantería de Extremadura.

Al proclamar el General Zumalacárregui a Don Carlos, uniósese el Comandante Gómez, a quien aquel caudillo nombró Jefe de su Estado Mayor; como tal distinguióse en los combates de Nazar, Asarte, Vitoria, Heredia, Huesca, Alsasua, Gulina y Muez, siendo nombrado Brigadier por Don Carlos a quien recibió y escoltó al entrar en España en julio de 1834.

En octubre de aquel mismo año se confirió la Comandancia General de Vizcaya al Brigadier Gómez, quien asistió a la acción de Arquijas, sostuvo un combate ventajoso contra el Coronel Salcedo, pasó después a ejercer el cargo de Comandante General de Guipúzcoa, asistió a la acción de Doñamaría, venció al General Oraá en Ezcurra, ganó la Cruz de 3.^a clase de la Real y Militar Orden de San Fernando derrotando al General Jáuregui en Hernani y contribuyó a la victoria obtenida por los carlistas sobre el General Iriarte en Guernica, y a la toma de Tolosa, por cuyos hechos de armas vióse agraciado con la faja de Mariscal de Campo.

Cuando el General Conde de Casa-Eguía se encargó del mando en jefe del ejército carlista del Norte, confirmó al General Gómez en el mando de la 3.^a División, compuesta de las brigadas de D. Carlos Pérez de las Vacas, D. Juan Beaumurguía y D. José María Arroyo.

Habiéndose distinguido el General Gómez en la conquista de Lekeitio y en las victorias carlistas de Orrantia y de Arlabán, concediósele la Gran Cruz de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica, y cuando el General Villarreal se encargó del mando en jefe de los carlistas del Norte, puso al General Gómez al frente de aquella expedición que inmortalizó el nombre de nuestro biografiado, y de la cual procuraremos dar aquí alguna ligera idea.

La expedición mandada y dirigida por el General D. Miguel Gómez se compuso de los batallones 2.^o, 4.^o, 5.^o y 6.^o de Castilla, una compañía de Granaderos, los escuadrones provisionales 2.^o y 3.^o y una sección de Artillería de montaña, sumando un total de 2.700 hombres con dos cañones y 180 caballos.

Ejerció el cargo de segundo jefe de la expedición el Brigadier Marqués de Bóveda de Limia; mandaron, respectivamente, la Caballería y la Infantería los brigadieres Villalobos y Arroyo, y fué jefe de Estado Mayor el Coronel Castillo.

La expedición rompió la marcha saliendo de Amurrio a las dos de la madrugada del día 26 de junio de 1836 y llegó, de regreso, a Orduña el día 20 de diciembre de aquel mismo año, habiendo recorrido 825 leguas y habiendo entrado en más de 500 poblaciones, muchas de ellas tan importantes como Oviedo, Santiago de Compostela, León, Palencia, Albacete, Córdoba, Cáceres, Mondoñedo, Bailén, Ecija, Andújar, Martos, Valdepeñas, Ronda, Almadén, Trujillo y Algeciras.

Operaron contra la expedición del General carlista Gómez los generales isabelinos Espartero, Narváez, Manso, Seoane, Alaix, Tello, Pardiñas, Ribero, López (D. Narciso), Barutell, Rodil, San Miguel y Escalante; hubo ocasiones en que el General Gómez se vió cercado por 30 batallones y 2.000 caballos; pero supo burlarse de las combinaciones, marchas y contramarchas de sus per-

seguidores; venció al General Tello en los campos de Kibero y Villasante, al General Pardiñas, en Barco de Soto, al General D. Narciso López en Matilla, al General Escalante en Baena, a los brigadieres Flinter y Puente en Almadén, y obligó al Brigadier Ordóñez, Comandante General de la Serranía de Ronda, a refugiarse con sus tropas bajo la protección de los cañones ingleses de la plaza de Gibraltar.

Durante la expedición hizo prisioneros el General carlista Gómez, al General D. Narciso López, a los brigadieres Flinter y Puente, y a más de 4.000 hombres, entre jefes, oficiales, clases e individuos de tropa; cogió a los liberales gran número de caballos, fusiles, municiones y hasta varias piezas de artillería que tuvo que despeñar en los barrancos por no poder transportarlas en las difíciles marchas que, a veces, tenía que realizar al través de los más abruptos y peligrosos terrenos.

El General Gómez, con el armamento cogido al enemigo armó numerosas partidas, organizó nuevos y nutridos batallones y escuadrones, principalmente en Oviedo, Santiago de Compostela, Córdoba y Ronda, y aunque sufrió descabros en Villarrobledo, Majaceite y Alcaudete, volvió al Norte con 3.153 infantes, dos cañones y 633 caballos, o sea, con una División más nutrida que la que sacó del territorio vascongado, y además con un rico botín en dinero, pertrechos de guerra, caballos y efectos de todas clases.

La historia reconoce que la expedición del General carlista D. Miguel Gómez llegó a sembrar el terror hasta en la misma capital de España, y

que, además de ser gloriosa desde el punto de vista militar, dió grandísima importancia al Carlismo y constituyó, al propio tiempo, un fracaso para los generales isabelinos que al frente de numerosas tropas de todas armas, pretendieron inútilmente, durante seis meses, destruir o copar aquella expedición, sin llegar a lograr nunca tal objeto.

Don Carlos premió los valiosísimos servicios del General Gómez con el ascenso a Teniente General y la Gran Cruz de la Real y Militar Orden de San Fernando; pero aunque aquel bravo y entendido caudillo distinguióse nuevamente a los cuatro días de llegar al Norte en la batalla de Luchana, vióse poco después reducido a prisión y sumariado por los mismos carlistas, bajo pretexto de no haberse atendido estrictamente en su expedición a las instrucciones que le había dado el General D. Bruno de Villarreal cuando le confirió la dirección y el mando de aquella expedición que inmortalizó el nombre de nuestro insigne biografiado, en contra de cuya lealtad, excelente opinión, buena fama y brillante carrera no pudo al fin resultar nada.

El General Gómez, al concluirse la guerra emigró a Francia, y cuando la guerra de 1847 a 1849 fué nombrado Comandante General de Andalucía; marchó entonces a Gibraltar con su segundo, que lo era el General D. José María Arévalo, y con otros nueve jefes más; pero aunque se levantaron partidas carlistas en Cabra, Baldicio, Calzona, Quintanal y Guadalcanal, no llegó a prosperar por allá el alzamiento carlista, y el General Gómez que se volvió en vista de ello a Inglaterra, falleció poco después en la emigración.

Primera Guerra Carlista



Entrada de los Carlistas en Córdoba
(1, 3 y 24 de Octubre de 1836)

Victorias obtenidas por el General Carlista D. Miguel Gómez y Damas sobre las tropas isabelinas de Córdoba, Castro del Río y Almadén mandadas por los brigadieres D. Jorge Flinter y D. M. de la Puente.



Batalla de Oriamendi
(16 de Marzo de 1837)

Victoria obtenida por el Infante Don Sebastián Gabriel de Borbón sobre las tropas isabelinas de la provincia de Guipúzcoa mandadas por el general inglés Ewans



El Conde de España

General en Jefe de los carlistas catalanes de 1838 a 1839, en cuyo año
fué asesinado cerca de Orreaga

Hijo del General francés Marqués d'Espagne, nació D. Carlos Espagne el año de 1775 en el Condado de Foix (Francia), en el cual sus antepasados habían sido soberanos; a los catorce años de edad ingresó en la Compañía de la célebre Casa Roja de Luis XVI.

La Revolución francesa guillotiné al padre y a casi todos los parientes de D. Carlos Espagne, quien a las inmediatas órdenes de S. A. el Príncipe de Condé, peleó contra los revolucionarios franceses, y cuando fueron al fin vencidos los realistas, pasó al servicio de España: fué Teniente del regimiento de infantería de la Reina y batióse contra los franceses y los ingleses con el destino de Ayudante de Campo de los generales Vives y Ramírez.

Cuando la guerra de la Independencia, figuró al principio el Sr. d'Espagne en el ejército español de Cataluña; asistió a casi todas las acciones de más importancia que se libraron en el Principado durante el año de 1808; al siguiente pasó a Castilla, distinguiéndose notablemente en las acciones que se sostuvieron a extramuros de Ciudad-Rodrigo, en las de Barba de Puerco, Alcántara y Puerto de Baños (en donde fué ascendido a Coronel), en la batalla de Tamames y en los ataques de Fresno, Medina del Campo, Alba, Puerto del Pico y Cáceres, por cuyos combates fué ascendido a Brigadier el día 14 de mayo de 1810.

El Brigadier Espagne dirigió la acción de Trujillo, asistió al combate de la Roca, asaltó la Alcoeta (haciendo prisionera su guarnición), tomó parte en la acción de Abrantes, y derramó por primera vez su sangre en defensa de la independencia española, asaltando el primero de todos la plaza de Albuera, en la que recibió una lanza que le valió la faja de Mariscal de Campo.

El General Espagne mandó una división en el segundo sitio de Badajoz; derrotó a los franceses que trataron de saquear las riberas de Alagón; asistió al asalto de Ciudad-Rodrigo, y en la célebre jornada de Salamanca batióse con tal acierto y bizarría que a él, más que a nadie, se debió tan memorable victoria, en premio de lo cual fué nombrado Comandante General y Jefe político de Madrid.

En 1813 pasó el General Espagne a mandar la segunda División del cuarto ejército; asistió a la batalla de Pamplona, cuya rendición debióse principalmente a nuestro heroico biografiado, quien, al hacer una salida la guarnición francesa lanzóse sobre ella a la bayoneta a la cabeza de las tropas españolas, destrozando completamente al enemigo y recibiendo, en cambio, una grave herida de bala.

En 1814 entró el General Espagne en territorio francés al frente de la División española de su mando, y alcanzó la gloria de ganar (bajo el cañón de la plaza francesa de Bayona), el último combate reñido para reconquistar la independencia española, cuyo honor fué de los que más envanecieron toda su vida a aquel bravo General que desnudó su espada en cuanto supo lo ocurrido en Madrid el día 2 de mayo de 1808, y no cesó ya de pelear siempre en los puestos de mayor peligro hasta conseguir vencer y humillar en su propio país al invasor de España.

El General Espagne que al concluirse la guerra de la Independencia honraba su pecho con la Gran Cruz de la Real y Militar Orden de San Fernando y era Caballero de los hábitos de Santiago y de San Juan, obtuvo en 1819 merced de título del Reino con la denominación de Conde de España, cuyo título acreditó corresponderle como hijo segundo del anterior Marqués d'Espagne.

En 1816 fué nombrado Comandante General de Tarragona y en 1818, segundo Cabo de la Capitanía General de Cataluña, de cuyo cargo fué depuesto al triunfar los constitucionales, contra quienes trabajó el General Conde de España en París y en Viena, y sobre todo en el célebre Congreso de Verona, en el cual se decidió la intervención francesa para restablecer el gobierno absoluto del Rey Don Fernando VII.

En 1822 fué nombrado Teniente General y Virrey de Navarra el Conde de España, quien al frente de las tropas realistas sitió y rindió la pla-

**Fábrica de cintas de
seda, algodón y mezclas**

Ignacio Sampere

Santa María, 29 = 31

MANRESA

Jabón Líquido

JUVENSOL

NOMBRE REGISTRADO



Poderoso desinfectante y
eficaz disolvente de la caspa

CONCESIONARIO EXCLUSIVO

J. M. Relat Corominas



DOCKS, 5 — **MANRESA**

ALMACENES
JORBA
DE MANRESA

En construcción



Almacenes JORBA

Manresa y Barcelona

Los más importantes de ESPAÑA

Domingo

Prunés

Miquel

PROCURADOR

Carretera de Vich, 3 Manresa

Josep Prat Piera

Advocat

Urgell, 9, 1.^{er}

Telèfon 1287

MANRESA

za de Pamplona, por lo cual fué agraciado con la Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden de Carlos III: en Mayo de 1824 fué nombrado Capitán General de Aragón y Presidente de su Real Audiencia; en el mes de Junio siguiente vióse agraciado con la Encomienda de la Orden de San Luis de Francia; en Agosto de 1825 sofocó la sublevación del General Bessières, por cuyo servicio se le concedió la Gran Cruz de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica; a fines del mismo año fué nombrado Comandante de la Guardia Real de Infantería, y en 1827 le agració el Rey con la Grandeza de España y la llave de Gentilhombre de su agusta persona.

El día 12 de septiembre de 1827 pasó el General Conde de España a Barcelona, con el cargo de Capitán General del Principado; sofocó en breve la insurrección de los llamados realistas puros; hizo fracasar las conspiraciones de los constitucionales catalanes ahorcando a muchos de ellos, y de aquella época data la fama de cruel con que ha pasado a la historia. Pero creemos poder afirmar que el General Conde de España no hizo más que atemperarse a las órdenes que recibió; tal vez llegase a exagerar el rigor; pero para juzgarle bien hay que hacerse cargo de lo encarnizado de las luchas de aquellos tiempos y tener asimismo en cuenta que escritores tan poco sospechosos como el Diputado a Cortes democrata D. Eduardo Chao, han llegado a expresarse en los siguientes términos: «Notables revelaciones nos han hecho formar la convicción de que no debe recaer sobre la responsabilidad del Conde de España la mayor parte de las ejecuciones de Barcelona que se hicieron de real orden aun después de haber sido algunos perdonados. La historia culpa al Conde de España; nosotros aseguramos que fué sólo el instrumento, tan obediente como súbdito, tan rígido como militar, y militar de otro siglo». (*La guerra civil en Cataluña* por D. Eduardo Chao, Madrid, 1847).

El 11 de diciembre de 1832 la Reina Doña María Cristina, que ya gobernaba por enfermedad de Don Fernando VII, relevó del mando del Principado al General Conde de España, quien vivió en Francia emigrado hasta que, influido por varios soberanos europeos, se decidió a ponerse al frente de los carlistas catalanes. Dirigióse a Cataluña; pero cayó en poder de un destacamento francés que le encerró en la ciudadela de Lille, en la que, careciendo hasta de lo más necesario, le sirvió de prisión un miserable cuartucho, vigilado día y noche por gendarmes.

Cerca de tres años estuvo preso el General Conde de España; por fin consiguió evadirse en junio de 1838 y el día 4 del siguiente julio entró en Berga en medio de la delirante alegría y entusiastas aclamaciones de los carlistas catalanes.

Los primeros cuidados del General Conde de España dedicólos a restablecer el orden y la disciplina, reglamentar severamente la administración y la hacienda, poner término al vandalismo de algunos jefes de partidas sueltas, uniformar sus tropas, proporcionarlas abundantes víveres, plantear un sistema ordenado de contribuciones, dar nuevo aspecto a las operaciones haciéndolas más ordenadas y militares, y, en fin, a reorganizar las fuerzas de su mando, las cuales llegaron a constituir 21 batallones, 2 compañías de artillería, otra de ingenieros y 4 escuadrones; la infantería estaba organizada en cuatro columnas mandadas por los brigadieres Porredón, Castells, Ibañez (*Llarch de Capóns*) y Brujó; la artillería a las órdenes del Coronel López Aguado y la Caballería a las del Coronel Camps.

El día 4 de noviembre de 1838 emprendió el General Conde de España las operaciones: fué vencido por el General Barón de Meer entre Biosca y San Pedro de Padullers; venció, en cambio, al General Carbó en Cardona; entró en Viella; obtuvo una victoria sobre el General Barón de Meer en Rialp; perdió la acción de Balsareny; se apoderó de Pons; derrotó al General Carbó en Manlleu, cogiéndole dos piezas de artillería; entró por asalto en Ripoll, apoderándose de otros dos cañones y 500 prisioneros; tomó a Sarreal, Villanueva, Moyá y Castelltersol, rindiendo sus guarniciones, y consiguió que el Carlismo de Cataluña llegase al apogeo de su poderío.

Así las cosas, apareció el día 5 de noviembre de 1839 el cadáver del General Conde de España en una pequeña playa formada por el río Segre entre el puente del Espía y el inmediato a Oliana; luego se supo que varios individuos habían secuestrado, a traición, con engaño y por sorpresa, al por tantos títulos ilustre y benemérito General Conde de España, que lo enviaron secretamente, preso y desarmado, hacia Andorra, y que en la noche del día 1.º de noviembre fué ahogado con una lazada de cuerda que por la espalda le arrojaron al cuello sus acompañantes, tirando luego su cadáver al río Segre desde un puente cercano a Orgañá.

Sobre el cadáver del infortunado Teniente General Conde de España sólo se encontró, colgada del cuello, una bolsa de seda con una imagen de plata de la Virgen del Pilar, que, por lo visto, no quiso abandonar (sin duda para salvarle) a aquel bravo veterano de la guerra de la Independencia, aquel cristiano viejo que si pudo tener defectos, dió aún más pruebas de poseer y practicar heroicamente virtudes, como se desprende de la gran copia de datos que hemos reunido.

Mucho se ha discurrido sobre los móviles del crimen tan abominable como el de que fué víctima el insigne General Conde de España, considerándose muy posible que su desgracia la origi-

Francisco Sanfeliu AUTOMOVILES

AGENCIA OFICIAL DEL



EL AUTO UNIVERSAL

Agente Exclusivo del Neumático **NACIONAL PIRELLI**
Aceites y Grasas • Suministros Industriales



M A N R E S A

Exposición:

Paseo Pedro III, 10-Tel. 2211

Garage: Guimerá, 29

I G U A L A D A

Exposición:

Plaza Pilar, 3 • Teléfono 85

Garage: San Jorge

Almacén de Azulejos
(Rajoles de València)
de

IGNACIO CARRIÓ



Muralla, 38 Teléfono 1269 Manresa

Francisco Borrás Mariscal

Relojería

Joyería

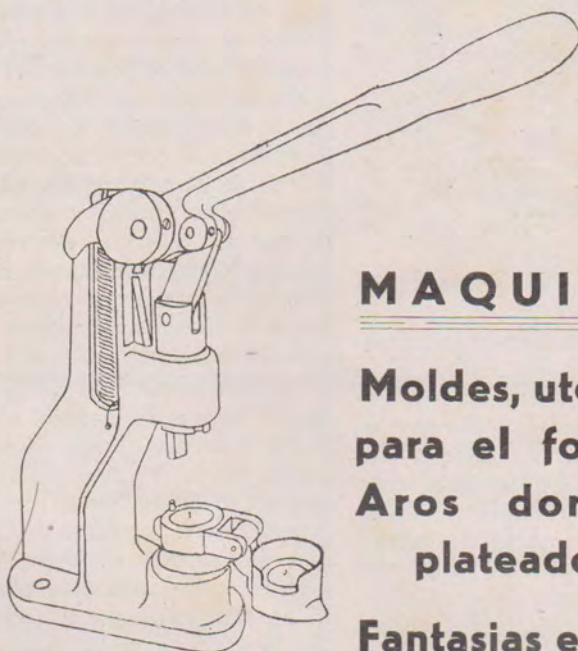
Optica

Calle Nueva, 4, pral.

MANRESA

Especialidades

Bordados a máquina • Calados
Plisados • Vainica
(Vora Foradada)
Punto Universal
Cordoncillo • Topos para adornos
Forrage de Botones



**CONFECCIONES
PARA MODISTERIA
EN GENERAL**

MAQUINAS "YASPA"

**Moldes, utensilios y Fornituras
para el forrage de Botones,
Aros dorados, oxidados,
plateados y niquelados**

Fantasias en diversos modelos

JUAN PAYAS AUSIRO Pl. Sto. Domingo, 7-Tel. 2351-Manresa

nase su tenaz y resuelta oposición a toda idea de convenio con los liberales.

Cuando el General Cabrera llegó a Berga, prendió a muchos individuos y los encerró en el castillo de Queralt para que en él esperasen el resultado de la causa que el mismo General Cabrera mandó instruir para castigar el asesinato del Teniente General Conde de España; pero no habiendo permitido las circunstancias substanciar el proceso ni comprobar con ciertas y determinadas pesquisas la participación en el delito atribuida a aquellos presos, permanecieron éstos en el castillo de Queralt hasta que al concluirse la guerra hubo de emigrar a Francia el General Cabrera.

Como cuanto nosotros pudiéramos decir en honor de la buena memoria del Teniente General Conde de España podría considerarse por algunos como apasionado, concluiremos esta biografía copiando aquí el juicio de aquel infortunado General carlista mereció a un hombre tan desafecto al carlismo, como lo fué el *primer Ministro de la Guerra de la República Española*, el Teniente General D. Fernando Fernández de Córdoba, Marqués de Mendigorria, quien en las páginas 121 y 122 del tomo primero de su obra titulada *Mis memorias íntimas* se expresa textualmente así:

«El General Conde de España era para mí una persona por quien hubiera dado la vida, y así es que cuando después de muchos años y defendiendo distinta causa, supe de qué manera desastrosa había sido asesinado, tuve verdadera pena y siempre guardé respetuoso culto hacia su memoria. No he conocido un General que supiera presentarse a las tropas con mejor y más aire militar y con maneras tan imponentes. Todos los oficiales de la Guardia Real fuimosle deudores de nuestra educación militar, ningún jefe fué más temido ni más respetado, pero ninguno tampoco tuvo jamás consideraciones iguales para con sus subalternos, que le pagaron con el indeleble recuerdo de un afectuoso reconocimiento. Añadiré que jamás impuso castigo severo a nadie, contentándose con ligeros arrestos que no imprimían nota desventajosa ni depresiva. Tenía por la Guardia Real el cariño de un padre, y cuando en la guerra algún oficial que seguía distinta bandera caía prisionero de su tropa, tratábase decorosamente, acabando por

ponerle en libertad. Guardaba a los que seguían la causa carlista las mayores consideraciones y aprecio, y solía decir que con aquellos ocho batallones de la Guardia Real, que mandó como Comandante General, establecería su cuartel general en Sarriá. Hízose odioso a los liberales por las muchas ejecuciones que se llevaron a cabo bajo su mando, y quizá también por el aparato terrible de que se revestían; pero es de advertir que aquellas crueldades estaban en el espíritu de la época, en las costumbres del Gobierno, y que el Conde de España debía someterse a órdenes superiores. Por lo demás, se equivocarán cuantos creyesen que aquel hombre abrigaba siempre sentimientos de severidad y dureza.»



Casa rectoral de Avià (Berga) donde el día 26 de Octubre de 1839 estuvo preso el Conde de España

Cruzados de la Causa en la primera Guerra Civil

1833-1839



Don José Jara
Comandante General de los carlistas de la Mancha, de 1835 a 1838



Don Vicente de la Hoz
Maestrante de Ronda y Diputado a Cortes



El Conde de Villemur
Primer Ministro de la Guerra de Don Carlos M.^a Isidro de Borbón



Don Juan B. Balmaseda
Brigadier de Caballería carlista, muerto al servicio del Czar de Rusia el año 1846



D. Juan B. Zubiri
Brigadier de carlistas navarros



Don Pedro de la Hoz
Director de «La Esperanza»



Don Manuel de Staricó
Brigadier de Infantería carlista



D. Lorenzo Menarguez
Brigadier de Caballería carlista



El Conde de Alcudia
Representante de Don Carlos M.^a Isidro de Borbón en Viena



Don José Aznares
Representante de Don Carlos M.^a Isidro de Borbón en Londres



Don José de Uranga
General en Jefe de los carlistas del Norte en 1837



El Conde de Negri
Jefe de Estado Mayor General de los carlistas del Norte



Don Juan A. Guergué

General en Jefe de los carlistas del Norte en 1838, fusilado el año siguiente en Estella



El Conde de Casa-Egula

General en Jefe de los carlistas del Norte en 1835 y 1836



Don Manuel de Medina-Verdes y Cabañas

Segundo Ministro de la Guerra de Don Carlos M.^a Isidro de Borbón



D. José Miralles (a) El Serrador

Tercer Comandante General de los carlistas del Maestrazgo



Don Gerónimo Merino

Célebre guerrillero de la Guerra de la Independencia y Comandante General de los carlistas castellanos de 1833 a 1837



El Marqués de Valde-Espina

Tercer Ministro de la Guerra de Don Carlos de Borbón y de Borbón



Don Bruno de Villarreal

Ayudante de Campo de Don Carlos de Borbón y de Borbón



Don Domingo Forcadell

Comandante General de los carlistas valencianos desde 1837 hasta 1840



Don Francisco García

Comandante General de los carlistas navarros desde 1836, fusilado en Estella en el año 1839



D. Manuel Carnicer

Comandante General de los carlistas del Maestrazgo, fusilado en Miranda de Ebro el año 1835



D. José M. de Sagastibelza

Comandante General de los carlistas guipuzcoanos, muerto en un combate frente a San Sebastián el año 1836



D. Isidro Díaz de Robles

Brigadier de Caballería carlista



Don Luis Llagostera

Cuarto Comandante General de los carlistas aragoneses



D. Manuel M.^a González

Primer Jefe del 15.^o Batallón de Voluntarios Realistas, fusilado en Talavera de la Reina el año 1833



Don José de Lespinasse

Tercer Comandante General de los carlistas aragoneses



Don Vicente González Moreno

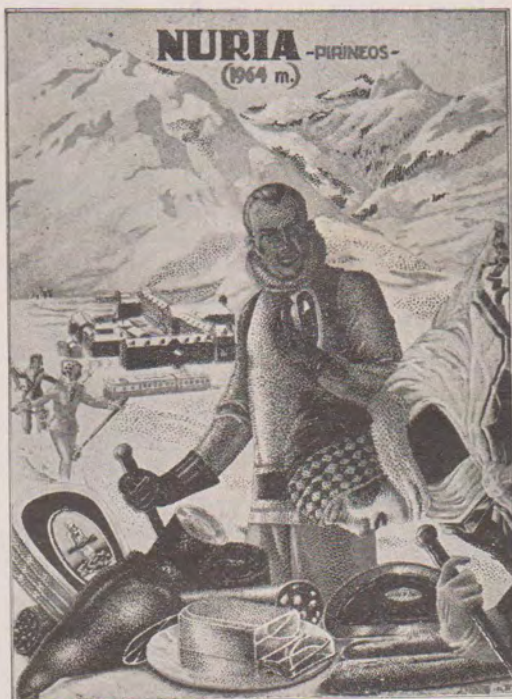
Jefe de Estado Mayor General del Infante Don Sebastián Gabriel de Borbón, asesinado entre Urdax y Vere el año 1839

B. Descals Aubert

Gran fábrica
de Embutidos
y Conservas
de carne

LA FLOR
— del —
PIRINEU

Calle Vilanova, 5
OLOT (Gerona)



**Secaderos en Nú-
ria y al collado
de Santigosa**

Especialidades:

Salchichón-
Mortadela, Bu-
tifarra Catala-
na, Jamones en
dulce (envasa-
dos en latas) y
demás produc-
tos del cerdo

Proveedor y precios es-
peciales para internados
y comunidades religiosas

GRANDES
TALLERES
DE ESTA-
TUARIA
RELIGIOSA

ESPECIALI-
DAD EN FI-
GURAS AR-
TISTICAS PA-
RA BELENES

SUCESO-
RES DE



JOSE J. SACREST Y C.^A

LAS ARTES RELIGIOSAS

Telegramas: LASARTES. Code A. B. C. 5 Th. Ed.. - **OLOT (Gerona)**

**LABORATORIO, FARMACIA Y DRO-
GUERIA**

Vda. del Doctor Cardelús

Análisis Químicos y Clínicos
Gran Centro de Específicos

Serra Ginestá, 7. - Tel. 5. - OLOT (Gerona)

Nutritivo GADILLACH Reconstituyente
Policalcium LLACH Recalcitrante
Vacuol LLACH Laxante

Preparados de los **Laboratorios LLACH**

DIRECTOR: José M.^a Llach Puig
Químico-Farmacéutico

OLOT

(Gerona)



Don Joaquín de Montenegro
Director General de la Artillería de Don
Carlos M.^a Isidro de Borbón



D. Antero Dancausa
Coronel de Lanceros navarros



**Don Ramón O'callaghán
y Tarragó**
Gobernador de la Plaza de Morella



Don José Joaquín de Llorens
Primer Comandante General de los carlistas
valencianos



Don Santos Ladrón de Cegama
Comandante General de los carlistas navarros,
fusilado en Pamplona el año 1833



**Don Fernando López
Aguado**
Coronel de la Artillería carlista de Cataluña



Don Miguel de Lacy
Jefe de Estado Mayor de los carlistas
catalanes en 1838 y 1839



Don José de Arias Teijeiro
Ministro de Gracia y Justicia y de Negocios
Extranjeros de Don Carlos M.^a Isidro
de Borbón



D. Prudencio de Sopena
Comandante General de los carlistas alaveses
de 1836 a 1839



El Marqués de Bóveda
Comandante General de los carlistas castella-
nos, muerto en la acción de Arciniega el
año 1838



D. José Borges
Comandante General de los carlistas de Tarra-
gona de 1847 a 1849, y luego General de
legitimistas napolitanos, fusilado por los gari-
baldinos el año 1861, en Calabria



Don Joaquín Quilez
Primer Comandante General de los carlistas
aragoneses, falleció de resultados de las heridas
que recibió en la acción de Villar de los Na-
varros, el año 1837

Heroísmo Carlista

Más de sesenta años han transcurrido ya desde que, cuando la última guerra civil, recorrí por vez primera el territorio vasco-navarro, y al admirar las tan entusiastas cuanto cariñosas aclamaciones con que doquiera eran saludados los militares carlistas, y al oír a éstos la narración de los gloriosos triunfos de Eraul y Montejurra, Somorrostro y Monte-Muru, aún sin sospechar (como niño que era entonces) que más allá de las líneas de trincheras y baterías que protegían los dominios de los cruzados del Norte gemía un pueblo noble bajo el yugo de una minoría tan tirana como hipócrita alardeadora de libertad, comprendí que los sentimientos genuinamente españoles eran los que abrigaban aquellos bravos montañeses, y, aunque extraño a aquel bendito país, le amé y victoreé como patria propia al verle cobijado bajo el mismo estandarte que adornado con la Cruz de Pelayo respetaron Francia, Flandes e Italia; eclipsó en Lepanto la media luna; plantó los laureles de Bailén, Gerona y Zaragoza; y en aquellos momentos saludaban victoriosas las baterías de Monjardín y Seo de Urgel, Cantavieja y Arratsain.

Tras los días de gloria y bienandanza vinieron otros de triste recuerdo: a las victorias de Alpens, Urnieta, Castelló de Ampurias y Lumbier sucedieron los desgraciados combates de Chert, Castellar de Nuch, Elgueta y Peña-Plata; y cuando a los acordes de la Marcha Real, entre las más ardientes protestas de adhesión; en medio de entusiastas vivas y frenéticas aclamaciones de leales voluntarios pasó el puente de Arneguy el egregio Príncipe que prefirió volver al destierro antes de transigir con su conciencia, aquellos heroicos militares, tan fieles en la desgracia como serenos habían afrontado los peligros, que lo habían abandonado todo para batirse por la Bandera en que nuestros antepasados escribieron *Dios, Patria y Rey* con su sangre generosa, volvieron al seno de sus familias; y al contemplar el desaliento que el desgraciado éxito de la guerra inspiraba a tantos valientes ante la pérdida de tantos y tan valiosísimos elementos de combate como habían logrado reunir a costa de heroísmo y de sacrificios inmensos, yo, que ignoraba a la sazón la grandiosa historia del Carlismo a causa de mis pocos años, confundí en mi natu-

ral inexperiencia su abatimiento con su muerte, y amando aquella santa Bandera que durante cuatro años había visto desafiar altiva los huracanes revolucionarios, pero amándola cual emblema, cual recuerdo de un sueño tan encantador como irrealizable, al volver desde la emigración a España, emprendí una carrera militar.

Más tarde, cuando estudié la historia militar y política de la gran Comunión Católico-Monárquica, y, sobre todo, al penetrarme del espíritu eminentemente religioso que condujo a las victorias y reanimó en los desastres a los que no vacilaron nunca en sacrificar su posición, sus carreras y su vida en aras de su españolismo ultrajado y de su Religión ofendida; conociendo al fin, que lo que en un momento de alucinación debido a mi inexperiencia pude considerar como el sueño de la vida que, reparando fuerzas, alienta y fortifica, no pude menos de comprender que el puesto que mis afectos de niño, mis antecedentes de familia y mis propias convicciones me marcaban no podía estar más que entre los herederos de los vencedores de Lacar; renuncié a mis insignias de oficial y, ya que no podía batirme a la sazón por predominar los temperamentos pacíficos, distraje mi nostalgia de la vida militar con el constante y detenido recuerdo de las campañas carlistas.

A pesar de haberme cabido la suerte de llegar a reunir tantos datos sobre los hechos de armas por militares carlistas realizados, no creo haber conseguido reunir todo cuanto pudiera ser necesario para rendir un completo y justo homenaje al heroísmo desplegado por los soldados carlistas.

* * *

Entretanto se me ha ocurrido que para hacer resaltar en breves páginas todo el heroísmo de los militares carlistas de las tres *cruzadas* del siglo XIX, quizás me baste recordar aquí sus principales victorias y el considerable número de piezas de artillería que lograron coger al enemigo; porque si axiomático es que, en general, la misma o mayor suma de valor que para vencer hay que desarrollar para dejar a salvo el honor de las armas en una derrota, claro es que aún sólo por el cúmulo de heroísmos que representan sus vic-

torias puede calcularse todo lo inmenso del heroísmo desplegado en total por los carlistas en tantos y tantísimos como fueron los combates en que derramaron su sangre generosa.

Máxime si (para mejor formarnos una idea de ello) tenemos en cuenta, como es muy de razón y de justicia, que nunca contaron los carlistas como base de su acción militar con tropas regulares, ya organizadas, disciplinadas e instruídas; ni con parques ni depósitos de municiones de boca y guerra; que para llegar a reunir y organizar cien mil hombres distribuídos entre sus ejércitos del Norte, de Cataluña y del Centro y en los núcleos, menos numerosos, que operaron por el resto de la nación, tuvieron que improvisarlo todo.

Desde niño me he acostumbrado a admirar, por ello, con íntimo cariño y verdadero entusiasmo, a aquellos jefes carlistas que al frente de grandes masas de paisanos y en medio del fragor de los combates, supieron instruir sus fuerzas en las horas necesarias para el descanso, disciplinarlas y ordenarlas, sin clases, vestir las sin repuestos; armarlas y municionarlas sin Parques; y, en fin, guiarlas a la victoria combinando operaciones y marchas, sosteniendo combates ventajosos contra un enemigo superior en número, así como por los inagotables recursos de que podía disponer. Asimismo he admirado, también desde niño, a aquellos voluntarios carlistas de ardiente fe, de imperturbable buen humor, de irreductible constancia, de acrisolada lealtad, a quienes ni el hambre desfallecía, ni la intemperie y desnudez arredraban; que sin mostrar el menor disgusto ni apatía realizaban marchas inverosímiles, y peleaban con bravura, vencían con generosidad, se retiraban con firmeza, y cuando la ocasión llegaba sabían sucumbir con heroísmo, cubriendo siempre de gloria militar sus indomables banderas.

Pretensión constante de nuestros enemigos, sobre todo de los más sobrados de espíritu sectario que de conocimientos históricos, es y ha sido siempre hacer todo lo posible por desacreditar nuestras armas presentando a nuestras fuerzas como en vergonzosa huida la inmensa mayoría de las veces que han tenido ocasión de hacer frente a las tropas liberales.

Los militares contrarios, los que se han batido con los nuestros, los que han tenido que conocerlos, no por lo que de ellos se hablase en lugares bien seguros, alejados del peligro, sino por la experiencia propia adquirida en los campos de batalla... esos (justo es confesarlo) rara ha sido la ocasión en que no han hecho justicia al heroísmo de los nuestros, aún a trueque, algunas veces, de afrontar críticas tan faltas de sentido común como de hidalguía, atentos más que a pasión alguna, a la caballerosa conducta que inspira siempre el honor de vestir uniforme militar, de ceñir espada de combate.

Pero aquellos otros de nuestros adversarios que se limitaban a hacer el papel de *Capitán Araña*, embarcando a los bravos soldados en la guerra para luego despedirlos desde poblaciones que parecían a cubierto de nuestros ataques, siempre se distinguieron por sus desvelos en disminuir la importancia moral y material de nuestras tropas, presentándolas como en completa derrota y dispersión en los más de los combates, y procurando rebajar hasta el valor personal de nuestros hombres, sin fijarse en que sus tiros podían herir de rechazo el honor de sus propias banderas; porque si hubieran valido tan poca cosa nuestros sufridos voluntarios, a más bajo nivel habría podido quedar la moral de los que para concluir con el levantamiento de unas bandas cobardes hubiesen necesitado siete años de pelea en la primera guerra carlista, dos en la segunda y cuatro en la tercera, a pesar de contar desde el principio de cada una de dichas campañas con cuerpos regulares mandados por entendidos y valerosos jefes, y disponiendo de todos los parques, fábricas, plazas fuertes y academias militares de la nación, así como de los inagotables recursos de todo Gobierno constituido, a más de las legiones extranjeras cuando así lo consideraran oportuno para procurar contener mejor el vigoroso empuje de las armas carlistas.

Esta conducta de muchos liberales la considero, a más de injusta, antipolítica. Porque así como la generosidad del vencedor promueve, con la ayuda del tiempo, el olvido de pasadas discordias, así también la injusticia, como el abuso del poder o del derecho de la fuerza, sólo puede promover (en la práctica) el deseo de reparar los atropellos morales y materiales sufridos, eternizando las contiendas; y con la historia en la mano podría probar que en tales circunstancias ha ocurrido siempre que allí donde caía un hombre se presentaban otros, dispuestos a ocupar su honroso puesto de sacrificio.

* * *

Hoy, según parece, no se trata de lucha armada; puede ser que vuelva la época de ello, y si fuera necesario abrigo la convicción profunda de que reverdecerían laureles pasados, o que, por lo menos, sobrarían ánimos esforzados siempre dispuestos a sucumbir con gloria. Pero dentro los límites marcados por los temperamentos pacíficos que imperan, justo es rechazar erróneos conceptos lanzados a los vientos de la tan zarandeada opinión pública por el inconsiderado celo de nuestros adversarios políticos, limitando, por hoy, este trabajo a tratar de nuestras tan decantadas derrotas, llamando, al efecto, la atención de las personas imparciales sobre las siguientes relaciones, tanto de los principales hechos de armas favorables a los carlistas como de los cañones co-

Gráficos carlistas de la Primera guerra



Cuerpo de Ingenieros



Húsares de Arlabán



Escuadrón de Lanceros



Cuerpo de Infantería



Acción de Maella



Asalto de Lucena

gidos por ellos a los liberales en las guerras civiles del siglo pasado.

Verdad es que el resultado definitivo de aquellas campañas fué adverso a los carlistas; pero también es cierto que la primera guerra civil concluyó por la traición de un convenio que si no honró mucho a los jefes carlistas que lo elaboraron, no por eso disminuyó la valía intrínseca de nuestras tropas, puesto que aquello, militarmente considerado, no fué una derrota sino una transacción que no afectaba al buen concepto de ninguno de los dos ejércitos convenidos, puesto que para en adelante se reconocían por el Gobierno isabelino los empleos, grados y condecoraciones que nuestros generales, jefes y oficiales habían obtenido batiéndose al grito de ¡ Viva Carlos V !

* * *

En cuanto a la segunda guerra carlista, justo es recordar que se llevó a cabo cuando la Revolución hacía vacilar todos los tronos de Europa; y público y notorio es que para pacificar Cataluña acudieron los liberales a la seducción de algunos jefes carlistas (los brigadieres Pons y Pozas, entre otros), como lo confiesa el Teniente General isabelino D. Fernando Fernández de Córdova, Marqués de Mendigorría (*Capitán General del Principado por aquella época*) en su interesante obra titulada *Mis Memorias Intimas*; en fin, en la historia consta que *dió la casualidad* de acabarse aquella guerra cuando algunos jefes carlistas, de triste memoria, se revolviéron contra sus antiguos compañeros de armas bajo las banderas isabelinas.

Por lo que respecta a la última guerra civil, bien se puede asegurar que no sufrieron los carlistas una derrota, propiamente dicha; sino la falta de recursos, las rivalidades entre algunos generales carlistas, el agotamiento de los recursos del país y la proporción de *uno contra diez* en que, últimamente, hubieron de pelear los heroicos militares carlistas.

He aquí la relación de *ciento sesenta victorias carlistas* (es decir, no de todas las que obtuvieron, sino de las principales) que basta por sí sola para que las personas imparciales, en general, y los carlistas en particular, se formen una idea de toda la brillante altura a que no pudo por menos rayar el heroísmo carlista para salir victorioso de tantos combates en un levantamiento popular, como lo fué el suyo, que a pesar de la abnegación de todos no podía menos de adolecer de las deficiencias de carácter técnico-militar, inherentes a esta clase de alzamientos, sobre todo cuando con ellos se trata de luchar contra el excepcional poderío de todo Gobierno constituido si le sostiene el Ejército de la Nación.

Principales victorias carlistas

(Primera Guerra).

Año de 1833. — 1 : Acción de Amurrio, ganada por el coronel La Torre — 2 : Acción de Guernica, ganada por el Coronel La Torre.

Año de 1834 — 3 : Acción de Eraul, ganada por el General Zumalacárregui. — 4 : Acción de las Peñas de San Fausto, ganada por el General Zumalacárregui. — 5 : Acción de Viana, ganada por el General Zumalacárregui. — 6 : Acción de Vergara, ganada por el General Guibelalde. — 7 : Acción de Alegría, ganada por el General Zumalacárregui. — 8 : Segunda acción de Alegría, ganada también por el General Zumalacárregui. — 9 : Batalla de Arquijas, ganada por el General Zumalacárregui. — 10 : Acción de la Saboya, ganada por el General Cabrera. — 11 : Acción de Castejoncillo, ganada por el General Cabrera. — 12 : Acción de Ariño, ganada por el General Cabrera.

Año de 1835. — 13 : Acción de Celandieta, ganada por el General Zumalacárregui. — 14 : Segunda batalla de Arquijas, ganada por el General Zumalacárregui. — 15 : Acción de Artaza, ganada por el General Zumalacárregui. — 16 : Acción de Guernica, ganada por el General Sarasa. — 17 : Acción de Treviño, ganada por el General Zumalacárregui. — 18 : Acción de Descarga, ganada por el General Eraso. — 19 : Acción de Torrealando, ganada por el General Zumalacárregui. — 20 : Acción de Arrigorriaga, ganada por el General Maroto. — 21 : Acción de Guevara, ganada por el General Conde de Casa-Eguía. — 22 : Acción de Orgañá, ganada por el General Guergué. — 23 : Acción de Prat de Compte, ganada por el General Cabrera. — 24 : Acción de la Yeza, ganada por el General Cabrera. — 25 : Acción de Alcanar, ganada por el General Cabrera.

Año de 1836. — 26 : Conquista de Guetaria, por el General Conde de Casa-Eguía. — 27 : Combate de Arlabán, ganado por el General Conde de Casa-Eguía. — 28 : Conquista de Lekeitio, por el General Conde de Casa-Eguía. — 29 : Acción de Orrantía, ganada por el General Conde de Casa-Eguía. — 30 : Acción de Fuenterrabía, ganada por el General Guibelalde. — 31 : Combates del Valle de Mena, ganados por el General Villarreal. — 32 : Conquista de Plencia, por el General Conde de Casa-Eguía. — 33 : Acción del Puente de Alcanar, ganada por el General Cabrera. — 34 : Acción de Torrecilla, ganada por el General Cabrera. — 35 : Acción de Bañón, ganada por el General Quilez. — 36 : Acción de Caspe, ganada por el General Llangostera. — 37 : Acción de Alcublas, ganada por el General Llangostera. — 38 : Acción de Rivero y Villasanté, ganada por el General Gómez Damas. — 39 :

Acción de Puente Soto, ganada por el General Marqués de Bóveda de Limia. — 40: Acción de Castrejana, ganada por el General Villareal. — 41: Acción de Tarna, ganada por el General Gómez Damas. — 42: Entrada del General Gómez Damas en Palencia. — 43: Acción de Verdadillo, ganada por el General Gómez Damas. — 44: Acción de Bujalaró, ganada por el General Gómez Damas. — 45: Acción de Baena, ganada por el General Gómez Damas. — 46: Conquista de Almadén por el General Gómez Damas. — 47: Conquista de Córdoba por los Generales Gómez Damas y Cabrera. — 48: Acción de Guadalupe, ganada por el General Gómez Damas. — 49: Entrada del General Gómez Damas en León. — 50: Acción de Maranchón, ganada por el General García (D. Basilio).

Año de 1837. — 51: Batalla de Huesca, ganada por Don Carlos M. Isidro de Borbón. — 52: Batalla de Barbastro, ganada por el mismo agosto Señor que la anterior. — 53: Batalla de Herrera o de Villar de los Navarros, ganada por el mismo agosto Señor que las dos anteriores. — 54: Acción de Cembrana, ganada por el General Zaratiegui. — 55: Acción del Puente de Aranda, ganada por el General Zaratiegui. — 56: Batalla de Oriamendi, ganada por el infante Don Sebastián Gabriel de Borbón. — 57: Acción de Panadella, ganada por el General Tristany (Don Benito). — 58: Acción de Biosca, ganada por el General Tristany (D. Benito). — 59: Acción de Cherta, ganada por el General Cabrera. — 60: Acción de Ventas de Peña Aguilera, ganada por el General Jara. — 61: Acción de Siete Aguas, ganada por el General Cabrera. — 62: Acción de Pla del Pou, ganada por el General Cabrera. — 63: Batalla de Andoain, ganada por el General Uranga. — 64: Conquista de Peñacerrada, por el General Uranga. — 65: Conquista de Peralta, por el General Uranga. — 66: Conquista de El Perdón, por el General Uranga. — 67: Acción de Ridaura, ganada por el General Urbiztondo. — 68: Acción de la Ermita de Plasencia, ganada por el General Jara. — 69: Acción de Rialp, ganada por el General Urbiztondo. — 70: Acción de Estanys de Llovarolas, ganada por el General Castells cuando todavía no era más que Coronel. — 71: Conquista de Segovia por el General Zaratiegui.

Año de 1838. — 72: Acción de Sotoca, ganada por el General García (D. Basilio). — 73: Acción de Malagón, ganada por el General García (D. Basilio). — 74: Acción de Berdejo, ganada por el General Conde de Negri. — 75: Acción de Ramales, ganada por el General Guergué. — 76: Acción de El Perdón, ganada por el General García (D. Francisco). — 77: Sitio de Morella, ganada por el General Cabrera. — 78: Acción de la Población, ganada por el General Ma-

roto. — 79: Acción de Ontoria del Pinar, ganada por el Brigadier Balmaseda. — 80: Acción de Maella, ganada por el General Cabrera. — 81: Acción de Tuy, ganada por el General Guibelalde. — 82: Combates de Cardona y de Rialp, ganados por el General Conde de España.

Año de 1839. — 83: Acción de Manlleu, ganada por el General Conde de España. — 84: Conquista de Ripoll, por el General Conde de España. — 85: Acción de San Pedro de Padullers, ganada por el Brigadier Brujó. — 86: Acción de Carboneras, ganada por el General Cabrera. — 87: Acción de Cirauqui y Mañeru, ganada por el General Elío. — 88: Acción de Chulilla, ganada por el General Arévalo. — 89: Acción de Ager, ganada por el General Castells, quien no era más que Brigadier por aquella época.

(Segunda campaña).

Año de 1848. — 90: Acción de Bagá, ganada por el entonces Brigadier Castells (después General.) — 91: Acción del Hostal de Coll David, ganada por el General Conde de Morella. — 92: Acción de Aviñó, ganada por el General Tristany. — 93: Acción de Esquirol, ganada por el General Borges. — 94: Acción de Fornells, ganada por el Brigadier Marsal. — 95: Acción de Pasteral, ganada por el General Conde de Morella.

Año de 1855. — 96: Acción de Cumíols, ganada por el General Borges.

(Tercera Guerra).

Año de 1872. — 97: Acción de Arizala, ganada por el General Carasa. — 98: Acción de Oñate, ganada por el General Ulibarri. — 99: Acción de Inglés, ganada por el General Savalls. — 100: Acción de Horta, ganada por el General Savalls. — 101: Acción de Breda ganada por el General Savalls. — 102: Acción de Balaguer, ganada por el General Castells. — 103: Acción de Cuevas de Vinromá, ganada por el Brigadier Cucala.

Año de 1873. — 104: Acción de Eraul, ganada por el General Dorregaray. — 105: Acción de Albiol, ganada por el Coronel Cercós. — 106: Acción de Udave, ganada por el General Elío. — 107: Acción de Dicastillo, ganada por Don Carlos de Borbón y de Austria-Este. — 108: Acción de Cirauqui y Mañeru, ganada por el General Ollo. — 109: Batalla de Montejurra, ganada por Don Carlos de Borbón y de Austria-Este. — 110: Acción de Lamindano, ganada por el General Martínez de Velasco. — 111: Acción de Campdevánol, ganada por D. Alfonso de Borbón y de Austria-Este. — 112: Acción de San Quirico.

ganada por el General Savalls. — 113 : Acción de Alps, ganada por el General Savalls. — 114 : Conquista de Igualada por don Alfonso de Borbón y de Austria-Este. — 115 : Acción de Caserras, ganada por el mismo Augusto Señor que la anterior. — 116 : Conquista de Berga, por el mismo augusto Señor citado anteriormente. — 117 : Acción de Oristá, ganada por dicho augusto Señor. — 118 : Acción de Prades, ganada por el General Tristany. — 119 : Acción de Játiva, ganada por el Brigadier Cucala. — 120 : Acción de Bañolas, ganada por el General Auguet. — 121 : Acción de Sanahuja, ganada por el General Tristany. — 122 : Acción de Prats de Llusanés, ganada por el General Savalls.

Año de 1874. — 123 : Conquista de Portugal, por el General Dorregaray. — 124 : Defensa de Cantavieja por el Coronel Lacambra. — 125 : Acción de Ontón, ganada por el General Andéchaga. — 126 : Batalla de Somorrostro, ganada por el General Ollo. — 127 : Batalla de San Pedro Abanto, ganada por Don Carlos de Borbón y de Austria-Este. — 128 : Batalla de Abárzuza o de Monte-Muru, ganada por el General Dorregaray. — 129 : Conquista de Vich por el General Tristany. — 130 : Acción de Riudellots de la Creu, ganada por el General Savalls. — 131 : Acción de Castellfullit, ganada por el General Savalls. — 132 : Acción de Castelló de Ampurias, ganada por el General Savalls. — 133 : Acción de Cardona, ganada por el General Tristany. — 134 : Entrada del Brigadier Vallés en Vinaroz. — 135 : Conquista de Cuenca por Don Alfonso de Borbón y de Austria-Este. — 136 : Acción de Biurrun, ganada por el General Pérula. — 137 : Acción de Urnieta, ganada por los Generales Egaña y Díez de Magrovejo. — 138 : Acción de Santa Marina, ganada por el Brigadier Ormaeche. — 139 : Acción de Bellmunt, ganada por el General Moore (D. José) que sólo era Coronel por aquella época. — 140 : Entrada del General Santés en Albacete.

Año de 1875. — 141 : Batalla de Lácar, ganada por Don Carlos de Borbón y de Austria-Este. — 142 : Acción de Ventolá, ganada por el General Savalls. — 143 : Acción de La Cénia, ganada por el General Alvarez (D. Rafael). — 144 : Acción de Lucena, ganada por el General Dorregaray. — 145 : Acción de Agramunt, ganada por el General Castells. — 146 : Acción de Espinalvet, ganada por el General Castells. — 147 : Acción de Molins de Rey, ganada por el General Savalls. — 148 : Acción de Daroca, ganada por el general Gamundi. — 149 : Acción de Tragó, ganada por el general Castells. — 150 : Acción de Ridaura, ganada por el General Savalls. — 151 : Acción de Indamendi, ganada por el General Egaña. — 152 : Acción de Arbolancha, ganada por el General Berriz. — 153 : Acción de

Choritoquieta, ganada por el General Rodríguez Román. — 154 : Acción de Navinés, ganada por el General Castells. — 155 : Acción de Villaverde de Trucios, ganada por el General Carasa. — 156 : Acción de Lumbier, ganada por el General Perula.

Año de 1876. — 157 : Acción de Mendizorrotz, ganada por el Brigadier Rodríguez de Vera. — 158 : Acción de San Cristóbal de Mañeru, ganada por Don Alfonso de Borbón y de Austria-Conde de Caserta. — 159 : Acción del Puente de Mendaro, ganada por el General Caveró. — 160 : Acción de Irurita, ganada por don Alfonso de Borbón y de Austria, Conde de Caserta.

—o—

Como se ve por la anterior relación de *ciento sesenta victorias*, me he limitado a recordar únicamente combates de importancia que resultaron favorables a las armas carlistas; pero no todos, porque su relación completa resultaría interminable. Sin embargo, a pesar de las muchas omisiones, creo que la anterior relación, habla por sí sola con más elocuencia que cuantos razonamientos pudiera exponer aquí; aunque al formar dicha relación, ya se observa desde el primer momento, que he prescindido de infinitos hechos de armas que, aunque no costaron tanta sangre, no fueron menos gloriosos para los carlistas. Tampoco me he entretenido en mencionar la toma de infinidad de pueblos cuyas guarniciones quedaron prisioneras o, por lo menos, desarmadas, especialmente si defendía dichos puntos la célebre *Milicia Nacional*, porque decía con sobrada razón el inolvidable General carlista D. Nicolás Ollo que dicha *¿benemérita?* fuerza resultaba en la práctica como constituyendo *un gran parque* para los carlistas, pues a poder de éstos pasaba con gran facilidad su armamento en gran número de ocasiones.

Tampoco me he entretenido, en fin, ni siquiera a citar la entrada de los carlistas en capitales de provincia como Oviedo, Valladolid, Guadalajara y otras que no recuerdo en este momento, así como en Santiago de Compostela y en infinidad de poblaciones de importancia, cuya ocupación también constituía un verdadero triunfo, bien desde el punto de vista moral o material, o bien desde el estratégico o el político.

Piezas de artillería cogidas a los liberales

He aquí la relación de las piezas de artillería pertenecientes a las tropas liberales, y de las cuales se apoderaron los militares carlistas en sus campañas del siglo pasado.

Durante la primera guerra (1833 a 1840). Un cañón, al principio, en Alava. — Dos en Alegría.

GRAFICOS CARLISTAS DE LA PRIMERA GUERRA



Caballería del Norte



Asalto del fuerte de Beceite



Caballería de Cataluña



Muerte del general Isabelino Pardiñas
(Acción de Maella, en 1838)

Otro en Orbaiceta. — Tres en Echarri-Aranaz. — Dos en Guernica. — Trece en Plasencia. — Diez y nueve en Lequeitio. — Dos en Bujalaró. — Cinco en Segovia. — Ocho en San Mamés. — Dos en Burceña. — Cinco en Oriamendi. — Cuatro en Peñacerrada. — Diez y siete en Morella. — Dos en Manlleu. — Dos en Ripoll. — Cuatro en Villar de los Navarros. — Tres en Córdoba. — Cinco en Valmaseda. — Dos en Berga y otros dos en Cantavieja.

Durante la última guerra (1872 a 1876). Un cañón en Eraul. — Otro en Gironella. — Dos en Lamíndano. — Otro en el túnel de Lizárraga. — Otro en Udave. — Dos en Portugalete. — Uno en el Desierto. — Dos en Alpens. — Uno en Caserras. — Otro en Oristá. — Otro en Prades. — Dos en Vich. — Otros dos en Axpe. — Uno en Astigarraga. — Otro en Manresa. — Cuarenta y ocho en Seo de Urgel. — Dos en Vendrell. — Cuatro en Castellfullit. — Tres en Olot. — Dos en Blanes. — Otros dos en Llagostera. — Otros tantos en Castelló de Ampurias. — Uno en Cardona. — Siete en Vinaroz. — Tres en Amposta. — Cuatro en Cuenca. — Tres en La Guardia. — Otros tantos en Lácar y tres, también en San Feliu de Saserras.

—o—

Total: que los militares carlistas entre la primera y la última guerra civil, llegaron a apoderarse nada menos que de *más de doscientas piezas de artillería*, cogidas a los liberales, y que si bien es verdad que luego volvieron, en gran parte, a poder de éstos, no fué eso (en los más de los casos) de igual forma en que se habían hecho dueños de casi todas ellas los carlistas a pesar del heroísmo de los artilleros liberales al inmortalizar sus nombres el Comandante Socés, los capitanes Mones, Riera, García (D. Miguel) y Temprado; los tenientes Plana (hermanos del General del mismo apellido que treinta y ocho años más tarde fué Ministro carlista de la Guerra) Bergea, Díez de Tejada y Navazo; los subtenientes Andrade y Urbaneja, y tantos otros dignísimos oficiales que con su sangre generosa esmaltan las brillantes páginas del noble Cuerpo de Artillería cuya gloriosa memoria me acostumbra a reverenciar desde la infancia.

Cuando la mayor parte de aquellas piezas de artillería fueron recuperadas por los liberales fué al final de las campañas, sobre todo al celebrarse el Convenio de Vergara y cuando a últimos de febrero de 1876, al llegar la hora de la disolución de nuestras tropas, el patriotismo de los artilleros carlistas, les movió a no destruir sus cañones ni llevarlos a la emigración porque se hubiera apoderado de ellos el extranjero: prefirieron dejarlos en tierra española para que pudiera utilizarlos la Patria, como así lo hizo, no sólo en la Penín-

sula, sino que también en Ultramar, pues las baterías de montaña del Ejército carlista del Norte fueron enviadas a Filipinas, donde hicieron fuego sobre yankes e insurrectos de aquel país cuando nuestro desastre colonial.

Los liberales hoy, como siempre, proclaman que la Comunión Tradicionalista ha muerto, y el vulgo, que no discurre, acoje, a veces, esa idea sin fijarse en que la misma insistencia con que nuestros adversarios se ocupan de nosotros aunque sólo sea por supuesto) para probar lo irrealizable de nuestras esperanzas, lo imposible que es nuestro triunfo; y hasta el desdén y la procacidad con que diariamente procura herirnos la prensa liberal, bastan para probar cuán real y no menos temida es nuestra existencia, porque *nadie murmura de los muertos*, como dijo en memorable ocasión el insigne D. Cándido Nocedal en el Congreso.

La Comunión Católico-Monárquica vive hoy tan vigorosa como cuando con el primer manifiesto de la Regencia de Urgel, suscrito por el Marqués de Mataflorida, el Arzobispo de Tarragona y el General Barón de Eroles se puso en frente del triunfo constitucional debido a la sublevación de D. Rafael del Riego con el ejército que se *destinaba a sostener nuestro poderío en América*, el día 1.º de enero de 1820, en Cabezas de San Juan.

Tres generaciones han pasado después, y, sin embargo, la Comunión Católico-Monárquica vive hoy tan vigorosa como cuando el General Zumalacárregui la guiaba a la victoria; como cuando en 1848 venía en Cataluña el fusilamiento del General Alzáa en Guipúzcoa; como cuando dirigida por D. Cándido Nocedal y D. Antonio Aparisi y Guijarro probó por primera vez que no le arredraba lo que los liberales apellidan lucha legal de los partidos; vive hoy, en fin, como cuando derrotaba aguerridas tropas guiadas por bravos y entendidos generales en los campos de batalla del Norte, de Cataluña, del Maestrazgo, de Valencia, de Aragón y de Castilla.

Su existencia no ha cambiado porque la alientan los laureles de las victorias militares y políticas alcanzadas en una centuria de lucha constante e incomprensible por lo homérica; porque legaronla su sangre todos los millares de héroes que han muerto con las armas en la mano, o en la emigración, o *arrinconados* en la patria, en la miseria otros y en la desgracia todos, por no transigir con lo que consideraban contrario a los intereses católicos y nacionales.

—o—

Vive hoy la Comunión Católico-Monárquica como hace cien años, porque el tradicionalista, al jurar su Bandera cuyo primer lema es *Dios*, jura

consagrarle cuanto pösee a la sazón, cuanto pueda poseer en lo porvenir, el mayor o menor fruto de su mejor o peor inteligencia, todo su vigor, toda su actividad, todos sus cariños, toda su vida.

Y no se diga (como lo afirman gratuitamente nuestros adversarios) que ya sólo quedan entre nosotros algunos viejos que se educaron a la antigua, esos corazones de acero en los que nunca hicieron mella las seducciones del mundo liberal, y a cuya generosidad, abnegación y heroísmo no han rendido justo homenaje muchos porque no han llegado a verles triunfantes en Madrid.

Esos rectos y valerosos hombres que con su sangre vertida en aras de su santa intransigencia religiosa nos han enseñado a ser verdaderos católicos y verdaderos españoles, tal vez no lleguen a ver el triunfo; pero siempre morirán tranquilos porque detrás de ellos contemplan una generación entusiasta, batalladora, en la que por su decisión y su amor al estudio se distinguen nuestras incontrastables *Juventudes*, nuestros atrevidos, alegres y simpáticos *Requetés*; una generación nueva que cuenta ya con virtuosas y bellas heroínas, *Las Margaritas*; una generación nueva que,

inspirada en su profunda fe católica, solo ambiciona seguir (si así fuese necesario) el camino del martirio que le marcan los nombres gloriosísimos que honran nuestra historia: una generación para la cual el gabinete de estudio no es otra cosa que la antesala del presidio por su Dios, por su Patria y por el heroico Príncipe, veterano de formidables campañas modernas, que hoy nos acaudilla: una generación nueva, en fin, que no ve en el fusil otra cosa que *el mango de la bayoneta*.

La Comunión Católico-Monárquica (cuyos principios se inspiran en dos verdades eternas: *la Religión y la Monarquía*) hoy como siempre está dispuesta a todo; pero así como sabe pelear, así también sabe obedecer y esperar; y si hoy, con harto dolor de su corazón, presencia *arma al brazo* las desgracias de la Patria, su calma de ahora le da grandes elementos de victoria para mañana, pues religiosa ante todo y sobre todo, ofrece al Cielo el sacrificio de su quietud, y ese mayor mérito contrae ante el amor del Dios de los ejércitos, del único Dispensador de las victorias.

El Barón de Artagan.

ESCULTURA RELIGIOSA

Talleres Castellanas

AVENIDA VIADUCTO
VALLCARCA, 5

BARCELONA

== El ==
Renacimiento

PL. JUAN DEU, 9
OLOT (Gerona)



IMAGENES

EN TALLA, FI-
BRON, CAR-
TON-MADERA,
PORLAND,
MARMOL Y
BRONCE

NOTA:

Remitimos catá-
logos y presu-
puestos a quie-
nes lo soliciten

La "Pubilla" de la Cuadra ⁽¹⁾

(Episodio inédito de la Guerra de los Siete Años).

I

El ideal carlista y el entusiasmo por sus doctrinas eran tan generales y hondamente sentidos en toda la comarca de la Sierra de Montmell (Tarragona), que si visitáis aún hoy la importante hacienda llamada «La Cuadra de Puiglloret», en su casa solariega hallaréis diversas dependencias con señales de haber sido incendiadas repetidas veces por las fuerzas liberales, cuando la primera guerra civil.

La dueña y señora de esta grandiosa finca era entonces una mujer joven, alta, de arrogante porte, altiva, enérgica, de carácter varonil y conocida en toda la comarca por «La Pubilla de la Cuadra».

Hija única había crecido entre mimos y caricias, y jamás habíala sido negado un deseo a aquella niña voluntariosa y rebelde. Un día, su madre, viuda, la anunció que iba a contraer segundas nupcias con un rico payés del Priorato. La niña abrió sorprendida sus grandes ojos negros, miró a su madre con una mirada de reconvención, volvió la espalda y huyó presurosa a su habitación sin proferir una sola palabra...

La madre se casó a los pocos días y fuese a vivir a la Masía de su nuevo esposo, dejando a su hija dueña absoluta de «La Cuadra de Puiglloret» y al cuidado de dos tíos de la niña, solteros, ya de edad avanzada, cuya única afición era la caza y que apenas cuidaban de su sobrina ni de la rectificación de su carácter indómito.

A la joven y rica heredera le salieron a docenas los pretendientes; pero ella, libre como los pájaros del bosque, a ninguno daba preferencia,

siendo su pasión favorita recorrer las inmensas tierras de su vasto patrimonio montada en una briosa yegua que volaba por aquellos caminos como si fuera un rayo.

Mas llegó un momento en que sus tíos comprendieron que había llegado el instante de casarla. Hiciéronla mil reflexiones sobre la necesidad de que tomara estado, porque aquel grandioso patrimonio exigía un hombre, con autoridad bastante, que cuidara riquezas tantas. Al efecto la propusieron concurrir a algunas de las ferias más importantes de la comarca, y de este modo poder elegir por marido al mozo que mejor la complaciera... Y un día, en el «Aplec» de Valladosera, surgió el mozo, rico y apuesto, que, después de bailar con ella unas danzas del país, se hizo dueño del corazón de la «Pubilla». Intervinieron los tíos, se contrató la boda, que se realizó a los dos meses, siendo un acontecimiento en todo aquel país por la fastuosidad del acto.

¿Fueron felices? Dicen que no pudieron serlo. En primer lugar, Dios no se sirvió concederles hijos. Por otra parte, el carácter indómito de la «Pubilla» no pudo ser rectificado por el marido, lo cual producía en el hogar una incompatibilidad que más de una vez llegó a conocimiento de los colonos y vecinos de aquella histórica mansión... Pero sea lo que fuera, es lo cierto que el esposo de la «Pubilla», un día, a punta de alba, salió a caballo de «La Cuadra de Puiglloret» y no apareció más en la vida ni jamás se supo nada de él en toda la comarca...

II

A los pocos días estallaba la guerra civil. Se decía entre los más significados propietarios de la comarca, que «El Pubill» de la «Cuadra» se había alistado al ejército liberal, más que por simpatía a la reina gobernadora Doña Cristina, por

(1) «Pubilla» quiere decir primogénita o heredera.

animosidad a las ideas de su esposa, ostensiblemente «reaccionarias» y manifestadas por ella en distintas ocasiones. Así debía ser, cuando a las pocas semanas la «Pubilla de la Cuadra» abrazó la Causa Carlista con tanto entusiasmo y empuje y con tanto éxito entre sus colonos y vecinos de la comarca, que lanzose a la lucha al frente de una partida de 80 hombres, que mantuvo y armó con su dinero propio, dando mucho que hacer a los liberales de su país y a las tropas que por allí se acercaban. Se cuenta que, para despistar en sus correrías al enemigo, hacía colocar a su briosa yegua las herraduras invertidas...

Era su cuartel general la propia «Cuadra de Puiglloret», y desde su elevada posición observaba los movimientos del enemigo, y desde donde decretaba el castigo a los propietarios enemigos a los cuales imponía un tributo de guerra.

En aquel entonces los bosques eran más y más frondosos, hasta el punto que los liberales más significados de la comarca de la Sierra dei Montmell — que allí eran escasa minoría — no creyendo garantida en sus casas su seguridad personal merodeaban por entre los pinares, donde era poco menos que imposible dieran con ellos los carlistas.

En aumento cada día la partida que mandaba la ya célebre heroína de la «Cuadra», que iba dominando en todo aquel territorio y haciéndose cada vez más famosos sus triunfos, el Gobierno tomó la determinación de poner en juego todos los recursos para capturar a la «Pubilla»; y al efecto concentró en aquella comarca numerosas tropas y un fuerte contingente de voluntarios, bien armados y dirigidos por liberales conocedores del país. Y al conocer la heroína, gracias a su buen servicio de confidentes, la determinación del Gobierno, mandó fortificar convenientemente su casa, en donde, aún hoy, se conservan vestigios de aquellas obras de defensa.

Dispuesta estaba la «Pubilla» a vender cara su vida y la de sus subordinados, que la idolatraban por su arrojo, su valentía y su indomable carácter guerrero. Y cara la vendió, es cierto; pero sitiada en toda regla aquella fortaleza, y después de una heroica y prolongada resistencia, cayó por fin prisionera la famosa «Cabecilla», y, condu-

cida a Vilarrodona, se le formó consejo de guerra sumarísimo, siendo condenada a ser pasada por las armas.

El cumplimiento de la sentencia, que conmovió a todo el país, fué confiado a los «migueletes» que capitaneaba «Alan», de Valls (1); y se cuenta que, estando en capilla, su entereza y su valor dejaron atónito al mismo Cura que la asistió en sus últimos instantes de vida. Se cuenta, también, que mientras estaba en capilla, se le acercó «Alan», y al oído la dijo que si antes de tres horas le hacía entrega de una determinada cantidad en monedas de oro, le salvaría la vida...

Llamó la «Pubilla», seguidamente, a uno de los mozos de la «Cuadra» en quien había puesto mayor confianza y que siempre la había seguido como un perro fiel, y le mandó recoger la expresada cantidad a «Casa-Rabadá» (2); y como el crédito de la «Pubilla» era ilimitado en toda la comarca, el propietario de «Casa-Rabadá» entregó al cantidad pedida, que pocas horas después pasaba íntegra a manos del comandante Alan...

Momentos después... la heroína de la «Cuadra» era conducida, entre cuatro «migueletes» y atadas las manos a la espalda, a junto a una tapia de las afueras y frente el pelotón que debía fusilarla. La «Pubilla» lanzó al comandante Alan una mirada de feroz desprecio, de fiera rabiosa ultrajada, que sólo pudo aplacar, sellándole los labios, el beso dado al Santo Cristo que el Cura le ofrecía en sus últimos instantes... Sonó la fatídica descarga, y el alma de la famosa heroína voló a la eternidad...

Se cuenta que momentos antes de sacarla de la capilla, un «miguelete» de los que montaban la guardia le puso la mano encima de una manera canallesca, y que ella, sintiéndose ofendida en su dignidad, descargó una tremenda bofetada al osado, que se alejó dando tumbos y sangrando.

Así terminó sus días aquella mujer singular y valerosa.

J. M.^a R. y C.

(1) El apodado «Alan» se llamaba Estanislao Tell y Gallissá, y era comandante. En 1843 murió en Tarragona, a mano airada, al salir de una casa de juego: del llamado «Café del Teatro»

(2) El manso «Casa-Rabadá» era propiedad de la familia del médico señor Rabadá, conocida aún actualmente en Tarragona.



Las primeras Cortes liberales

(CADIZ 1812)

I

Hablemos de estas Cortes nefandas que, después de costarnos tantas cosas en el pasado siglo; y en el 12 del presente, cuando la celebración de su centenario, nos costó un puñado de millones.

Las Cortes de Cádiz (1812) eran intolerantes. Obligaron a jurar la Constitución, extremo sólo registrado en los regímenes más despóticos. Aquellos liberales obligaban a todo el mundo o a pensar como ellos, o a jurar en falso:

«Se leerá la Constitución antes del ofertorio; se hará por el cura-párroco una breve exhortación correspondiente al objeto; después de concluída la misa, se prestará juramento por todos los vecinos y el clero, bajo la fórmula siguiente: «¿Juráis guardar por Dios y por los Santos Evangelios guardar esta Constitución?». A lo que responderán todos los concurrentes: «Sí, juro.» (Decreto de las Cortes, 2 mayo de 1812.)

II

Las Cortes de Cádiz eran hipócritas. Después de conculcar todas las antiguas leyes de España, hacían ver que establecían estas leyes:

«Las Cortes generales... convencidas... de que las antiguas leyes fundamentales de esta Monarquía... podrán llenar debidamente el grande objeto de promover la gloria, la prosperidad y el bien de toda la nación, decretan la siguiente Constitución...» (Preámbulo a la Constitución.)

III

Las Cortes de Cádiz eran ignorantes. Confunden la Nación con el Estado y afirman que un indio americano es de la misma nación que un castellano o vascongado:

«La Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios.» Artículo primero).

IV

Las Cortes de Cádiz eran partidarias de la esclavitud, negando a los esclavos entonces existentes hasta el derecho de ciudadanía:

«Son españoles: Primero: Todos los hombres libres... Cuarto: Los libertos desde que adquieran la libertad.»

V

Las Cortes de Cádiz fueron ridículas, afirmando las perogrulladas siguientes:

«El amor a la patria es una de las principales obligaciones de los españoles, y asimismo el ser justos y benéficos.» (Artículo 7.º).

VI

Las Cortes de Cádiz comienzan a iniciar la cuestión de la división de España en provincias artificiales, rompiendo a la nación en trozos artificiales y arbitrarios:

«Se hará una división más conveniente (que la regional) del territorio español, por una ley constitucional...» (Artículo 11.)

VII

Las Cortes de Cádiz eran retrógradas e intolerantes:

«La religión de la Nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana, única verdadera. La Nación... prohíbe el ejercicio de cualquiera otra religión...» (Artículo 12.)

VIII

Las Cortes liberales de Cádiz no sabían lo que se pescaban. En una Constitución no puede haber más que mandatos, cosas a hacer; de ningún modo argumentaciones y definiciones. Sin embargo, he aquí la muestra de unos artículos que no se pueden cumplir nunca, porque... no mandan nada:

«El objeto del gobierno es la felicidad de la

Nación, puesto que el fin de toda sociedad política no es otro que el bienestar de los individuos que la componen.» (Artículo 13.)

IX

Las Cortes de Cádiz justifican otra vez la esclavitud, negando hasta el derecho de ciudadanía a los infelices españoles negros originarios del Africa, de los cuales, sobre todo en Cuba, había más de 200.000. La Constitución declara que éstos no son ciudadanos. Y que puede serlo alguno, por excepción, si las Cortes lo votan especialmente para cada uno. (Artículo 22.) Por lo tanto, estos infelices no podían ser empleados públicos, ni ser electores, (artículo 23); ni diputados, (artículo 91).

X

Las Cortes de Cádiz declaraban sin derechos v espúreos a los sirvientes, criados y criadas. Mayor antidemocracia no se concibe:

«El ejercicio de los derechos de ciudadano se suspende... Tercero: por el estado de sirviente doméstico...» (Artículo 25.)

XI

Estas Cortes eran otra vez hipócritas. Mientras invocaban el nombre de Dios y de la Santa Trinidad (Preámbulo), y obligaban a los electores a oír misa antes de votar a los Diputados (artículos 47, 71 y 86) no concedían voto electoral a los frailes (artículos 35 y 75.)

XII

Estas Cortes no son liberales en el sentido de los liberales de hoy. No defienden el sufragio universal directo, sino el indirecto y por compromisarios. (Artículos del 38 al 44; 51, 53, 59, del 63 al 66, 78, 82 y 88.)

XIII

Los liberales de Cádiz privaban de ser diputado al pobre, aunque fuese ciudadano, aunque fuese el hombre más sabio de la nación:

«Se requiere para ser diputado a Cortes tener una renta anual proporcionada, procedente de bienes propios.» (Artículo 92.)

XIV

Las Cortes de Cádiz querían mangonear las elecciones. Todo acto electoral lo presidía el jefe político, nombrado por el gobierno. (Artículos 46, 61 y 87.)

XV

Las Cortes de Cádiz eran despóticas. Querían mandar hasta para los ciudadanos futuros. Su Constitución debía ser eterna. ¡Cuánta ridi-

lez! Así a los diputados se les hacía jurar obligarse a no «derogar, alterar o variar en manera alguna ninguno de los artículos bajo ningún pretexto.» (Artículo 100.)

XVI

Las Cortes de Cádiz eran *prácticas*. Los diputados cobraban dietas pingües. (Artículo 102.)

XVII

Los liberales de Cádiz eran anticatalanes y antirregionales de toda región, excepto de Castilla:

«Se juntarán las Cortes... en la capital del reino... Cuando tuviesen por conveniente trasladarse a otro lugar, podrán hacerlo, con tal que sea a pueblo que no diste de la capital más de doce leguas...» (Artículos 104 y 105.)

XVIII

Las Cortes de Cádiz violentaban las conciencias de los diputados. A los ateos, se les obligaba a ser católicos y a perseguir cualquiera otra religión; a los tradicionalistas, se les obligaba a jurar la Constitución. (Artículo 117.)

XIX

Las Cortes de Cádiz declaraban a los diputados libres de todo miedo al juez. Ni aún en causas criminales (robos, homicidios, etc.) podrán ser juzgados por los jueces ordinarios. (Artículo 168.)

XX

Las Cortes de Cádiz adulan al Rey de la manera más ridícula y le declaran irresponsable de cuántos crímenes pueda cometer:

«La persona del Rey es sagrada e inviolable, y no está sujeta a responsabilidad.» (Artículo número 118.)

XXI

Los liberales de Cádiz conceden al rey poderes tan extraordinarios, como nunca el pueblo tradicional se los había concedido:

«Al Rey corresponde: Tercera: declarar la guerra y hacer y ratificar la paz...; Cuarta: nombrar los magistrados de todos los tribunales...; Quinta: proveer todos los empleos civiles y militares...; Octava: mandar los ejércitos y armadas y nombrar generales...; Décima: las relaciones diplomáticas y comerciales...; Duodécima: la inversión de los fondos públicos...»

XXII

Los liberales de Cádiz eran centralistas rabiosos, enemigos de la más pequeña autonomía y descentralización. Quieren un solo plan de Enseñanza en toda España (artículos 131, 220 y 368);

no quieren «más que un solo fuero en los negocios comunes, civiles y criminales» (artículo 248); afirman que «el Código civil (!) y criminal y el de comercio serán unos mismos para toda la Monarquía» (artículo 258); establecen un solo tribunal supremo (artículo 259); suprimen las comarcas naturales, dividiendo la nación en partidos (artículo 273); crean las artificiosas Diputaciones provinciales (artículo 325).

XXIII

Los liberales de Cádiz son tan intolerantes, que prohíben que ningunas Cortes futuras, hasta pasados 8 años, puedan alterar ni un artículo de esta Constitución, como si todas las Cortes no tuviesen el mismo poder que ellas se atribuyeron :

«Hasta pasados 8 años después de hallarse puesta en práctica esta Constitución en todas sus partes, no se podrá proponer alteración, adición ni reforma en ninguno de sus artículos. (Artículo 375).

RESUMEN

Cortes despóticas, Cortes centralizadoras, Cortes aduladoras del Rey, Cortes acacizadas y nepotistas, Cortes que despojan a los esclavos y a los criados, Cortes hipócritas, Cortes que se votaban dietas y libres de todo juez : esas son las Primeras Cortes del Liberalismo español.

SAID

Ejército Carlista de la Primera Guerra



Uniforme de oficial de caballería



Artillería de sitio



Artillería de batalla y de montaña

El Clero Español y la Causa Carlista

Es a todas luces notorio que la inmensa mayoría del Clero español, tanto secular como regular, simpatizaba, cuando no concursaba con la Causa Carlista que el bondadoso y catolicísimo primer rey de su Dinastía, don Carlos V personificaba; y así, no es extraño que el día 15 de junio del año 1837 fuese un día de júbilo para los católico-traditionalistas de la comarca solsonense, que tantos voluntarios aportó a los ejércitos de don Carlos V en la primera guerra.

A las once de la mañana de dicho día el rey carlista hizo su solemne entrada en la ciudad de Solsona acompañado del Infante de España Don Sebastián, Capitán General de los Ejércitos carlistas.

A más de la brillante escolta de caballería que acompañó a Don Carlos V, fué recibido en Solsona por los batallones 8. 9, 21 y 23 de infantería y dos escuadrones de lanceros de la provincia de Barcelona.

Colocado Don Carlos V bajo palio entre los Ilmos. señores Obispos de Solsona y Lérida, se dirigió inmediatamente a la Santa Iglesia Catedral, donde se cantó, con música, un solemne «Te Deum», concluido el cual fué acompañado Don Carlos con S. A. el Infante al Palacio Episcopal, donde el Ilmo. señor Obispo de Solsona, rodeado del señor Obispo de Lérida que expresamente había acudido a Solsona; del Cabildo, de todas las autoridades locales y de pueblos vecinos y después de aclamaciones delirantes, pronunció el siguiente discurso, de frases vivas y penetrantes:

«Señor: El Obispo de Solsona, con su Cabildo y autoridades locales aquí presentes no sabe como manifestar a V. M. las dulces emociones que en este momento siente su corazón, felizmente sorprendido por la augusta presencia de un rey, que elegido por Dios para salvar a su pueblo contra otro Daniel, ha sufrido a imitación de este Santo Rey con el mayor heroísmo los insultos, las maldiciones y persecuciones de los Salmés y Saúles del presente siglo y que enseñadas y amaestradas sus manos para la guerra por el Dios de los Ejércitos, ha triunfado hasta hoy con admiración de la Europa de las numerosas huestes de cuatro potencias, que parece haberse conjurado de consuno para hacer la guerra al mismo Dios. Esta consideración, Señor, no puede menos de excitar en su alma los sentimientos más puros de ternura, de respeto y amor a V. M. y de

acción de gracias al Cielo por habernos concedido un Soberano que tan fielmente cumple sus santas voluntades, y que sin sus heroicas virtudes acaso se hallaría en el día de hoy la España sin Trono, sin Sacerdotes y sin Sacrificio, y sus bienes en manos extrañas.

Señor: la Causa de V. M. es de Dios; y El confirmará por la intercesión de la Santísima Virgen de los Dolores la prodigiosa obra que ha cuatro años está obrando por el ministerio de V. M. en favor de esta nación católica. Así se lo pide a Dios el Obispo con su Cabildo y a V. R. M. se digne recibir el pleito de homenaje que le presta, y alargarle su real mano para tener la dicha de besarla.»

Seguidamente de este vibrante discurso del señor Obispo de Solsona Don Carlos V dió su mano a besar a los señores Obispos de Solsona y Lérida, Cabildo, Junta superior gubernativa de la provincia, Junta corregimental de Cervera, Ayuntamiento de Solsona y demás autoridades locales, de los pueblos vecinos, a todo el clero de la ciudad, a los militares y otras personas distinguidas de diferentes estamentos.

Concluido el besamanos se presentó Don Carlos V con el Infante en uno de los balcones del Palacio Episcopal, frente al cual desfilaron con aire marcial los batallones catalanes, repitiéndose durante mucho tiempo los vivas y las aclamaciones al Soberano carlista.

Por la noche del mismo día fueron iluminados los edificios públicos y particulares de la ciudad; y el repique de las campanas, los vivas no interrumpidos que resonaban por los aires, las colgaduras que adornaban los balcones y ventanas de los edificios, los mutuos parabienes que se daban los vecinos, y las bendiciones que desprendidas de lo más íntimo del corazón se dirigían al Soberano, eran un testimonio irrecusable de que Don Carlos V representaba el sentir y el anhelo de los católicos españoles, y especialmente de los catalanes, en aquella hora solemne, y en aquella época calamitosa para la nación española, amenazada por las garras de la incipiente revolución...

En todas las poblaciones que atravesó la expedición de las tropas carlistas, recibió el Rey carlista las más entusiastas y sinceras muestras de respeto y adhesión del Clero y de las altas dignidades de la Iglesia.

APUNTES HISTORICOS

D. Carlos V y Maroto

Un plebiscito rechazado por los liberales

Está fuera de toda duda que Carlos V, el Caudillo de los carlistas en la guerra de los Siete años, no fué culpable ni responsable de la elección de Maroto para Jefe de Estado Mayor general, porque dicho Príncipe experimentó siempre repugnancia en admitirle como tal. Las intrigas del partido «extranjero» fueron causa de que se llamara a un hombre, del cual se había desembarazado, anteriormente, y con mucha satisfacción, Don Carlos. Ellos fueron los culpables de todas las desgracias sobrevenidas a la Causa y al Ejército carlista, después del funesto regreso de Maroto a las provincias vascongadas.

Los asesinatos de Estella (así deben llamarse) dieron un golpe terrible a la Causa; pero se esperaba que, a lo menos, no para justificar tan criminal conducta, sino para hacerla olvidar, el general Maroto emprendería una campaña gloriosa. Esta esperanza fué vana: Maroto se contentó con redactar partes y más partes, perdió más terreno que no había perdido Gergué, y todo hace suponer que ese terreno no era perdido, sino... vendido a Espartero.

No pudiendo Maroto procurar con las armas la paz tantas veces prometida a los vascongados, se lanzó a procurarla con planes de una vergonzosa transacción, entregándose a toda clase de intrigas para obligar a abdicar al Príncipe, que había tenido la clemencia de perdonar su infame conducta en Portugal, su mala conducta anterior en el Norte, su falaz huida de Cataluña, y llamarle a su lado nuevamente para acallar a los intrigantes.

No pudo llegar a tanto Maroto y hubo de cesar en sus malévolos intentos; porque el entonces valeroso conde de Morella le salió al paso, co-

menzando una feliz campaña de fidelidad a Don Carlos que cristalizó en aquella noble proclama dirigida a sus compañeros de armas, cuyos generosos corazones se enardecieron y entusiasmaron:

«Primero mil veces morir antes que ceder — jamás transigir con los enemigos irreconciliables del orden social.» Y entonces Maroto se vió precisado a pronunciarse en el mismo sentido, e hizo también otra proclama, que no era otra cosa que una copia de la de Ramón Cabrera, y en la que decía:

«Vosotros véis al rebelde Espartero que destruye en Amurrio y Arciniega todo lo que puede ofrecer alguna satisfacción a su inhumano furor. En medio de tales atrocidades, miserables intrigantes no reparan en esparcir voces de transacción; jamás podrá haberla entre dos principios tan opuestos. Sea nuestra divisa: el Rey y la Religión, y triunfar y morir con las armas en la mano.»

A pesar de todas sus fanfarronadas de «exterminar» al enemigo, o de «morir», el indigno sucesor de Zumalacárregui no pudiendo y no queriendo y no sabiendo hacer la paz por las armas, como iba prometiendo un día y otro día a los vascos, la procuraba con pérdida del honor y de sus principios; y para entregar su Rey, se dirigía a los ingleses, los mortales enemigos de la Legitimidad española, con planes que delataban las malas intenciones de Maroto, como las que iniciara con Rodil en 1834, como las que entrañaban las horribles ejecuciones de Estella.

No era sincero deseo de paz, no era una transacción lo que quería Maroto; él deseaba consumir una traición completa, cuyo precio era la Capitanía general de la isla de Cuba, que era en-

Talleres de
Escultura
Religiosa

▬ Arte ▬
Moderno

▮
Ramón
Bretcha
▮

Vilanova, 15
Olot (Gerona)



Imágenes. - Vía-
Crucis. - Niños
de cuna. - Cruci-
fijos. - Figuras
artísticas para
Belén



Enviamos catálo-
gos y facilitamos
presupuestos

Fábrica de Géneros de Punto

VDA. DE BARTOLOME CASTAÑER

Tel. 11. ~ OLOT (Gerona)

EL ARTE CRISTIANO

VAYREDA, BASSOLS, CASABO Y C^{ía}., S. L.

OLOT

(GERONA) ESPAÑA

Casa fundada en 1880. - Teléf. 107 - R.
Favorecida por la Sagrada Congregación de Indulgen-
cias por Decreto dado en Roma a 1.º de abril de 1887

Exportación a todos los países. - Se envían cá-
tálogos, fotograbados y cuantos datos se pidan



Talleres de estatuaría religiosa en
CARTON-MADERA

Con privilegio exclusivo

Medallas de Oro y Diplomas de Mérito
Extraordinario en las Exposiciones de Bar-
celona 1888 y 1894, Chicago 1893, Lon-
dres 1889, Lugo 1896, Zaragoza 1908 y Gran
Premio de Honor en la Exposición de Bue-
nos Aires; único concedido a las imágenes

tonces el cargo más lucrativo, el más importante y remunerador de todos, o cuatro millones de francos, adelantados por los ingleses y que fueron depositados en Bayona, en el «Tesoro Nacional» de la calle de Monthabor.

Un vil ejemplo de felonía fué dado por Maroto, a los seis años de guerra, que no había producido un solo traidor hasta entonces.

La traición de Vergara fué el sello de la final derrota; pero aún se desarrolló la lucha, victoriosa algunos meses por parte de los carlistas, contraviniendo la promesa hecha por Maroto y Espartero, que habían afirmado que todas las fuerzas carlistas se rendirían a los treinta días.

El Liberalismo ha sido siempre felón. Y así, consumada la traición de Vergara en seguida descubrió su felonía; los que no supieron vencer al ejército carlista en una batalla campal, declaraban desde las esferas oficiales de Madrid muy formalmente que no tenían intención de cumplir las miserables condiciones del Convenio perpetrado en Vergara entre Maroto y Espartero. Y el ministerio de la Guerra en nombre del Gobierno, decía que se había conseguido el triunfo «conservando la Constitución de 1837 en toda su pureza». Es decir, ni los vascos obtendrían sus fueros, ni los ilusos que se sometieron sus sueldos y distinciones. Más tarde, a algunos, sí, les fué reconocido el grado: los que tuvieron «padrinos».

En tanto la guerra continuaba, obteniendo los carlistas señaladas victorias. Y fué entonces cuando del campo liberal salían voces contra la «contumacia» de los carlistas, que seguían una lucha para ellos imposible, por el «infernál» instinto de derramar sangre; cuando el pueblo español — siempre según los liberales — y aun el vasco rechazaba de continuo a los carlistas.

Una voz autorizada salió al paso entonces a los liberales y les dijo:

«Decís vosotros que los carlistas no queremos la paz porque no deponemos las armas ante esa hidra de cien cabezas que llamáis Gobierno Constitucional. Tenemos el mismo derecho que vosotros en deciros que no la queréis, puesto que no la aceptáis de nuestro Rey, que os admitirá con

justas condiciones. Pero ya que no queréis rendir vuestras armas, debéis rendiros, según vuestros principios, a los votos. No lo podéis recusar si sois fieles a vuestro programa. Acudamos a un plebiscito; dejad por un momento libres a todos los españoles, para que escojan la parte que a su juicio tiene en favor suyo la justicia y la conveniencia pública; así veremos pronto terminada la lucha con sus males. Ya que vuestro gobierno es gobierno de mayorías; ya que con una hipocresía refinada de algún tiempo a esta parte nos convidáis con la concordia, recordándonos que todos somos españoles y hermanos, convengámonos por fin: Pónganse en los sitios designados dos grandes urnas con sus rótulos: una que diga: «Carlos V y su antigua monarquía pura» y otra que diga: «Isabel II y monarquía constitucional del año 37»; y así, vengan todos los españoles en sus pueblos a depositar su voto en una de las dos urnas, y estése por lo que opine la mayoría. ¿Qué podéis replicar a esta condición tan análoga a vuestros principios? Si no la admitís sois malvados a la par que inconsecuentes. Si decís que es imposible, luego vuestro sistema de mayorías es una mera ilusión por cuyo medio pretendéis engañar a los necios e incautos.

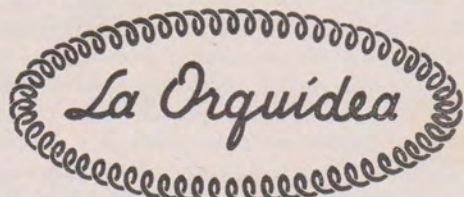
»Nosotros — seguía la proposición — desechamos estos principios que reputamos como delirio y tenemos sometida nuestra Causa a la voluntad y decisión del Cielo; pero seguros del buen sentido de la mayoría inmensa de los españoles, no tememos en ofreceros esta nuestra decisión; y por otra parte, el Rey nuestro Señor, que sólo quiere serlo para el bien de sus amados súbditos, no quisiera gobernar un pueblo contra su voluntad y deseos.»

Así decía el documento del ministro de Carlos V, dirigido a Espartero, respondiendo a las voces injustas del adversario, y a cuyo documento contestó el liberalísimo general, el que acusaba a los ejércitos carlistas de deramar sangre tan inútilmente, que «no era el pueblo el que debía y podía hablar, sino la boca de los cañones.»

Así han sido siempre los liberales: eternos contradictores, en sus hechos, de sus propias doctrinas.



Casa de labores, mercería y novedades



JOSE CANET

Especialidad en
cintas congregación

Avda. Puerta del Angel, 27. - Tel. 12096. - Barcelona

Antigua Cerería

Luís Codina

Fundada en 1825

Calle Obispo, 2, bis

Teléfono 19025

BARCELONA

Elaboración de
cera pura de abe-
jas.-Cirios de to-
das clases. - Ma-
riposas para el
culto. - Lampari-
llas -Incienso se-
gún la liturgia
— Romana —

Alumbramientos y Regadíos



Investigación
y explotación
de aguas
subterráneas



Director técnico: D. Melchor Barceló Casademunt

CORTES, 570, 1.º

BARCELONA

Dr. Gassió

INTERNISTA

Rayos X-Diatermia-Corrientes eléctricas
Rayos infra-rojos-Gas medical (Novozo-
no) para el tratamiento de la obesidad,
reumatismos, úlceras torpidas, fistulas, etc.

Despacho: Balmes, 81, pral., 1.º. - Teléf. 79545
Lunes, miércoles y viernes de 5 a 8. - **BARCELONA**
Clínica: F. Layret, 82.-Teléf. 34. - **BADALONA**
Martes, jueves y sábados de 2 a 5 y de 6 a 8

Instalaciones y Reparacio-
nes de agua, gas
y electricidad

JUAN GRANE

Consejo de Ciento, 354
(Entre Bruch y Lauria)

Teléfono 17142.-Barcelona



En defensa de su honor militar

(Defensa que de su honor militar hizo en 1811 de rebrero de 1857 el comandante de Infantería don Salvador Jiménez Garín por haberse afiliado a los ejércitos de la Legitimidad, atacado violentamente desde la «Gaceta».)

«Soy uno de los oficiales que, habiendo tenido la desgracia de servir bajo las banderas del gobierno revolucionario de Doña Cristina con el carácter militar, que me había dado el antiguo reguén político, he podido felizmente reunirme al ejército del legítimo Rey, al cual tengo hoy el honor de pertenecer. En los periódicos revolucionarios que con el permiso de mis jefes leo alguna vez, he visto que se califica de traición o de olvido del honor militar la acción justa y nobilísima de los que abandonamos las filas de la usurpación. Y como esta doctrina, sobre atacar a todos los que se hallan en mi caso, contribuirá tal vez a mantener en su extravío a los que aún no han seguido nuestro ejemplo, voy a demostrar que el verdadero olvido del honor militar y de todos los deberes políticos y morales está en continuar al servicio de los revolucionarios y de la Revolución.

Más que indignación, conmiseración me merecen éstos que invocan a su favor principios de delicadeza y de disciplina, cuya violación ha sido siempre el fundamento de su mando. Una vez apoderados del Gobierno, no cesan de repetir que el militar sólo debe pensar en seguir sus banderas, en cumplir sus juramentos, sin examinar la Causa que defiende o que combate; pero ¿qué derecho tiene la Revolución para hablar así?

Que los carlistas invoquen tales doctrinas conservadoras es cosa muy natural, es cosa muy justa. Ni su Rey ni ellos han prometido nada que no hayan cumplido o estén dispuestos a cumplir; ni ellos ni su Rey se han valido de medios condena-

dos, ni aun por los más rígidos principios del honor y de la moral: el establecimiento de las instituciones monárquicas del reino y las libertades de los pueblos: he aquí lo que ellos han prometido y que cumplirán. Declarar franca y noblemente la guerra a la usurpación, recurriendo a los nobles sentimientos del pueblo español y derramando a torrentes su sangre en una lucha desventajosa contra el Gobierno intruso y el ejército revolucionario: he aquí los medios hidalgos de que siempre se han servido. Pero los liberales, los cristino-liberales españoles, jamás han llegado a a posesión del poder, sino faltando a los más solemnes juramentos, atropellando los preceptos más terminantes del honor y de la gratitud.

Si en 1812 se hicieron dueños de la autoridad soberana, fué faltando al solemne juramento bajo el cual las Cortes instaladas en septiembre del año 1810, prometieron conservar fielmente sus derechos a Don Fernando, en cuyo nombre ellas, la Junta central y el Consejo de regencia habían siempre mandado: acto de usurpación tanto más odioso, cuanto que las circunstancias calamitosas y la ausencia en que se hallaba el Monarca perjudicado, no menos que la distracción y el embarazo en que entonces estaba por la guerra la nación española, que era interesada en el caso, dan a los usurpadores el aire de rateros los más villanos y cobardes. Si en el año 1820 se apoderaron nuevamente de las riendas del Estado, fué por el execrable abuso que algunos generales pusilánimes, que no querían embarcarse para ir a defender las colonias, hicieron de la fuerza que su Rey había depositado en manos de ellos, para que restituyeran a su Patria su grandeza y colonias perdidas.

Y si por tercera vez son actualmente dueños del Poder, lo deben a la doble traición y monstruosa ingratitud de los Almodóvars, de los San-

migueles y otros, que llamados por la proscripción y constituidos en mando por Doña Cristina, han vuelto las armas contra su incauta bienhechora, arrancándola a media noche los tristes restos de su poder político en la misma Real Cámara, donde tres años antes con la ayuda de los mismos se lo había ella arrogado contra el legítimo sucesor de Don Fernando, y trasladado sobre la desdichada España las cadenas que, en el interés común, pesaban aún sobre la tacción liberal.

No se comprende, pues, cómo puede haber hombre que de buena fe se crea obligado a cumplir sus empeños con el Gobierno de Madrid. No digo bastante aún. Como que la violación del juramento de parte de los revolucionarios, no sólo absuelve de los compromisos con éstos, sino que impone la obligación de abandonarlos, es inconcebible cómo puede haber quien desconozca que el seguir en el servicio del Gobierno constitucional, es hacerse cómplice del crimen de traición, del cual el mismo deriva su origen. Y esto, aun cuando la justicia manifiesta de la causa de Don Carlos V, aprobada por el voto de una mayoría inmensa de la Nación, no le hubiese movido a dejar aquellas vengonzosas banderas...

«...Y estos cargos que hago y que comprenden a todos los militares que sirven al Gobierno revolucionario de la Reina Gobernadora Doña Cristina, cualesquiera que sean sus circunstancias, tienen fuerza doble contra aquellos que deben su carrera al antiguo Gobierno monárquico. Al fin y al cabo, un proscrito liberal que sigue en todas sus transformaciones al partido revolucionario, no peca de ingratitud y de abuso de confianza, puesto que poco le importaba la persona del Monarca y tampoco existe hoy el sistema de Gobierno a cuya defensa se había comprometido; además que, a un liberal, no le asusta cometer una infamia más o menos. Pero la obstinación de un fingido realista, de un titulado monárquico tradicional envuelve una doble ingratitud, puesto que, sin volver por Cristina o Isabel, conspira además contra el principio monárquico, al cual es deudor de su consideración y carrera primitivas. Diré más. Aun cuando admitiéramos la absurda doctrina de que los empeños contraídos puedan excusar la complicidad con el delincuente, no podría el falso realista alegar esta disculpa, pues que el partido revolucionario, lejos de tenerle obligado, le ha vendido y traicionado del modo más risible, faltando abiertamente a todas las condiciones que presidieron la funesta alianza de los cristinos con los antiguos liberales. Y admitiendo el liberalismo en el seno de la familia de Doña Cristina en calidad de huésped, o a lo más, de coadjutor, ha arrojado luego por la ventana, vivos o muertos,

a los que consideraban dueños de la casa; y si aún se conserva dentro de la morada constitucional a algún cristino, más que en calidad de socio partícipe es ya en clase de sirviente doméstico a quien se paga con un sueldo o se le despide cuando sus servicios no interesan.

»El que hoy sigue las banderas del Gobierno de Madrid, o es un revolucionario como él, o consiente en ello, porque es un hombre venal o ignorante. Todo lo será menos un sincero monárquico y un amante de las armas españolas.

»Yo, por mi parte, estoy tan persuadido de estas verdades, tan contento de mi resolución, que sin contar con la intrínseca justicia de la Causa Carlista; sin considerar los crímenes de que el bando cristino-liberal se ha hecho reo; sin comparar el amor y simpatía que ahora me muestra el pueblo verdadero con la tímida sumisión que encontraba en el bando liberal cuando iba con las tropas de Cristina, me felicito cada vez más de haber dejado de ser objeto de escarnio y de las decepciones de los liberales.

»Lo que siento es el no haber traído al Rey carlista la compañía que mandaba para así responder mejor a la bondad de Su Majestad, quien me ha recibido entre sus servidores. Si yo hubiese pensado bastante sobre esto, habría tratado de llevármela, aunque fuese con la condición de dejar en libertad a los individuos de ella después de sacados del territorio constitucional y revolucionario; les hubiese hablado con franqueza sobre mi resolución y los justos motivos en que la apoyaba; condición única que la delicadeza, llevada a todo su rigor, podía imponerme para no faltar a la benevolencia y fidelidad recíproca, que es natural entre compañeros de armas. No tenemos otro medio de reparar el mal que hemos hecho los que con nuestro mando y nuestros ejemplos hemos corrompido y comprometido esos buenos soldados y subalternos que tan diferentemente pensaban cuando fueron puestos bajo nuestras órdenes.

¡Teman los que, por cobardía o por cosas peores, siguen sirviendo con las armas al Gobierno revolucionario! ¡Llegará el día en que la revolución, haciéndoles un cargo de la misma ingratitud de que hoy se aprovecha, les herirá profundamente en su honor militar dejándoles en calidad de asalariados del Estado, o en simples y ciegos servidores de los gobiernos, como si bajo el honroso uniforme del ejército español no pudiese palpitar un corazón patriota!

»¡Viva la Religión!

»¡Viva el Rey Don Carlos V!!»

Salvador Jiménez

Barcelona, ciudad del terror

(Hojas impresas circuladas en Barcelona en 2 de febrero y 15 de marzo de 1837 que tienen hoy excepcional interés, después de casi un siglo.)

Primera hoja

Con el título que aparece arriba, circuló por Barcelona a principios de febrero de 1837, una hoja impresa dirigida a los barceloneses. Hagamos un poco de historia.

Después de agitaciones y alarmas, habían estallado en Barcelona los días 13 y 14 de enero de 1837 recios alborotos, en los que una parte de la «milicia catalana», que no disfrutaba de otros derechos que el de la libertad de llevar fusil y de vocear por las calles, creyendo que había llegado la hora de imponerse, se dispuso a lograrlo con mano armada, invocando que los de «abajo» tenían los mismos derechos que los de «arriba», puesto que la revolución había consagrado el santo lema de «Igualdad».

Para reprimir esos alborotos fué necesario publicar la ley marcial, barrer las calles y plazas con los caballos de la fuerza pública y, declarándose en consecuencia la ciudad en estado de sitio.

El dictador, en aquella ocasión, fué el general Parreño, el cual revestido de todos los poderes, desarmó batallones enteros de milicianos nacionales, suspendió a todas las autoridades, decretó encarcelamientos y, sobreponiéndose a toda ley, destituyó al Ayuntamiento que, ya entonces, se salía a escándalo por sesión.

La seguridad pública de que disfrutaba Barcelona en 1837, bajo un Gobierno revolucionario a estilo monárquico-constitucional, debió parecerse a la que hace poco disfrutábamos los barceloneses, o catalanes, bajo otro Gobierno revolucionario a estilo laico-republicano. Así lo corrobora la hoja impresa que pasamos a copiar,

sin modificar punto ni coma, fechada en 2 de febrero de 1837. Dice así:

«Los acontecimientos dolorosos recientes, que sólo por ser tan frecuentes dejan de ser extraordinarios, expresan bien los frutos de libertad y ventura que los *ilustrados* barceloneses recogen de la revolución cristino-liberal que esperaban con ansia, y saludaron con tanto entusiasmo a su advenimiento.

«La fuerza brutal de los anarquistas y el poder ciego de los sables del gobierno revolucionario se parten sucesivamente el mando de Barcelona, alternando en el ejercicio de una libertad sin límites, que siempre se adjudica como premio el más fuerte. Las demás clases del pueblo son víctimas e instrumentos a la vez de estas dos potencias terribles: hoy sobrecogidos los ciudadanos por la gritería de un populacho feroz y embrutecido, y mañana asustados por el despotismo de la fuerza pública que mueve el gobierno revolucionario.

«La propiedad se halla atacada de un lado por los demagogos bajo el pomposo título de la proclamada igualdad de derechos; y arrebatada de otro por la fuerza militar so color de contribuciones de guerra, necesarias para combatir a los carlistas. Y mientras los primeros, en nombre de la libertad, comprometen la seguridad personal con atentados de todo orden, la segunda, en nombre del orden, la vigila privándoles bruscamente de todas las garantías que las leyes establecen. Estos crueles y despóticos señores, quieren conservar su usurpado imperio a costa de la sangre ajena, que miran con indiferencia cómo corre a torrentes.

»¿Y os gloriáis de ser ciudadanos libres los barceloneses? ¿Osais hablar de emancipación, y de vuestra reconquistada libertad, menos que sea la que se disfruta en Constantinopla? También allí, sin formalidad ni sujeción a las leyes de las personas y bienes de los ciudadanos, se atropella todo. Pero no; seamos justos. Barcelona está mucho más adelantada que la capital de Oriente en esta carrera, y ejerce otro género sublime de libertad, en cuyos principios nada entienden los bárbaros musulmanes. Aquí, en nombre de la libertad, se blasfema impunemente de Dios y de sus Santos; aquí se ultrajan y arrastran las sagradas imágenes, sin perdonar al mismo Jesucristo en su santo tabernáculo; aquí se arrasan los monumentos más preciosos bajo el doble aspecto de la Religión y de las artes. Aquí, gritando «somos libres», se incendian templos, talleres y domicilios particulares. Aquí son asesinados amos, se destrozan cadáveres, se roba al transeúnte y se mata a los resistentes. Aquí, entonando himnos y vivas a la libertad, los jóvenes se entregan a la disolución sin freno, se hace traición a la fe conyugal sin vergüenza, se insulta sin rebozo, se infama sin miramientos, se ultraja sin respeto, se desobedece y se atenta sin miedo a la Justicia.

»¡Esta es, en suma, la libertad preciosa que disfrutaban los barceloneses; y a buen seguro que ni turcos ni sarracenos pueden disputarles la preferencia!

»Y a esta libertad se vitorea por las calles y en las reuniones, se la proclama en las asambleas, y se la cantan himnos en los teatros. Y esta es la libertad que apoyan los gobernantes y que defiende a todo trance el ejército cristino-liberal revolucionario con tan poco honor como suceso.

»¡Gozaos enhorabuena, *ilustrados* ciudadanos de Barcelona en la bella suerte que os cabe! Sed libres a vuestro modo; pero tened presente la sentencia de vuestros primeros maestros de Francia: «que la libertad revolucionaria es como Saturno, que también devora sus propios hijos.»

Segunda hoja

Esta segunda hoja es de fecha 15 de marzo del mismo año, en la cual un grupo de afectos a la causa de don Carlos V se dirigía a los productores de Cataluña como comentario al hecho de haber acudido al Ayuntamiento una comisión de

fabricantes y comerciantes quejándose de que las autoridades de Barcelona permitiesen un contrabando escandaloso que perjudicaba en alto grado los intereses de la producción nacional.

Decía la hoja:

«Fabricantes y artistas de Barcelona:

»Meditad y comparad en un momento de calma el estado actual de vuestras fábricas y talleres con el estado floreciente que habían adquirido algunos años atrás, cuando extinguido casi del todo el contrabando, vuestra industria y vuestros comercios tomaban tan rápido incremento que llegó a causar celos a Inglaterra y Francia por sus manufacturas. Entonces es verdad no teníais los quiméricos derechos que os da una «carta» rota y ya desacreditada apenas promulgada, pero en cambio, teníais vuestros cofres llenos de talegas, de las que disponíais, sin epligro, a vuestro arbitrio. No sudaba tanto la prensa, pero se trabajaba con la mayor actividad en vuestras fábricas y talleres y en vuestros comercios se verificaban más transacciones y ventas. No teníais el placer insentato de demoler suntuosos edificios para hacer espaciosas plazas, pero levantábais, para vuestro recreo deliciosas quintas con los sobrantes de vuestra industria y pujante comercio. Entonces, no tenía el Gobierno finos aliados como ahora, porque no los necesitaba para sostenerse, pero tampoco permitía que estacionasen en vuestro puerto esos buques extranjeros cargados de manufacturas que sirven como de otros tantos almacenes, desde donde las mercaderías de las naciones que se os venden por aliadas, asaltan las murallas de la ciudad para acabar con su industria, su riqueza y su trabajo.

»Cotejad, repetimos, las diferentes ventajas de las dos épocas; calculad además cuanto podrá mejorar vuestra posición bajo los auspicios de un Príncipe sabio y virtuoso, amaestrado con los errores y desastres ajenos, que tiene por una de las bases de su gobierno la más estricta economía, por objeto la verdadera felicidad y bienestar de sus súbditos, y que si lucha, lo hace para evitar el total desquiciamiento de la patria en todos los aspectos de su vida.

»Será menester toda la locura y todo el furor que agitan al liberalismo barcelonés, para que no veáis a qué parte de los contendientes se inclinan los intereses de vuestra industria y vuestro comercio.

»Meditadlo.»

Ferocidades Revolucionarias

Hace poco más de un siglo que las llamadas Cortes españolas — Cortes revolucionarias desde luego — desposeyeron al primer rey carlista Don Carlos María Isidro de Borbón, hermano de Don Fernando VII, y se le impuso la pena de muerte «como traidor a las Cortes y a la Patria». Esta medida dió nuevos alientos a los ejércitos carlistas que en 1837 invadían casi todo el territorio vasco-navarro y gran parte de Aragón, Cataluña y el Maestrazgo.

Este atentado promulgado, no sólo contra el rey carlista, sino contra todos los realistas que se habían levantado en armas contra la usurpación, amparada por los liberales, movió a la «Gaceta de Francia» a publicar la siguiente protesta que fielmente copio, traducida, a continuación:

«Las supuestas Cortes de Madrid acaban de imprimir a su revolución el horroroso carácter del terror y del regicidio. El decreto de pena capital contra el Rey Carlos V es uno de los actos que recuerdan los furores de Robespierre, de Murat y de Saint-Just. ¡No faltaba otra cosa para echar el sello al deshonor y a la infamia de esa revolución española!»

«Según este decreto, si Carlos V cayera prisionero, si otro Deutz le entregase a uno de los ministros de Cristina, la existencia del descendiente de Luis XIV, del hijo de Carlos IV y el hermano de Fernando VII acabaría en un patíbulo!... Así lo han decretado los hombres de la revolución, y esto en presencia de una nación que por todas partes se levanta a defender los derechos legítimo de *su rey* y las verdaderas libertades de su patria *y de sus regiones*. ¿La mano de Cristina firmará la sentencia de muerte contra su cuñado y *su Rey* y noble Jefe de la Casa Real de España?»

«No hay que cansarse: ésta es la marcha de las revoluciones: comienzan por el error, y acaban por el crimen. La muerte de Carlos I estaba en la insurrección de Cronwell, lo mismo que la de Luis XVI en la frase audaz de Mirabeau el 21 de junio; y el germen del regicidio intencional que acaban de cometer las Cortes españolas, estaba en el testamento desgraciado de don Fernando.»

«En el mismo momento que tanto se ostentaba la singular moderación de la Asamblea constituyente de Madrid, el año más atroz, y muy semejante a los que tiznan las páginas de las revoluciones más sangrientas, viene a provocar la indignación y horror de Europa y desafiar a todas las monarquías. ¿Ibamos fuera de camino cuando anunciábamos que en Madrid se reunía una nueva Convención?»

«La Asamblea revolucionaria de Madrid sentenció a muerte a Carlos V, cuando el Ministerio de Francia acaba de reconocer la inviolabilidad de las personas reales, aun en las familias que sólo han poseído la corona por medio de la usurpación. Este decreto de las Cortes españolas parece que se ha hecho para demostrar las últimas consecuencias del principio revolucionario; a saber: que si las revoluciones pueden ser clementes mientras se creen seguras, se hacen implacables, inícuas y atroces en el momento que se creen amenazadas.»

—«¡Estos insensatos han creído en un momento desesperado, que no hay más que pegar fuego a las naves, y está conseguida la victoria!»

VINICIO



Asalto de Almadén por los carlistas

Galletas y Chocolates

de Alta Calidad

S O L S O N A

Madrid - Barcelona

Es tradición de esta casa elaborar sus ricos productos con las fórmulas de cuando empezó en el año 1894 con una fabricación de 100 kilos día. Elaboración actual diaria

**5000 kilos de Galletas y
3000 Kilos Chocolates**

De venta en todos los buenos Establecimientos de la Península y en sus despachos:

**Aragón, 310 - Plaza San Jaime, 2 (hoy plaza República) - Cruz Cubierta, 98
Plaza del Clot, 5 - BARCELONA
Delegación en Madrid: P.º de Rosales, 14**

Hojalatería y Plomería
de

JOSE BOFILL

INSTALACIONES

Agua • Gas • Eléctricidad • Obras de Salubridad

Construcción de todos los aparatos para las fábricas y blanqueos de cera • Moldes de hojalata para bujías y cirios esteáricos

Joaquín Costa, 57-Tel. 22301-Barcelona

Fábrica de Marroquinería de Lujo

Casa Ostiz
Bisutería - Novedades

Paseo de Gracia, 28 Tel. 21816 BARCELONA

Antigua Casa Exclusiva
en Géneros de Punto

Gonzalo Comella

Medias ORO

10 Cardenal Casañas 10 = Casa fundada en 1870
Teléfono 18722 - BARCELONA

D. Rafael de Riego

EL IDOLO LIBERAL



No podía faltar en este «Album» decir algo del general Riego, ídolo de los liberales, como lo demuestra el haber adoptado su himno como himno nacional en la primera y segunda república españolas.

Hagamos un poco de historia.

Desde que el 1.º de enero de 1820 el entonces comandante Riego haciendo traición a la brillante historia conseguida en la guerra de la Independencia, se declaró en abierta hostilidad con el régimen, al grito de ¡viva la Constitución!, la suerte se le mostró propicia y de triunfo en triunfo y de honor en honor, sin hallar a su paso obstáculo que se le opusiera, hasta ser el ídolo de los constitucionales; pero estos triunfos y honores, que eran un ultraje al sacrificio del pueblo español no podían prolongarse mucho y cambiada la suerte de las armas en la acción de Las Arenas y preso en Arquillos, donde se detuvo en su fuga,

fué puesto por el duque de Angulema a disposición de Don Fernando.

Juzgado y sentenciado a morir en la horca, el infortunado general vió perderse sus ilusiones en los estrechos muros de una cárcel; y solo, batallando con su conciencia y sus recuerdos, la figura de su madre, piadosa y santa, y la esperanza en la otra vida se fijaron de tal modo en aquel corazón de bronce, que él que no había temblado jamás ante el fuego del enemigo, tembló entonces por la estrecha cuenta que había de dar a Dios de los males que había causado a su patria. Y pidió un confesor, y, a ser posible, que fuese un Padre Dominicó del Colegio de Santo Tomás, de Madrid. Al día siguiente se presentaba ante Riego el Padre San Vicente, con el cual se reconcilió con el mayor fervor.

Según el Padre San Vicente, el general Riego manifestó que su conversión la debía, además de a la Virgen, a su buena madre, que de niño le llevaba todos los días a la capilla del Rosario de la iglesia de Santo Domingo, de Oviedo, y allí rezaban juntos el Rosario y cuyo rezo no había dejado hasta llegar a comandante.

Al día siguiente de su confesión subía Riego las gradas del patíbulo con resignación cristiana y abrazado al crucifijo que él mismo pidió al Padre San Vicente; entregó su vida con las más ostensibles pruebas de arrepentimiento.

Como documento notable de la verdad de su conversión, que ignora la mayoría de los que se titulan liberales, como ignoran tantas otras cosas, copiamos la siguiente protesta, hecha por su propio puño, en la cárcel de Madrid:

«Yo D. Rafael del Riego, preso y estante en la capilla de la Real cárcel de corte, hallándome en mi cabal juicio, memoria, entendimiento y voluntad, cual Su Divina Majestad se ha servido darme; creyendo, como firmemente creo todos los misterios de nuestra santa fe propuestos por

nuestra Madre la Iglesia, en cuyo seno deseo morir; movido imperiosamente de los avisos de mi conciencia, que por espacio de más de quince días han obrado vivamente en mi interior, antes de separarme de mis semejantes quiero manifestar a todas las partes donde haya podido llegar mi memoria que muero resignado en las disposiciones de la soberana Providencia, cuya justicia adoro y venero, pues conozco los delitos que me hacen merecedor de la muerte. Así mismo publico el sentimiento que me asiste por la parte que he tenido en la revolución y en sus fatales consecuencias; por todo lo cual, así como he pedido y pido perdón a Dios de todos mis crímenes, igualmente imploro la clemencia de mi santa Religión, de mi rey y de todos los pueblos e individuos de la nación a quienes haya ofendido en vida, honra y hacienda, suplicando, como suplico a la Iglesia, al trono y a todos los españoles no se acuerden tanto de mis excesos como de esta

exposición sucinta y verdadera, que por las circunstancias aún no corresponde a mis deseos, con los cuales solicito, por último, los auxilios de la caridad española para mi alma. Esta manifestación que hago de mi libre y espontánea libertad es mi deseo que por la superioridad de la Sala de señores Alcaldes de la Real Casa y Corte de S. M. se le dé la publicidad necesaria y al efecto lo escribo de mi puño y letra, y lo firmo ante el presente escribano de S. M. en la cárcel real de corte y capilla de sentenciados, a las ocho de la noche del 6 de noviembre de 1823. — Rafael del Riego. — Presente fuí de orden verbal del señor gobernador de la Sala. — Julián García Huerta.»

Nos daríamos por muy satisfechos como españoles y como cristianos que todos los prohombres liberales, que le han tenido por ídolo, acabaran su vida como Riego...

Aunque no los queremos ver en el patíbulo.



Cosas y Casos de antaño

CONTRA LA IGLESIA

En el mes de octubre del año 1837, en plena guerra civil de los Siete años, y en pleno auge las tropas de Don Carlos V, que se dirigían al centro de España y que por lo tanto amenazaban seriamente a la capital del Reino, la «Gaceta» de Madrid publicaba el siguiente decreto, que era un atentado a la propiedad, prerogativas y libertad de la Iglesia, que los carlistas, y SOLAMENTE LOS CARLISTAS (entiéndanlo bien los que deben entenderlo) han defendido en todos los terrenos.

Decía así el tal Decreto:

«Todas las joyas de oro y plata labradas, que pertenezcan a las iglesias, capillas, ermitas y a cualquier establecimiento eclesiástico serán inventariadas y puestas a disposición del Gobierno con el objeto único y exclusivo de expendirse para los gastos de la guerra (contra los carlistas). Se exceptúan las reliquias objeto de una devoción particular.»

¡Cómo debían estremecerse las cenizas de nuestros antepasados, de nuestros bisabuelos los héroes de la Independencia, al ver que los Antíocos y los Heliodoros de los años 37 y 38 del siglo pasado, despojaban con sacrílega audacia las casas del Señor de las prendas que ellos les legaron en testimonio de su religiosidad y de su patriotismo! Y no ciertamente robaban las joyas de los santuarios para abatir a los soldados de la Media Luna; no para librar el suelo español de la opresión de los bárbaros, o para derrotar a las águilas francesas; sino para combatir y aniquilar a los ejércitos carlistas, soldados de la Iglesia que combatían contra la revolución, que sacrílegamente quería arrojar a Dios de la gobernación de España.

CONTRA VASCONIA Y NAVARRA

No solamente aquel gobierno atentaba contra el patriotismo y derechos de la Iglesia, sino que asimismo atentaba contra los derechos y liber-

tades de los pueblos. Véase, si no, el decreto aparecido en la «Gaceta» de Madrid del día 6 de septiembre del mismo año 1837, sancionado por doña Isabel II, y en su nombre doña María Cristina :

«Las Cortes, en uso de sus facultades han decretado :

»Artículo 1.º, Cesarán desde luego las Diputaciones forales de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, estableciéndose en ellas Diputaciones provinciales con arreglo a la Constitución y leyes vigentes.

»Art. 2.º Para suplir a estas Diputaciones interin que se verifica su elección, se formará en cada provincia una Diputación provisional presidida por el jefe político y compuesta de regidores de la capital... y de los pueblos que estén constantemente libres de la dominación de las tropas «facciosas»...

»Art. 3.º Se autoriza al Gobierno que establezca aduanas en las costas y fronteras de las tres provincias y Navarra, etc., etc.

»Art. 4.º El Gobierno establecerá en los puntos en que las circunstancias lo permitieren, jueces de primera instancia para la administración de justicia conforme a las leyes, etc., etc.

»Palacio de las Cortes, a 6 de septiembre de 1837. « — Juan de Muguiro, vicepresidente. — José Feliu y Miralles, diputado-secretario. — Cristóbal de Pascual, diputado-secretario.»

Después de leído el anterior decreto, un hombre reflexivo y patriota se cae de espaldas y no comprende cómo en las provincias vascongadas y en Navarra pudo haber, durante la guerra de los Siete años, un ciudadano que se llamara liberal.

LOS «AYACUCHOS»

Llamábanse «ayacuchos» a los jefes militares españoles que fueron batidos en 1823 por Bolívar en Ayacucho, dejando proclamar la independencia del imperio del Perú.

El ejército español, que era más numeroso que el peruano y, por lo tanto, debía esperarse que venciera, fué derrotado. La opinión española creyó ver en aquel hecho una traición, es decir, creyó que España fué vendida por aquellos que debían sostener su dignidad y sus derechos. Y el pueblo español llamó despreciativamente «ayacuchos» a cuantos jefes militares españoles tomaron parte en aquel desgraciado hecho de armas.

Pero lo que más indignó a la opinión pública, fué : que habiendo vuelto a la península los «ayacuchos» después de una capitulación vergonzosa, fueron acogidos y recompensados por Fernando VII y admitidos al servicio del Gobierno sin sometérselos a proceso, como era de esperar.

Es por esto que, cuando estalló la primera guerra carlista, es decir, la de los Siete años, se llamó al ejército liberal «ejército de los ayacuchos», puesto que todos los jefes que habían tenido mando en el Perú, cuando lo perdimos, lo tenían en el ejército liberal contra los carlistas, pocos años después.

Y así vemos como en los años 1838 y 1839, tenían mando en el ejército liberal, los siguientes jefes, todos «ayacuchos» :

El General Espartero, conde de Luchana, general en jefe de los ejércitos reunidos.

El general Alaix—, ministro de la Guerra.

El general Ferraz—. Inspector general de caballería.

El general Narváez. — Capitán general de Madrid e inspector general de la milicia nacional.

El general Araoz.— Comandante general de Guipúzcoa.

El general Carratalá. — Comandante general de los cuatro reinos de Andalucía.

El general Alvarez. — Capitán general del reino de Granada y gobernador de Málaga.

El general González Villalobos. — Gobernador militar de Cádiz.

El general Nogueras. — General en jefe del ejército del Centro, Valencia y Murcia.

El general Infante. — Gobernador de Valencia.

El general Valdés. — Capitán general de Cataluña.

Como se ve, no hubo región en España, excepto Extremadura, que no estuviese regida y gobernada por los «ayacuchos».

CARLOS V A LAS PUERTAS DE MADRID

La expedición de D. Carlos, cuya vanguardia formaban las fuerzas aragonesas y valencianas al mando de D. Ramón Cabrera, llegó a Aranda del Rev el 12 de septiembre y atacó el mismo día en Vallecas una fuerza de caballería situada allí en su observación, batida la cual avanzó hacia la Corte, tomando posición de las alturas inmediatas al portazgo que da vista a la capital, sin que por entonces la guarnición de ésta presentase más tropas a la defensiva de una compañía de nacionales en la puerta de Atocha, colocada allí sin orden alguna ni conocimiento al parecer del riesgo en que podría encontrarse.

Dos días permaneció D. Carlos en inacción en Arganda, siendo varias las opiniones en punto a embestir o no a Madrid, en cuya discusión generalmente se cree haberse manifestado muy resuelto a la afirmativa el bravo Cabrera, y que apetecía ser el primero en entrar en Madrid, pero al fin se dió lugar a la aproximación de Espartero y todo se perdió.

"LA FAMILIA"

Revista mensual ilustrada (fund. en 1908)

Director: Antonio Pérez de Olaguer
Redactor Jefe: Benedicto Torralba de Damas

"LA FAMILIA" es la mejor revista católica del hogar y la más amena entre las de su género. Insuperables grabados, cuentos, novelas, narraciones históricas, pasatiempos, recetas de cocina, anécdotas, etc.

Un número mensual de 40 páginas

Precio de suscripción:

Un año: 7 pesetas

Número suelto: 60 cts.

Administración:

Plaza Nueva, 12

Teléfono 22915

BARCELONA

Muebles - Decoración = Tapicerías

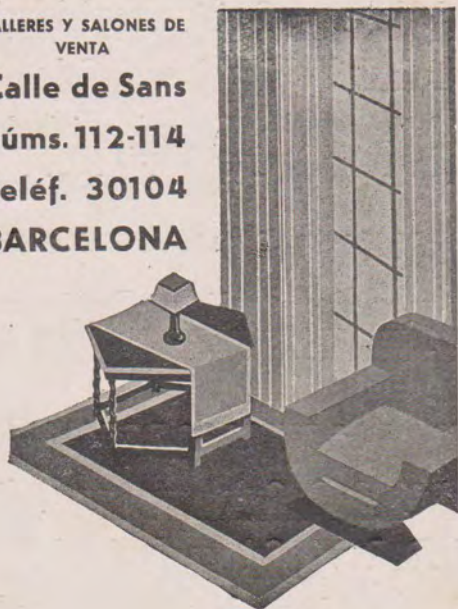
TALLERES Y SALONES DE
VENTA

Calle de Sans

núms. 112-114

Teléf. 30104

BARCELONA



IMPORTANTES TALLERES DE SUCESORES DE DOMINGO Y SABATE

200 habitaciones para la combinación de pisos de 1.000 a 50.000 pesetas.

La importancia de nuestros talleres acompañada del ahorro que representa no estar en un punto céntrico, donde se paga solamente la ostentación, nos permite vender con un 40% de economía.

Visite nuestro piso moderno de muebles lacados al Duco Color

Ventas al mayor y detall

Católicos! favoreced a vuestros escritores... adquiriendo sus obras...

Antonio Pérez de Olaguer

ha de ser vuestro escritor. Lo merece por sus obras amenísimas llenas de ingenio y gracia.

Recordad estos títulos



Obras de Antonio Pérez de Olaguer

Ensayos literarios (Cuentos)	3'—Ptas.
Españolas de Londres (Novela)	3'50 "
De Occidente a Oriente por Suez (Viajes)	4'— "
¡Paso al Rey! (Novela humorística)	5'50 "
La ciudad que no tenía mujeres (Novelas y actos)	5'— "
El Canónigo Colléll (Biografía)	15'— "
Mi vuelta al mundo (El mejor libro)	18— "
de viajes publicado hasta la fecha. Más de 500 Páginas. Más de 500 grabados.	

NOTA: Si su librero no tiene estas obras pídaslas a "EDITORIAL JUVENTUT"

Provenza, 101 - Barcelona

Maroto

Los fusilamientos de Estella

Don Francisco Maroto, nacido en Lorca, de Murcia, era uno de los llamados en España por escarnio *ayacuchos*, o sea de los traidores afiliados a las logias masónicas que, en América y en especial en la desastrosa batalla de Ayacucho, se dejaron vencer, casi sin resistencia, y firmaron acto continuo la independencia americana.

Había conocido a Don Carlos en Portugal, cuando este rey salía con honores del destierro de Madrid, perseguido por Rodil, que llevaba la orden de «fusilar al revoltoso Príncipe». Acompañó a Don Carlos a Inglaterra y penetró en las filas carlistas, separándose de las isabelinas, y lo vemos al lado de Zumalacárregui en el sitio de Bilbao, armándole ya la zancadilla al general Moreno cuando, muerto el insigne Zumalacárregui, se trató de substituirle en el cargo de general en jefe. Huído en 1836 a Francia, como reo de alta traición, que así consta en los documentos de Erro, le vemos en 1838 vuelto a la amistad de Don Carlos y, (error que se pagó caro) muy luego

encargado del mando general de las tropas carlistas.

Pasando por alto las razones que tuviera el buenísimo Rey (tan fácil al perdón) para levantarle el peso de las acusaciones que sobre él gravitaban, el caso es que, a fines de 1838, era Maroto árbitro de la suerte de la Causa. Don Carlos veía sin duda en Maroto el único jefe que entonces podía llevar a la victoria al ejército carlista. Este general, de carácter iracundo, de prontos violentísimos, de soberbia refinada, no podía tascar el freno de ninguna contradicción del Rey, ni de los altos jefes, y menos aún de los subalternos, de algunos de los cuales la indiferencia hacia él era notoria.

Cuéntase que el Rey, al revisar un día las fuerzas de Maroto en el camino desde Mondragón a Estella, acompañado de Texeiro y Guergué, pasó casi sin mirarla por delante de la tropa, y no tuvo una frase de alabanza para Maroto, que había preparado aquella brillantísima para-



Junto a esta tapia fueron fusilados por Maroto los jefes carlistas y héroes de la Tradición Guergué, García, Sanz, Carmona y Uriz. La pareja que señala la lápida conmemorativa son el Barón de Montevilla y su hermana, hijos del Marqués de Valldespina.

da con el fin de confundir, con el aplauso del Rey, a los que él creía «sus enemigos». Esta actitud del Rey, sin duda involuntaria, fué interpretada por Maroto como un desprecio y fué la última gota de bilis que hizo derramar la copa de la ira que en su pecho almacenaba el *ayacucho*.

Maroto, que estaba ya elaborando con Espartero el futuro convenio de Vergara, quiso librarse de cuantos podían oponerse; y al efecto, con una lucida escolta, se dirigió camino de Estella. Por el camino se apoderó del general Sanz y del intendente Uriz, y con los dos entró en Estella, donde el general García descansaba en su alojamiento, y que, al conocer que se le quería detener, salió por la puerta de Irache donde fué conocido y desde allí llevado al castillo de Puig, a donde asimismo fué conducido Carmona, que había caído en el lazo que le tendió Maroto. Guergué, el antiguo general en jefe, a quien Maroto

había substituído, apresado en su misma casa completó las víctimas del Puig...

La noche del 18 de febrero fué de luto para el ejército carlista. Sumariados aquellos generales, cada uno de los cuales podía poner ante las iras personales de Maroto un montón de coronas de laurel ceñidas a la bandera carlista; contra el parecer del general Conde de Negri, que en vano se interpuso, fueron todos ajusticiados en el, desde entonces, ominoso castillo...

Los fusilamientos de Estella dieron margen a sucesos, conocidos ya en la Historia. Más que fusilamiento, fué un asesinato, y por eso Don Carlos calificó a Maroto de traidor. La fuerza del «asesino» era tal, que llegó a imponerse y siguió con el mando supremo de las tropas; pero Don Carlos y Maroto quedaron sin reconciliarse de corazón para siempre...

Alberto Risco



CUERDAS, HILOS Y CORDONES
— PARA LA INDUSTRIA —

D. Canals y Planell

Plaza Sta. Eulalia, 17. - Teléfono 19

ESPARRAGUERA

El "tigre del Maestrazgo"

Cabrera y el paso del Ebro por Carlos V



Excmo. Sr. D. Ramón Cabrera
Conde de Morella

El hijo de Tortosa, que tantos días de gloria dió al ejército carlista, era hombre de más de mediana estatura, de fisonomía inteligente y viva; de ojos negros, donde se reflejaban todos los afectos del alma; cuando los posaba tranquilo, movía al cariño; cuando los clavaba iracundos, levantaba el temor. Sobre todo desde el fusilamiento de su santa madre, tomó su carácter un tono irascible y crudo.

Dice un biógrafo: «Raras veces está tranquilo; anda aceleradamente y bamboleando el cuerpo; se penetra muy pronto de cualquier plan que se le proponga, pero hace siempre entrar a otros en el debate del plan, y mientras tanto, calla y pasea fumando de un extremo a otro de la habitación, como si no hiciese caso de lo que se discute; de pronto se para, y echa sus ojos sobre la concurrencia: es el momento de callar todos, por-

que ya ha decidido él. Su táctica militar es muy peculiar suya, prontísimo en tomar una medida impremeditada, pero recta, en los momentos difíciles; reservado en el plan, que a cada subalterno distribuye por partes, cuando da audiencia, comienza siempre por los pobres...»

Este valiente jefe, joven cuando la primera guerra, todo sangre y nervios, todo inteligencia militar y todo corazón, había dado su palabra de facilitarle al Rey el paso del Ebro, empresa difícilísima, y lo cumplió.

Cabrera comenzó por cortar las comunicaciones entre los generales isabelinos Noguera y Borzo para que no se entendiesen, y el día 29, por el solo gusto de que el Rey le viese dirigir una batalla, la trabó con Borzo, cuyos soldados se tendían por toda la orilla del Ebro, desde Cherta hasta cerca de Azut. En la orilla opuesta tendiase a su vez el ejército de Don Carlos, ayudando al general tortosino y admirando las filigranas de valor que supo derrochar aquella tarde, dejando a todos atónitos...

Y vencidas las tropas enemigas, y otras dispersadas o en fuga, pudo el Rey pasar la corriente en una barca, alfombrada con tapete de terciopelo granate, al lado de Cabrera, que, cubierto de polvo, bañado en sudor, pero alegre y satisfecho como un niño le había salido al encuentro y le condujo a Cherta, donde hubo besamanos y solemnísimas fiestas...

Cabrera fué nombrado, poco más tarde, comandante general de los reinos de Aragón, Valencia y Murcia, demostrando a todas luces su capacidad militar, su valor, su arrojo y sus cualidades de mando, a la vez que su severidad y la dureza de su carácter, que le valió el sobre-título de «Tigre del Maestrazgo».

Pues este invicto general, el que llevó sobre sus hombros todo el peso, podemos decir, de la segunda guerra carlista; este insigne campeón de la Causa que, por el terror que sus victorias habían causado en el campo liberal, pasó por el dolor de ver fusilada a su santa madre...; este famoso jefe,

L. D. Ferrnando de Llinó de Ontañón

Muy señor mío y de mi consideración: El
Subreg de Bayona me ha remitido el pliego que V. le envió como
urgente, y que ha salido para el Cuartel Real, y para el destino
que tenían otras cartas. No olvide V. en escribirme discretamente,
pues no es que haya dificultades en ello.

Al tiempo recibí la otra carta de V. que se
envió con la mía, y en la cual me daba V. detalles muy de a-
proximar. No sé si los hermanos Angillo, sino otros cuantos se dicen
a valentarse, y aunque en todos los auxilios morales y materiales
que pueden prestarse, lo hicieron con escasa fortuna. Pero que en la
conducción de Cabrera lo que mas resalta es la torpeza, y que tan
desacreditado quedará en un campo por su apostaría, como en el
otro por su ineptitud. Tal vez dirá lo haya convenido para depur-
rar nuestra gente, aunque siento bien que entre sus fuerzas mentes
a los tres Segura y Miguel.

Señor V. que soy apén en atento S. S. 2 D. S. S.

Paris, villa de Madrid -
10 de Abril - 75 -

Fernando Estrada

leal hasta el año 1870, (por circunstancias que no son del caso anotar aquí; porque llenaríamos por entero este «Album»; por influencias tal vez de su esposa o presiones inconfesables de cuantos llevaban los manejos de la proyectada «Restauración alfonsina».) cayó en la más lamentable defección pasándose al campo enemigo y laborando desde él por destrozar al ejército que estaba batiéndose heroicamente por Dios, Patria y Rey bajo las banderas de Don Carlos VII.

He aquí, a continuación, después de haberse dirigido, en un manifiesto a los españoles, y en otro a los soldados del rey carlista, el documento suscrito por él y algunos pocos jefes que le siguieron en tal vituperable deslealtad:

Acta de reconocimiento y adhesión a S. M. el Rey D. Alfonso XII.

En la Villa de Biarritz, departamento de los Bajos Pirineos, a 20 días del mes de marzo del año 1875.

Reunidos en presencia del Excmo. señor general don Ramón Cabrera, conde de Morella, los generales, jefes y oficiales que fueron del ejército carlista y que abajo firman:

Vistas y apreciadas, no sólo por lo que contienen, sino por lo que discretamente omiten, las cláusulas del tratado que el general D. Ramón Cabrera firmó en París el 11 del corriente con los representantes del Gobierno de S. M. Don Alfonso XII, Excmos. Sres. duque de Santoña y Don Rafael Mery del Val:

Vista la alocución de igual fecha que el mismo general dirige a nuestro partido, excitándole a depone las armas y a defender su política de siempre por los medios legales, bajo las garantías que dicho señor general tiene acordadas con el Gobierno de D. Alfonso XII, según el tratado de que queda hecho mérito;

Y visto el manifiesto que el mismo general acaba de dirigir a la Nación, exponiendo las razones que tenemos para considerar tan inútil como desastrosa la presente guerra;

Convencidos de que el tratado de París no nos impone abjuración alguna, y que por nuestra parte no sería precedente exigir más, cuando se nos facilitan todos los medios legales de obtener una cumplida satisfacción. Como la cuestión más trascendental de otro tiempo queda reducida hoy a una diferencia de personas, que en tesis general no merece ni los sacrificios ni los honores de la

(Carta autógrafa del ilustre Don G. Estrada, en la cual se hace un juicio exactísimo de lo que al fin había de sucederle a Cabrera)



Cabrera arengando a las tropas carlistas



**Pasa Carlos V el Ebro por Cherta
(Junio de 1837)**

guerra. Persuadidos de que, aunque así no fuera, y aunque moral y políticamente pudiéramos sostener una lucha de mero interés personal, nos vemos fatalmente obligados a prescindir de D. Carlos, como hemos prescindido de su padre el infante Don Juan.

Dejando para publicaciones especiales el cúmulo de datos y de pruebas que justifican nuestra determinación, y con el alma poseída del dolor natural que nos causa la perseverante contrariedad que hallamos en las personas destinadas a representar nuestra causa, contrariedad que sin embargo respetamos...

Desde ahora, y a la faz de toda la nación, reconocemos como Rey de España a S. M. católica D. Alfonso XII, y ofrecemos servirle y defenderle con la misma lealtad que de generación en generación hemos venido acreditando contra todo género de adversidades.

Y por cuanto anticipándose a interpretar exactamente nuestras aspiraciones, el Excmo. Sr. General conde de Morella ha demostrado en esta iniciativa de paz el acierto y energía con que siempre nos condujo a la victoria, prestamos nuestra conformidad absoluta al plan que resulta de las negociaciones que ha realizado con el Gobierno de S. M. y le suplicamos que sin miramientos personales de ningún género, lleve a cabo su empresa, y procure que a la posible brevedad presten su leal adhesión a este documento los jefes y oficiales que por un exceso de mal entendida consecuencia, se hallan hoy en armas.

En prueba de lo que consignamos, signamos el presente documento a continuación.)

* * *

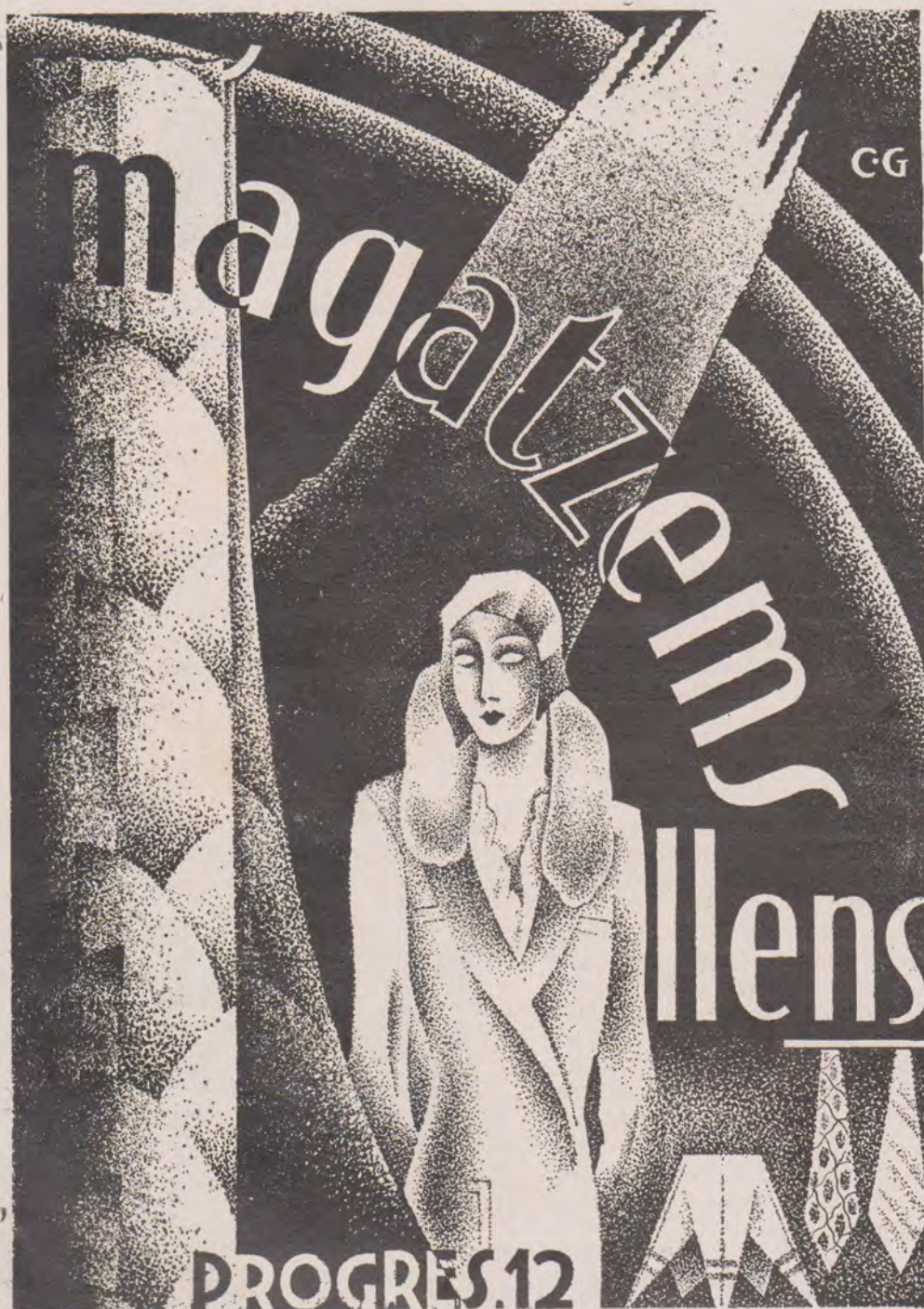
Como se ve, el tal documento no aporta razones que den legitimidad a la defección, sino que, como todos los traidores que son y han sido a la Causa, invocan lo tan sabido del «derramamiento inútil de sangre», lo de debatirse «una cuestión

simple de personas» y otros lugares comunes con que suele disfrazarse la traición.

Y nadie podría invocarlo menos que Cabrera, que tanta sangre había hecho deramar, que tantas alocuciones había dirigido a sus tropas y a los españoles, y por durante tantos años, combatiendo unos principios y una bandera, la del Liberalismo a la cual entonces se acogía, manchando así toda una larga vida de valor y de sacrificio hasta el extremo de ofender a su Dios, a su Pa-



Gráfico que circuló entre las tropas carlistas, contra Cabrera, a raíz de su defección, tal vez el más mordaz



e
m
í
í
í
c
o
m
a
d
í
r
a

telèfon 300, ~ girona ~

tría y a sus reyes de antes la sangre de su madre...

Designios del Altísimo.

No es extraño, pues, que el pueblo carlista, así el civil como el militar, ante tal vituperable conducta, arremetiese con violencia a Cabrera, afeándole su apostasía y su manifiesta inconsecuencia.

Aquí reproducimos, como se ha visto, una de las varias fotografías contra el «tigre del Maes-

trazgo», la que más circuló en los últimos tiempos de la última guerra civil y que en el año 1900 Don Carlos VII extrajo del «Archivo Histórico del Carlismo 1872-1876», expresamente para ofrecer al que estas líneas ha trazado.

Por las circunstancias que concurrieron en él, vamos a relatar, con todo el horror que su recuerdo infunde, el asesinato, (más bien que fusilamiento) de la madre del que fué vencedor, en tantas ocasiones, de las tropas liberales.

Fusilamiento de una anciana



Fusilamiento de la madre de Cabrera

La guerra civil de los siete años estaba en todo su esplendor. Carlos V dominaba en Euskaria, norte de Aragón y parte de la Rioja. Expediciones celeberrimas recorrían las Castillas y el Mediodía. Y en Cataluña y Valencia y en el Maestrazgo dominaba también la enseña blanca, levantada bravamente por el brazo de hierro de Ramón Cabrera.

Las hazañas de este héroe no podían tragár-

selas los liberales de Madrid y los jefes del ejército isabelino. Que Carlos V, príncipe al fin y al cabo dominase y venciese, dolía les, pero lo comprendían. Que los jefes y generales pasados a la buena causa ganasen batallas, cosa dura era, pero pasable. Mas, que un joven imberbe, seminarista desconocido, de un pueblo ignorado, tuviese a raya a batallones y más batallones, e hiciese morder el polvo a generales y más generales, y dominase como dueño absoluto en multitud de comarcas, y fuese seguido con entusiasmo loco, por una porción de miles de voluntarios, eso no podían tolerarlo los liberales.

Así es que la rabia y el furor contra el improvisado general Cabrera eran tales que todo se toleraba contra él, cometiendo algunos mil fechorías ridículas.

Pero entre estas fechorías hay algunas de tan subida barbarie, que merecen la execración de todo hombre honrado. Y entre estos crímenes hay uno que ocupa un señalado lugar en la lista interminable de los crímenes del liberalismo.

Se llamaba la madre del general Cabrera María Griñó, nacida en Tortosa en el año 1782. Había sido una excelente hija y piadosísima esposa, conocida en toda la ciudad por sus eminentes virtudes. De su matrimonio había tenido dos hijas y un hijo, que era el citado general carlista, joven de treinta años escasos.

Mandaba entonces en la Cataluña liberal un hombre feroz, que ejercía de capitán general: Francisco Espoz y Mina. Las barbaridades ejercidas por este gobernante son tales, que llenan sendas páginas de su historia. Este señor, de acuerdo con el brigadier Agustín Noguera, que rondaba el Maestrazgo, imaginaron nada menos que la muerte de la infeliz madre de Cabrera, para vengar en una víctima inocente las derrotas que con-

tínuamente les hacía sufrir el valiente hijo de la víctima.

Tan horrenda cosa no les hizo volver atrás de su propósito.

Supongamos que Ramón Cabrera fuese el mayor criminal que registrasen los archivos de la criminalidad.

Supongamos esto, y nadie será capaz de ver la menor hilación política entre un hijo, criminal protervo, empedernido y cruel, y su santa y virtuosa madre. La ley más feroz no se atrevería a sentar tamaño despropósito.

Pero es que el supuesto era falso. Es que Ramón Cabrera, si actos de dura justicia cometió, fué después del asesinato de su madre, para escarmiento futuro de aquellos verdugos, que usufructuaban en Cataluña del mando... y de las derrotas.

Porque eso era todo: sus derrotas. La astucia de zorra del general carlista les quemaba la sangre, y juraron la comisión de aquél crimen.

Pero aún hay algo más incomprensible. Se comprende — aunque no se justificase — que encarceraran a la infeliz madre, a fin de amedrantar al hijo y obligarle, por amor materno a la rendición. Pero fusilarla, es decir, suprimirla en un acto de refinada crueldad, eso no sólo no serviría para amenazar constantemente al carlista — pues no había remedio para el mal — sino que forzosamente debía aguzar más y más la astucia del general, multiplicar su valentía y aún acentuar su espíritu de seca justicia.

* * *

Tales consideraciones no lograron hacer volver atrás a algunos isabelinos. El brigadier Noguerras, en 8 de febrero de 1836, firmó una orden, mandando al comandante general de Tortosa, don Antonio Gaspar Blanco, que *encarcerara a las dos hermanas de Cabrera y que fusilara a su madre* «POR EL BIEN QUE HA DE RESULTAR CON ELLO A LA REINA NUESTRA SEÑORA.»

El comandante Blanco se negó a cumplir la orden de encarcerar a las dos hermanas y fusilar a la madre de Cabrera. Envío al capitán general de Cataluña, Sr. Espoz y Mina, recado de lo que pasaba. Ignoraba el pundonoroso militar que este otro verdugo estaba avenido con Noguerras. «No creo justo — escribió a la primera autoridad de Cataluña — hacer expiar a la madre del Cabecilla Cabrera las atrocidades cometidas por su hijo.» Espoz y Mina contestó a Blanco con estas palabras dignas de recordación: «Verifíquese como se mandó, para que se cumplan y llenen los justos DESEOS de Noguerras.» El 16 de Febrero recibió el comandante de Tortosa esa orden, confirmando y mandando fusilar a la pobre madre. E inmediatamente, lavándose las manos, envió la orden al alcalde-letrado de Tortosa, D. Miguel

de Córdoba, para que dispusiese lo necesario para la ejecución.

El Sr. Córdoba extrañó mucho la orden. Se iba a fusilar a una infeliz mujer, sin formación de causa, sin ni sombra de tribunal, sin permitirle defensa alguna, sin ni notificar el motivo de la ejecución. Por lo cual, antes de cumplimentar la orden, se presentó al comandante para obtener explicaciones verbales acerca de lo que él consideraba una equivocación, o, de no serlo, un crimen.

— ¿Es cierto el recado que me acaban de mandar sobre el fusilamiento de María Griñó?

—Desgraciadamente. Aquí está la orden terminante de capitán general del Principado. Hace ocho días me fué mandada lo mismo por el brigadier Agustín Noguerras, y me resistí a cumplimentar lo mandado, porque no creía que con esa atrocidad cometida contra la madre, quedasen pagados los hechos del hijo. Pero ahora con la orden terminante del capitán general, ya no hay más que deplorar la atroz medida, pero cumplimentarla en el acto.

—Aún así, me parece una atrocidad—hubo de contestarle D. Miguel de Córdoba.

—¿Qué haría usted, pues, en mi lugar?

—¿Yo, en su lugar? Yo pondría al pie de la orden, escrito de mi puño y letra: «Se obedece, pero no se cumple.» En las antiguas leyes españolas había esta fórmula para desobedecer al mismo rey, cuando éste se extralimitaba, mandando cosas contra las leyes del país. ¿Queréis algo más contra ley que fusilar a una anciana sin formación de causa y «para que se llenen los DESEOS de un general?» Cuando se dan casos de esta clase, se contesta que a nuestras órdenes no tenemos verdugos que se presten a asesinar.

—¡Pero la orden superior es terminante!

—Terminante, pero abiertamente contra ley.

—En tiempo de guerra, sabe usted que no hay más ley que las órdenes y facultades del general en jefe.

—Sea. Pero se opone a ello la más elemental noción de justicia.

* * *

La madre de Cabrera no se hizo nunca ilusiones. Desde que se vió en la cárcel ya no dudó de que la fiera liberal quería una víctima inocente. «Creo — decía — que no saldré de aquí más que para morir.» A pesar de ello fueron conmovedoras las escenas de sus últimas horas. Las ha narrado el Rdo. D. José M.^a Trench, que fué llamado para que confesara a la pobre anciana.

«Llegué a los cuarteles observando una agitación extraordinaria y una cosa indefinible en los semblantes de todas las personas allí presentes. Se me presentó un ministro de justicia y me dijo:

«Se va a fusilar a la madre de Cabrera.» Yo

me quedé atónito y sin poder pronunciar una sola palabra. Aún dormía María Griño... subió el carcelero a llamarla y preguntando azorada ¿qué hay?—contestó el carcelero:—Nada, se trata de dar unas aclaraciones. Vistióse con precipitación, y con semblante muy agitado, bajó a la sala donde nosotros (el sacerdote que escribe y su compañero, Rdo. Joaquín Costa) estábamos. Al vernos, exclamó: «¡Infeliz de mí! ¡Voy a morir! ¿Cuál es mi culpa?» Y prorrumpió en otros lamentos propios de un corazón inocente y capaces de enternecer a las mismas piedras. Se puso las medias y guiada por un alguacil y un oficial, fué conducida entre dos filas de soldados a otra sala donde se le dijo que dentro de tres horas iba a ser fusilada... No tengo palabras para explicar la posición de semejante mujer, toda sorprendida y desolada: «¡Yo morir! ¡Oh, justicia! ¡Oh, hijo mío! ¡Tu madre va a morir! ¡No la verás más!...» Comenzó la confesión sentada en un copo y con grillos en los pies. Como los centinelas estaban muy cerca, reclinó su cabeza sobre mi muslo de-

recho y bañaban sus lágrimas mis hábitos... Acabada su tierna confesión, pidió hacer testamento y se le negó... suplicó la dejasen ver a sus dos hijas y nietos, y le fué negado. Rogó que se le administrase la Sagrada Comunión, y tampoco se le permitió... Me dijo: «Decid a mi hijo que no tome venganza, ya que Dios lo permite así...» El presbítero don Joaquín Costa la acompañó hasta el lugar del suplicio... salió de la capilla, estrechando contra su corazón la efigie del que murió por nosotros. Formaba la escolta un piquete de Bailén... Al pasar por las inmediaciones de su casa levantó María la cabeza y exclamó: «¡Adios, hijas mías! ¡Adios para siempre!» Al llegar a la barbacana... sin darle lugar a empezar el credo, sonó una descarga... y cayó sin vida»

Acabemos esta horripilante narración con unas cortas palabras del liberal Antonio Pirala:

«El partido que cometió este asesinato con tal lujo de asquerosos detalles, y LAS CORTES y GOBIERNO que lo aprobaron demostraron estar muy por debajo de una gavilla de bandidos.»

Sindicat Agricola de Borges Blanques Vins - Olis fins d'oliva

El cantor de las Glorías Carlistas

Don Fernando de Sagarra

(Del «Periódico realista del Principado de Cataluña»
(30 de Agosto de 1837))

HIMNO GUERRERO

Al Ejército expedicionario en su marcha
hacia Madrid

CORO

*Ninfas del Tajo dorado
coged palmas y laureles
y de los cántabros fieles
las nobles sienes ornad.*

*Avanzad, fieles guerreros,
de la España honor y gloria
y en alas de la victoria
corred, volad a la lid.
Ved que fama se os prepara
para el esfuerzo postrero,
derrotando al masón fiero
en las puertas de Madrid.*

*La España espera su alivio,
la Europa os observa atenta,
el Cielo aplaude y alienta
vuestro marcial ardor.
De la Virgen sin mancilla
el sacro pendón glorioso
ondeando magestuoso,
os lleva al campo de honor.*

*El Nieto de San Fernando
grande, magnánimo y fuerte
os ha confiado su suerte,
y descansa en vuestra fe;
objeto tan precioso
ha de inflamar vuestro celo;
marchad con heróico anhelo,
corred, llegad y venced.*

*No temais a los cobardes
que pretenden deteneros;
vuestros invictos aceros
su orgullo castigarán.
Como frágiles aristas
que el fiero aquilón esparce,
huirán al acercarse
el Ejército Real.*

*Y si presentar osaran
aún sus fementidos pechos,
con recordar vuestros hechos
se inflamará vuestro ardor;
pensad en Mendigorría,
en Oriamendi, en Barbastro...
Jamás se ha eclipsado el astro
que guía vuestro valor.*

*¿Veis de Zumalacárregui
la sombra magestuosa?
en su diestra vigorosa
brilla el acero fatal;
con su enrojecida punta
os señala la victoria
y os dice: "allí está la gloria,
allí está la Capital..."*

*Del Príncipe que os conduce
imitad el noble brío;
sucumba el masón impío,
perezca su infame ley.
Por el pendón de María
jurad denodadamente
morir cual muere el valiente,
o vengar a Dios y al Rey.*

D. FERNANDO DE SAGARRA

Don Carlos de Borbón y de Braganza



D. CARLOS VI
Conde de Montemolín

Primogénito de S. A. el Infante de España D. Carlos María Isidro de Borbón, nació D. Carlos Luis de Borbón y de Braganza en el Real Palacio de Madrid el día 31 de enero de 1818, apadrinándole, en la pila bautismal, su tío el Rey D. Fernando VII.

Celebróse en Madrid su natalicio con salvas

de artillería, iluminaciones y públicos festejos; pero, tres lustros después, emigraba a Portugal; al año siguiente perdió a su augusta madre, pero halló otra en su tía la Princesa de Beyra, con quien vivió en Salzburgo hasta que, en octubre de 1838, vino con ella a España para acompañar a su augusto padre en la guerra, iniciando su educación militar el bravo y entendido General de Infantería D. Bruno de Villarreal, y perfeccionándose en la que ya había recibido de maestros tan insignes como el P. Puyal, de la Compañía de Jesús, y el célebre pintor D. Vicente López.

Después del Convenio de Vergara volvió a emigrar, y cuando se le exigió la entrega de la espada en territorio francés, negóse a ello, diciendo que los príncipes españoles jamás entregaban sus espadas, y así logró conservar la suya. En Bourges (donde vivió recluso con su augusta familia), adquirió una completa instrucción técnica de Artillería, bajo la dirección del ilustre General Montenegro, procedente del Real Cuerpo de Artillería.

Cuando D. Carlos María Isidro de Borbón abdicó en D. Carlos Luis, tomó éste el título de Conde de Montemolín; dirigió cinco días después (el 23 de mayo de 1845) un manifiesto a los españoles; el 14 de septiembre del año siguiente se fugó de Bourges, establecióse en Londres acompañado del General de Artillería Montenegro y del Grande de España Marqués de Villafranca, y empezó a preparar la guerra que al fin se renovó en 1847, aclamándole sus huestes con la denominación de Carlos VI; durante aquella campaña intentó entrar en Cataluña con sus hermanos D. Juan y D. Fernando de Borbón; pero los tres fueron presos por los aduaneros franceses y en-

cerrados en la ciudadela de Perpiñán. Entre tanto, sus tropas obtenían victorias tan brillantes como las de Bagá, Aviñó, Pasteral, Esquirol y Fornells; pero la defección de los brigadieres Pons y Pozas y de otros jefes carlistas inutilizó los esfuerzos de los que le permanecieron leales, y éstos tuvieron al fin que dar por terminada aquella guerra en 1849.

El 10 de julio del año siguiente, en la Capilla Real de Caserta, contrajo matrimonio D. Carlos Luis con la princesa Doña Carolina de Borbón, hermana del Rey D. Fernando II de Nápoles, cuya boda celebróse en familia, sin ostentación alguna.

En 1853 el Ministro representante de los Estados Unidos en Madrid (por conducto del Brigadier Arjona y de don José María de Areizaga, Ministro togado del Supremo Consejo de la Guerra), hizo saber a don Carlos Luis de Borbón que, a cambio de la isla de Cuba, su Gobierno americano le daría todo cuanto dinero pudiese necesitar para llegar al trono; pero don Carlos contestó que, antes que ceñir la corona atentando contra la integridad de la patria, prefería vivir siempre en el ostracismo.

En 1855, el Capitán de Caballería Corrales, al frente de los escuadrones que había de guarnición en Zaragoza, dió el grito de ¡Viva Carlos VI, pero fué batido y fusilado, y aunque el General Borges, al frente de una importante partida, obtuvo notable victoria en Cumiols, quedó pronto dominado aquel nuevo alzamiento carlista.

El día 2 de abril de 1860 desembarcó en San Carlos de la Rápita don Carlos Luis de Borbón con su hermano don Fernando, con el General carlista Elio y con el Capitán General de Baleares don Jaime Ortega, quien, al frente de 4.000 hombres, 4 cañones y 50 caballos del distrito militar de su mando, venía a España decidido a proclamar al Conde de Montemolín por Rey de España.

Este otro alzamiento carlista también fracasó; el General Ortega fué fusilado en Tortosa, y don Carlos y don Fernando, que se habían ocultado en Ulldecona, fueron reducidos a prisión y conducidos a Tortosa. De este suceso daremos más extensa relación al ocuparnos de la biografía del general Ortega, que insertamos seguidamente.

Ahora nos limitaremos a extractar aquí el notable y elocuente manifiesto escrito y firmado por don Carlos Luis de Borbón en Trieste el día 1.º de diciembre de 1860, en cuyo manifiesto declaraba que vivía resignado en su ostracismo, cuando de diferentes puntos de España se elevaron hacia él voces suplicantes, entre ellas las de muchos de sus antiguos enemigos, desengañados ahora, conjurándole a que saliese a tender

la mano a los que deseaban poner un dique a la anarquía; que los sucesos que habían precedido, y que estudió atentamente, le hacían ver próxima la anarquía, y en vista de ello *no vaciló en aceptar los medios que se le ofrecían, suficientes por sí solos para llegar en poco tiempo y sin efusión de sangre al fin que se proponían, de asegurar la paz y la prosperidad del pueblo español*; que el éxito de la empresa fué muy diferente del que *debía esperarse*; que el tiempo diría si todos los que querían la felicidad de la nación debían deplorar aquel desenlace; que el *aislamiento a que él quedó reducido* le hizo caer en manos de sus adversarios; que, prisioneros él y su hermano, ya sabía que sus vidas no corrían riesgo alguno, y esta seguridad *se les dió en el momento que se les prendió*; pero que su corazón se estremecía por la prisión de tantos cuya suerte sería la del general Ortega, y entonces su amor hacia sus leales servidores y el deseo de salvarles la vida prevalecieron en su ánimo sobre toda consideración personal suya, hablando más alto que su interés propio, y sin dudar que su sacrificio devolvería la paz y la tranquilidad a las numerosas familias de aquellos que con tanta lealtad y abnegación se habían sacrificado de nuevo por su causa y su persona; esta idea había de ser la explicación natural y legítima del acta de renuncia de sus derechos que firmó en Tortosa y que estaba resuelto, como lo había prometido, a ratificar en Francia, aunque teniendo en cuenta las circunstancias en que se había verificado y la omisión de las formalidades que se requieren en semejantes casos, no podía menos de considerarse como legalmente nula; pero que, debiendo tener en cuenta los inmensos sacrificios de su partido, creyó no deber dar semejante paso sin el parecer de sus amigos y fieles servidores, quienes le aconsejaron que no podía ni debía ratificar la renuncia; que su retractación de la misma había sido el resultado de los consejos que le habían dado los principales legitimistas y los más eminentes teólogos y jurisconsultos. Para justificarse de la acusación de falta de patriotismo de que había sido acusado por haber acometido su empresa cuando la nación se encontraba comprometida en una guerra extranjera, decía que no ignoraba que, después de los triunfos obtenidos, nada podía empañar el brillo de nuestras armas; *que los recursos con que contaba hacían fácil el éxito de la empresa, y se calculaba que bastaban quince días para llevarla a término satisfactorio*; que pensaba dar, si era posible, nuevo impulso a la guerra, haciendo ingresar a sus dos hermanos en el ejército, dejando el mando del mismo a los dignos generales que le ejercían con tanto valor y habilidad; comparaba, en fin, con nuestra situación la de Francia en 1830, y decía que la Revolución de julio continuó la guerra de Africa, sin que se acusara de

falta de patriotismo a los autores de aquella Revolución, *sin duda porque resultó vencedora*.

Aun no había transcurrido un mes desde la publicación de este manifiesto, cuando, encontrándose en Brunsee (Styria) con S. A. la Duquesa de Berry, D. Carlos, su augusta esposa y su hermano D. Fernando de Borbón, enfermó éste y falleció antes de las cuarenta y ocho horas; doce días después fallecieron también Don Carlos y Doña Carolina de Borbón, con pocas

horas de intervalo entre la muerte del primero y la de la segunda. Lo rápido y misterioso de estas tres defunciones, ocurridas a raíz de los sucesos de San Carlos de la Rápita, al mes del notable manifiesto que anteriormente hemos extrac-tado, fueron atribuídos por unos al pesar producido por aquel fracaso, y por otros a un envenenamiento, siendo raro que llegase a hacerse eco de tan grave suposición un diario de Madrid tan anticarlista como *La Epoca*.

Doña Carolina de Borbón



Doña Carolina de Borbón de Borbón
Condesa de Montemolin

La esposa de don Carlos VI era hermana del rey de Nápoles, Virtuosa, de carácter afable, caritativa, fué digna esposa de don Carlos, a quien alentó siempre y con quien compartió con valor y abnegación las penas del destierro y las graves tribulaciones de aquella época agitada.

Murió pocos días después de la muerte de su augusto esposo, por cierto también de muerte muy sospechosa.

Se encontraba en Brunsée (Styria) don Carlos, su hermano don Fernando y doña Carolina. De repente se puso enfermo don Fernando, falleciendo a las 48 horas. Pocos días después morían don Carlos y doña Carolina, con pocas horas de diferencia. Lo insólito de estas defunciones rápidas, máxime ocurridas a los pocos meses de los sucesos de San Carlos de la Rápita, hizo sospechar en la posibilidad de un envenenamiento.

Varios historiadores así lo aseveran.

Magatzem Sant Josep

Ramón Garriga

TELEFON 18

Prat de la Riba, 162 L'Hospitalet

Josep Riera i Cia. S. en C.

Grans i Farines

Direcció Telegràfica "RIERA"



G I R O N A

Plaça Marquès de Camps, 8, 9 i 10

FABRICA

de

CUCHILLAS PARA ZAPATERO

Marca Registrada de las Cuchillas

SEBASTIAN VIÑAS.-Gerona

Casa Fundada en 1814

Plaza del Molino, 5 y Mercadal, 16

TELEFONO 115

Juan Viñas Robert

HIJO DE SEBASTIAN VIÑAS

GERONA

FABRICA

de

BOTONES DE COROZO

LIZOS Y

JASPEADOS

Porvenir, 12 y Canónigo Dorca, 8

TELEFONO 333

Hierros - Aceros = Ferretería

Ramón Puig Ribas

Depósito de Vigas

GERONA

Fábrica de Géneros de Punto

Vda. de J. Llobet Catá

Calle Riera, 20
CALELLA

Assegurances

Morera

Calella

Don Jaime Ortega y Olleta



Capitán General de Baleares, fusilado en Tortosa el año 1860

Descendiente de noble familia, nació en Tauste (Zaragoza) el año de 1816; a los diez y siete años de edad ingresó en el Colegio Militar de Zaragoza, al ascender a Subteniente fué destinado a las inmediatas órdenes del Brigadier Nogueras; durante la primera guerra civil llegó a ganar tres cruces de la Real y Militar Orden de San Fernando (una de ellas laureada) y el empleo de Teniente, distinguiéndose principalmente en los sitios de Morella, Segura y Castellote.

Cuando el General Espartero se encargó de la Regencia, solicitó y obtuvo su retiro el Teniente Ortega y figuró como Diputado a Cortes afecto al partido moderado.

Al iniciarse el alzamiento de 1843 contra la Regencia del General Espartero, publicó el Diputado Ortega un violento manifiesto que con-

citó en contra suya las iras de la Milicia Nacional de Zaragoza, la cual, amotinada, se reunió frente a la casa que en el Coso habitaba D. Jaime Ortega; pero éste, creciéndose ante el peligro, abrió el mismo la puerta de su casa, y presentándose a los que pedían su cabeza, les dijo con imponente calma: *Supongo que no os habréis reunido cuatro mil aragoneses para asesinar me; así, que estoy a la disposición del que quiera batirse conmigo en buena lid.* Este rasgo de serenidad y energía le salvó; aprovechando los primeros momentos de admiración que infunden siempre actos tan valerosos, destacóse de entre los amotinados un viejo que, por haberse ya distinguido en la guerra de la Independencia, gozaba de gran prestigio, y encarándose con las turbas dijo: *Nadie toque a este valiente, este hombre me pertenece;* y cogiendo del brazo al bravo Ortega se lo llevó con él a un arrabal en el cual le buscó un caballo, con el que salió el diputado Ortega a recorrer el campo de Cariñena levantando fuerzas; reunió los milicianos nacionales de Tauste, Gea, Gallur y otros pueblos, al frente de los cuales se apoderó del castillo de Monzón; confirióle la Junta central del alzamiento contra el General Espartero el mando de las tropas aragonesas, con ellas puso D. Jaime Ortega sitio a Zaragoza, y cuando lograron el triunfo de los moderados volvió a servir en el Ejército con el empleo de Coronel.

Cruzóse poco después Caballero del Hábito de Calatrava, y unas veces mandando distinguidos cuerpos, otras representando en Cortes al distrito de Calatayud, siguió el Coronel Ortega las vicisitudes del partido moderado; mandó al ascender a Brigadier la primera Brigada de Cazadores que se organizó en España; dirigió la vanguardia del Ejército expedicionario de Portugal, apoderóse de Oporto, y fué agraciado con la encomienda de la Orden portuguesa de Cristo y con la faja de Mariscal de Campo, en 13 de septiembre de 1847.

El día 11 de marzo de 1850 fué condecorado con la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica.

El General Ortega, después de ejercer el cargo de segundo cabo de la Capitanía General de

Valencia, pasó a Canarias de Capitán General de aquellas Islas; dimitió el mando cuando triunfó la Revolución de 1854 y emigró a Francia en donde el Emperador Napolen III le nombró Caballero de la Legión de Honor.

Esta emigración fué (según parece) lo que más influyó en el cambio de ideas políticas del General Ortega, quien al regresar a España deseó ya ser el paladín de la Causa Tradicionalista. Mucho podríamos extendernos aquí sobre la conspiración que dió lugar al movimiento militar que fracasó en San Carlos de la Rápita; pero como la índole de la presente obra no nos permite más que consignar los principales hechos de los personajes a quienes consagramos un recuerdo, nos limitaremos a copiar aquí, en descargo del General Ortega, un párrafo de una obra escrita por un acreditado liberal; la *Historia Contemporánea* por el Excmo. Sr. D. Antonio Pirala, Académico de la Real de la Historia, quien en la página 497 del tomo II de la citada obra (edición de 1876) se expresa así:

«D. Pablo Morales, joven e inteligente abogado, de vasta instrucción y profundo conocimiento de las personas y de las cosas, y que tan importante papel jugó en estos sucesos, impulsado por la grande amistad que con Ortega le unía, al ver éste tan resuelto, le expuso sinceramente que aun cuando colocara a Don Carlos en el trono, quedaría él muy mal parado, y siempre sería el Maroto de Doña Isabel II, por lo que le parecía poco conveniente que se aprovechara de la posición que por la misma Reina tenía para hacerla traición. A esto contestó Ortega; —No: yo sé todos los manejos que se hicieron en los últimos momentos de la vida de Don Fernando VII, y por boca de la Infanta Doña Carlota, y el que a hierro mata, a hierro muere: hago una justa reparación. En cuanto a mi situación personal, como no pienso lucrarme en nada con este movimiento, sino que me propongo al día siguiente romper mi espada y tirar mi faja, quedándome Jaime Ortega a secas, yo no tengo que dar cuenta más que a mi conciencia, convencido de que habré hecho una rehabilitación y un grande acto de patriotismo.»

Nombrado Capitán General de Baleares, vióse el General Ortega secundado en sus planes por casi toda la aristocracia mallorquina, y cuando ya se habían firmado los preliminares de la paz con Marruecos (en la gloriosa guerra de Africa), se presentó Don Carlos, el 29 de marzo de 1860, en la bahía de Palma de Mallorca.

Apenas supo el General Ortega la llegada de Don Carlos (a quien acompañaban su hermano Don Fernando de Borbón, el General Elio, el legitimista francés Mr. Felipe Aillaud de Cazeneuve y D. Antonio Quintanilla, hijo del General

del mismo apellido) pasó a saludarle e hizo que el vapor francés *L'Huveaune* (en que había llegado D. Carlos), el español *Jaime II* y el inglés *City of Norwich* fuesen a Mahón a las órdenes de su Ayudante de Campo don Francisco Cervero, con orden de embarcar los batallones provinciales de Tarragona y Lérida y volver a Palma, donde transbordaron Don Carlos y su séquito, y embarcadas también las tropas de dicha capital, hizo el día 1.º de abril a la mar la expedición, compuesta de cuatro mil hombres con cuatro cañones y cincuenta caballos.

En la madrugada del día siguiente (Domingo de Ramos) fondearon los barcos en San Carlos de la Rápita, desembarcando a poco las tropas y expidiéndose telegramas a las juntas carlistas de Madrid, Valencia, Barcelona, Zaragoza y otras capitales, a fin de que secundaran todos los comprometidos en el movimiento ya iniciado. Los expedicionarios siguieron el día 3 a Coll de Creu, donde a poco de dar un descanso a la tropa el General, presentóse a éste una comisión de oficiales a pedirle explicaciones sobre el objeto de aquella expedición. Mandóles retirarse el General, y montando acto seguido a caballo, dirigióse al frente de las tropas que estaban acampadas, con ánimo de proceder contra aquellos oficiales; pero en aquel momento llegó la tartana en que Don Carlos y su pequeña comitiva seguían a las tropas, accidente casual que, en la eventualidad de una colisión sangrienta y un conflicto peligroso para los Príncipes, contuvo al General Ortega en su primer arranque de imponerse a los oficiales descontentos, y dió lugar a que éstos se previniesen mientras el General se acercaba a Don Carlos para decirle que siguiese con sus acompañantes su camino, que él ya le alcanzaría con las tropas, suspendiéndolo todo entretanto que se alejó suficientemente la tartana. Cuando ésta estuvo ya a media hora de camino, ordenó el General Ortega que formaran las tropas para arengarlas; pero apenas empezó a hacerlo, prorrumpió un Coronel en gritos de: ¡Viva la Reina y viva la libertad!, cuyos gritos fueron secundados por unos, mientras otros daban vivas al General Ortega, promoviéndose fuerte tumulto que en circunstancias distintas de las de aquel momento, y dado lo fogoso del carácter del General Ortega, creemos que se habría resuelto imponiéndose el General o muriendo allí mismo; pero la corta distancia a que se hallaban Don Carlos y Don Fernando de Borbón, el seguro peligro que corría la vida de dichos augustos señores si llegaba a sucumbir el General, hicieron que éste acudiese ante todo a la salvación de los príncipes, y seguido de sus ayudantes de campo los señores Cervero y Moreno marchó a avisar a Don Carlos lo que ocurría para que tuvieran tiempo de salvarse.



Carlos VI y el General Ortega en San Carlos de la Rápita (1860)

Don Carlos y Don Fernando de Borbón, con el General Elío y los antiguos jefes carlistas D. Jaime Mur y D. Domingo Sanz, se ocultaron en un caserío de Uldecona.

El General Ortega, sus ayudantes de Campo señores Caverio y Moreno y dos o tres oficiales más no quisieron abandonarle, llegaron el día 5 de abril a Calanda, donde fueron presos por la Guardia Civil y conducidos a Tortosa.

Reunido el día 17 de abril un Consejo ordinario de guerra, formado por seis capitanes y un Brigadier, con un Asesor y el Fiscal mayor de la plaza, presentóse ante él el General Ortega con digna serenidad; su defensor, el entonces Capitán graduado Teniente de Infantería D. Félix de Wenzel (hermano menor de D. José de Wenzel y Navás. Presidente de la Junta carlista de Tortosa en la época revolucionaria) hizo una magnífica defensa. protestó enérgicamente de la incompetencia del tribunal, y recordó la interesante y sentida exposición que el hijo del General Ortega (Teniente de Caballería que acababa de regar con su sangre los campos de batalla de Africa) dirigió a Doña Isabel, exposición que había hecho verter lágrimas a toda la nación. En aquel momento también estuvieron a punto de correr las del General; pero se repuso en seguida, y al terminar el Sr. de Wenzel su defensa, limitóse a protestar con voz serena y frases elevadas, de la incompetencia del Consejo, el cual le condenó a ser pasado por las armas.

El escritor liberal Sr. Pirala en su *Historia contemporánea*, tomo II, página 525 (edición de 1876) dice que con la muerte del General Ortega respiraron algunos miserables que temían que dicho General descubriese a sus compañeros de conspiración, y añade textualmente: «Ortega había delinquido pero no fué juzgado ni sentenciado legalmente, fué aquello un asesinato jurídico, y para esta calificación las mismas autoridades suministraron los datos. Capturado por la jurisdic-

ción ordinaria debió ser sentenciado por ella, según Ley de 25 de abril de 1821, a que hubo de someterse; reclamó dicha jurisdicción a los ayudantes y cómplices del General capturados en el mismo momento, y se accedió a su entrega, reconociéndose incompetente para procesarlos la jurisdicción militar; luego la condenación de Ortega, que se hallaba en el mismo, en idéntico caso, y sujeto al completo desafuero que, según tal ley, sufren los culpables a quienes comprende, no puede ser más flagrante transgresión de la ley.»

A las ocho de la noche de aquel mismo día 17 de abril de 1860, púsose en capilla al General Ortega, quien en tan críticos momentos no desmintió su valor un solo instante; oyó la sentencia de muerte con la mayor sangre fría; al entrar rezó un rato delante del Crucifijo y otro delante de la Virgen, hizo testamento, distribuyó los pocos objetos que allí tenía entre sus parientes y amigos, dispuso que su entierro fuese sin pompa alguna, escribió tres cartas a su familia, confesó con el Canónigo D. Benito Sanz y Forés (después Arzobispo de Sevilla); durmió con toda tranquilidad; a las cinco de la mañana comulgó con un fervor tal que conmovió a cuantos le contemplaron en aquel solemne momento, único instante en que surcaron las lágrimas en el rostro de aquel General que había dado tantas pruebas de temerario arrojo de su vida militar y en sus actos políticos.

Tanto al oír Misa, como en los muchos ratos que dedicó a la oración, lo mismo al visitarle el Médico D. Angel Lluís que al hablar con las demás personas que fueron a verle, y al despedirse de su madre, de su esposa y de sus hijos, siempre mostróse humilde y cristianamente sereno. Al recibir la muerte salió vistiendo traje negro de paisano, con la Cruz de la Religiosa y Militar Orden de Calatrava, botas de montar y kedis de General; al entrar en el cuadro en que había de ser fusilado rezó algunas preces con voz firme y extraordinario fervor, preguntó con naturalidad que cómo querían que se colocase, contestósele que de frente: entonces ocupó su puesto, se encomendó a la Dios Nuestro Señor al tiempo de arrodillarse delante de los tiradores cuya descarga se oyó instantes después, y tuvo la suerte de morir en el acto el General D. Jaime Ortega.

El Caballero de San Juan D. Juan Suelves recogió su cadáver, cuidó de darle sepultura, y respetando su expresa voluntad escribióse por único epitafio *Jaime Ortega* en uno de los ladrillos que cerraron el nicho, adornado veintiocho años más tarde con una corona que le dedicó el Círculo Tradicionalista de Tortosa, siendo su Presidente nuestro inolvidable amigo D. Antonio de Alemany y de Suelves.

El día 5 de octubre de 1899 llegaron a Tor-

tosa el Conde de San Simón, D. Pedro Olleta y el señor Cura Párroco de Tauste, nieto el primero y sobrino el segundo del General Ortega, cuyo cadáver exhumaron a presencia del Alcalde de Tortosa don Eduardo Rico y del Secretario del Gobierno Civil de Taragona; depositaron en valiosa urna los restos del infortunado General y trasladáronlos al panteón que la familia del General Ortega posee en la villa natal de éste, en Tauste.

Momentos antes de entrar en capilla el General D. Jaime Ortega, al despedirse de su Ayudante de Campo D. Francisco Cavero (después Ge-

neral carlista) le dijo las siguientes notables palabras que revelan grandeza de alma: *Muero por no hablar, y exijo de ti, si me sobrevives, que nunca digas de nadie si estaba o no comprometido, diciendo siempre que no lo sabes.*

Eran muchos y de muy elevado rango los complicados en la conspiración y movimiento militar que fracasaron en San Carlos de la Rápita; pero aquí, y hoy, no podemos hacer más que consagrar un recuerdo a la memoria del General D. Jaime Ortega, que tuvo la suerte de acabar sus días mostrándose cristiano, valiente y caballero, según testimonios de sus propios enemigos.



Fábrica de Orfebrería Religiosa y de Estilo



ESPECIALIDAD EN COPAS SPORT

LUIS
MENDEZ



Martínez de la Rosa, 13
Teléfono 73900 - Barcelona (G.)



Efeméride Carlista.-Sus principales actores



Don Pablo Morales

Secretario político del general Ortega



General Don Joaquín Elió

Ayudante de Campo de Carlos VI



Don Francisco Cervera

Ayudante de Campo del general Ortega

Movimiento Carlista



D. Carlos I. de Borbón y de Braganza
(CARLOS VI)

S. Carlos de la Rápita



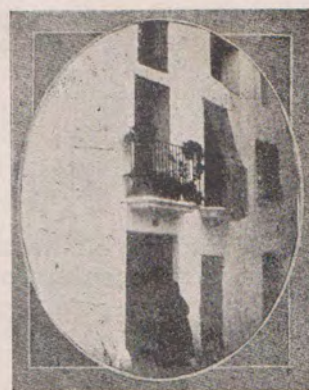
Cristóbal Raga y familia

que albergaron en su casa a Carlos VI



Rvdo. Don Mariano Boixaderas
Párroco de Rigell

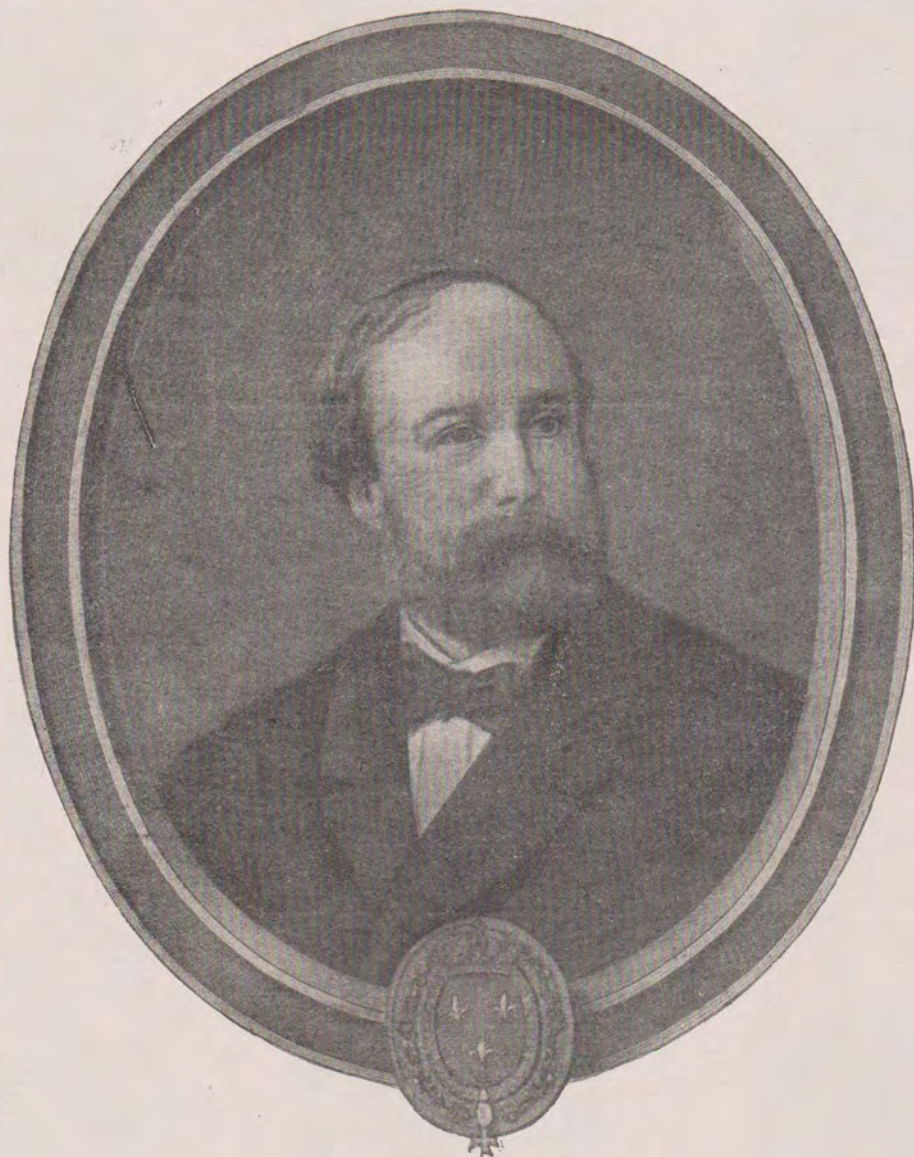
en la cárcel de Tortosa, por complicación en el movimiento



Casa de C. Raga

en que se albergó Carlos VI

Enrique V y la bandera blanca



EL CONDE DE CHAMBORD

Nació en París en 20 de septiembre de 1820. Murió en Frohsdorf en 24 de Agosto de 1883

En el castillo de Frohsdorf, lugar de perdurable destierro cuyo nombre es sinónimo de felicidad y alegría — ¡oh amarga ironía de la vida! — falleció el día 24 de agosto de 1883 el cristianísimo Rey legítimo de Francia, Enrique Carlos Fernando de Borbón, Conde de Chambord, nieto de Carlos X y heredero a la vez que de la sangre, de las virtudes de diez generaciones de monarcas.

A los pocos meses de la horrorosa tragedia

que puso fin a la vida del Duque de Berry, padre de Enrique V, nació en París el último vástago de los Borbones de Francia, el «hijo del Milagro» cantado por Lamartine en una de sus más bellas «Meditaciones» y por Víctor Hugo, a la sazón católico y realista, en una hermosa poesía.

Enrique V fué bautizado con agua del Jordán que llevó a París el esclarecido autor de «Los Mártires» y «El Genio del Cristianismo», el Vizconde

de Chateaubriand ;un año después — en 1821 — el pueblo francés le regaló mediante subscripción nacional el Castillo de Chambord ; dirigieron su educación y sus estudios los Duques de Montmorency, de Rivière y de Damas, encargándose de su formación religiosa el Obispo de Estrasburgo, Tharin.

Cuando estalló la revolución que elevó al trono a Luis Felipe de Orleans, y el rey Carlos X abdicó la corona en su hijo segundo, el Duque de Angulema, éste transmitió sus derechos inmediatamente al hijo del Duque de Berry ,o sea Enrique V, quien fué proclamado Rey de Francia en 2 de agosto de 1830, por las tropas realistas. Fué un reinado de diez horas que terminó al siguiente día en la mansión inglesa de Holy-Rood.

El Conde de Chambord en uno de sus célebres viajes por Europa conoció a la princesa María Teresa Beatriz de Borbón y Austria-Este, hija primogénita del Duque de Módena, con la que tres años más tarde contrajo matrimonio en Gratz, el día 16 de noviembre de 1846. Los desposados fijaron su residencia en el Castillo de Frohsdorf, suntuoso palacio construído en el solar del arruinado Castillo de Crottendorf que fundó la ilustre familia de este nombre en el siglo XI. Reconstruído el castillo a fines del siglo XVIII adquiriólo en 1822 la Princesa Carolina Bonaparte, hermana de Napoleón y viuda del ex rey de Nápoles, don Joaquín Murat. En 1844 fué adquirido por la Duquesa de Angulema y a la muerte de los condes de Chambord su sobrina Doña Margarita de Borbón, Augusta Esposa de Carlos VII, vino a ser heredera del castillo, y cuando ella a su vez falleció en 1893 conservó Don Carlos el usufructo heredando el Palacio Don Jaime de Borbón y de Borbón.

En varias ocasiones, sobre todo en 1873 y 1877, la restauración de Enrique V en el trono de sus abuelos era casi un hecho. Doscientos ochenta diputados la pidieron en una famosa exposición ; contábase con la fusión de orleanistas y legitimistas y el ambiente popular no podía ser más propicio a aquella restauración. La cuestión principal era la bandera francesa, y el Conde de Chambord, fiel siempre a sus principios no quiso renunciar a sus santas intransigencias, principalmente en lo referente a la bandera tricolor que nunca llegó a aceptar. Se le propuso que cambiara el estandarte blanco de sus mayores por la bandera tricolor, pero el último descendiente de San Luis Rey de Francia no podía reconocer y mucho menos abrazar una bandera que representaba la conquista de la revolución, a la cual calificaba de «minoría turbulenta contra los votos y las aspiraciones legítimas del país».

«La bandera blanca, el estandarte glorioso de Enrique IV, Francisco I y Juana de Arco, ha

ondeado sobre mi cuna y ella cubrirá mi sepultura». Así habló una vez el Conde de Chambord, y su real palabra cumpliósse en su postrer momento. El Jefe de la Casa de Borbón de Francia murió abrazando la bandera blanca de sus amores. Este esclarecido proscrito supo rechazar hidalgamente la corona que se le ofrecía a cambio de arrollar una bandera que era el único símbolo salvador para Francia, porque se rendía ante la Cruz y defendía sobre todas las cosas de la tierra los derechos de Dios.

De haber transigido y aceptado, renegando de sus principios y abdicando de sus convicciones, Europa entera no se hubiese inclinado con el respetuosísimo fervor con que lo hizo ante su tumba exaltando la consecuencia del Rey sin corona que no reconoció jamás aquella bandera que había presidido y sancionado los vergonzosos actos de la revolución.

El malogrado Rey era tío de Doña Margarita de Borbón, del Duque de Parma, el Conde de Bardi y la Gran Duquesa de Toscana y profesó siempre un férvido amor a los españoles que permanecían fieles a la Dinastía insobornable de la Legitimidad Española.

Consideraba su Causa, pareja a la de los Borbones de España y en infinitad de ocasiones pudo demostrar a nuestros Augustos Caudillos cuán sincero y acendrado era el afecto que sentía por la causa tradicionalista española, «la más justa de las causas nacionales europeas» según escribía en memorable carta a Carlos VII, en plena guerra carlista.

Desde la muerte de Enrique V pasó a ser Jefe de la casa de Borbón como heredero más directo de Luis XIV don Juan de Borbón, padre de Carlos VII, y después de éste, don Carlos, Don Jaime y en la actualidad Don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este (q. D. g.).

La Europa católica y monárquica asocióse al duelo de los legitimistas franceses por la muerte de Don Enrique de Borbón.

Cincuenta príncipes de las casas reales más ilustres y antiguas de Europa, y cien otros vástagos de la antigua nobleza francesa acompañaron entre oraciones seguidas por todo el pueblo de Goritz al último Rey de Francia a la morada postrera de Castagnavizza.

Al mismo tiempo en todas las catedrales y parroquias de Francia se celebraron solemnes funerales ; y a todos estos sufragios se asoció la gran Comunión Católico-Monárquica española, vistiendo nuestros legitimistas el mismo luto de sus hermanos los franceses.

Los funerales de Goritz, que presidió entre otros príncipes augustos el hoy Caudillo venerable de los tradicionalistas y actual Jefe de la Casa de Borbón Don Alfonso Carlos, fueron una protesta en favor de la Monarquía Tradicional en

su más legítima encarnación y en contra de las instituciones y personas que han venido a substituir aquella forma de gobierno que era y es la mejor garantía del orden moral, de la verdadera libertad y del verdadero progreso de los pueblos.

Cincuenta años más de transigencias, de desgracias nacionales, de ignominias y miserias.

Hoy como ayer, dos derechos políticos que pugnan: el derecho tradicional y el derecho popular. Entre esos dos polos gira el mundo político. Fuera de ellos — lo dijo sabiamente Carlos VII — «no hay más que monarquías que abdicar, usurpaciones o dictaduras, revoluciones demagógicas...»

Francia prefirió la bandera tricolor, la de las ignominias de la revolución, la de las vergüenzas de 1830 y 1870, la de aquellos nefastos símbolos «Liberté, Fraternité, Egalité», a la bandera blanca flordelisada que Enrique V llevó al sepulcro. Pero Enrique V, como los Caudillos de la Tradición Española llevaba también la bandera de la Cruz y con este signo venceremos en Francia, en España y en el mundo entero.

Nosotros no creémos, no podemos creer en la regeneración de estos dos países latinos mientras la bandera tradicional cubra solo las tumbas de Enrique V y Carlos VII.

Clarividentes palabras las de Vildósola, el gran escritor de «LA FE», cuando glosando la muerte del Conde de Chambord se preguntaba:

«¿Quién puede prever las nuevas ignominias y las nuevas vergüenzas que se preparan para la bandera tricolor?».

Y añadía con profética sugerencia:

«¿Quién puede asegurar que muy pronto no la hemos de ver substituída por la bandera roja?»

¿Y quién puede asegurar — añadimos nosotros en 1935—que el clamor unánime de unos países que agonizan no acogerá al hombre que se les presente con la bandera de las Santas Intransigencias recogida hoy hace más de cincuenta años en la tumba de Goritzia?

José María JUNYENT

DEL CAMPO CARLISTA



Conducción de heridos

Almacén de Maderas

de
Esteban Bonet

Carretera Pla de Cabra

(frente a la "Creu")

Tel. 58 X.-VALLS (Tarragona)

Tomàs Caylà Grau

Abogado

Valls

Sensacional!
sense electricitat
ni màquina

PERMANENTS

Cusido Valls

garantides
en tota classe de cabell.

D. Juan de Borbón y de Braganza



JUAN III

Hijo segundo del Infante de España Don Carlos María Isidro de Borbón, nació en el Palacio Real de Aranjuez el día 15 de mayo de 1822. A los once años de edad emigró con sus augustos padres a Portugal, de donde pasó a Inglaterra y de allí a Salzburgo, hasta que una vez concluida su educación ingresó en el Ejército de Carlos Alberto de Saboya, Rey del Piamonte(quien le confirió el mando de un Regimiento, con el empleo de Coronel, y en 1847 ascendió a General.

Después intentó entrar en España para unirse a los catalanes que se batían al grito de ¡ Viva Carlos VII ; pero fué preso por unos aduaneros franceses y encerrado en la ciudadela de Perpignan.

Más tarde residió en Módena, Venecia y Londres, y en 1857 empezó la interminable serie de viajes al través del Gran Océano, así como por Dinamarca, Suecia, Noruega, Escocia, Laponia, las regiones polares y España, en donde estuvo muchas veces de riguroso incógnito.

D. Juan de Borbón bajó varias veces al fondo

del mar con los pescadores de perlas y corales ; fué gran nadador y cazador ; en Londres obtuvo una Medalla de Honor por haber reproducido fotográficamente todas las fieras del *Regent Park*, corriendo para ello grandes peligros ; por su destreza en la natación obtuvo una Medalla de oro ; ideó y construyó unas lanchas de cautchouc cuyo material, remos y velas podía ser todo transportado en una maleta ; cada una de estas lanchas podía llevar cuatro personas y muchas veces hizo D. Juan de Borbón, solo, al remo o a la vela, la travesía de Calais a Douvres y de Boulogne a Southampton ; durante la guerra de Bosnia regaló al Emperador de Austria quince embarcaciones de esta clase, muy útiles para los ríos de Dalmacia.

D. Juan renunció el día 3 de octubre de 1868, en París, todos los derechos en favor de su hijo Don Carlos de Borbón y de Austria-Este. Para dar ejemplo a todos vino a España durante la guerra civil de 1872 a 1876, y, en vista de sus deseos de coadyuvar al triunfo de la Causa Católico-Monárquica, su hijo Don Carlos le nombró Ingeniero General de su Ejército, en el cual se distinguió por su ciencia y sus talentos, inventando y construyendo (a sus expensas) un puente flotante, descrito en la obra *Manual del voluntario carlista*, de D. Reynaldo de Brea.

Concluída la última guerra carlista, volvió don Juan de Borbón a su vida de viajes y cacerías, usando generalmente el título incógnito de Conde de Montizon.

El día 24 de agosto de 1883, por la muerte de Enrique V de Francia, y en virtud de la Ley Sálica, heredó sus derechos como primogénito y jefe de la casa de Borbón ; como tal presidió en Gorizia sus solemnes exequias a la cabeza de todos los Príncipes de sangre real allí presentes.

Desde niño se distinguió D. Juan por una percepción clara y un ingenio superior ; poseía trato y conversación amenísimos y vastos conocimientos ; era gran músico, viajero infatigable, cazador de primera fuerza y muy versado en Ciencias Físicas y Naturales, cuyo estudio cultivó con apasionamiento ; hablaba con acabada perfección siete lenguas. De riguroso incógnito recorrió una por una todas las provincias de España, y falleció repentinamente en Brighthon el día 18 de noviembre de 1887 ; sus restos mortales descansan en la Catedral de Trieste, con los de sus augustos padres y hermanos, y también con los de Don Carlos de Borbón y de Austria-Este desde 1909.

D.^a María Beatriz de Este



Doña María Beatriz, Archiduquesa de Austria (esposa de D. Juan de Borbón), hija segunda de Francisco IV, Duque Soberano de Módena, nació en la capital del Ducado de su augusto padre el día 13 de febrero de 1824.

Con motivo de la boda (que tuvo lugar el día 6 de febrero de 1874), celebráronse fiestas públicas en los dominios de Francisco V de Módena, hermano de Doña Beatriz, cuya augusta señora vivió sucesivamente en Módena, Praga, Venecia, Viena y Gratz, consagrada exclusivamente a la educación de sus augustos hijos Don Carlos y D. Alfonso, hasta que les vió ya casados. Cumplidos entonces sus deberes de madre, pensó en retirarse del mundo y en consagrar su vida a la oración; contaba por entonces 48 años de edad y, previo permiso de su augusto esposo y de Su Santidad el Papa Pío IX, entró en clausura el día 18 de febrero de 1872, en el Convento de Carmelitas Descalzas del Graban, en Gratz, donde llevó durante veintiseis años una vida de penitencia y

edificación, hasta que en diciembre de 1897, a petición de Don Carlos y D. Alfonso, para evitar persecuciones a las monjas cuando los trastornos de Gratz por aquella época, se trasladó a Goritzia, al Convento de Hermanas de la Cruz, continuando en aquella clausura su misma vida ejemplar de siempre.

Desde niña sobresalió en Dibujo, Pintura y estudios literarios; escribió multitud de obritas de propaganda religiosa, ocultando siempre su nombre, lo mismo que en infinitas obras de piedad, a las cuales se dedicó sin descanso, y, aunque no llegó a hacer los votos religiosos, no rompió la clausura más que de muy tarde en tarde, para recibir a sus augustos hijos, y en alguna ocasión a su pariente el Emperador de Austria, que sentía por ella una gran veneración.

Don Carlos de Borbón y de Austria-Este idolatraba a su augusta madre; la consideraba como su angel tutelar y a ella acudió en demanda de consuelo o de consejo en las circunstancias críti-

cas asuntos de trascendencia o amarguras de la vida, pues a su grande amor filial uníase el respeto que inspiran los santos.

En Goritzia falleció Doña María Beatriz el día 18 de marzo de 1906 y por disposición suya fué enterrada en el Convento de las Reverendas Carmelitas de Gratz.

He aquí lo que con este motivo decía el *Vaterland*, de Viena, del día 24 de marzo de aquel año :

«Hoy han enterrado en el Convento de las Carmelitas de Gratz los restos mortales de S. A. R. la Princesa María Beatriz de Borbón, née Archiduquesa de Austria Este. El cuerpo había llegado de Goritzia por la noche y la entrega se verificó por la mañana, a las nueve, en una sala de la estación, en presencia de los más próximos parientes. El cortejo, muy sencillo, se trasladó entonces, al través de una multitud enorme, al Convento de las Carmelitas, en cuya iglesia estaban

reunidos los personajes invitados. Su Excelencia Monseñor Schuster, Príncipe Obispo de Seckau (cuya residencia es Gratz), celebró, con numerosa asistencia eclesiástica, el *Requiem*, después del cual dió la absolución. Después el cuerpo fué transportado a la bóveda que se encuentra en el jardín del Convento. Al lado del Infante Don Carlos y la Duquesa de Madrid estaban el representante del Emperador, Archiduque Leopoldo Salvador, la Archiduquesa Blanca y su hijo primogénito. Tras ellos estaban colocadas las autoridades, el feldzengmeister Succovaty, Comandante del Cuerpo de Ejército, con los Generales; el Conde de Attems, Gobernador de la provincia; el alcalde y los miembros del Ayuntamiento, los miembros del Tribunal de Justicia, los representantes de la nobleza del país, numerosos eclesiásticos seculares y regulares y diversas Religiosas».





Dívisas Reales. “ La Flor de Lis

El origen de la flor de lis lo hacen remontar algunos historiadores al glorioso monarca Clodoveo I, fundador de la monarquía francesa, asegurando que desde entonces figuró siempre en el blasón de los reyes de Francia, hasta Luis Felipe.

Green otros que no se adoptó tal emblema hasta el reinado de Luis VII (1137-1180); lo que sí consta positivamente es que en la batalla de Bovines el rey Felipe Augusto vencedor del emperador Otón de Alemania, llevaba una bandera con las flores de lis y la divisa: *Lila non nent* (Los lirios no hilan), lo cual se supone una alusión a la antigua ley sálica, que vedaba pasara la corona a manos femeninas...

Murió Luis VIII después de una terrible campaña contra los ingleses, que ocupaban la Aquitania o Gascuña, y contra los albigenses de Languedoc y Provenza, y heredóle su hijo Luis «el Santo», cuando sólo contaba apenas diez años de edad, y en ocasión en que no estaba todavía bien establecido el principio hereditario en Francia. La nobleza se aprestó a reconquistar todo lo que el trono le había ido mermando, pero se encontró con lo que no podía esperarse: con una reina madre «que tenía valor de hombre en un corazón de mujer». Esa mujer era doña Blanca de Castilla, hija de Alfonso VIII, «tierna y enérgica, piadosa y elegante, magnánima y fiel, cuya vida es un testimonio de lo que habían hecho del corazón y del espíritu de las mujeres el cristianismo y la caballería». Digamos que Doña Blanca era de la madera de las españolas Doña Berenguela, Doña María de Molina y Doña Isabel de Trastámara. Los nobles, influídos por la ley sálica, pero temerosos sobre todo de la energía, el talento y el animoso espíritu de la castellana, se opusieron furiosamente a que Doña Blanca ejerciera la regencia durante la minoridad de Luis IX, y aun llegaron en su profundo odio a salpicar de lodo a la gran reina, hasta proparar

la villana especie de que Luis VIII había muerto envenenado por el conde de Champaña, Teobaldo, tan esorzado guerero como inspirado trovador. Imputación miserable, según demostraron harto plenamente los hechos.

La reina aceptó el reto, y no sólo continuó ejerciendo la regencia, sino que educó a su hijo con religiosa severidad, con tanto mayor motivo en cuanto le había amamantado a sus pechos. Y así fué como, al empuñar el cetro, cumplidos los veintiún años, se encontró con un trono solidamente asegurado. De nada habían servido las infamias propaladas por copleros y estudiantes; de nada las villanas acusaciones contra aquella insigne madre que le decía a su hijo: «le amo con extremo, y, sin embargo, quisiera verte muerto antes que manchado con un pecado mortal.»

Era desesperada la resistencia del feudalismo contra el poder centralizador real; pero no había de ocurrir en Francia lo que en Inglaterra. Cuando la aristocracia británica obligó a Juan sin Tierra a otorgar la Carta Magna, era porque se apoyaba en el pueblo y hacía causa común con éste; pero en Francia sólo era querido el poder real, por ser el único y verdadero defensor del pueblo, siendo, en cambio, aborrecida la nobleza por tiránica y ambiciosa.

Nuestra insigne compatriota se sintió con ánimo más que sobrado para resistir, contando con el pueblo y con notables autoridades de la Iglesia.

Doña Blanca de Castilla, con pasmosa valentía, envió a Luis IX a Reims y lo hizo consagrar, sin más asistencia que la del duque de Borgoña, y seguidamente, sin más poderes, y sólo a título de «madre del rey, gobernó.

Los barones se pusieron hechos unas furias y se negaron a reconocer a Luis, a quien llamaban «hijo de la castellana». Y proclamaron rey de Francia a un infeliz llamado Enguerrando de Coucy. Doña Blanca se salió de todo; regentó el

reino; venció a sus contrarios y conservó la corona para su hijo. Habíase éste criado y educado en el regazo de su madre, que dicho está ejerció con ello incontrastable inuencia sobre Luis IX. Uno de sus consejos debió ser la importancia que tenía la *flor de lis* como símbolo de grandeza. Había que casar al rey en los diecinueve años de su edad, y el futuro santo fué destinado por esposo de la princesa Margarita de Provenza, hija de Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona.

Luis IX dió a su prometida un anillo nupcial en que alternaban las *margaritas* con las *flores de lis*, separadas por un crucifijo en que había escrito: — *Hors cet anel, pourrions-nous trouver amour?* Margarita de Provenza tomó a su vez por divisa este otro mote: «Reina de la tierra, esclava del cielo.»

Suele representarse a San Luis con el vestido sembrado de flores de lis y grabada una de éstas en el hierro de la vara de justicia que tan dignamente empuñaba. Había sido educado por su admirable madre en los más cristianos principios, pero no obstó su humildad, su caridad, su rectitud, su modestia, su piedad para que se mostrara un rey dotado de la más indomable energía y persuadido del altísimo poder de que debía estar revestido.

Era la flor de lis de forma asaz ruda, y San Luis la estilizó de una manera mucho más artística, prodigándose como emblema real en las banderas, arreos y en los trajes de los cortesanos. Tan admirablemente reinaba el santo rey — tal vez único en la historia, — que no fué de extrañar la veneración que a todos inspiraba.

Por lo demás, la leyenda de *Lilia non nent* no puede aplicarse a la ley sálica, pues precisamente en tiempo de San Luis gobernaron por largos años manos que hilaban: su madre y su mujer. Cuando después de la terrible rota de Mansura quedó cautivo de los sarracenos, el Sultán de Egipto pidió a los cristianos por su rescate un millón de besantes, la rendición de Damieta y una tregua de diez años, pero Luis no quiso aceptar estas condiciones hasta que las aprobara la reina Margarita.

— ¿Cómo es posible — le preguntó el Sultán — que un hombre se someta de este modo a una mujer?

— Es mi dama y mi compañera — respondió el rey de Francia.

No encaja, pues, semejante proceder con la exclusión despectiva que implica la interpretación susodicha.

Extinguida la raza de los Valois, y después de largas guerras, ascendió al trono de Francia el famoso Enrique IV de Borbón, rey de Navarra, quien, aunque en remotísimo grado, podía sostener que descendía de los Capetos. En este con-

cepto adoptó el Bearnés la flor de lis, como hicieran sus antecesores.

Sea como fuere, la casa de Borbón hizo suya la flor de lis, convertida luego en símbolo inseparable de la monarquía. Figuraba en las monedas, en los palacios reales, en las armas, en los sellos.

Luis XIV, fastuoso y aparatoso monarca, volvió a modificar la forma del emblema, que es la actual, y conservó celosamente la divisa, que tan bien correspondía con la idea que tenía del poder real.

Puede decirse que la flor de lis no alcanzó verdadera significación dinástica hasta el advenimiento de los Borbones, de igual manera que es inseparable de esta real casa el color blanco, en memoria del famoso plumero de Enrique IV en la batalla de Ivry.

Al pasar a España el duque de Anjou para reinar con el nombre de Felipe V, conservó, a fuer de Borbón, la flor de lis, que figura en el blasón de nuestros monarcas, viniendo a convertirse en figura nacional lo que era privativo de la monarquía francesa.

Flores de lis ostentaban los estandartes de ambos bandos contendientes en las guerras civiles del pasado siglo; si bien el escudo real con las tres flores de lis sobre campo rayado, solamente lo podía usar don Carlos VII, por ser el Jefe de la Casa de Borbón, que lo es hoy don Alfonso Carlos.

Y es de notar que nadie ha dejado de reconocer el carácter exclusivamente borbónico de la flor de lis.

Al proclamarse emperador Napoleón I, tuvo el buen gusto de respetar lo que era propiedad de la dinastía proscripta, y substituyó aquel emblema por las abejas. De igual manera se abstuvo don Amadeo de Saboya, que conservó la cruz blanca de la casa de Saboya.

Aunque para algunos esas cosas no tienen importancia, resulta que en realidad son de gran transcendencia. Recuérdese sino lo ocurrido en Francia, después de la caída de Napoleón III. Existía en la Asamblea Nacional una numerosa mayoría monárquica, legitimista, y se acordó ofrecer la corona al que por derecho correspondía ceñirla, Enrique V, que usaba en el destierro el título de Conde de Chambord. Presentóse en su castillo de Frohsdorf una delegación de diputados a notificarle la resolución, y lo primero que exigió el augusto príncipe fué la restauración de la bandera blanca y la flor de lis de los Borbones, y, por consiguiente, la supresión de la bandera tricolor.

No fué posible llegar a una avenencia, y por esta cuestión de la bandera blanca y de la flor de lis no pudo haber restauración.

A. O.

A la memoria del gran Rey

Caudillo de la última guerra



Homenaje a los voluntarios de Carlos VII
(Epopeya de 1872 a 1876)

Cruzados de Carlos VII

(De la última guerra civil)

Dormía el Carlismo allá por la primavera del año 1868. D. Juan de Borbón y de Braganza vivía consagrado a sus incesantes y arriesgados viajes científicos y de recreo; su elemento militar hacía ya mucho tiempo que no había esgrimido armas de combate y hallábase a la sazón tan mermado que el Estado Mayor General de sus antiguos aguerridos y brillantes ejércitos del Norte, de Cataluña y del Centro había-se reducido a dos tenientes generales, seis mariscales de campo y una veintena de brigadieres, septuagenarios muchos de aquellos oficiales generales. Su elemento civil carecía de organización y de representación oficial; apenas proclamaba los ideales tradicionalistas una media docena de periódicos en toda España...

Pero la aberración política llegó en el campo liberal hasta el extremo de que a los asesinos de punzoneros jefes y oficiales de Artillería en el Cuartel de San Gil, de Madrid, se unieron muchos de los mismos isabelinos que les habían combatido cuando aquella sangrienta jornada y todos los enemigos de los principios de gobierno proclamados por doña Isabel en el Mensaje de la Corona con que se inauguró la Legislatura de 1867 a 1868.

Entonces Don Carlos de Borbón y de Austria-Este convocó en Londres un Consejo de notabilidades tradicionalistas civiles y militares para consultarles sobre la situación de la Patria, por considerar que era ya inminente la Revolución en España y necesario realizar un acto de vitalidad ante la anarquía amenazante, *deseoso de salvar a nuestro país de un 93 español*, palabras textuales de la Circular firmada por Don Carlos convocando para aquel primer paso de su vida política.

Al ser destronada doña Isabel acompañaron-la en su desgracia muchos probados carlistas, con la hidalguía característica de los hombres que levantados sentimientos alientan (figurando entre aquellos dignos caballeros los generales Elío y Pérula y los diputados forales Dorronsoro y Arrieta Mascarúa), como carlistas fueron también los únicos diputados a Cortes que tuvieron el honor de salir a la defensa de aquella tan desgraciada señora cuando en las Constituyentes de 1869 probaron algunos diputados revolucionarios, con incalificables desahogos, con vergonzosa conducta, que realmente eran dignos *voceadores* de las nefastas ideas que proclamaban.

Cuando triunfó la Revolución de 1868 quedaban restos gloriosos del partido carlista, compuesto de personas de alguna edad que siempre lo fueron; de algunos descendientes de familias legitimistas; de gran parte del Clero y gente piadosa; pero, políticamente considerado, el partido carlista vivía en la obscuridad, sin perder la fe, sin cejar en su constancia, esperando mejores tiempos. Aquella Revolución brindó a los tradicionalistas con una ocasión propicia, y el Carlismo se presentó desde el primer momento como el salvador de la sociedad; se vió desde luego que eran sus adeptos más numerosos de lo que muchos creían, porque hacía bastantes años que no habían encontrado motivo tan grande como aquel para manifestarse con su propia pujanza; pero, sobre todo, se vieron reforzadas y más que duplicadas sus filas con dos clases de neófitos: con individuos juiciosos del partido moderado, en el que habían militado con excelente buena fe, pero que conocían que seguir entreteniéndose con las deletéreas teorías del doctrinarismo manso era tanto como jugar con fuego, y con los muchos indiferentes en política que comprendieron lo falso de su situación, que aquel su indiferentismo, en el estado a que habían llegado las

cosas, era crimen de lesa Religión y de lesa sociedad y que al afiliarse, al fin, a una política, ninguna podían encontrar más en armonía con sus propios sentimientos que la representada por la Bandera en que nuestros abuelos escribieron las palabras *Dios, Patria y Rey* como expresión de sus amores.

De este modo resurgió potente como nunca la Comunion Católica Monárquica, habiendo contribuido eficazmente a ello la publicación de los muchos periódicos que con el mayor entusiasmo y denuedo se lanzaron a la lucha, pues la media docena de periódicos tradicionalistas que había en tiempo de doña Isabel se convirtió en más de un centenar a poco de triunfar la Revolución, la cual, con sus vulgares persecuciones a las cosas santas y sus necios alardes de impiedad, consiguió precisamente todo lo contrario de lo que se proponía; porque, enardecidos los corazones católicos ante los impolíticos ataques y vejaciones de que eran objeto en sus venerandas creencias y sus más caros afectos, manifestaron espléndidamente su virilidad e inmenso poder de muchas maneras, principalmente fomentando la propaganda por medio de la Prensa, no sólo con periódicos, revistas e ilustraciones, sino que también con el incalculable número de folletos que por todos los ámbitos de la Península y hasta por nuestras posesiones de Ultramar difundieron las doctrinas católico-monárquicas y con ellas los verdaderos principios de orden, únicos que podían dar paz y prosperidad a nuestra Patria.

Prescindiendo del gran número de Juntas secretas encargadas de los trabajos de conspiración y de los preparativos militares, se crearon, dentro de la legalidad entonces existente en el país, innumerables Juntas provinciales, de distrito y locales en todas las regiones de España.

En las Cortes Constituyentes de 1869 tomaron asiento veinticinco diputados católico-monárquicos, y en las Cortes de D. Amadeo fueron ya sesenta los diputados y ventiocho los Senadores que constituyeron la minoría carlista.

Un ilustre político tan alonsino como D. Alejandro Pidal y Mon, contestando al discurso de nuestro antiguo y querido profesor el General don Leopoldo Cano al ingresar este señor en la Real Academia Española, dijo con tanta loable franqueza como soberbia en su peculiar oratoria, lo siguiente:

«Pero vino la Revolución y tras ella, como de costumbre, la guerra civil. Los atropellos cometidos al grito de ¡Viva la libertad de conciencia y de cultos! contra la libertad de conciencia y del culto de la mayor parte de los españoles, por una minoría sectaria encargada de deshonor sistemáticamente a la libertad con las violencias tiránicas de su fanatismo despótico, suscitaron como protesta y como única defensa posible ya, al parecer

de la fe, de la libertad y del derecho atropellados, la protesta armada de los católicos españoles, que tienen ya en España, por tradición inevitable, fórmula forzosamente carlista.»

Cuando las causas tan clara como brillantemente expuestas por D. Alejandro Pidal y Mon movieron a don Carlos de Borbón y de Austria. Este a ordenar la guerra, la Comunion Católico-Monárquica lanzó a campaña cien mil voluntarios que, alcanzando numerosas y notables victorias, llegaron a dominar durante tres años sobre gran parte del territorio patrio, logrando reunir cerca de doscientas piezas de artillería y unos cinco mil caballos. En aquella *protesta armada de los católicos españoles* (como la apellidó con feliz exactitud el Sr. de Pidal y Mon) el mismo Ejército que había sostenido a doña Isabel en el trono durante treinta y cinco años dió a las armas carlistas un contingente tan nutrido, que no consideramos exagerado calcularlo en un millar de jefes y oficiales. Fiando únicamente en nuestra memoria, podemos citar a doscientos veinte (entre generales, jefes y oficiales carlistas procedentes del ejército de la Nación) en la lista que insertamos a continuación de estas líneas, cumpliéndonos consignar aquí que entre aquellos bravos militares que dejaron sus carreteras y rompieron con un brillante porvenir para acudir al campo carlista nos consta de algunos que habían sido tan partidarios de D.^a Isabel que aun vistiendo luego la boina no se recataban de expresar el respetuoso afecto que profesaban a aquella augusta señora que, siendo benigna por temperamento, estuvo condenada a pisar charcos de sangre derramada en su nombre; que, siendo piadosa por noble instinto, hubo de verse rodeada de muchos hombres adversos a su acendrada fe católica.

Aquellos militares isabelinos, muchos de los cuales se habían batido bizarramente por la causa liberal en *las dos primeras guerras civiles*, y cuya mayoría no había pensado nunca en aclamar por Rey a Don Carlos, se pusieron, no obstante, a sus órdenes al ver ultrajadas sus creencias y pisoteados sus sentimientos católicos por el Gobierno liberal: al contemplar, en cambio, en Don Carlos un Príncipe de regia estirpe que, ajeno al miedo que en hombres de poca fe inspiran las amenazas y los atentados de la masonería, desafiaba sereno las iras revolucionarias, prefiriendo quedarse sin trono antes que hacer traición a la Iglesia que le había colmado de bendiciones, ni aceptar ofrecimientos y aplausos del enemigo, ni transigir con él; que desplegaba, en fin, al viento en frente de los delirios anticatólicos, la Bandera de los principios religiosos que (dígase lo que se quiera), han informado, e informan todavía en nuestros tiempos, el espíritu de la inmensa mayoría de los españoles de orden.

Bien cuadra, pues (a nuestro humilde enten-

Fábrica de pastas alimenticias de

NICOLAS MESTRES

Calle Castell, núm. 5. - REUS

**— CASA —
MACAYA**

Fábrica de Géneros
de Punto. - Especia-
lidad en la medida

La casa mejor sur-
tida en Sueters y
vestidos de punto
para señora y niña

Calle Jesús, núm. 30. - REUS



Taller de
Santa
Teresina
(Antigua Casa Homs)

Juan Sotoca

Escultor, Dorador y Decorador
Construcción y reparación de Altares,
Imágenes y de todas las Artes Religiosas
Mayor, 28 (esquina Pl. Iglesia).-REUS

Géneros de punto

LA FILOSA

de Jaime Macaya
CALLE ILOVERA, NÚM. 28. - REUS

ANTONIO ARMENGOL

Almacenista de prime-
ras materias para
abonos

Exportador de frutas y
hortalizas

Arrabal Robuster, 39. - Tel. 425 - 525. - REUS

Coñac Giró

Elaborado por
PEDRO GIRÓ

Rbla. Maciá, 106.-Tel. 112.-Villanueva y Geltrú

Fábrica de Cintas de Novedad y Auxiliares para Industrias Diversas

Cintas de Seda y Algodón - Puntillas y Festones

Antonio Burgués Montané



Fábrica: Rambla Pirelli • Despacho: Plaza Constitución, 10, 1.^a • Villanueva y Geltrú (Barcelona)

der), aun mejor que un dictado político por muy respetable que pueda ser), el de *Cruzados modernos* a aquella pléyade heroica de militares que los unos (como Elío, Carasa, Pérula, etc.) se habían comprometido a no hacer armas contra doña Isabel y los otros (como muchos) se habían batido por la Reina, que militaron luego en los ejércitos carlistas.

A pesar de que, en definitiva, coronó el éxito los esfuerzos de las armas liberales, creemos que tanto Don Carlos (cuyo generoso propósito fué *salvarnos de un 93 español*) como los *Cruzados modernos* pudieron también cantar victoria, toda vez que si uno y otros se lanzaron a campaña, lo hicieron al ver amenazado todo lo más caro para un corazón genuinamente español: la Religión católica y el orden social; unos y otros constituyeron con los carlistas de siempre como el instrumento de que se valió la Providencia para acabar entonces con la anarquía. Sólo por miedo a los carlistas no se acabó por disolver completa-

mente el Ejército y se detuvieron los revolucionarios en su carrera loca; los carlistas fueron los que contuvieron el torrente devastador de la demagogía desenfrenada que en 1873 amenazaba destruirlo todo; tal vez sin el sacrificio de sus armas hubiéramos acabado los españoles hasta por perder nuestro modo de ser como pueblo independiente y libre.

* * *

Consagremos un recuerdo a esos dignísimos militares, evocando el de los servicios prestados por algunos de ellos, ya que carecemos de datos suficientes para consagrarlo a todos los que, como ellos, se batieron por las ideas salvadoras de la sociedad, enfrente de los que atacaron las instituciones católicas como el medio más seguro y eficaz de socavar los cimientos del orden social. la propiedad, el prestigio nacional y la integridad de al Patria.

Anotemos, a continuación, pues, una

Relación

de algunos de los innumerables jefes carlistas que militaron en el Ejército o en la Armada antes de la última guerra civil, citando por orden alfabético de apellidos o títulos, y con especificación del Arma o Cuerpo de que cada uno procedía:

1	Estado Mayor...	Excmo. Sr. D. Fernando Adelantado, Comandante general de los carlistas valencianos en 1875.	7	Infantería	Sr. D. N. Alvarez Sobrino. Mandó un Batallón de alaveses.
2	íd.	Excmo. Sr. D. Vicente Alcalá del Olmo, Secretario de la Junta Central de organización militar.	8	íd.	Sr. D. N. Amilibia. Se distinguió en Vizcaya y en Guipúzcoa en el año 1872.
3	Ingenieros	Excmo. Sr. D. Francisco de Alemany, Comandante general de Ingenieros del Ejército carlista del Norte.	9	íd.	Excmo. Sr. D. Castor de Andéchaga, Comandante general de las Encartaciones; muerto gloriosamente en la acción de Muñécaz 1874.
4	Infantería	Excmo. Sr. D. José de Alemany, Ayudante de Campo del General del mismo apellido.	10	íd.	Sr. D. N. Angosto. Muerto gloriosamente al mando de un Batallón navarro en la acción de Peñaplata (1876).
5	Armada	Excmo. Sr. D. Rafael Alvarez, Comandante general de los carlistas del Maestrazgo en 1875.	11	Armada	Excmo. Sr. D. Federico Anrich, Comandante general de la Costa Cantábrica.
6	Caballería	Sr. D. N. Alvarez del Manzano. Se distinguió en el Ejército carlista del Norte.	12	Infantería	Sr. D. José Aperregui Desterrado a Ultramar por haber tratado de sublevar por Don Carlos VII la guarnición de la ciudadela de Pamplona en 1869.

13	íd.	Excmo. Sr. D. Severino Arellano, Vocal del Tribunal Supremo de Guerra y Marina del campo carlista.	26	Infantería	Sr. D. Cipriano Blanco. Muerto gloriosamente al mando de un Batallón guipuzcoano en la victoria carlista de Mendizorrotz (1876).
14	Ingenieros	Excmo. Sr. D. Alejandro Argüelles, Jefe de Estado Mayor del General carlista don Rafael Tristany.	27	íd.	Sr. D. N. Bock. Capitaneó una partida carlista en Andalucía.
15	Caballería.....	Excmo. Sr. D. Antonio de Arjona, Comandante General de los carlistas andaluces de 1871 a 1873.	28	Caballería.....	Excmo. Sr. Marqués de Bondad-Real, Grande de España y Ayudante de Ordenes de Don Carlos VII.
16	Estado Mayor...	Sr. D. Emilio de Arjona, Secretario de Don Carlos VII de 1869 a 1872.	29	Artillería	Excmo. Sr. D. Antonio de Brea, Jefe de Estado Mayor de S. A. R. D. Alfonso de Borbón y de Austria, Conde de Caserta, General en Jefe del Ejército carlista Norte.
17	Infantería	Sr. D. Prudencio Ayastuy. Muerto gloriosamente al mando de un batallón en la acción de Mañaria.	30	Caballería.....	Excmo. Sr. D. Carlos Calderón. Mandó una Brigada navarra.
18	íd.	Sr. D. N. Baró. Se distinguió en el Ejército carlista de Cataluña.	31	Guardia Civil ...	Sr. D. Antonio Camacho. Sirvió a las órdenes del General Freixa.
19	íd.	Sr. D. N. Barrado. Mandó la Compañía de Guías de la Virgen del Pilar.	32	Infantería	Sr. D. Raimundo Camón. Murió gloriosamente en la acción de Biurzun.
20	Caballería.....	Excmo. Sr. D. Esteban Barrasa, Comandante general de la Caballería del Ejército carlista del Norte.	33	íd.	Muy Ilte. Sr. Marqués de Capmany. Sirvió a las inmediatas órdenes de S. A. D. Alfonso de Borbón y de Austria-Este, General en Jefe de los ejércitos carlistas de Cataluña y del Centro.
21	Infantería	Sr. D. Alfonso Barraute, sirvió a las inmediatas órdenes de Don Carlos VII.	34	íd.	Excmo. Sr. D. Fulgencio Carasa, Comandante General de los carlistas vizcaínos en 1875 y 1876.
22	íd.	Sr. D. José María Berenguer. Mandó un Batallón valenciano.	35	Armada	Sr. D. Fernando Carnovali. Ayudante de campo de Su Alteza Real D. Alfonso de Borbón y de Austria, Conde de Caserta, General en Jefe del Ejército Carlista del Norte.
23	íd.	Excmo. Sr. D. Bartolomé Benavides, Vocal del Tribunal Supremo de Guerra y Marina del campo carlista.	36	Infantería	Sr. D. N. Caso. Capitaneó una partida carlista en Sierra Morena.
24	Artillería.....	Excmo. Sr. D. Elicio de Berriz, Ministro de la Guerra de Don Carlos VII en 1875 y 1876.			
25	Caballería.....	Excmo. Sr. D. Juan Ignacio de Berriz, Comisario Regio de Madrid por Don Carlos VII de 1870 a 1876.			

37	íd.	Sr. D. N. Castro. Sirvió en el Batallón de Ingenieros de Navarra.	50	íd.	Excmo. Sr. D. Eustaquio Díaz de Rada, Comandante general de los carlistas vasco-navarros en 1872.
38	Caballería.....	Excmo. Sr. D. Francisco Caveró, Comandante general de los carlistas castellanos del Ejército del Norte.	51	Guardia Civil ...	Sr. D. Ramón Domingo. Mandó un Batallón del Maestrazgo.
39	Infantería	Sr. D. Enrique Chacón. Mandó un Batallón Guipuzcoano.	52	Caballería.....	Sr. D. N. Doñamayor. Sirvió a las inmediatas órdenes del General carlista D. Antonio Dorregaray.
40	Admón Militar..	Sr. D. Benito Cherri. Mandó un Escuadrón valenciano.	53	Artillería	Sr. D. José M. ^a Dorda, Director de la Maestranza de Azpeitia.
41	Artillería	Sr. D. Amado Claver. Sirvió a las inmediatas órdenes de S. A. R. D. Alfonso de Borbón y de Este, General en Jefe de los Ejércitos carlistas de Cataluña y del Centro.	54	Infantería	Excmo. Sr. D. Martín L. de Echévarri. Mandó una brigada vizcaína.
42	Infantería	Sr. D. N. Cortazar. Muerto gloriosamente en un combate del Norte.	55	íd.	Sr. D. N. Elío. Muerto gloriosamente al mando de un Batallón navarro en el Norte.
43	íd.	Excmo. Sr. D. Carlos Costa, Jefe del Estado Mayor del General carlista D. Torcuato Mendiry.	56	íd.	Sr. D. Miguel Equiazu. Muerto gloriosamente al mando de un Batallón navarro en la victoria carlista de Mendizorrotz (1876).
44	Caballería.....	Sr. D. Manuel de la Cruz, segundo Jefe del Escuadrón de Caballeros Guardias de Don Carlos VII.	57	Caballería.....	Sr. D. N. Escribano. Se distinguió en el Ejército carlista del Norte.
45	íd.	Sr. D. José Curto. Mandó la batería afecta al Cuartel general de S. A. R. D. Alfonso de Borbón y de Este.	58	Guardia Civil ...	D. Venancio Eyaralar. Mandó las Compañías de Guardias de Navarra.
46	Artillería	Sr. D. Félix Díaz Aguado. Mandó en Navarra una columna carlista el año 1872.	59	Infantería	Sr. D. José Feliu, Jefe de Estado Mayor de los carlistas guipuzcoano.
47	Infantería	Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos, Comandante general de los carlistas de Guipúzcoa en 1874.	60	Guardia Civil ...	Sr. D. Santiago Fernández. Sirvió a las inmediatas órdenes del General carlista D. Cayetano de Freixa.
48	íd.	Excmo. Sr. D. Vicente Díaz de Cevallos, Comandante general de los carlistas guipuzcoanos en 1870.	61	Artillería	Sr. D. N. Fernánrez Charrier. Sirvió a las inmediatas órdenes del General carlista D. Francisco Savalls.
49	Infantería	Sr. D. N. Díaz de Cevallos, Ayudante de Campo del anterior.	62	Armada	Sr. D. José Fernández de Córdoba. Mandó una batería de montaña en el Ejército carlista del Norte.
			63	Infantería	Excmo. Sr. D. José Ferrón, Jefe del Estado Mayor del General carlista D. Antonio Lizárraga.

Drogas = Coloniales
Blanco de España
Productos químicos
Frutas secas = Legumbres
Conservas = Confitería

Juan Hill

Importación - Exportación

Vilafranca del Panadés

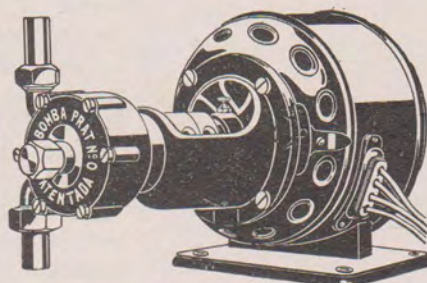
Dirección: Rambla Francisco
Maciá, 7. Tel. 214. Apartado 12
Almacenes: Sta. Digna, 28
y 30. - **Fábricas:** Miser Ru-
fet y Plaza de la República.
Teléfono 159 (Particular)

Para "COQUES" de Vilafranca

A la antigua casa
VALENTI

Casa central: Sta. María, 1. - Sucursal:
Rbla F. Maciá (antes Ntra. Señora), 16
VILAFRANCA DEL PANADES

LA
MEJOR
BOMBA
PRAT



Representante:

Antonio Duboy.-Sta. María, 2.-Vilafranca del Panadés

TINTORERIA

Jaime Ballbé Gómez

Bajada de Sta. Ana, 9
M A T A R O

cerería de

José Serra Contijoch

sucesor de jaime tardá
casa fundada en 1808
teléfono 260

especialidad en ceras puras

calle san cristóbal, 17

mataró

Adrogueria i Colonials
JOSEP ANTICH

Dipositari dels Vernissos
i Tints de la casa Jerson i
Wicholson • Pintures
Colors i Brotxeria • Perfu-
meria del Pais i Estrangera

Santa Maria, 20 Telèfon 84 MATARO

TINTORERIA
DE

Segismundo Palacios

Trabajos rápidos y precios económicos
Se lava a seco. Lutos a las 8 horas

San José, 60

MATARO

64	íd.	Sr. D. Carlos Folguera. Mandó un Batallón guipuzcoano.	76	íd.	Sr. D. Enrique García de Moya, Ayudante de Campo del General carlista del mismo apellido.
65	Guardia Civil ...	Excmo. Sr. D. José S. Fontecha, Jefe del Estado Mayor del General carlista D. Elicio de Berriz.	77	Artillería	Excmo. Sr. D. Luis García de la Puente, Vocal del Consejo Provisional de D. Carlos VII desde el año 1869 al año 1875.
66	Infantería	Sr. D. Tomás Foronda. Mandó una media brigada de carlistas navarros.	78	íd.	Sr. D. Julián García Gutiérrez, Director de la Academia de Artillería carlista de Azpeitia.
67	íd.	Excmo. Sr. D. León H. Fortún, Ayudante de Campo de Don Carlos VII.	79	íd.	Sr. D. Germán García Pimentel. Mandó la batería de a caballo del Ejército carlista del Norte.
68	Ingenieros.....	Sr. D. Juan Francesch, Comandante general de los carlistas de Tarra-gona en 1872.	80	íd.	Sr. D. Idilio García Pimentel: Muerto gloriosamente en la victoria carlista de Portuga-lete.
69	Infantería	Sr. D. Francisco de Francisco. Sirvió a las órdenes del General carlista D. Elicio de Berriz.	81	Admón Militar.	Excmo. Sr. D. Domingo Gallego, Intendente del Ejército carlista del Norte.
70	Caballería.....	Sr. D. Manuel de Francisco. Mandó el Regimiento de Caballería del Pilar.	82	Ingenieros.....	Excmo. Sr. D. José Gar-rín, Director de la Aca-demia carlista de Inge-nieros de Vergara.
71	Guardia Civil ...	Excmo. Sr. D. Cayetano de Freixa, Vocal del Tribunal Supremo de Guerra del campo carlista.	83	Infantería	Sr. D. Leonardo Garrido Mandó un Batallón na-varro.
72	Guardia Civil ...	Sr. D. Joaquín de Frei-xa, Ayudante de Cam-po del General carlis-ta del mismo apellido.	84	íd.	Sr. D. N. Gil. Muerto gloriosamente en La Muela de Cantavieja (1872).
73	Caballería.....	Sr. D. Jerónimo García, Jefe de Estado Mayor de los carlistas nava-rrros; muerto gloriosa-mente en la acción de Eulate (1872).	85	Guardia Civil ...	Sr. D. Guillermo Gómez de Escobar. Se distin-guió en el Ejército car-lista del Norte.
74	Infantería	Excmo. Sr. D. José Gar-cía Albarrán. Mandó la Brigada de Castella-nos del Ejército carlista del Centro en 1875.	86	Artillería	Sr. D. José Gómez Quin-tana, Subdirector de la fábrica de proyecti-les de Vera.
75	íd.	Excmo. Sr. D. José Gar-cía de Moya, Jefe de Estado Mayor de S. A. R. D. Alfonso de Bor-bón y de Este; murió de resultas de las he-ridas que recibió en la indecisa acción de Al-cora (1874).	87	Infantería	Excmo. Sr. D. Carlos González Boet. Mandó una Brigada de arago-neses en el Ejército carlista del Centro.
			88	íd.	Excmo. Sr. D. Leoncio González de Granda, Jefe de Estado Mayor de los carlistas vizcaí-nos.

89	íd.	Sr. D. N. González de Zabala, Secretario del General carlista Don Elicio de Berriz.	103	Estado Mayor...	Sr. D. N. Jover. Sirvió a las inmediatas órdenes del General carlista D. Joaquín Elío.
90	íd.	Sr. D. N. Goñi. Mandó un Batallón navarro.	104	Artillería	Sr. D. José Juárez de Negrón. Sirvió a las inmediatas órdenes del General carlista D. Juan María Maestre.
91	Armada	Muy Illre. Sr. Marqués de Grañina. Mandó el Tren de Sitio del ejército carlista del Norte.	105	Infantería.....	Sr. D. Pedro Lara, Comandante general de los carlistas de Sevilla en 1871.
92	Artillería	Muy Illre. Sr. Conde de Guevara. Mandó una batería montada del Ejército carlista del Norte.	106	íd.	Excmo. Sr. D. José R. de Larramendi, Director general de Administración Militar del campo carlista.
93	Infantería	Muy Illre. Sr. Marqués de las Hormazas. Mandó un Batallón navarro.	107	Artillería	Sr. D. José de Lecea, Director de la fundición de proyectiles de Vera.
94	Infantería	Sr. D. N. Hurtado de Mendoza. Capitaneó una partida carlista en Extremadura.	108	íd.	Sr. D. Jacobo de León, Director del Parque de Estella, de 1874 a 1876.
95	Artillería	Sr. D. Leopoldo Ibarra. Mandó una batería montada en el Ejército carlista del Norte.	109	íd.	Sr. D. Carlos de León, Director de la fundición de cañones de Artea-ga.
96	íd.	Sr. D. Luis Ibarra. Mandó una batería de montaña del Ejército carlista del Norte.	110	Caballería.....	Excmo. Sr. D. Santiago Lirio, Comandante general de los castellanos del Ejército carlista del Norte.
97	Estado Mayor...	Sr. D. Ramón de Ibarrola, Secretario del Centro militar carlista de la frontera francesa.	111	Infantería.....	Excmo. Sr. D. Antonio Lizárraga, Jefe de Estado Mayor de S. A. R. D. Alfonso de Borbón y de Este en el Ejército carlista del Centro.
98	Infantería	Excmo. Sr. D. Ramón S. Inestrilla. Mandó una media brigada de carlistas navarros.	112	íd.	Excmo. Sr. D. Manuel López, Subsecretario del Ministerio de la Guerra del campo carlista.
99	íd.	Sr. D. Santiago B. de Irazu. Murió de resultas de las heridas que al mando de un Batallón guipuzcoano recibió en la acción de San Marcos (1874).	113	íd.	Sr. D. Miguel Lozano. Mandó un Batallón valenciano.
100	íd.	Sr. D. Juan J. de Iza, primer Director que tuvo el Parque carlista de Estella.	114	Artillería	Sr. D. N. Luzuriaga. Se distinguió en el Ejército carlista del Norte.
101	Caballería.....	Sr. D. N. Jara. Sirvió a las órdenes del General carlista D. Francisco Savalls.	115	Estado Mayor...	Excmo. Sr. D. Joaquín de Llanera, tercer Ministro de la Guerra de Carlos VII.
102	íd	Sr. D. Isaac Jorde, Ayudante del Regimiento de Caballería de Borbón.			

116	Artillería	Excmo. Sr. D. Joaquín de Llorens. Mandó una batería de montaña y Diputado a Cortes por Estella, habiéndolo sido también por Morella y por Olot.	130	íd.	Sr. D. Manuel Monet. Mandó el Regimiento de Caballería del Cid, del Ejército carlista del Centro.
117	Artillería	Excmo. Sr. D. Juan María Maestre, Director general de Artillería del campo carlista.	131	Infantería.....	Sr. D. Joaquín de Montagut, segundo Jefe del batallón 2.º de Navarra.
118	Infantería.....	Sr. D. Manuel R. Maillo. Mandó un Batallón alavés.	132	Caballería.....	Excmo. Sr. Conde de Montenegro, Grande de España; Senador carlista en las Cortes de D. Amadeo.
119	íd.	Sr. D. N. Mas, Ayudante del Batallón segundo de Navarra; muerto gloriosamente en la victoria carlista de Puente la Reina.	133	Infantería.....	Exco. Sr. D. Simón de Montoya. Mandó una Brigada de carlistas navarros.
120	Caballería.....	Sr. D. Alvaro Maldonado, Ayudante de Campo del General carlista D. Joaquín Elío.	134	íd.	Sr. D. Antonio Morán. Mandó el Batallón de Guías del Ejército carlista del Centro.
121	íd.	Sr. D. Andrés Martínez. Muerto gloriosamente en la victoria carlista de Valtierra.	135	íd.	Sr. D. Alberto Morera, Jefe de Estado Mayor del General carlista D. Francisco Savalls.
122	Infantería.....	Sr. D. N. Martínez. Mandó un batallón navarro.	136	íd.	Sr. D. Agustín Moya. Muerto gloriosamente al frente de una partida carlista en los montes de Toledo el año 1872.
123	Admón. Militar.	Sr. D. Vicente Martínez. Se distinguió en la División carlista de Aragón.	137	Carabineros.....	Sr. D. Telesforo S. Naranjo. Mandó un Batallón castellano.
124	Infantería.....	Excmo. Sr. D. Marcelino Martínez de Junquera. Mandó una Brigada de carlistas navarros.	138	Infantería.....	Excmo. Sr. D. José Navarrete, Jefe de Estado Mayor de los carlistas del Maestrazgo en 1875.
125	íd.	Excmo. Sr. D. Rodrigo de Medina, Ayudante de Campo de D. Carlos VII.	139	Artillería	Sr. D. Atilano F. Negrete. Mandó una batería montada del Ejército carlista del Norte.
126	íd.	Excmo. Sr. D. Torcuato Mendiya, Capitán general de los carlistas vasco-navarros en 1875.	140	íd.	Sr. D. Domingo Nieves. Mandó los primeros cañones cogidos a los liberales en el Norte; muerto gloriosamente en la victoria carlista de Ibero (1873).
127	íd.	Sr. D. N. Mendoza. Mandó un Batallón navarro.	141	Caballería.....	Sr. D. Félix Noriega. Mandó la Caballería carlista de Vizcaya.
128	íd.	Excmo. Sr. D. Antonio D. Mogrovejo, Jefe del Cuarto militar de Don Carlos VII en 1875 y 1876.	142	Estado Mayor...	Excmo. Sr. D. Antonio Oliver, Jefe de Estado Mayor del General carlista D. Antonio Dorregaray.
129	Guardia Civil...	Sr. D. N. Molinero. Mandó una Compañía de Guardias de Navarra.			

Drogueria - Colonials - Queviures - Aliments de règim - Cereria - Pintures
Vernissos - Brotxeria - Adobs químics - Lluquets marca «Montserrat»

JOSEP SORRIBAS ESQUERRÀ

Torres Amat, núm. 30

S A L L E N T

Casa fundada en 1820

Fotografía Llenas

Ampliaciones
Reproducciones

RETRATOS
POSTALES

Calle Cos, 5. - Sallent

FÁBRICA DE LANZADERAS
PARA TEJIDOS

— SOBRINO DE —

C. Ubach Ginestà

JUAN TRESSERRAS

TELÉFONO 89 (grupo Berga)

SALLENT (Alto Llobregat)

Ferretería en
general-Accesso-
rios para Telares
y sus similares

Aceites minerales y
grasas. - Tacos, Co-
rreas, Tiratacos, etc.
Pinturas y esmaltes.
Material eléctrico.
Accesorios
para automóviles.

JOSÉ BADIA

FARMACEUTICO

TORRES AMAT, 17. - SALLENT

RAMON BOVET

Tienda de Tejidos

Bisutería y mercería

◆ Pont, 36-Gironella

Fábrica de Jabones y Aceites de
Orujos

DAVID CATALÁ

Sucesor de Rufo Franquet

Casa fundada en 1760

Teléfonos: Núm. 35 X fábrica y 35 R
Cervantes, 12

TORTOSA (España)

M. Ballús

Agencia Oficial



Calle Roser, 5 y 44

Teléfono 128

B E R G A

143	Admón Militar.	Sr. D. José Oliver. Subintendente del Ejército carlista del Centro.	157	Guardia Civil...	Sr. D. José Pascual. Mandó un Batallón del Maestrazgo.
144	Infantería.....	Excmo. Sr. D. Nicolás Ollo, Comandante general de los carlistas de Navarra en 1873 y 1874.	158	Armada	Excmo. Sr. D. Santiago Patero, Ayudante de Campo de Don Carlos VII.
145	Caballería.....	Excmo. Sr. D. Fernando Ordóñez, Comandante del Ejército carlista del Centro en 1875.	159	Caballería.....	Sr. D. N. Pérez. Sirvió a las inmediatas órdenes del General carlista D. Antonio de Brea.
146	Infantería.....	Sr. D. José Oriol Sirvió a las inmediatas órdenes del General carlista D. Antonio Dorregaray.	160	Infantería.....	Sr. D. Agustín Pérez Cantarero. Sirvió en el Batallón de Guías de Don Carlos VII.
147	íd.	Sr. D. José Orlándiz. Mandó un Batallón navarro.	161	íd.	Sr. D. Casimiro Pérez Dávila. Mandó un Batallón guipuzcoano.
148	íd.	Excmo. Sr. D. Andrés de Ormaeche. Mandó una Brigada de carlistas vizcaínos.	162	Artillería	Excmo. Sr. D. José Pérez de Guzmán, Jefe de Estado Mayor del General carlista D. José Pérula.
149	San. Militar.....	Sr. D. José Ortega. Muerto gloriosamente al frente de una partida carlista en Andalucía.	163	íd.	Sr. D. N. Pérez de Barradas. Se distinguió en el Ejército carlista del Norte.
150	Caballería.....	Sr. D. Juan de Ortigosa, segundo Jefe del Regimiento de Caballería carlista del Norte.	164	Infantería.....	Sr. D. Maximiano del Pino. Mandó un Batallón castellano.
151	Artillería	Sr. D. Miguel de Ortigosa. Mandó una batería de montaña del Ejército carlista del Norte.	165	Artillería	Excmo. Sr. D. Ignacio Plana, segundo Ministro de la Guerra de D. Carlos VII.
152	Caballería.....	Sr. D. Sergio de Ortigosa. Se distinguió en el Ejército carlista del Norte.	166	Caballería.....	Sr. D. Manuel Plana, Mandó el Regimiento de Caballería del Rey del Ejército carlista del Norte.
153	Ingenieros.....	Sr. D. Cándido Ortiz de Pinedo, Secretario del General carlista Don José Martínez Tenquero.	167	íd.	Sr. D. Juan Plana, Ayudante de Campo del General carlista del mismo apellido.
154	Artillería	Sr. D. Marcelino Ortiz de Zárate. Mandó una batería de montaña del Ejército carlista del Norte.	168	íd.	Sr. D. Manuel Plantado, segundo Jefe del Regimiento de Caballería del Cid del Ejército carlista del Centro.
155	íd.	Excmo. Sr. D. Luis de Pagés, Mayor General de Artillería del Ejército carlista del Norte.	169	Infantería.....	Excmo. Sr. D. Juan de Dios Polo, Comandante general de los carlistas de la Mancha, Toledo y Extremadura en 1869.
156	Infantería.....	Sr. D. Joaquín Parejo. Sirvió en el Batallón de Guías de Don Carlos VII.	170	Guardia Civil...	Sr. D. Ildefonso Puerto. Jefe de Estado Mayor del General carlista D. Manuel Marco de Bello.

Caja de Ahorros de la Generalidad de Cataluña

Caja general de Ahorro Popular, sometida al Protectorado Oficial del Ministerio de Trabajo y Previsión, según Decreto de 14 de Marzo de 1933

Operaciones que realiza:

Ahorro a la vista - Ahorro a plazo - Cuentas de Ahorro - Cuentas de contribuyente

OFICINAS CENTRALES:

Barcelona: Palacio de la Generalidad y Fontanella, 7

SUCURSALES:

Badalona: Francisco Layret, 149 - **Gerona:** Plaza del Oli. 1 - **Igualada:** Born, 2 - **Lérida:** Carmen, 28 - **Masnou:** Prat de Riba, 1 (Edificio del Ayuntamiento) - **Olot:** Paseo de Blai, 45 - **Palafrugell:** Santiago Rusiñol, 9 - **Reus:** Arrabal Alto de Jesús, 29 y 31 - **San Feliu de Guixols:** Rambla A. Vidal, 35 - **Santa Coloma de Farnés:** Plaza de la República, 4 - **Solsona:** Plaza San Juan, 7 - **Tarragona:** Apodaca, 3 - **Villanueva y Geltrú:** Rambla Maciá, 1

Juan Carreras Vives

Constructor
de Obras

Taulat, 62 Tel. 53655 BARCELONA

Tintorería

Central y Talleres:
Padre Secchi, 49-S. A.
(carrer de les escales)
Teléfono 50565

PRISMA

SUCURSALES: Torrente Vidalet, 2-G. Tel. 80650 (al lado Travesera) ♦ Claveguera, 16 (al lado de Baja San Pedro) Tel. 19521 Este, 17 • Teléfono 21290 (al lado calle Conde del Asalto)

PERICAS, BOIXEDA Y C.^a

Fabricantes
de
Hilados y Torcidos
de
Algodón

DESPACHO:
Ronda Universidad, 21 Teléfono 10061
BARCELONA

171	Infantería.....	Sr. D. N. Ramos. En unión de su hijo trató de sublevar por Don Carlos VII parte de la guarnición de Córdoba en 1871.	184	íd.	Excmo. Sr. Barón de Sangarrén. Mandó un Batallón vizcaíno y fué Diputado a Cortes por Azpeitia, después de la última campaña carlista.
172	Artillería	Excmo. Sr. D. Aljandro Reyero. Mandó una batería de montaña del Ejército carlista del Norte.	185	íd.	Sr. D. Gabino Sainz. Mandó un Batallón navarro.
173	Infantería.....	Sr. D. Jaime Ripoll. Mandó un Batallón catalán.	186	íd.	Excmo. Sr. D. Ramón de San Juan, Comandante general de los carlistas de Cádiz en 1870.
174	íd.	Sr. D. Antonio Rivera. Mandó dos batallones valencianos.	187	Caballería.....	Sr. D. Justo Sanjurjo. Muerto gloriosamente al mando de un Escuadrón en la victoria carlista de Udave (1873).
175	Artillería	Excmo. Sr. D. Javier Rodríguez de Vera. Mandó una Brigada de carlistas guipuzcoanos.	188	Infantería.....	Excmo. Sr. D. Cesáreo Sanz, segundo jefe de Estado Mayor de S. A. R. D. Alfonso de Borbón y de Austria, Conde de Caserta y Diputado a Cortes por Pamplona durante muchos años desde el de 1891.
176	Infantería.....	Excmo. Sr. D. Eusebio Rodríguez Román. Comandante general de los carlistas guipuzcoanos en 1869.	189	Guardia Civil...	Muy Ilte. Sr. Marqués de Segarra. Mandó dos batallones del Maestrazgo.
177	íd.	Sr. D. Angel Romero, Jefe de Estado Mayor del General carlista D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.	190	Infantería.....	Sr. D. Julio Segarra. Muerto gloriosamente al mando de un Batallón del Maestrazgo en la victoria carlista de Cuenca (1874).
178	íd.	Sr. D. José Rovira. Mandó un Batallón castellano.	191	íd.	Sr. D. N. Segura. Mandó un Batallón navarro.
179	íd.	Sr. D. Vicente Ruiz. Sirvió a las inmediatas órdenes del General carlista D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.	192	íd.	Sr. D. José Seidel. Mandó un Batallón navarro.
180	Artillería	Sr. D. Alberto Saavedra. Mandó la artillería, sistema Plasencia, cogida a los liberales en la batalla de Lácar.	193	Ingenieros.....	Excmo. Sr. D. Ramón de Somoza, Diputado carlista a Cortes por Sarriá (Lugo) en 1871.
181	Infantería.....	Excmo. Sr. D. Felipe de Sabater. Mandó un Batallón vizcaíno.	194	Infantería.....	Sr. D. Ricardo Suarep, Jefe de Estado Mayor del General carlista D. Carlos de Calderón.
182	íd.	Excmo. Sr. D. Joaquín Sacanell, Ayudante de Campo de Don Carlos VII.	195	íd.	Excmo. Sr. D. Manuel de Sureda, Diputado carlista a Cortes por Palma de Mallorca en 1871.
183	íd.	Sr. D. Enrique Sacanell. Sirvió en el Batallón de Guías de D. Carlos VII.			

196	íd.	Sr. D. Antonio Tallada, Comandante del Batallón de Guías de Don Carlos VII.	208	Armada	Sr. D. Bernardo G. Verdugo. Figuró en la Comisión encargada de adquirir en el extranjero armamento y municiones y de transportar dichos elementos de combate al territorio dominado en el Norte por las armas carlistas.
197	íd.	Sr. D. José Tellechea. Sirvió en la Artillería carlista de Guipúzcoa.			
198	Admón. Militar	Excmo. Sr. D. N. Tогores, Vocal del Centro Militar Carlista de Madrid en 1870.			
199	Infantería.....	Excmo. Sr. D. N. Torrevilla, Vocal del Tribunal Supremo de Guerra y Marina del campo carlista.	209	Infantería.....	Sr. D. Ildefonso Vergara. Muerto gloriosamente, al mando de un Batallón navarro, en la acción de Santa Bárbara de Oteiza (1876).
200	Armada	Sr. D. Mariano Torres de Navarra, segundo Jefe del Tren de sitio del Ejército carlista del Norte.	210	íd.	Sr. D. Cristóbal de Vicente. Muerto gloriosamente, al mando de los Almogávares de la Virgen del Pilar, en la batalla de Zumelzu o de Treviño (1875).
201	Artillería	Excmo. Sr. Marqués de las Torres de Orán. Mandó la Artillería de operaciones en Navarra.	211	íd.	Excmo. Sr. D. Pedro Vidal. Jefe de Estado Mayor del General carlista D. Gerardo Martínez de Velasco.
202	Armada	Sr. D. N. Trujillo. Sirvió a las inmediatas órdenes del General carlista D. Francisco Savalls.	212	Caballería.....	Excmo. Sr. D. Angel C. Villalain. Mandó la Brigada castellana del Ejército carlista del Norte; muerto gloriosamente en la acción de Villafranca del Cid (1875).
203	Caballería.....	Sr. D. José S. de Urbina. Cronista de Campaña de D. Carlos VII.			
204	íd.	Excmo. Sr. Marqués de Vallecerrato, Grande de España. Mandó el escuadrón de Caballeros Guardias de Don Carlos VII.	213	Infantería.....	Sr. D. Ramón de Villalonga. Muerto gloriosamente, al mando de una Compañía del Batallón segundo de Navarra, en la victoria carlista de Somorrostro (1874).
205	Infantería.....	Excmo. Sr. D. Emilio M. Vallejos. Mandó el Batallón de Guías de Don Carlos VII.			
206	íd.	Excmo. Sr. D. Carlos de Vargas, Presidente del Centro Militar Carlista de Madrid en 1870.	214	Ingenieros.....	Excmo. Sr. D. Amador del Villar, Mayor General de Ingenieros del Ejército carlista del Norte.
207	íd.	Sr. D. Miguel Verdguer. Muerto gloriosamente, al mando de una Compañía de Zúavos en la victoria carlista de Vich (1874).	215	Caballería.....	Sr. D. Mario del Villar. Mandó el Regimiento de Caballería de Borbón, del Ejército carlista del Norte.

Resumen:

216	Armada	Excmo. Sr. D. Romualdo M. de Viñalet, Presidente del Tribunal Supremo de Guerra y Marina del campo carlista.
217	Infantería.....	Excmo. Sr. D. Juan Yoldi. Mandó la Brigada de carlistas cántabros.
218	Caballería.....	Sr. D. N. Zaldívar. Mandó el Regimiento de Caballería de Cruzados de Castilla en el Ejército carlista del Norte.
219	íd.	Sr. D. Luis Zarandona. Mandó un Escuadrón del Ejército carlista del Centro.
220	Infantería.....	Excmo. Sr. D. Juan de Zaratiegui, Comandante general de los carlistas de Andalucía en 1870.

Ciento nueve procedentes del Arma de Infantería.

Treinta y cuatro procedentes del Arma de Caballería.

Treinta y tres procedentes del Cuerpo de Artillería.

Trece procedentes del Cuerpo de la Guardia Civil.

Diez procedentes del Cuerpo General de la Armada.

Siete procedentes del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército.

Siete procedentes del Cuerpo de Ingenieros del Ejército.

Cinco Procedentes del Cuerpo de Administración Militar.

Uno procedente del Cuerpo de Carabineros.

Uno procedente del Cuerpo de Sanidad Militar.

Reginaldo de Brea



Paso de Castellar de Nuch. — Septiembre de 1874

Las tropas del general López Domínguez se dirigen a Puigcerdá, sitiado por los carlistas

Don Carlos de Borbón y de Austria-Este



CARLOS VII

Primogénito del Infante de España D. Juan de Borbón y de Braganza (hijo segundo de Don Carlos María Isidro de Borbón) y de la Archiduquesa de Austria Doña María Beatriz, nació el día 30 de marzo de 1848, cuando la Revolución ardía en toda Europa. En Laybach vió la luz Don Carlos María de los Dolores, siendo padrinos suyos su abuelo paterno D. Carlos María Isidro de Borbón y su segunda esposa Doña María Teresa de Braganza, y le confirmó en Bolonia, el año

1857, Su Santidad Pío IX, añadiéndole el nombre de Pío.

Se educó en el destierro, al lado de su augusta madre y juntamente con su hermano D. Alfonso, en las cortes de Módena y de Praga, con sus tíos el Duque Francisco V y el Emperador Fernando I. Hizo su aprendizaje militar en la Brigada Estense, llegando a ser Capitán de Artillería, y al disolverse aquélla fué condecorado con la Medalla *Fidelitatis et constantiae in adversis*.

Tuvo por Ayo al General de Artillería Don Luis García de la Puente (veterano de la guerra de la Independencia, de la de 1820 a 1823 y de la de los Siete Años) y por Preceptor al Padre Cabrera.

El día 14 de junio de 1864 la Princesa de Beyra (viuda de D. Carlos María Isidro de Borbón) le entregó solemnemente, en Trieste, el Estandarte de la Generalísima de los Ejércitos carlistas de la primera guerra civil, la Virgen de los Dolores, que Don Carlos recibió de rodillas, jurando custodiarlo y defenderlo siempre con honor.

El día 3 de octubre de 1868, D. Juan de Borbón abdicó en él sus derechos, adoptando entonces Don Carlos el título de Duque de Madrid, y dirigió por primera vez la palabra a los españoles, en forma de carta a su hermano D. Alfonso, el 30 de junio de 1869.

Consecuente con sus propósitos de ser digno representante de las tradiciones españolas, rechazó los tentadores ofrecimientos que sucesivamente le hicieron progresistas, moderados y enemigos de la integridad nacional, que bajo diferentes condiciones se brindaron a allanarle el camino del trono con poderosos elementos.

Protestó desde Vevey, el 8 de diciembre de 1870, contra la subida al trono de D. Amadeo de Saboya. En todo el transcurso de tiempo desde el destronamiento de Doña Isabel hasta su entrada en España, trabajó con ardor y sin descanso por la Causa Católico-Monárquica, primero en París, a donde acudieron millares de españoles; después en la frontera de Cataluña; posteriormente en Londres y Baden-Baden; tratando en vano de vencer la mala voluntad del General Conde de Morella, extremando con él la paciencia por consideración a sus pasados servicios y a su popularidad, a pesar de entrever la actitud que al fin había de adoptar enfrente suyo, y, por último, convocó en Vevey la *Magna Junta*, en la que asumió la dirección personal de la Causa Católico-Monárquica, rodeado de una verdadera Corte de grandes de España, políticos eminentes, militares de brillante historia y representantes de todas las clases sociales. En Vevey y Ginebra procedió a la organización de los elementos que habían de ayudarle, formando Ministerios y creando un verdadero Gobierno hasta que de Ginebra partió para la frontera vasco-navarra. Allí pasó una larguísima temporada de las más azarosas y novelescas de su vida, perseguido sin cesar por la policía francesa, oculto y obligado a cambiar de escondite a cada momento, pero sin suspender un solo instante sus trabajos y avistándose constantemente con importantes conspiradores. Prudente a la par que enérgico, sufría con gusto los innumerables sobresaltos y contratiempos de aquella vida errante, dirigiendo en persona los preparativos del alzamiento carlista, desde

aquel Bearn, cuna de su familia, que también fue testigo de la accidentada juventud de Enrique IV antes de subir al trono de Francia.

Aclamado como Rey, bajo la denominación de Carlos VII, en el Norte, en Cataluña, y en el Maestrazgo por millares de hombres, entró en España por Vera el día 2 de mayo de 1872, dirigiendo su voz a la Nación y al Ejército en sendas proclamas que se hicieron populares.

Vencido momentáneamente a causa de la defección de algunos que por él se habían comprometido, repasó la frontera por los Alduides, después de luchar desesperadamente en Oroquieta con un puñado de valientes que en su mayoría carecían de armas.

El día 16 de julio de 1872 ofreció espontánea y solemnemente, desde la frontera de España a los pueblos de la antigua Corona de Aragón devolverles sus fueros y libertades, acomodándolos a las exigencias de nuestros tiempos; alentó a los bravos que aún luchaban en Cataluña para que a todo trance se sostuvieran en campaña, y arrojando él también, con tesón admirable, sufrimientos y trabajos sin cuento preparó, a fuerza de energía, el nuevo alzamiento del Norte.

Volvió a entrar en España por Zugarramurdi el día 16 de julio de 1873; asumiendo en persona el mando del Ejército del Norte libró a su frente los combates de Allo, Dicastillo, Montejurra y Lácar; dirigió los sitios de Bilbao, Guetaria e Irún, así como las tomas de Estella, de Ibero, de las Campanas, de Viana, de Portugalete, de las Arenas y del Desierto, llegando a contar en su activo militar con unos doscientos días de fuego.

El día 5 de febrero de 1875 el Capitán general carlista Elío, en nombre de su Ejército, pidió a Don Carlos que usase la Gran Cruz de San Fernando, por considerar que ya la había ganado como General.

En los cuatro años de campaña, de 1872 a 1876, las armas carlistas vencieron (además de en otras muchas acciones de menor importancia) en los memorables combates de Arizala, Arrigorriaga, Oñate, Anglés, Horta, Beuda, Balaguer, Cuevas de Vinromá, Sanahuja, Eraul, Albiol, Lecerberri, Dicastillo, Cirauqui-Mañeru, Montejurra, Lamíndano, Campdevanól, San Quirze, Alpens, Igualada, Caserras, Berga, Oristá, Prades, Játiva, Bañolas, Prat de Llusanés, Cantavieja, Portugalete, Ontón, Somorrostro, San Pedro Abanto, Monte-Muro, o Abarzuza, Vich, Riudellots de la Creu, Castellfullit, Castelló de Ampurias, Cardona, Vinaroz, Cuenca, Biurrun, Urnieta, Santa Marina, Bellmunt, Albacete, Lácar, Ventolá, Lucena, La Cenia, San Salvador de Breda, Agramunt, Espinavelt, Indamendi, Arbolancha, Choritoquieta, Navinés, Villaverde de Trucios, Lequeitio, Mercadillo, Carrasqueto, Lumbier, Daroca, Tragó, Ridaura, Molins de Rey, Mendizola,

rrotz, San Cristóbal de Mañeru, Puente Mendaro e Irurita.

Al triunfar el pronunciamiento de Sagunto, dijo en su manifiesto de Deva, de 6 de enero de 1875, que protestaba de aquel acto por la boca de sus cañones, y en el campo de batalla siguió protestando durante más de un año, mientras tuvo posibilidad material de sostener aquella campaña.

Herido en su patriotismo ante la actitud agresiva para España de los Estados Unidos, ofreció a su primo D. Alfonso una tregua para pelear todos contra el extranjero, en carta célebre, fechada en Durango a 9 de noviembre de 1875, siendo desoída tan patriótica proposición.

Como Señor de Vizcaya juró sus fueros venerados sobre la Hostia consagrada, bajo el Arbol de Guernica, el 3 de julio de 1875, y los de Guipúzcoa en Villafranca el 8 del mismo mes y año.

Don Carlos no limitó sus cuidados a las atenciones militares, propias de la guerra, durante la cual llegó a tener más de ochenta mil voluntarios sobre las armas (entre sus tres ejércitos del Norte, de Cataluña y del Centro), sino que procuró organizar política y civilmente el país dominado por sus tropas, que en el Norte lo fué casi todo el territorio vasco-navarro, constituyéndose como un Estado en el que Don Carlos hasta llegó a dar un Código provisional, administró justicia y ejerció todas las funciones de la Soberanía.

La Ilustración Española y Americana (bien poco sospechosa de afecto hacia el carlismo) se expresaba a propósito de esto en su número de 22 de julio de 1909, en los siguientes términos.

«El 18, a las cinco y media de la tarde dejó de existir el que proclamaron los carlistas por Rev, con el título de Carlos VII, y que tuvo a sus órdenes un Ejército regular y reinó positivamente, durante el período revolucionario, en una parte del territorio nacional.»

Don Carlos de Borbón y de Austria-Este creó los Ministerios o Secretarías de Estado y del Despacho de Guerra, Negocios extranjeros, Justicia y Gobierno político; tuvo Diputaciones o Juntas de Guerra en las provincias del Norte, Cataluña, Valencia, Aragón, Cantabria, y Castilla; una Dirección General de Comunicaciones; Academias de Artillería, Ingenieros, Infantería y Caballería; Estudios de Segunda Enseñanza en el antiguo y Real Seminario de Vergara; estudios de Facultades Mayores en la antigua Real y Pontificia Universidad de Oñate; un Tribunal Superior Vasco Navarro, del que dependían los Juzgados y corregimientos y abrió las puertas del Monasterio de Loyola a la insigne Compañía de Jesús, revelando todos estos trabajos que en el campo carlista no se atendía únicamente a operaciones militares, sino que se dedicaba particular cuidado al desarrollo natural de la iniciativa del elemento civil

carlista, tan idóneo, por lo menos, como el elemento civil del resto de la Península.

Agotados al fin los recursos del país, abrumado por el número de los enemigos, vencido por la adversa fortuna, entró en Francia por el puente de Arnegui, el día 28 de febrero de 1876, escoltado por el Batallón titulado de Guías del Rey y el Escuadrón de Caballeros y Guardias, ambos Cuerpos a las inmediatas órdenes de su ayudante de Campo el General Martínez Fortún y por los diez Batallones y dos Regimientos de Caballería al mando de S. A. R. el Conde de Caserta y del general Brea; siguiéndole a la emigración veinte mil hombres por distintos puntos de la frontera; después de cuatro años de heroica lucha contra D. Amadeo, la República y D. Alfonso, lucha que no dió por *terminada*, sino por *interrumpida* al pronunciar en Valcarlos su histórico: ¡ *Volveré!*

El día 1.º de Marzo de aquel mismo año dió desde Pau un manifiesto manteniendo y afirmando su actitud resuelta de siempre; expulsado de Francia, inmediatamente, visitó los Estados Unidos de América y Méjico; fué a Roma, donde besó por última vez el pie de Pio IX, y después de realizar un viaje circular por toda Europa (obsequiado especialmente en las cortes de Atenas, Bukarest y San Petersburgo) tomó activa parte en las operaciones de la guerra de Oriente, y se distinguió en la toma de Nicópolis y en las tres batallas de Plewna, con cuyo motivo fué felicitado al frente de las tropas por el Czar Alejandro II y se vió condecorado con la Cruz del *Valor Militar* por el Rey Carlos I de Rumanía.

De regreso en París, fué expulsado nuevamente de Francia en Julio de 1881, trasladándose primero a Londres y después a Venecia, donde se instaló en el Palacio Loredán, regalo de su augusta madre.

Recorrió en diferentes viajes las más importantes regiones del globo, principalmente el África Septentrional y Occidental, las Indias, Palestina y el Sur de América, completando así su visita a los antiguos dominios españoles. En notables documentos brotados de su pluma durante aquellos viajes, afirmó la idea de una confederación entre todos los pueblos de nuestra raza y de nuestra lengua, echando la semilla de una alta concepción política, llamada, probablemente, a dar frutos de gloria y prosperidad para la Patria.

Al ocurrir el fallecimiento de D. Alfonso XII, protestó Don Carlos, desde Lucerna, contra la proclamación de D. Alfonso XIII.

Desde la terminación de la última guerra carlista fué constante y no interrumpida la ocupación de Don Carlos en la dirección de la Causa Católica-Monárquica. Tuvo primero de Representante suyo en España al Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal; luego, aunque por brevísimo tiempo, al Ilus-

trísimo Sr. D. Francisco Navarro Villoslada, y, durante su segundo viaje a América, a los Generales carlistas Marqués de Valde-Espina, Maestro, Caverio y Fortún, cada uno en distinta región de las cuatro en que dividió a sus leales de toda España. Ejerció después el alto cargo de Delegado de Don Carlos en España el Excmo Sr. Grande de España Marqués de Cerralbo, durante cuyo mando organizáronse Juntas y Círculos en todo el reino y obtuviéronse en el terreno parlamentario éxitos de resonancia, hasta que el 6 de Diciembre de 1899 Don Carlos accedió a su solicitud para cesar en tan alto puesto, y encargó al Ilmo. Sr. D. Matías Barrio y Mier, Diputado a Cortes y Catedrático de la Universidad de Madrid, de servir de intermediario entre la organización civil y Su Augusta Persona, para que por su conducto pudieran dirigirse al Palacio Loredán todos los organismos, y al fallecer el Sr. Barrio y Mier, sustituyóle en tan honroso cargo el Ilmo. Sr. D. Bartolomé Feliu y Pérez, también (como su antecesor) Diputado a Cortes y Catedrático de la Universidad de Madrid.

Antes de romper España las hostilidades con los Estados Unidos señaló Don Carlos el camino del honor en notable carta dirigida desde Venecia al Excmo Sr. General de Artillería carlista don Antonio de Brea, el 24 de Febrero de 1898, y cuando ya se declaró aquella infausta guerra que acabó con nuestro imperio colonial, Don Carlos ordenó desde Bruselas a todos los carlistas que no hicieran nada que pudiera comprometer el éxito de la campaña, y los ayudasen con todas su fuerzas a los encargados de batirse por la integridad nacional. Terminadas aquellas operaciones de una manera tan desdichada, como es público y notorio, Don Carlos prohibió a la minoría parlamentaria del carlismo que tomara asiento en las Cámaras que iban a sancionar aquel desastre nacional.

En las proclamas, manifiestos y cartas políticas que desde el año 1868 vieron la luz bajo la firma de Don Carlos, hállanse perfectamente definidos los principios que sostuvo.

El día 17 de Julio de 1909, sufrió Don Carlos un ataque de apoplejía, veraneando en Varesse (Italia), en donde a las cinco de la tarde del día siguiente falleció, después de haber recibido a petición propia todos los auxilios espirituales, rodeado de su esposa y de sus hermanos D. Alfonso de Borbón y D.^a Nieves de Braganza, llegando poco después Don Jaime, que se encontraba a la sazón en París.

Entre los telegramas que a miles llegaron para Don Jaime dándole el pésame, figuran los de los Emperadores de Austria, Rusia y Alemania; de los Reyes de Inglaterra, Rumania y Grecia; uno de muy expresivo del Papa Pío X, y otros muchos. El cadáver fué vestido con el uniforme de

Capitán Genreal que usó durante la última guerra civil, el Toisón de Oro, las bandas y placas de las Ordenes de San Fernando y de Carlos III y las medallas de Pío IX, de Montejurra y de Somorrostro.

Trasladado el cadáver a Trieste (Austria), recibió allí cristiana sepultura, el día 24, en la Catedral de San Justo, previos solemnísimos funerales. El templo ofrecía solemne aspecto, el Altar Mayor espléndidamente iluminado y la espaciosa iglesia enlutada. En el centro del presbiterio, en magníficos sillones, tomaron asiento el Príncipe Don Jaime de Borbón, su augusto tío D. Alfonso de Borbón a la derecha, y el Conde de Forni a la izquierda; del lado del Evangelio, sobre un trono, el representante del Emperador de Austria, de gran uniforme y del lado de la Epístola, en otro trono, Monseñor Nagi, Obispo de Trieste.

En el mismo presbiterio, del lado del Evangelio, la Archiduquesa D.^a Blanca de Borbón (hija mayor de Don Carlos) con sus hijos, con su hermana D.^a Beatriz, su tía D.^a Nieves de Braganza y de Borbón, sus primas la Duquesa de Parma y la Condesa de Bardi, las damas respectivas de las expresadas Princesas, el Marqués de Vessolla, el Conde de San Carlos, y el gentilhombre D. Eusebio de Zubizarreta.

Del lado de la Epístola, las hijas de la Duquesa de Parma, el representante del Duque de Módena, el Conde Arbeláiz (en representación del Delegado en España Sr. Feliu), el General Conde de Moore en representación del antiguo



Don Carlos de Borbón (Carlos VII) y su augusta madre Doña María Beatriz, en Austria, conversando en el jardín del convento de Gorizia

Ejército carlista, el sacerdote D. Giovanni y el representante de la Duquesa reinante de Luxemburgo.

En los bancos se colocaron las Comisiones españolas y cuantos habían acudido espontáneamente a rendir el último tributo de amor y de respeto al Augusto representante de la Causa Católico-Monárquica. Allí estaban el Conde de Coma; Don Ildelfonso Muñiz Blanco, Jefe Regional de León; el Conde de Arana, Jefe del Distrito de Guernica; D. Francisco Martínez, Jefe Provincial de Navarra; los Diputados a Cortes Don Celestino de Alcocer, Jefe Regional de Burgos, D. Miguel Junyent y D. Lorenzo Saénz; el Senador del Reino D. José María de Ampuero; el General Carlista D. Emilio Martínez Vallejos; los Diputados provinciales Sres. Ampuero (Don Joaquín), Lezama y Lezameta; D. Alfredo Acebal, primer Teniente alcalde de Bilbao y los se-

ñores Iturrino, Díez de la Cortina, Boada, Vives y Dalfau. En representación de los legitimistas franceses asistieron también (mezclados con los españoles) los Condes de Maillé y de Chardonet y el General Cathelineau. Daban guardia de honor al cadáver los camareros y lacayos de la servidumbre de Don Carlos, su hermano Don Alfonso Carlos y su hijo Don Jaime.

Don Carlos de Borbón se casó dos veces. La primera con Doña Margarita de Borbón, Princesa de Borbón-Parma (el «Ángel de la Caridad»), cuya biografía va a continuación. Dios bendijo este matrimonio, concediéndoles cinco hijos: Doña Blanca, Don Jaime, Doña Beatriz, Doña Elvira y Doña Alicia. Actualmente viven Doña Blanca, Doña Beatriz y Doña Alicia.

La segunda vez se casó con Doña Berta de Rohan, Princesa de Rochefort y de Montauban. No tuvieron hijos.



Don Carlos VII en las Pampas de Chile



Don Carlos VII

Reproducción de un cuadro de Loredán

**"Yo no pretendo ser rey de un
partido, sino de todos los españoles."**

(Declaraciones de Don Carlos)

Doña Margarita de Borbón



Esposa de Don Carlos de Borbón y de Austria-Este

*"... Cuando partiste a la guerra
desconsolada quedé,
rogando a la Virgen Santa
que a mi te torne con bien;*

*Más no pido que del triunfo
ciñas glorioso laurel,
si no ha de dar la victoria
nuevo lustre a nuestra Fe."*

(Fragmento de una carta de Doña Margarita a
su augusto esposo Don Carlos (Histórico))



D.^a Margarita de Borbón
D. Jaime de Borbón
D.^a Blanca de Borbón
D.^a Elvira de Borbón
D.^a Beatriz de Borbón
(en brazos de D.^a Blanca)

Doña Margarita (hija de los Duques saberos de Parma D. Carlos III y D.^a María Teresa de Borbón) nació en la capital de los Estados de su augusto padre el día 11.^o de Enero de 1847. Se distinguió desde niña por su sólida piedad, precoz inteligencia y carácter bondadoso; ya desde sus primeros años tuvo que sufrir amargos sinsabores con motivo del asesinato de Carlos III, en 1854, y del inícuo despojo de que fué víctima su familia, teniendo que emigrar en 1859 a Suiza.

Sin incidente notable digno de referirse transcurrieron los años de Doña Margarita, hasta el de 1867 en que contrajo matrimonio (el día 4 de Febrero) en la Capilla de Froshdorf con don Carlos, y cuando llegó la guerra procuró aliviar la suerte de los heridos fundando Hospitales y entrando, para mejor atenderlos, en España el año 1874.

El ilustre General D. Antonio de Brea en su notable obra *Campaña del Norte de 1872 á 1876* se expresa así :

«Doña Margarita, hija del último Duque Soberano de Parma, era una señora de claro talento, vastísima ilustración, y sobre todo, de un corazón siempre ansioso de remediar todas las desgracias que le permitía atender el estado poco próspero, entonces, de su fortuna. Aun antes de haber entrado en España había ya tenido ocasión de ejercer su inagotable caridad asistiendo «y curando, por si misma, en su casa de campo de Burdeos, primero al Coronel Rada, primer Jefe del Batallón segundo de Navarra; al Coronel de la Caballería, Pérula, y a muchos otros después. Al volver Radica a entrar en campaña, «recibió además, como obsequio particular de su «Reina, un hermoso caballo tordo, que desde su «muerte en Santurce siguió montando su cariñoso amigo el Coronel Calderón.

«No hacía Doña Margarita excursión alguna «al teatro de la guerra sin visitar detenidamente «los Hospitales, pasando largas horas en ellos y

animando con su presencia tanto a los heridos «carlistas como a los liberales.

«Un escritor nada sospechoso, por cierto, el «Director de Sanidad Militar D. Nicasio Landa, «decía en Julio de 1874 lo siguiente: *Doña Margarita se personó a mirar igualmente por carlistas «y liberales en el Hospital de Irache*, cuya importancia, entonces cobrada no se desmintió con «motivo de los hechos de Lácar, Sesma, Treviño «y demás ocurridos hasta la última acción de «Montejurra, desde cuya época lo tomaron los liberales.

«La esclarecida señora de quien nos ocupamos, aparte del natural interés que le inspiraba «la guerra, no se mezclaba para nada en política «de ninguna clase; la educación de sus hijos y el «buen servicio de los Hospitales eran su única «ocupación. Entre sus dotes naturales figuraba su «prodigiosa memoria, que la hacía no olvidar las «personas una vez vistas, ni sus hechos una vez «conocidos; pero, como ya hemos dicho, entre «todas sus excelentes dotes y virtudes sobresalía «la caridad, que hacía no se apartasen de ella sin «consuelo tantísimos desgraciados.

«Saludemos, pues, con toda la consideración «y respeto profundo que merece la buena memoria de la egregia Princesa que fué alivio y consuelo de tantos españoles, y que, seguramente, «ha recibido ya en el Cielo el premio de haber «sido en la tierra *angel de la caridad*, como la «apellidaban, al bendecirla, tantos bravos.»

Al final de la guerra fueron llevados a Francia más de doscientos heridos procedentes de los dos campos enemigos. Doña Margarita, que residía en Pau, acudió en seguida a Bayona, y se encargó de cuantos gastos ocasionara su curación en el Hospital civil de dicha ciudad, asistiéndoles y curándoles personalmente, a pesar de estar cerca del noveno mes de un embarazo. A los que sanaban les procuraba los medios necesarios para retornar a sus hogares; a los que morían, les hacía enterrar decorosamente; a los que quedaron inútiles para el trabajo y, por consiguiente, en la miseria, los llevó al *Hôtel Midi*, su residencia en Pau, en donde desde el principio de la campaña tuvo cuantos heridos cogían en las habitaciones.

Doña Margarita fué siempre considerada como un modelo de princesas, de madres y de esposas; nunca accedió a confiar la alimentación

de sus hijos a nodriza ni mujer extraña, por ser opinión suya acertadísima que es deber de las madres, si desean merecer el cariño de aquellos a quienes dan el ser, imponerse (como no sea en detrimento notable de su salud) ese pequeño sacrificio que nunca lo es para una madre tierna y cariñosa.

Falleció repentinamente en su Palacio de Viareggio el día 29 de Enero de 1893, provocando esta desgracia una espontánea y espléndida manifestación de duelo en toda España, tanto entre liberales como entre carlistas; en todas partes celebráronse funerales y sufragios por su alma. Las honras fúnebres de San Jerónimo el Real en Madrid, el día 7 de Febrero de 1893, fueron solemnísimas, constituyendo un verdadero acontecimiento; las presidieron el Marqués de Cerralbo (como delegado de Don Carlos), el General de Artillería D. Elicio de Berriz (como Ministro carlista de la Guerra), el Marqués de Vallecerra (como Grande de España), el General carlista de Ingenieros D. Alejandro Argüelles (como Presidente del Círculo Tradicionalista de Madrid), D. Matías Barrio y Mier (como Jefe de la minoría carlista del Congreso), D. Pablo Morales (como Presidente de la Junta provincial carlista de Madrid) y el Marqués de Reguer (como Jefe Regional carlista). Durante todo el acto religioso estuvo velado el túmulo por una guardia de honor compuesta de los Generales de Artillería carlista D. Antonio de Brea y D. Joaquín de Llorens, el de Caballería carlista D. Alvaro Maldonado, y los de Infantería carlista D. José García Albarrán, D. Felipe de Sabater, don Manuel Rodríguez Maillo, D. Leoncio González de Granada, D. Juan Illanes y el Barón de Sangarren; por los Marqueses de Villadarias y de Castrillo, por los Condes de Casasola y de Azmir, por el Barón de Molinet, por el Coronel de Marina Don Fernando Carnevali, los de Caballería carlista don Santiago Lirio y D. Joaquín Aranda; los de Infantería carlista D. José M. G. Solana, D. José de Oriol, D. Maximiano del Pino, D. Pablo Marín y D. Pablo Boneu, y por los Sres. Bala, Manso, Zárate, Sánchez Muñoz, Faura, Jáuregui, Lázaro, Rozas, Barco, Cardona, Ulizarna, Sanz, Hipola, Oriza, Sánchez, Elola, Pérez, Mendioroz, Gutiérrez, Bárcenas, Martínez, Chillida, Blanco, Fernández y Portillo, todos ellos distinguidos Jefes y Oficiales carlistas, bizarros veteranos de la última campaña.

RESIDENCIAS DE DON CARLOS VII.



ESPADA DEL SEÑOR
D. CARLOS VII



VIAREGGIO. — Tenuta Archiducal.



Austria. — Castillo real de Frodshorf.



VENECIA. — Palacio de Loredán.



Capilla de la Tenuta archiducal donde descansan los
restos de Doña Margarita y Don Jaime de Borbón

Última Guerra Carlista. ~ 1872-1876



Episodio de la batalla de Montejurra. — 7, 8 y 9 Noviembre 1873

(Detrás de Don Carlos, Don Alfonso y Doña María de las Nieves, a caballo)



El brigadier carlista D. Carlos Calderón, prisionero en Montejurra

D. Roberto de Borbón



Duque de Parma

También tomaron parte en la guerra los augustos hermanos de Doña Margarita, el Duque de Parma y el Conde de Bardi.

Don Roberto de Borbón, Duque de Parma e Infante de España, nació en Florencia el día 9 de Julio de 1848. Habiendo sido asesinado su padre Carlos III el 27 de Marzo de aquel mismo año, le sucedió en el trono bajo la regencia de su madre D.^a Luisa María Teresa de Borbón, hija del Duque de Berri, Príncipe de Artois. Cinco años más tarde fué destronado; casó en primeras nupcias en Roma, el día 5 de Abril de 1869, con la Princesa María Pía de Borbón (hija del Rey D. Fernando II de Nápoles), y en segundas nupcias con la Princesa María Antonia de Braganza, el 15 de Octubre de 1884. En Noviembre de 1874 ingresó el Duque de Parma en el Ejército carlista del Norte, con el empleo de Coronel; conquistó en los victoriosos combates de Lumbier la Placa Roja del Mérito Militar; llegó a Brigadier por méritos de guerra y emigró al concluir la última campaña carlista.

He aquí la biografía de Su Alteza el último Duque soberano de Parma y Plasencia, que don

Reynaldo de Brea escribió hace años para la *Biblioteca Tradicionalista* que por aquella época se publicaba en Barcelona.

»Su Alteza Real el Serenísimo Señor Don Roberto, Carlos, Luis, María de Borbón (hijo de Carlos III, Duque de Parma y Plasencia) nació el día 9 de Julio de 1848 en Florencia.

»Asesinado su padre en 27 de Marzo de 1854, le sucedió en el trono bajo la Regencia de su madre Luisa María Teresa de Borbón, hija del Duque de Berry, Príncipe de Artois.

»Al proclamarse la guerra de Italia, se presentó en 1.^o de Mayo de 1859 a la Duquesa Regente una Comisión de oficiales pidiéndole permiso para unirse al Ejército del Rey Víctor Manuel de Saboya. Ante esta actitud de sus tropas hubo de abandonar la Duquesa Regente sus Estados, constituyendo a sus ministros en Consejo de Regencia al salir de Parma el día 2, acompañada de sus augustos hijos, el mayor de los cuales era Doña Margarita, después esposa de Don Carlos de Borbón.

»El mismo día 2 entregaron los ministros de Roberto I el mando a un Gobierno provisional; pero al siguiente tomaron la ofensiva algunas tropas, aclamando al Duque niño y a la Regente, disolvieron el Gobierno provisional y repusieron en sus cargos a los anteriores ministros.

»La Duquesa Luisa, que había ido a Suiza, dejó allí sus hijos y volvió a entrar en Parma para encargarse nuevamente de la Regencia; al tomar posesión de ésta, dió un manifiesto en el cual mostraba su resolución de no tomar parte en la guerra y mantenerse neutral a fin de que las potencias beligerantes tuviesen que respetar la independencia de sus Estados.

»Pero a los cuatro días de la batalla de Magenta (el 8 de junio) recibió la Duquesa Regente un parte del Comandante General de Plasencia diciendo que había recibido la intimación de abandonar la plaza y aconsejándola que, en vista de la actitud de los ejércitos francés y piemontés, se retirase a Viena por Verona y Mantua, respondiendo él, entretanto de su seguridad personal con las tropas de su mando.

»En vista de esto llamó la Duquesa Regente a las autoridades, les ordenó que convocaran una Junta de treinta notables del país, cuya Junta se encargase de sostener el orden y decidir sobre la suerte del Ducado; desligó al Ejército del juramento de fidelidad que había prestado a

»su agosto Hijo, y, después de dar el día 9 de
»junio un manifiesto en el que mostraba su alte-
»za de miras y su cariño hacia los Estdos que
»acababa de regir y que la Revolución le arreba-
»taba, salió de Parma con dirección a Suiza, don-
»de se unió a sus hijos.

»Desde 1860 vivió S. A. R. el Duque de
»Parma lejos de su Patria; se casó en Roma el
»día 5 de abril de 1869 con la Duquesa María Pia
»de Borbón, hija del Rey D. Fernando II de Ná-
»poles, y en enero de 1874 abandonó las dulzuras

»del hogar doméstico para pelear con nosotros
»por la Religión y la Legitimidad, ganando la
»Cruz Roja de segunda clase en los victoriosos
»combates de Lumbier.

»Concluida la guerra, emigró Su Alteza Real
»el Duque de Parma, y consagrado al cuidado
»de sus hijos, pero ansiando siempre los benditos
»tiempos de campaña, pasó los inviernos en Ita-
»lia y los veranos en Suiza, falleciendo en Via-
»reggio en 16 de noviembre de 1907. De sus dos
»matrimonios dejó veinte hijos vivos.»

D. Enrique de Borbón



Conde de Bardi

Don Enrique de Borbón, Conde de Bardi, nació el día 12 de febrero de 1851; se casó el 25 de noviembre de 1873 con la Princesa María Inmaculada de Borbón, hermana del Rey D. Francisco II de Nápoles, y en segundas nupcias, el 15 de octubre de 1876, con la Princesa Adelgunda de Braganza. En noviembre de 1874 ingresó en el ejército carlista del Norte con el empleo de Capitán de Caballería; llegó a ser Teniente Coronel por méritos de guerra y conquistó la Cruz de la

Real y Militar Orden de San Fernando en la batalla de Lacar, por la cual le concedió Don Enrique V de Francia la Cruz de San Luis.

Después de la guerra se distinguió Su Alteza el Conde de Bardi como atrevido navegante al frente de una verdadera flotilla de barcos de todas clases con los que realizó peligrosos viajes, y como infatigable cazador. Falleció cristianamente en la primavera del año 1905.

Última Guerra Carlista. ~ 1872-1876



Batalla de Somorrostro. - 25, 26 y 27 Marzo de 1874



Muerte del general carlista D. Nicolás Ochoa

J. Castella Español

Casa Fundada en 1790

Fábrica de Correas y Guarnicionería en
general • Correas de gomas y Lona

Iglesia, 22
Teléfono 2151
TARRASA

FARMACIA Y LABORATORIO COLL VERGES

MEDICAMENTOS PUROS
GARANTIZADOS • ESPE-
CIALIDADES FARMACEU-
TICAS • AGUAS MINERO
MEDICINALES • APOSITOS
ORTOPEDIA • OXIGENO
PURO

Plaza República, 2 - Teléfono 1341 - TARRASA

Francisco Casas Puigbó

CONTRATISTA DE OBRAS

PROYECTOS Y
PRESUPUESTOS

Carrera, 44 Torelló

R. FARMACIA Y LABORATORIO Plaza Marquillas, 4 y Calle St. Culgat, 2 SABADELL Samaranch Fina

HOSTAL D'EN ROCA

Rbla. de la Concepción, 9 (Cruce de las Carreteras) • Teléfono 16
SAN QUIRICO DE BESORA

Habitaciones con agua fría
y caliente - Cuarto de baño
Calefacción Central-Garage

Artículos para la Madera

MARCA
DOS "ESES"



Sabadell

Sucr. R. Llobet y Sabater

Francisco Musté

Sub-director de

Unión Española

Compañía de Seguros Generales

Plaza Constitución, 9

San Quirico de Besora

Ultima Guerra Carlista, 1872-1876



Victoria Carlista de Lacar, — 1875.



SITIO DE LA SEO DE URGEL. (1875) — Asalto a la torre de Solsona defendida por los carlistas



VERGARA (Guipúzcoa)



Casa «Mispilde»
Propiedad de los Condes de Villafranca, que servía
de alojamiento a Don Carlos en la última guerra

ANDOAIN. — (Guipúzcoa)



Monte Buruntza
Cruz erigida en conmemoración de la batalla en que
el jefe carlista Uranga derrotó a O'Donnell

Grupo de Jefes carlistas catalanes



LA GUERRA CARLISTA EN 1872

Fila superior, de izquierda a derecha, entre los tres trabucaires: Vidal de Llobatera y Fontova.— Fila central: Auguet, Savalls y Frigola.— Fila inferior: Conde de Bonald, Inglés y Felipe de Sabater.
Todos fallecidos R. I. P.

Verdades ignoradas

Destronada la reina Isabel II, más que por la revolución, por la ingratitud y felonía de muchos a los cuales ella había encumbrado, España yacía bajo la férula de un período «constituyente», que nada constituía ni dejaba que nada se constituyese. Era en aquellos días que nuestra nación, si no tenía un mediano gobernante, tenía en cambio media docena de candidatos a la corona que había dejado vacante la revolución: don Luis y don Pedro de Portugal, el duque de Génova, un príncipe de Sajonia, el infante don Enrique de Borbón y el duque de Montpensier, padre político del conde de París, pretendiente a la Corona de Francia.

El duque de Montpensier, emparentado con la reina destronada doña Isabel II, a la que debía muchos y muy señalados favores, era tal vez el pretendiente más aborrecido por la inmensa mayoría de los españoles que se percataban de lo que en España sucedía en aquellos días agitados del 1870. El duque había recibido en París la visita de algunos políticos liberales de Madrid, y se daba como cosa segura que el propio general Prim patrocinaba su candidatura y había celebrado con él alguna conferencia. Además, era cierto que el duque había ido a Madrid de incógnito, a parlamentar con políticos influyentes en aquellas Cortes famosas, y de ello estaba enterado un portero del Congreso, un buen hombre a carta cabal, que había sido fraile lego en un convento de Madrid, pero que tuvo que salirse de la Orden por prescripción facultativa. Este buen hombre, vivía con una hermana suya, casada, que ejercía de portera en una casa aristocrática del Madrid antiguo. El ex-fraile era un carlista de pura cepa, que sentía por todo lo que olía a liberal una aversión profunda y que le hubiera llevado al campo carlista a no ser una mal-dita pierna que le hacía andar un poco cojo.

El caso fué que el duque de Montpensier, en uno de sus misteriosos viajes a España en aquellos días de confabulaciones políticas y de conspiraciones de todo orden, se hospedó en la casa en que ejercía de portera la hermana del ex-fraile. Y aun fué más extraordinario el hecho de que fuese el ex-fraile el hombre de confianza escogido por el dueño de la casa para avisar a los con-

fabulados y el guía para las personas que acudirían a la secreta reunión.

El exfraile dióse bien pronto cuenta de lo que allí se trataba y de quién era el misterioso personaje que en aquella casa se hospedaba. Sus ideales tradicionalistas, sintiéronse heridos, pero su honradez y su lealtad para con los que en él depositaron la confianza, le obligaba a callarse y a soportar pacientemente aquella conspiración. Pero un día, al buen carlista, se le ofreció una ocasión para desahogar la rabieta que le pudría la sangre: el duque de Montpensier estaba solo, y dirigiéndose al exfraile, que estaba leyendo el diario en el zaguán, esperando órdenes, le preguntó, como para pasar el tiempo:

—¿Qué dicen de la situación política de vuestro país, el pueblo de Madrid y las oposiciones?

—Pues... dicen muchas cosas que yo no me atrevo a repetir a vuestra Alteza. Además, los porteros del Congreso no tenemos otro derecho que el de ser sordos y mudos.

—En este momento no estás ejerciendo de portero del Congreso, sino de fiel servidor de mi amigo el conde y un amigo de la causa que vamos a acometer. Puedes hablarme con toda franqueza.

El exfraile tuvo intención de decirle cuatro frescas al duque: pero, hombre ducho y con talento natural poco común entre los de su clase, le contestó con una afectada naturalidad pero con gran aplomo:

—Pues por ahí cuentan las gentes los rasos que dais y los propósitos que habéis formado de ser nuestro rey en España. Y por Dios que si he de seros sincero, yo os aconsejaría que desistáis de tan temerario empeño, pues hay en esta tierra de Castilla, mucha gente rústica y desbaratada, capaz de todo mal hacer, y a quienes no entran bien los propósitos de vuestra Alteza.

—Es que si yo deseo ser rey de España, no es pura combinación mía; es porque a ello me llevan muchos ilustres españoles que están hoy en la privanza...

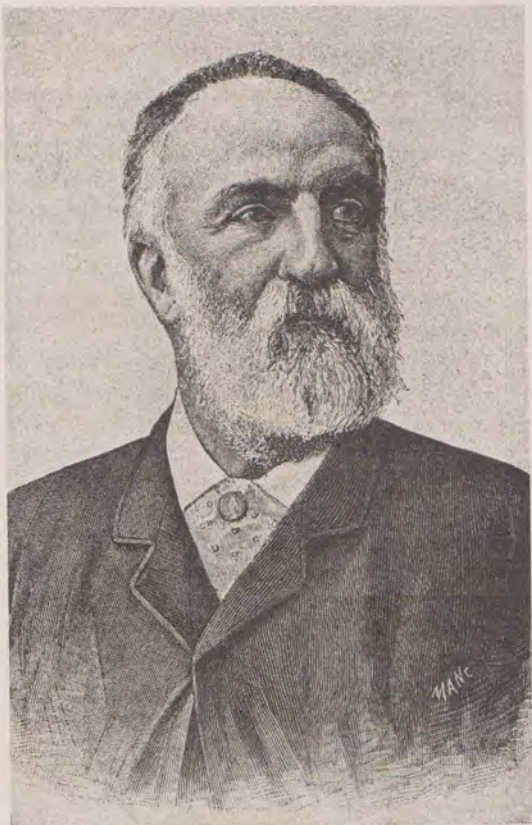
—Y que si exceptuamos al buen conde que os alberga, os abandonarán en el día de mañana.

—Me place la franqueza y el aplomo con que me lo dices.

—Alteza es que yo no sé mentir.

—Entonces, habla y nada me ocultes.

—Con el permiso de vuestra Alteza seguiré contándoos lo que dicen... Dicen, que los tronos, o se conquistan con el poder del entendimiento y el de las armas, o con la fuerza de la legitimidad. Para la conquista armada, se ha de tener fuerza, prestigio, prosélitos en gran número y he-



ANTONIO MARIA FELIPE LUIS DE ORLEANS
Duque de Montpensier

"Don Antonio María Felipe Luis de Orleans, Duque de Montpensier era el quinto hijo del rey Luis Felipe. Nació en Nevilly en 1824, casó en 1846 con doña María Luisa Fernanda, hermana de doña Isabel II. Fué uno de los mejores auxiliares de la revolución de Septiembre, no correspondiendo así a los grandes honores y distinciones que recibió de su cuñada. Fué aspirante al trono español, solicitando el apoyo del general Prim. Murió casi repentinamente en Sanlúcar de Barrameda."

chos gloriosos en los campos de batalla; y para ser legítimo, se necesita una partida de bautismo real, tan probada, que corte todo respiro a la duda. Las gentes han dado en decir que vos no tenéis ninguno de esos títulos necesarios para el logro de vuestros afanes.

—Severos se muestran conmigo los que eso dicen.

—Severos unos, y crueles otros.

—¿Cruels también?

—Sí; porque os acusan de que vuestros títulos están manchados con los borrones de una negra ingratitud.

Dicen que habéis conspirado contra la desgraciada doña Isabel, que os había colmado de honores.

—Esto es falso. Un año antes de estallar la revolución, mi ilustre esposa vino a Madrid a aconsejar a la entonces reina de España, que siguiera una conducta más liberal, o que su trono caería. Esto te probará que yo no deseaba su caída del trono.

—No se niega que vuestra ilustre esposa viniera a Madrid y hablase a la reina, pues esto lo sabe todo el mundo y lo recuerda. Lo que dicen es que vuestra ilustre esposa vino a Madrid a imponer a doña Isabel que hiciera infante de España al conde de París, pretendiente a la corona de Francia, y esposo de vuestra hija mayor, a lo cual se opuso la reina. Y añaden que esta negativa es lo que movió a vuestra alteza a meteros en una trama infernal, cuyos efectos estamos palpando ahora los españoles...

—¿Y que más dicen?

—Unos que sois vos el origen de nuestras desdichas; otros, que sois un francés, y a más de francés, ingrato. Los republicanos os consideran un obstáculo al triunfo de sus ideales; los carlistas dicen que sois un vil usurpador, y las mujeres, un ingrato contra una augusta dama que os colmó de favores...

—Y tú ¿que dices? — murmuró el duque.

—Yo os digo que si lográis pisar los escalones del solio español empujado por estas Cortes, tenéis que entrar a reinar muy manso y condescendiente, aceptando todo lo que han hecho; y entonces sucumbiréis a manos de la libertad... «liberal», que es una bestia que se come a sus hijos. Y si empleáis el rigor, marchad con tiento, porque el día en que sea fusilado un español con vuestro beneplácito o con vuestro silencio, sos hombre perdido...

—¿Por qué?

—Porque los españoles se dejan tiranizar y apalear como jumentos por un español; pero no han tolerado jamás un simple bofetón por un extranjero...

—Puedes retirarte, buen hombre, y te agradezco la franqueza con que me has hablado.

Y el exfraile carlistón se retiró de la presencia del francés, con la convicción de haber ganado una batalla y haber herido mortalmente las ambiciones del duque.

Said

El rey intruso y la Juventud Tradicionalista de Barcelona en Diciembre de 1870

La Juventud Carlista de Barcelona, en diciembre de 1870, en vista de la intranquilidad en que se desarrollaba la política española, dirigió a D. Amadeo de Saboya que a la sazón iba a ocupar el trono de España, el documento-protesta que sigue:



D. Amadeo de Saboya

«Excelentísimo Sr. Duque de Aosta:

La fuerza más que el deber, nos mueve a tratar de vos, y hace que sintamos un vivo deseo de hablaros; mas como esto no nos sea posible, resolvemos tomar la pluma a fin de que si llega a vuestras manos esta carta os dignéis leer y fijar vuestra atención en las siguientes líneas que la Juventud Carlista de Barcelona, deseosa de contribuir en bien de la patria y particularmente por vuestra persona, os rogamos meditéis sobre lo

que tal vez creáis sea vuestra felicidad, no sea más que vuestra total ruina, y quizá la de todo el pueblo español.

Nosotros, señor Duque, al dirigiros esta carta, satisfacemos nuestra conciencia y cumplimos por tanto con una misión sagrada: la de contribuir a salvar a un hombre; y siempre que de esto se trate, no seremos los que permanezcan indiferentes ante el peligro.

El deseo que nos anima, señor Duque, no es otro que haceros comprender cuán engañado o errado vivís si os pensáis ser por mucho tiempo el rey de los españoles. Esto es lo que os advertimos; esto es lo que pretendemos meditéis, duque de Aosta, porque el caso es grave y bien lo sabéis vos, que la cuestión de un trono merece consideración; pues si así pensáis, escuchad no la voz nuestra, sino la de todo un pueblo grande, noble y magnánimo que os avisa antes de perderos, dando paso a las siguientes verdades

¿Con qué derecho pretendéis ser rey de España? ¿Quién os ha legado ese derecho? Si por la voluntad del país, no es verdad. Si por la voluntad de las Cortes, es ya distinto; pero sabéis lo que son éstas en España? Pues bien, nosotros os lo diremos: os diremos la verdad sin embajes, esto es, la verdad desnuda, porque los que son legitimistas, son españoles y antes que españoles, somos católicos y como católicos no nos intimida aun cuando llame a la puerta de nuestra casa el malévolos rostro «liberticida», que se goza y sacia en sellar nuestro labio.

En España las Cortes no son legales; y lo que no es legal tampoco puede ser el eco fiel de la voluntad del país. Los diputados cobran pingües sueldos del Estado, ellos mismos clasifican su haber y deciden de su suerte; así que no nos extraña sirvan al Gobierno, y jamás, mostrándose independientes, hayan tratado los intereses vitales de la nación; porque los intereses de la nación redundan en detrimento de su bolsillo particular.

Para tener la verdad representada, sería conveniente y preciso que los diputados no percibiesen sueldo del Estado; pero no, que entonces no habría el afán que hay en serlo. Otra razón

porque no convendría así, liberalmente hablando, es que no tendrían mayoría los gobiernos opresores y déspotas como la han tenido hasta aquí progresistas, moderados, unionistas y demócratas. ¿Cómo se explicaría tal fenómeno? ¿Cómo sucedería esto? Estudiad, duque de Aosta, la opinión española y luego penetrad en la Asamblea Constituyente, seguro que si lo hubierais hecho ya así, no hubierais tampoco aceptado la corona. Seguro que hubierais exclamado: ¡qué divergencia de ideas! ¡no es esta la opinión española!

Las Cortes españolas no son, no, señor Duque, otra cosa más que una representación «cómico-burlesca» de su misma patria; todo respira «libetrad» allí; el uno hace alarde de «españolismo»; el otro blasona de progresivo, y el tercero pide en vano justicia y moralidad, que casi siempre está en alta la «universal» y en baja la «nacional».

No hay representación, señor Duque; no hay más que arbitrariedad. ¿Qué vais, pues, a representar? ¿No véis la Roca Constitucional que se ha desprendido en Francia? ¡Ah, señor Duque! Preguntad a las provincias cómo se hacen las elecciones, no creáis nuestra palabra; haced, si queréis, todas las investigaciones, que convencidos estamos de que vendrán a confirmar lo que dejamos sentado. Todo se gasta por la libertad y para la libertad, mientras que el pueblo la encuentra mala y muy cara. Nadie mejor que Prim puede saborearla, que a no ser la Revolución quizá estaría pisando tierra extranjera y comiendo el pan de la emigración. Así se concibe que el que está absuelto de una pena criminal u ordinaria lo primero que hace, viéndose libre, es dar como el general Prim un viva a la libertad. El y los que como él se hallen, la poseen real y efectiva. Nosotros, señor Duque de Aosta, somos menos amigos de pregonarla y mucho más de plantearla.

La constitución democrática de 1869 «prohíbe a un extranjero ejercer cargo alguno que tenga aneja autoridad o jurisdicción».

Ya veis, pues, señor Duque, que no podéis ni debéis aceptar sin manchar el trono de San Fernando y de Isabel la Católica. Veis ya como los que os ofrecen la corona, no pueden hacerlo sin usurparla a otro monarca legítimo rey y señor de los españoles. Ved, os decimos, como no pueden hacerlo sin infringir su misma legislación; sin derribar su misma obra. Prim recurre a vos para que le ocultéis sus muchos pecados; y ¿a quién va a buscar Prim más que a un rey? más que a un rey, una sanción sin la cual no podría salvarse él, ni esa libertad que sólo conocemos de nombre, y que está clasificada y juzgada por el tribunal secreto de la conciencia de todo

el pueblo español: clasificada sí, de tiranía vandálica y espeluznante.

La nación española tal como se encuentra hoy día, con nadie podía hermanarse mejor que con su compañera de desgracia la Italia; por eso es que Prim os tiende la mano para que seáis vos su salvador, para tener un blanco donde apuntar, a fin de que, cuando ruja el León señalaros a vos atrayéndoos la tormenta que pudiera caer sobre él.

Vos que sois liberal, señor Duque, no podéis venir a España porque no hay libertad; yo no sé si en Italia la tenéis verdadera; mas no queremos saberlo. Si venís, pues, a gobernar esta sociedad, la sociedad os detesta; porque os ponéis la corona para hacer reina a la tiranía; y en este caso sostendréis una lucha en la cual, o vos matáis al pueblo, o él os mata a vos. Los que gobiernan una nación contra su voluntad son usurpadores; los que autorizados por el consentimiento de ella la gobiernan de un modo contrario a su naturaleza y voluntad, son tiranos. El título de usurpador es la violencia. El título del tirano es una voluntad injusta apoyada por las fuerzas de la sociedad que dirige contra ella misma.

El Gobierno que necesita nuestra patria tendrá toda la bondad y gozará de toda la solidez de que las cosas humanas son susceptibles, mientras proporcione a los hombres la justicia, la seguridad y la libertad verdadera, mientras que ningún interés particular pueda ser superior al interés de todos; mientras que la ley sea más fuerte que ninguna voluntad particular. Entonces es cuando la autoridad será la suma de las voluntades de todos; el interés particular se confundirá con el de los individuos; las fuerzas del Estado obrarán de concierto, y serán encaminadas hacia la felicidad general, de la cual uno conocerá que resulta la suya propia. Entonces bajo un monarca sometido a las leyes, la sociedad estará contenta; tendrá la actividad necesaria para su conservación, y guiada por jefes ilustrados, será servida por ciudadanos magnánimos y virtuosos.

Este Gobierno es el que quieren los carlistas; este Gobierno es el que representa Carlos VII; y éste el monarca en quien tiene España fijas sus miradas.

Si sois noble de espíritu, si queréis el bien de la que llamáis vuestra patria, ceded paso al Rey de España: ¡paso a la legitimidad!

El hombre, señor duque de Aosta, en sus vanos deseos de encumbrarse, pensando en la codicia de mando no ve más que insomnios dorados: no distingue que el pueblo por quien no es elegido puede mandarle atar de pies y manos o en último caso ahorcarle.

Reconocemos, señor Duque, que es muy bello

el sol de Italia; pero no nos hace falta. Temeríamos que la mucha luz nos ofuscase la vista: no queremos el sol de Italia; y considerad, señor Duque, que no podríamos evitar un eclipse total.

Esta es nuestra misión y el deseo ardiente de haceros comprender la verdad.

Señor Duque: os saluda

La Juventud Tradicionalista de Barcelona

Barcelona, 17 de diciembre de 1870.

A los pocos días de publicar esta carta la Juventud Carlista de Barcelona, o sea el 2 de enero de 1871, Don Amadeo de Saboya tomaba posesión de la corona de España... Pero no fué duradero, ni siquiera tranquilo su reinado; y ¿cómo había de serlo, si estaba rodeado de masones y liberales? Apenas llegó a dos años, febrero de 1873, y aun tuvo que pasar por el peligro de ser asesinado en plena calle madrileña...

Leed como lo cuenta un periódico de aquella época, titulado «El Periódico para todos», de Madrid, afecto a la situación:

«CONATO DE REGICIDIO»

«No olvidará el pueblo español, en mucho tiempo, el horroroso atentado que contra S. M. Don Amadeo y la Reina tuvo lugar el jueves 18 a las doce de la noche en la calle del Arenal. Con indignación profunda sin distinción de clases ni de matices políticos, todos los que se honran con el nombre de españoles han protestado enérgicamente para poner a salvo el honor nacional.

He aquí el relato del suceso:

Parece que el gobernador, noticioso a las diez de la noche de lo que se intentaba, adoptó las precauciones convenientes, distribuyendo individuos del cuerpo de orden público en todo el trayecto que media desde el Jardín del Buen Reti-



Atentado contra la vida de sus majestades en la noche del jueves 18 de Julio de 1873

ro y el Palacio Real, observando los referidos agentes que unos doce o catorce hombres se habían esparcido desde la iglesia de San Ginés a la calle de la Escalinata, quedando uno solo en la desembocadura a la Puerta del Sol.

Don Amadeo, que por la tarde había paseado a caballo, fué en carruaje, y en compañía de la Reina, a los Jardines del Retiro. El brigadier Burgos les acompañaba.

Cerca de las doce se retiraron hacia Palacio, encontrando en la calle de Alcalá el coche del gobernador civil, quien en compañía del señor Castellanos se dirigía también al Retiro.

El señor Mata hizo que su coche volviese y siguiese al de sus majestades.

Cuando estos entraron en la calle del Arenal, al grupo situado cerca del café de Levante se desplegó a derecha e izquierda, disparando inmediatamente sobre los reyes algunos tiros, uno de retaco y los demás de revólver.

Ante todo, el brigadier Burgos se colocó junto a la reina para portegerla con su cuerpo, y entre tanto el Rey se levantó, haciendo ver así que ni temía el ataque ni estaba herido.

Forzó el cochero el paso de los caballos, que partieron al galope.

El coche del gobernador se detuvo, y los señores Mata y Castellanos corrieron en ayuda de los agentes, que ya luchaban con algunos de los asesinos.

Estos quisieron defenderse, y se cruzaron algunos tiros.

No había terminado la escena pues a medida que el carruaje de los reyes avanzaba, los criminales, que estaban apostados hasta la plaza de Prim, disparaban sus armas contra las augustas personas.

Esto apenas se comprende. Si el rey hubiese ido solo o acompañado no más que por otros hombres, nos explicaríamos más fácilmente el crimen pero no nos lo explicamos cuando a su lado iba una señora.

¿Se concibe esto en el país de la galantería, en el país donde las mujeres, aún las de más baja esfera, son respetadas por todas las clases de la sociedad?

Uno de los caballos recibió varias heridas, y gracias a la serenidad y maestría del cochero pudo llegar a Palacio, a cuyas puertas cayó moribundo el noble animal.

Uno de los asesinos quedó muerto a la entrada de la Costanilla de los Angeles.

A otros dos se les cogió en el café de Platerías, donde se habían refugiado.

Bien puede asegurarse que milagrosamente se salvaron sus majestades.

Al brigadier Burgos, que se arrojó del coche con riesgo de la vida, se debe la captura de uno de los criminales.

La noticia cundió con rapidez, y bien pronto el Palacio real se vió invadido por personas de distinción de todos los partidos, que se apresuraban a felicitar a sus majestades y a condenar digna y enérgicamente el crimen que condena el honrado, noble y valeroso pueblo español.

Al día siguiente por la mañana fué el rey a pie y en compañía de uno de sus ayudantes a la calle del Arenal, y estuvo examinando las muchas señales que en las paredes habían dejado las balas.

A la hora en que se cometió el crimen transitaba todavía mucha gente por las calles de Madrid, y algunas tiendas estaban abiertas. Sin embargo, nadie fué herido a pesar de que las balas fueron muchas.

La tarde del viernes, una manifestación numerosísima, hecha por personas de todas las clases de la sociedad, fué nuevo testimonio de la indignación del pueblo de Madrid.

Los manifestantes se dirigieron a Palacio, y sabiendo allí que el rey había salido, fueron a la Fuente Castellana.

Allí la ovación fué completa, y muchas veces el coche regio tuvo que detenerse entre la multitud que se apiñaba a su alrededor.

No nos ocupamos de muchos rumores que circulan con respecto a las declaraciones de los asesinos, porque la verdad es que nada se sabe ni puede saberse mientras la causa esté en su-
mario.»

*
**

A los siete meses de tan criminal atentado, (febrero de 1873), Don Amadeo de Saboya, que en su fondo era un caballero y hombre honrado, renunciaba a la corona, asqueado de ver lo que pasaba a su alrededor y de la podredumbre que corroía a los partidos político-liberales.

El mejor azul para la ropa



Fabricante: José Perramón

Carretera de Vich, 31 - 33. - **MANRESA**

J. Mas Giribet

Ingeniero Industrial

Electricidad - Radiotelefonía-Taller de Reparaciones y bobinajes
Oficina técnica de Ingeniería - Consultas
Proyectos - Peritaciones privadas, judiciales, etc.

Oficinas: Borne, 13-Teléfono 2311-MANRESA

Talleres: Circunvalación, 27 y 29 - Teléf. 2411

M A N R E S A

Del Campo Carlísta de 1875

Otra defensa del honor militar

Mi querido Brigadier y amigo: Tu carta me ha impresionado, pero con una impresión que no es precisamente la que tu buscabas. En ella abundan las frases «amnistía general» «brazos abiertos», «porvenir de tus hijos», «guerra fratricida», «restauración providencial», etc., etc., pero al paso que se vislumbra en todas ellas el ardor de una conciencia inquieta y poco segura de sí misma, el amor a tu sangre y el amor del bien brillan por su ausencia. Te doy las gracias. Creyéndonos cándidos porque nos ves sinceros, te sirves de mí para echar el gancho a mis compañeros de armas. También estos te lo agradecen como es justo. Verdad es que no hablas de pagas ni de recompensas: esto te ha parecido quizá demasiado fuerte, o demasiado indigno; pero harto sabemos nosotros que en toda proposición liberal el *tanto más cuanto* es condición que se sobreentiende.

Siento que pierdas el tiempo esgrimiendo constantemente contra mí el porvenir de mis hijos. Esto indica que conoces perfectamente mi flaco, pero que desconoce mi fuerte. Yo no soy de los que profesan la religión con restricciones mentales: por eso soy católico sin condiciones. La doctrina de Jesucristo no me manda que encamine a mis hijos por la senda de la fortuna, sino por la del deber y del honor. Si los privan del patrimonio de sus abuelos porque yo les doy ejemplo precediéndoles en este camino, tratas en vano en convertir en remordimiento lo que constituye la más íntima de mis satisfacciones.

Además tu no estás muy seguro de que la senda carlista sea la senda de la desgracia. La ira que rebosa en todas tus frases me lo prueba:

ira que extravía tu razón hasta el punto de obligarte a poner al servicio de una bandera política las sagradas afecciones de familia.

Bien veo que la guerra civil te horroriza; pero veo al mismo tiempo que en vez de retirarte a tu casa sigues como un borrego a todo caudillo de genirazos que manda el gobierno de Madrid, cualquiera que él sea, contra nosotros y procuras buenamente, como todos los demás, derramar nuestra sangre. ¿Es que los carlistas no somos de carne y hueso e hijos de la misma patria? Has estado mucho tiempo combatiéndonos sin bandera (porque la república no la tiene), y ahora mismo nos combates a la sombra de un girón volteriano, sin lema y sin prestigio, porque el prestigio y el lema santo de Dios Patria y Rey están en el campo carlista. Sin embargo, nosotros que combatimos bajo la enseña de todos los principios seculares de la sociedad española, ¡somos los fautores, los causantes de la guerra civil! Has obedecido a Pi Margall, has obedecido a Castelar, a Figueras, a Sagasta, a Serrano y a Topete, a todos los aventureros que se han repartido los despojos de nuestra patria infeliz, ¡y nos echas en cara a nosotros los carlistas, que defendemos lo que defendieron nuestros abuelos, el delito de desgarrar y ensangrentar la patria! ¡Nos pedís que arrojemos las armas!... Arrojadlas vosotros, que no defendéis con ellas más que el *statu quo* de la ignominia. ¿Es que aquí no hay más patria que los casinos y timbas de Madrid, ni más gobierno legítimo que el que da la paga?

No me maravilla que llares suceso providencial a la proclamación, digámoslo así, del

príncipe Alfonso, a quién ahora llamais Alfonso XII. Quizás en esto tengas más razón de lo que tu crees. De todos modos se vé que te escuece no haberlo podido levantar más que por el medio pedestre y comprometido de un pronunciamiento, y tratas de ilustrarlo con un poco de barniz religioso. Pero desengáñate, amigo mío: ese perfume de aristocracia divina sólo les conviene a los Monarcas que lo son por la gracia de Dios, no a los que lo son por la gracia de Villate y de Martínez Campos.

Por más cirios que enciendas a esa Restauración, no puedes sacarla de pronunciamiento, y sabido es que esa es la fórmula de que se sirve el diablo para envilecer las Monarquías, no la que escoge Dios para ennoblecerlas.

Te engrías y enorgulleces de que se haya hecho la proclamación de Alfonso XII sin derramamiento de sangre. ¿Y por qué diablos había de derramarse? Las cosas han quedado absolutamente como estaban; y aunque es cara una pantalla que ha costado treinta millones, la Revolución toma sin chistar lo que le dan, porque sabe que, en definitiva, no es ella quien la paga.

Que la proclamación se ha hecho sin derramamiento de sangre! Pues ni más ni menos que con la de Don Amadeo. Esto tiene la ventaja de que la desproclamación se hará, más tarde o mas temprano por el mismo método incruento, aunque no limpio; esto es, por una simple orden del

día del primer general que se levante una mañana con pujos de salvar a España, o por una explosión del populacho, que es el brazo ejecutor de todas las Revoluciones...

Me dices que a pesar de los triunfos de las armas carlistas, nuestra Causa no adelanta un paso. Para la causa personal podrá ser; pero gracias al esfuerzo y sacrificio de los míos, la revolución será vencida, y en ello bien ganará la causa de la Religión y de la Patria.

En resumen, mi querido amigo. No había necesidad de que te atormentaras tanto el magín para persuadirnos de que estáis dispuestos, como el portugués, a perdonarnos la vida, si os sacamos del atolladero.

No digo yo Serrano, cuya magnanimidad es proverbial; pero hasta Pi y Margall nos hubiera ofrecido lo mismo, y aún algo más. Tu carta produce la secreta angustia que os atormenta a cuantos aún teneis noción de lo que es el honor.

Aunque las razones que nos han movido a venir al campo carlista, que es verdaderamente el campo del honor, no se hubieran agravado con vuestra última evolución, os recibiríamos en el terreno del combate: en batería abierta y con la mecha encendida...

¡Viva España con honor!

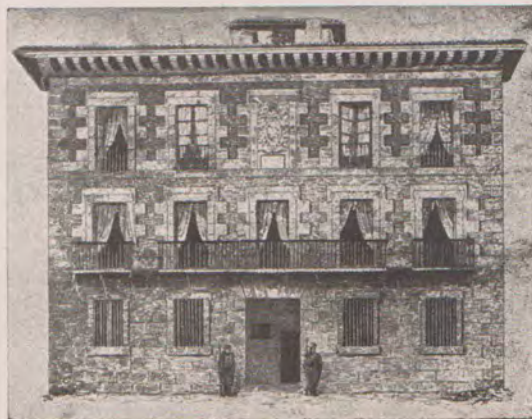
¡Viva Carlos VII!

Tuyo afectísimo, EULATE.

Campo Carlista. 15 de Enero de 1875.



Grupo de carlistas vizcainos en los primeros días del alzamiento



Palacio-alojamiento de Don Carlos en Villafranca (Guipúzcoa)

Francisco Sanfeliu

AUTOMOVILES

AGENCIA OFICIAL DEL



EL AUTO UNIVERSAL

Agente Exclusivo del Neumático NACIONAL PIRELLI
Aceites y Grasas • Suministros Industriales

IGUALADA

Exposición:

Plaza Pilar, 3 • Teléfono 85

Garage: San Jorge

MANRESA

Exposición:

Paseo Pedro III, 10 - Tel. 2211

Garage: Guimerá, 29

Angel Riba Forn del Pilar

Especialitat en borregos manteca



Plaça del Pilar, 7

IGUALADA

Fill de Carles Romeu

Magatzem de Grans

Venda al major i detall

Carrer del Roser, 6 i Soledad, 1 IGUALADA

TALLER DE FUSTERIA

Camil Cortés



Plaça de la Creu, 10 IGUALADA

Almacenes y Zapatería

LAS AMERICAS



Calle San Antonio, 5

LERIDA

Fábrica de Harinas "La Constancia"

Jacinto Avellana

Calle de Vilallonga, núm. 67. - FIGUERAS

El golpe de Estado del 3 de Enero de 1874

Uno de los sucesos políticos más trascendentes durante aquellos meses de República que sucedieron a la dimisión del rey D. Amadeo, y que puede decirse fué el precursor de la restauración de D. Alfonso XII, fué sin duda el atrevido golpe de Estado del Capitán General de Madrid don



D. MANUEL PAVÍA

Capitán general de Madrid en 1874

Manuel Pavía, al ocupar militarmente el palacio del Congreso, disolver el Parlamento, hacer salir a los diputados entre bayonetas, y nombrar un nuevo gobierno compuesto de hombres a los cuales se reputaba de orden y dar el traste con el desbarajuste que en Madrid reinaba.

Nosotros bien pudiéramos desde estas columnas hacer la crítica del hecho; pero como se nos podría tachar de parciales, vamos a dejar que lo relate un testigo presencial, el cual dice:

«El 2 de enero de 1874 fué uno de esos días agradables del invierno de Madrid que convidan a tomar el sol y a dar un largo paseo.

Bajaba yo a la tarde por la calle de Alcalá con ánimo de dirigirme a la Castellana, cuando me encontré de manos a boca con el general Pavía, que salía del Ministerio de la guerra, acompañado de uno de sus ayudantes. Me llamó y me dijo que me esperaba a cenar en Capitanía General aquella noche, a las nueve, y en traje de militar. La Capitanía General estaba entonces situada en el palacio de Buenavista.

Cumpliendo sus órdenes a la hora indicada me presenté en su despacho y hallé a Pavía acompañado de los generales Santa Pau y Ruiz Salaverría, el teniente coronel de Estado Mayor Cubas y de su ayudante de campo Villalonga. Poco después fueron llegando el general Pasarón, el coronel de la Guardia civil Sr. Valencia, el de Ingenieros D. Federico Alamenda y el capitán de Artillería Mesa, todos, como yo, de uniforme, invitados a participar de la cena.

La mesa estaba colocada en el antedespacho, y fué servida por Fornos. Durante la comida nada se habló de política; la conversación general recayó en los teatros, y algo, aunque poco, en las noticias recibidas sobre la guerra carlista. El general Pavía parecía preocupado; habló poco; apenas probó bocado, y sólo bebió una taza de café.

En las horas que transcurrieron hasta las cinco de la madrugada, de tiempo en tiempo el general recibía la visita de un joven paisano, que según supe después, le tenía al corriente de lo que estaba pasando en las Cortes, y por el ceño que se dibujaba en el rostro de Pavía, las noticias que

le comunicaba no debían ser muy halagüeñas y sí cada vez más pesimistas.

Al recibir la última visita, a las cinco de la mañana, el general se levantó airoso y nos dijo:

—Señores, ha llegado la hora.

Y nos fué dando las siguientes órdenes:

—General Ruiz, irá usted al cuartel de San Gil y conducirá usted la fuerza allí alojada a la plaza de Santo Domingo y a la Puerta del Sol, haciendo ocupar la sala de Telégrafos para impedir que nadie comunique sin previa autorización mía.

«Coronel Alameda, usted se dirigirá al cuar-

«Tú — dijo, dirigiéndose a mí — irás al cuartel del Soldado y dirás al teniente Trujillo que venga con su batallón al Prado.

«Al cuartel de San Francisco no hay que comunicar ninguna orden, porque el jefe ya tiene instrucciones de lo que debe hacer en la plaza de la Cebada y calle de Toledo.

«Tan luego como queden cumplimentadas estas órdenes, irán a notificármelo al Prado, donde les espero.»

Al romper el día llegué a este paseo con el teniente coronel Trujillo y su batallón, y a poco fueron también llegando todos los señores antes



Las tropas del general Pavía, rindiendo honores al Cuerpo diplomático, al salir del Palacio de las Cortes, después de ser disuelto el Parlamento

tel de la Montaña y llevará usted sus ingenieros a la Plaza mayor.

«General Santapau, vaya usted a los Docks y traiga las fuerzas de aquel cuartel a formar delante del Museo de Pinturas, dejando parte en observación de la Puerta de Atocha y de la estación del Mediodía.

«Amigo Mesa, usted vaya a buscar el regimiento de Infantería que se acuartela en San Mateo, y por la calle de Hortaleza y camino de Ronda lo conducirá usted a Recoletos, dejando un batallón en la plaza de Santa Bárbara, delante de la cárcel del Salladero.

«Coronel Valencia, tenga usted la orden para tomar de nuevo el mando del 14 tercio, preséntese en su cuartel y lleve la fuerza a formar en la Puerta de Alcalá.

mencionados, que dieron cuenta al general de que las tropas estaban ya situadas en los sitios indicados.

En este momento se presentó al general Pavía un señor, vestido de paisano, que dijo llamarse Quiñones y ser ayudante del ministro de la Guerra, ordenando al general que mandase retirar las tropas a sus cuarteles y que se presentase en el Ministerio a recibir instrucciones. El general Pavía le contestó que en semejante traje no le reconocía como tal ayudante; pero que, desde luego podía decir al ministro que ya comprendería que al sacar las tropas a la calle no lo había hecho por el gusto de hacerlas madrugar, y, por consiguiente, era inútil que le mandase más recados, pues ya sabía lo que hacía; e inmediatamente se dirigió hacia la Carrera de San Jeróni-

mo seguido de las fuerzas que se encontraban en el Prado.

En el Congreso de los diputados estaban de piquete una compañía de la Guardia Civil y una sección de guardias de Orden público; el coronel Valencia se adelantó a darse a reconocer de su tropa que inmediatamente se formó poniéndose a sus órdenes, y lo mismo hicieron los de Orden público.

Llegado que hubimos a la Plaza de las Cortes, el general Pavía mandó a su ayudante Villalonga para que entrase en el Congreso y manifestase al señor presidente de la Cámara que el capitán general de Castilla la Nueva había asumido el mando por dimisión del Gobierno, que las Cortes quedaban disueltas y que inmediatamente fuera desalojado el edificio.

Ignoro lo que contestaría a esa intimación el señor presidente, ni si, por parte de algunos diputados, hubo intención de resistir, pues a poco de entrar Villalonga y el coronel Valencia con sus guardias, sonaron tres o cuatro disparos, e instantáneamente salieron en tropel todos los diputados que se hallaban en la Cámara y quedó esta desocupada por completo. Después supimos que los disparos se habían hecho al aire y sólo con objeto de ganar tiempo y evitar inútiles discusiones.

Desocupado el salón de sesiones, salieron de la Cámara los representantes extranjeros, a los que rindieron honores las tropas formadas, presentando las armas y batiendo marcha las cornetas.

Detrás del Cuerpo diplomático salió del edificio un grupo bastante numeroso de señoras que ocupaban las tribunas, las que ovacionaron al general con una salva de aplausos.

Mientras estábamos esperando en la escalinata de las Cortes a los jefes de todos los partidos, que habían sido llamados por el general para constituir el nuevo Gobierno, salió del edificio el coronel Valencia, y nos contó que hallándose con su gente en las galerías, se había encontrado con un general de ideas avazadas, el que en tono

irónico le dijo: «Muy bien coronel; así se ganarán los entorchados». A lo que le había contestado: «General, no me conoce usted; ni yo ni ninguno de los que estamos con el general Pavía somos de los que hacemos pronunciamientos para prosperar en la carrera; nosotros sólo aspiramos a una recompensa: a sacar al país de la anarquía en que usted y otros como usted le han sumido».

El capitán de Artillería Sr. Mesa, al oír el incidente, completamente descompuesto y desatendiendo nuestros consejos, se lanzó dentro del edificio, y lo recorrió todo buscando al dicho general, que, afortunadamente, había desaparecido, con lo que quizá se evitó un grave disgusto.

Sucesivamente fueron después llegando, citados por el general Pavía, Serrano, Cánovas, Sagasta y demás prohombres de la política para constituir una especie de Consejo, del cual se negó a formar parte el general, que no perdió el tiempo; y mientras deliberaban los prohombres de la política, publicó un bando ordenando el desarme de los batallones republicanos, que formaban la milicia nacional de entonces, pues los batallones monárquicos habían sido desarmados por éstos hacía algún tiempo en la antigua Plaza de Toros.

«Tal fué la manera como se realizó el famoso golpe de Estado del 3 de enero de 1874 por el general D. Manuel Pavía, que vino a restablecer, sin derramar una gota de sangre, la disciplina en el Ejército, acabó con una horrible anarquía y preparó la Restauración...»

* * *

N. B. — Este es el relato, bastante imparcial por cierto, de uno de los oficiales que tomaron parte en aquel suceso.

Pavía siguió siendo Capitán general de Madrid. El Gobierno que se constituyó, presidido por el duque de la Torre, concentró sus energías, claro está, en restar fuerzas al Carlismo, muy pujante entonces en todo el Norte, en el Centro y en las provincias de Cataluña.

